ELIZABETH BERMÚDEZ

NO te DEJARÉ ir



No te dejaré ir

Elizabeth Bermúdez

Título: No te dejaré ir
Primera edición, abril 2025
©2025, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

ÍNDICE
Sobre la autora
Capítulo 1
Connor
Capítulo 2
Connor
Capítulo 3
Meghan
Capítulo 4
Connor
Capítulo 5
Meghan
Capítulo 6
Connor
Capítulo 7
Meghan
Capítulo 8
Connor
Capítulo 9
Meghan
Capítulo 10
Meghan
Capítulo 11
Connor
Capítulo 12
Meghan
Capítulo 13
Connor
Capítulo 14
Connor
Capítulo 15
Meghan
Capítulo 16
Meghan
Capítulo 17

Connor
Capítulo 18
Meghan
Capítulo 19
Connor
Capítulo 20
Meghan
Capítulo 21
Connor
Capítulo 22
Meghan
Capítulo 23
Connor
Capítulo 24
Meghan
Capítulo 25
Connor
Capítulo 26
Meghan
Capítulo 27
Connor
Capítulo 28
Meghan
Capítulo 29
Connor
Capítulo 30
Meghan
Capítulo 31
Connor
Capítulo 32
Meghan
Capítulo 33
Connor
Capítulo 34
Meghan

Capítulo 35
Meghan
Capítulo 36
Connor
Capítulo 37
Meghan
Capítulo 38
Connor
Capítulo 39
Connor
Capítulo 40
Meghan
Capítulo 41
Connor
Capítulo 42
Meghan
Capítulo 43
Connor
Capítulo 44
Meghan
Capítulo 45
Connor
Capítulo 46
Connor
Capítulo 47
Meghan
Capítulo 48
Connor
Capítulo 49
Meghan
Capítulo 50
Connor
Capítulo 51
Meghan
Capítulo 52

Connor
Capítulo 53
Meghan
Capítulo 54
Connor
55
Epílogo / Meghan
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Sinopsis

Un matrimonio pactado entre sus abuelos en pleno siglo XXI, una negativa inicial por parte de sus nietos, un compromiso con muchas sorpresas y un mal entendido que hará que todo salte por los aires de forma inesperada.

Connor Merrill es un heredero multimillonario, mujeriego, arrogante, prepotente, insoportable y caprichoso ante los ojos de los demás. Su abuelo, cansado de que no siente la cabeza con ninguna mujer formal, lo obliga a contraer matrimonio si quiere seguir con la vida que lleva hasta el momento.

Meghan Clarkson es la heredera de un imperio arruinado, de buena familia y exquisita educación. La clase de mujer que nunca daría un escándalo y la que necesita Connor para asentar su vida. Pero ella oculta ante su gran fachada perfecta muchos miedos e inseguridades del pasado que Connor irá descubriendo sin querer y hará que la chispa del amor se prenda entre ellos.

¿Cuándo dos personas se rompen por completo, es posible que vuelvan a sentir mariposas en el estómago?

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

No te dejaré ir es su **novela número veinte y uno.**

Anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller

5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:

El precio de la vida
El precio del amor

13. Te quiero para mí
14. Nicolás Hungría
15. Te protegeré
16. Oportunidad de venganza
17. Por mi familia
18. Bilogía:

Siempre serás tú
Siempre serás mía

19. Traiciones
20. Rechazo al duque (primera novela histórica romántica de la autora).

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @elizabethbermudezescritora
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

A Elena, la niña de mis ojos.
Le das luz a mi vida. Tu sonrisa es única.
Te quiero con locura.

Capítulo 1
Connor

—¡Todo esto tiene que tratarse de una broma! —Alzo la voz—. ¿No? —pregunto atónito mientras observo a mi abuelo, sentado frente a mí. Miro alrededor de su despacho, estamos en su casa, y no veo ninguna cámara oculta ni a nadie más que forme parte de ese circo. Porque lo que me acaba de exponer es algo tan descabellado que no puede ser en serio. Mi abuelo me mira impasible, relajado, esperando que me calme. Porque me he alterado, por supuesto que lo he hecho. Me ha dado muchas cosas en la vida, ha intentado dirigírmela, pero nunca se lo he permitido, sin embargo, en estos momentos lo miro con los ojos muy abiertos porque con total naturalidad, como si nada, me está chantajeando.

—No se trata de ninguna broma —aclara con calma—. Tienes treinta y dos años —manifiesta como si no fuese consciente de ello —, en unos meses tomarás el control por completo de mis empresas y pasarás a ser uno de los hombres más ricos del mundo, y no pienso consentir que con tu fama de mujeriego te cargues todo por lo que he trabajado durante tantos años —expone.

—Mi vida privada es eso, privada —defiendo con los dientes y los puños apretados cuando soy consciente de que esta conversación va en serio.

—¡No quiero un bisnieto de una cualquiera cazafortunas con las que te acuestas habitualmente! —Alza la voz dando un sonoro golpe en la mesa—. Solo trato de preservar el legado de esta familia. Desde hace tres años no hay día en el que no se te relacione con una mujer distinta —se queja, enfadado—. Y ninguna de ellas es adecuada para ti, para que sea la madre de tus hijos, mis herederos con el tiempo.

—¡¿Y crees que Meghan Clarkson lo será?! —bramo, subiendo el tono de la voz—. ¿En qué te basas?

—Es la mujer perfecta para ti —manifiesta convencido por completo, como si hubiese visto nuestra vida en común por un agujerito.

—Es una *barbie* —rebato, exasperado—. Esa mujer solo vive por y para su aspecto. Allá donde va solo se habla del modelito que lleva puesto, de su pelo y de lo perfecta que es en todo —manifiesto enfadado, como si él no lo supiera.

—Conozco a su familia desde hace mucho tiempo —alega—. Es la mujer adecuada para proyectar tu imagen de hombre respetado, además, necesitas que la madre de tus hijos sea alguien como ella. Una mujer que jamás dará un escándalo en público y criará a mis bisnietos con el saber estar del estatus que se merecen —argumenta convencido de ello.

—No —respondo dirigiéndole una mirada cargada de furia.

Mi abuelo se reclina en el sillón, me observa en silencio, chasquea la lengua y junta sus manos. Luego dice:

—También se trata de negocios, unir ambas familias y apellidos. —Niego con un gesto de la cabeza. Mi abuelo es tan millonario que ese argumento no me vale. Según la lista Forbes es el décimo

hombre más rico del mundo—. Entonces no tendré más remedio que desheredarte y que Violet sea la que continúe con mi legado —plantea de pronto.

—¡¿Qué?! —pregunto, atónito. Llevo al lado de mi abuelo y de sus empresas desde los dieciséis años. Mi padre nunca quiso saber nada del mundo de los negocios, él deseaba ser médico y salvar vidas y a eso se dedica, y mi tío es un viva la vida que solo sabe gastar el dinero de mi abuelo en fiestas. ¿Y ahora me sale con que le va a dejar toda su fortuna a mi hermana pequeña? ¿Una cría de veinte años que se pasa la vida enganchada a las redes sociales y de viaje con sus amigas? Todo esto debe de ser una gran pesadilla.

—Es muy fácil, Connor. Tú decides. Eres la única persona de la familia a mi imagen y semejanza. Estoy muy orgulloso de ti. Mis dos hijos no valen para nada —reconoce a modo de queja, con desprecio —, y mi deseo es verte triunfar a ti como lo he hecho yo en estos años, pero no pensarías que esto no llevaría condiciones, ¿verdad? Serás mi heredero universal si te casas con Meghan Clarkson y me das un bisnieto. Tan fácil como eso —expone.

—No tengo intenciones de casarme —ladro.

—Lo sé, por ello te obligo. Deseo que mis bisnietos sean de una mujer que valga la pena y nazcan en el seno del matrimonio.

—Por el momento no quiero hijos ni matrimonio —le indico. Es algo de lo que ya hemos hablado bastante en los últimos años, pero siempre de forma superficial.

—A tu edad yo ya llevaba ocho años casado y tenía a un hijo con cinco años y a otro con tres.

—Los tiempos han cambiado —defiendo con garra, muy enfadado.

—Pero mi mentalidad no —zanja de golpe, colocándose en pie y mirándome serio—. Tienes tres días para pensarlo bien —establece mientras que lo miro con odio y rabia.

—No tengo nada que pensar —elevo la voz al mismo tiempo que lo igualo en altura, desafiándolo.

—Igualmente te daré setenta y dos horas más para que lo analices con calma. Sé que, pese a tu cabeza insensata con respecto a lo mujeriego que eres, también tienes la virtud de ser un hombre cabal que sabe muy bien qué es lo que le conviene en la vida.

—¿Y ella? ¿Está de acuerdo en todo esto? —pregunto con interés.

—Meghan es una mujer que sabe lo que le conviene. Y ella, al contrario que tú, no le pondrá objeciones a su abuelo.

—¿Por qué me quieres unir a la nieta de tu amigo? —inquiero. Mi abuelo y Lincoln Clarkson estudiaron juntos y nunca perdieron la amistad.

—Porque tú y Meghan ganáis y nuestras familias al unirse se benefician. Es una apuesta segura.

—No voy a ceder, y creo que también sabes que sin mí al frente de todo cuando te retires tu fortuna y tus negocios se irán a la mierda —profiero, mirándolo a los ojos, con rabia.

—Me da igual, yo estaré muerto y no necesitaré nada —responde, impasible, algo que me altera más—. Piénsalo, Connor —susurra en tono de desafío. Le dirijo una mirada cargada de odio, doy media vuelta y salgo del despacho y de su casa a grandes zancadas. El mayordomo me saluda y ni siquiera lo miro. Entro en mi coche, cierro la puerta con fuerza, golpeo el volante y maldigo a mi abuelo y a Meghan Clarkson en voz alta. Me masajeo la cabeza pensando que todo esto tiene que ser parte de una gran pesadilla. Mi abuelo

no puede pretender que me case con esa mujer y le dé bisnietos de la noche a la mañana. ¿Pero en qué siglo se cree que vivimos como para concertarme un matrimonio?

Arranco mi coche y salgo de la propiedad a gran velocidad, me dirijo al club y cuando llego me tomo una copa pese a solo ser las doce de la mañana, pero la necesito. Sin duda, mi abuelo se ha cargado mi fin de semana. Comenzaba el sábado con buenas expectativas, esta noche acudía a una fiesta en la que haría grandes negocios y el domingo pensaba pasar el día completo en la cama con alguna mujer, pero en estos momentos solo tengo ganas de descargar mi furia contra un saco de boxeo. Jamás me había sentido tan atado de pies y manos.

—¡Maldita mujer! —susurro mirando el vaso de licor, mientras el nombre de Meghan Clarkson no deja de atormentarme la mente.

—¿La noche no acabó bien? —pregunta Carter sentándose a mi lado mientras me observa con una media sonrisa que me molesta—. ¿Quién es ella? —se interesa, colocando los codos sobre la mesa, acercándose a mí. Estamos rodeados de más mesas y todas están llenas. Carter y yo somos socios del club más elegante, pijo y caro de todo Boston. Tenemos unas vistas increíbles a un gran césped donde están a punto de comenzar unas carreras de caballo.

—Mejor no preguntes —murmuro distante. No quiero hablar del tema.

—¡Venga ya! ¿Tú cabreado? —inquiere con una ceja alzada—. Pues sí que debe ser grave la cosa. Te ríes de todo, no sé cómo lo haces, pero le sacas el lado positivo a cualquier cosa. No puede ser tan malo lo que te suceda.

—Pues lo es, créeme —le indico con los dientes apretados. Me termino el líquido que queda en mi vaso y me recuesto en la silla con los ojos cerrados, masajeándome la cabeza.

—¿Has dejado a alguna preñada? —aventura Carter.

Abro los ojos, lo miro y le revelo de golpe:

—Mi abuelo quiere que me case. No le gusta que no siente la cabeza, y mucho menos que me relacione con mujeres poco recomendables bajo su punto de vista.

—Vaya, eso no es una novedad, que yo recuerde lleva años pidiéndotelo. Lo cierto es que el pobre hombre tiene razón, en el último año has batido récord de relacionársete con unas cuántas de mujeres en la prensa, y algunas no creo que sean del agrado de tu abuelo —bromea y lo miro con cara de estamparlo contra la pared—. ¿Estás así porque no sabes a quién elegir? —insiste con una sonrisa burlona.

—Si quieres mantener tu bonita cara intacta, aléjate u olvídame, Reynols —escupo entre dientes.

—Cuéntamelo, quizás te haga bien sacar lo que te corroe por dentro. Igual te puedo ayudar, conozco a mujeres de buenas familias, respetadas, que le gusten a tu abuelo, no son como las actrices y modelos con las que te sueles acostar, que solo buscan fama y dinero.

—Mi abuelo ya me ha dado el nombre de mi futura mujer. Acepto o me deshereda.

—Joder, ¿tan fea o vieja es para que estés así? —pregunta Carter sin perder la sonrisa en sus labios. Se está ganando que se la borre de un plumazo.

—Quiere que me case y le dé un heredero. Matrimonio e hijo, eso no va conmigo, tío. Lo sabes.

—Uff —suelta Carter sacudiendo todo su cuerpo con un escalofrío —. Ataduras y responsabilidades, solo en los negocios.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Y quién es ella? —pregunta con interés, acercándose más a mí —. ¿La conozco?

Chasqueo la lengua, me quedo callado, lo miro y suelto:

—Meghan Clarkson. —Carter abre mucho los ojos y me mira serio.

—No —dice de golpe—. Te lo estás inventando.

—Más quisiera —contesto alterado.

—Pero si Meghan es… —Carter no se atreve ni a calificarla.

—Sí, dilo. Una *barbie*, una estirada, vive para su imagen y su ropa. ¿Me ves a mí con una mujer como ella? No me gustan las mujeres perfectas y delicadas como ella.

—¿La conoces personalmente? —pregunta mi amigo con sorpresa.

—No. Solo sé lo que dice la prensa de ella, que es caprichosa, maniática y se cree una reina.

—No puedes negar que es una completa belleza —manifiesta Carter.

—No es mi tipo de mujer —ladro, me molesta que mi amigo la halague.

—Tampoco es que te relaciones con mujeres inteligentes —suelta a modo de broma. Meghan Clarkson dirige la empresa de alta joyería de su familia, pero muchos dicen que ella no hace nada, solo es la imagen y luce las joyas en cada evento al que acude vestida de

grandes diseñadores, los cuales hacen cola porque luzca sus vestidos—. Al menos es discreta, nunca da un escándalo y no se sabe nada de sus parejas —alega Carter.

—No me voy a casar con ella. Me da igual que mi abuelo me desherede. Ya veré qué hago.

—¡¿Qué?! ¿Estás loco? —susurra Carter—. Joder, cásate, dale el gusto a tu abuelo, con el tiempo te divorcias y ella que se encargue del niño, volverás a tener la vida que llevas y serás uno de los hombres más ricos del planeta, joder, Merrill, se te ha ido la cabeza por completo —plantea, escandalizado.

—Al que se le ha ido la cabeza es a mi abuelo, y a ti al pensar que voy a tirar mi vida por la borda por unos millones.

—Billones —me rectifica Carter—. Has sido muy rico desde que naciste, piensa en tu vida sin la cuenta bancaria que tienes ni todo a los que estás acostumbrado —intenta convencerme.

—Te pediré trabajo como ejecutivo en tu empresa —le solicito. Carter trabaja en la empresa tecnológica de su familia y lo heredará todo porque es hijo único.

—Con ese sueldo no tendrías ni para vivir tres días. Piénsalo, amigo.

—No voy a caer en el chantaje de mi abuelo, lo siento, pero no. Él hizo su propia fortuna y yo haré la mía. He aprendido mucho de él. —Arrastro la silla, me levanto y me marcho bajo la atenta mirada de mi amigo.

Me dirijo a hacer un par de apuestas, aún quedan unos minutos, y mi día se vuelve por completo negro cuando pierdo.

Tomo rumbo a mi ático sin ganas de nada, pero Carter y Elliot se presentan en mi casa y me obligan a ir a la fiesta de esta noche.

Una subasta de cuadros, una posterior cena y baile de gala. Me animo porque pienso que debo hacer contactos para mi nuevo futuro, en el que ya no me vean como Connor Merrill, uno de los hombres más ricos del mundo solapado por su abuelo.

Capítulo 2
Connor

Mis amigos han venido a recogerme en una limusina, nos dirigimos hacia la gala mientras que Carter abre una botella de champán y nos insta a brindar.

—Alegra esa cara, Merrill —me anima Elliot—. Parece que vas a un funeral, tío. ¿Dónde has dejado tu sonrisa eterna y ese gran humor que te caracteriza y todos envidiamos?

—También tengo días malos —susurro, apático.

—Pues saca a pasear tu encanto porque esta noche ligamos seguro —lanza Elliot—. ¿Tu mal humor se debe a que llevas algunos días sin follar? —inquiere con una sonrisa.

—Tiene que ver con una mujer, pero no es eso —revela Carter. Le dirijo una mirada, reprendiéndolo por el comentario, y luego alzo mi copa. Elliot la rellena, bebemos y los animo:

—Pasémoslo bien esta noche. —Esbozo una sonrisa forzada y trato de olvidar el chantaje de mi abuelo.

Por suerte la limusina se para, Carter mira por la ventana y anuncia:

—Joder, qué de gente, hay prensa y *photocoll.*

—Se subastan unos buenos cuadros de arte moderno —revela Elliot—. ¿Vas a comprar algo para tu nuevo ático, Connor? —pregunta mi amigo. Solo hace seis meses que me mudé a mi nuevo hogar, un ático de mil metros cuadrados en la última planta de uno de los edificios más altos de Boston. Niego con un gesto al mismo

tiempo que pienso que igual tengo que dejar de vivir ahí porque no pueda mantener los gastos del lugar, al personal a mi servicio y todos mis coches cuando mi abuelo me desherede.

—Creo que esta noche me limitaré a observar —dejo claro.

Nos bajamos del coche, nos fotografían y entramos directos a la gala. Nos entregan el programa con todos los cuadros que se van a subastar y posteriormente tendrá lugar una cena y un baile. Paseo la vista por el lugar donde ya hay bastante gente y, de repente, llama mi atención una mujer que viene entrando. Lleva un vestido rosa fucsia, largo, en palabra de honor y ajustado a su cuerpo. Su pelo rubio platino llama mi atención, fijo mis ojos en los de ellas, azules como el mar, y maldigo para mis adentros. No esperaba que Meghan Clarkson estuviese aquí esta noche. Nunca había coincidido con ella personalmente en ningún lugar, pero es imposible no saber quién es si vives en Boston. Es una persona muy mediática que siempre ocupa las portadas de las revistas más importantes del país. Muchas mujeres con las que me he acostado la admiraban, esbozo una sonrisa por ello y chasqueo la lengua mientras sigo observándola. Luce un collar impresionante en su esbelto y delicado cuello, a juego con unos pendientes y pulsera. Debo admitir que le hace un gran honor a su marca de joyas luciéndolas en cada evento público al que acude. Muchas mujeres quieren ser una *barbie* como ella y terminan comprando las caras joyas pensando que serán tan rubias, altas, delgadas y bellas como Meghan Clarkson. Mientras la observo al detalle pienso que para ser así de bella debe de haber pasado por quirófano más veces de las que años tiene. Debe de ser artificial por fuera y por dentro, solo hay que verla.

—Meghan Clarkson —susurra Elliot a mi lado—. Dicen que es una mujer inalcanzable, una borde de cuidado y que trata a los hombres como basura. Pero es guapa a rabiar, y tiene un cuerpo que te hace fantasear.

—¡Cállate! —ladro de golpe mirando a mi amigo, echando chispas por los ojos.

—¡¿Qué pasa?! ¿Te la quieres tirar? ¡Con ella no puedes, fijo! Tu fama de mujeriego no va con los cánones de una mujer tan exigente como Meghan Clarkson, para alguien como ella sería una completa humillación que te relacionasen con su persona. Ni todos tus millones harían que cayese rendida a tus pies —fanfarronea Elliot sonriente y burlón mientras le dirijo una mirada asesina.

Varios conocidos se acercan, nos interrumpen para saludarnos y el tema de Meghan queda atrás, pero cuando esa mujer pasa cerca mis ojos no pueden dejar de seguirla y controlar sus movimientos. Advierto que lleva a un fotógrafo y a una asistente personal pegados a ella. Les da órdenes y estos la obedecen como unos perritos falderos, siento pena por ellos.

Por megafonía anuncian que en diez minutos comenzará la subasta de cuadros y como broche final se subastará el conjunto de joyas de collar y pendientes que lleva esta noche la señorita Meghan Clarkson, esto último lo desconocía por completo y me sorprende ya que no aparece reflejado en el programa.

Decido ir al baño antes de ocupar mi asiento en la sala de subasta, aunque no pienso comprar nada, sin embargo, me gusta ver los objetos que van a ser subastados, las cantidades que se pagan por ellos y quienes los compran.

Al salir del baño choco de golpe con alguien que venía demasiado deprisa y sin mirar. El bolso de la mujer se ha abierto y se ha esparcido todo por la moqueta del suelo.

—Disculpe —digo de inmediato. Ella ni siquiera me mira, ya está agachada recogiendo sus pertenencias. Me dispongo a ayudarla cuando advierto que es Meghan Clarkson, mis ojos se clavan en los de ella y siento su mirada felina sobre la mía.

—¡Mi pendiente! —exclama llevándose la mano al lóbulo de la oreja—. No, no lo puedo perder —dice alterada, mirándome con sus ojos azules echando chispas, como si yo hubiese sido el culpable.

—Disculpa, pero fuiste tú la que chocó contra mí. Deberías mirar por donde vas —le indico con tono de voz crispado, agachado junto a ella buscando la joya—. ¿Cómo es el pendiente? —pregunto con interés.

Meghan se aparta su pelo del lado derecho y me muestra un diamante en especie de lágrima. Fijo la mirada en su esbelto cuello blanco como la nácar y el olor de su perfume impregna mis fosas nasales.

Tras varios minutos de búsqueda aparece el pendiente, lo encuentro cerca de un jarrón de flores.

—Aquí está. —Lo cojo en mis manos y se lo muestro.

—Menos mal —dice con alivio. La miro bien y siento que está sudando—. Es una joya carísima y va a ser subastada esta noche. Gracias por ayudarme a encontrarla.

Coge el pendiente de mi mano y cuando su piel roza la mía siento una corriente eléctrica que no sé explicar.

—Tanto tiempo escuchando hablar de ti y nos conocemos así —le indico mirándola con atención.

—Señor Merrill —pronuncia mi apellido con delicadeza. Me ha reconocido.

—Ya veo que también sabes de mí —la interrumpo tratando de descubrir si está de acuerdo con nuestra unión—. Igual tendríamos que hablar en un lugar más privado —le propongo—. Creo que estarás de acuerdo que algo entre nosotros…

—Por favor —me corta en seco mientras se coloca el pendiente—, no te molestes en desplegar conmigo tu encanto de mujeriego. No me interesa. No me relaciono con hombres como tú. Que tengas buena noche. Llego tarde a retocarme. —Da media vuelta y desaparece en el baño de señoras dejándome con la palabra en la boca y mirándola como un pasmarote. ¿Pero quién se cree Meghan Clarkson para tratarme así? Me siento humillado por esa mujer a la misma vez que su indiferencia me hace hervir por dentro.

Llego a mi lugar para la subasta, me siento junto a Carter y sigo pensativo en mi encuentro con Meghan. Me ha rechazado, por lo que eso quiere decir que ella no está de acuerdo con el matrimonio entre ambos. Algo que debería hacerme muy feliz, ya que si no quiere esta unión yo no perdería nada con mi abuelo. Sin embargo, no entiendo por qué no siento la alegría que esto debería producirme.

Carter me da un leve codazo y me pregunta:

—¿En qué estás pensando? Llevas toda la subasta distraído. No has comentado ni un solo cuadro ni mostrado interés alguno, y me consta que eres un gran admirador del arte moderno.

—Esta noche tengo la cabeza en otra cosa —me excuso, malhumorado.

—Pues creo que este último objeto te interesará —manifiesta y me hace un gesto para que desvíe la mirada hacia el escenario, donde Meghan está subiendo, la presentan y exponen a subasta las carísimas joyas que lleva.

Para mi gran sorpresa ella se queda allí parada, a modo de maniquí luciendo las joyas en su esbelto cuello y haciendo que todos los presentes la miren, algo que logra molestarme. Sin duda, es la clase de mujer que necesita la atención de todos sobre ella. De lo contrario, se hubiese deshecho de las joyas y habría vuelto a su asiento.

Mi interés se centra en Meghan y en el inicio de la subasta, fijado en ochocientos mil dólares.

Comienzan a pujar y a cada voz que oigo, todas masculinas, no puedo evitar girarme y mirar de quién se trata, conozco a la gran mayoría de los presentes. Yo me encuentro en primera fila, tengo a Meghan relativamente cerca y me molesta que ni siquiera me haya dirigido una sola mirada después de nuestro tropiezo.

Escucho que el hombre que está un par de filas más atrás de la mía susurra:

—¿Ella va incluida en el lote?

Estoy a punto de partirle la cara por esa falta de respeto, pero me contengo. Sin embargo, me giro de nuevo cuando escucho que ofrece un millón de euros y a continuación murmura:

—Si bien ella no va incluida en la subasta valdrá la pena pasear mis manos por su delicado cuello para quitarle las joyas y hacerme una foto agarrado a su cintura.

Maldigo para mis adentros, cierro los ojos y oigo que están a punto de adjudicar las joyas por ese precio al cabrón que está detrás

de mí. De repente, alzo la voz y ofrezco:

—Un millón y medio de dólares —pronuncio alto y claro.

Se percibe un gran murmuro en la sala y advierto la sorpresa en la persona encargada de llevar la subasta. Al menos he conseguido que Meghan clave sus ojos en mí. Ella también me mira asombrada.

—Un millón novecientos mil dólares —dice el tío al que quiero sacar de juego.

Me giro en mi silla, lo miro y alzo la mirada hacia Meghan.

—Tres millones —suelto de pronto, con absoluta calma mientras se produce un gran revuelo en la sala.

Elliot y Carter me miran con los ojos muy abiertos, pero no les hago caso. Clavo mis ojos en la persona encargada de la subasta, el cual está tan asombrado que no sabe cómo seguir. Hace la cuenta atrás, no suben mi cantidad y sonrío cuando el señor de mediana edad dice:

—Adjudicado el conjunto de joyas compuestos por diamantes que luce la señorita Meghan Clarkson. Un diseño exclusivo de su empresa, creado por su abuela y el primero con el que la firma Clarkson se dio a conocer. Una verdadera joya familiar que ahora pasa a las manos del honorable señor Merrill. Por favor —me indican para que suba a recoger las joyas que acabo de adquirir.

Me dirijo al escenario con mi mejor sonrisa, miro a Meghan y ella me sonríe con amabilidad, le doy un beso y ella me dice de forma muy educada:

—Enhorabuena, señor Merrill.

Nos fotografían, tenemos a muchas personas pendiente de nosotros y finalmente me instan a que me haga con las joyas que aún lleva Meghan. Al parecer lo quieren fotografiar todo. Me coloco a

su espalda y comienzo a abrir el cierre del collar, se me resiste un poco y Meghan susurra:

—Lleva un cierre de seguridad, debes girarlo a la derecha y luego hacer presión. —Al sentir mi contacto en su piel siento que esta se le eriza. A conciencia, ralentizo mis movimientos.

—No sabía que esta joya fuese familiar —murmuro—. ¿Por qué desprenderse de algo que tiene un valor sentimental? —pregunto al mismo tiempo que pienso en lo superficial que es esta mujer.

Meghan se gira cuando ya tengo el collar en mis manos, y mientras ella misma se deshace de los pendientes me dice con cierto tono altivo:

—¿Has tratado de sorprenderme con esa puja? Déjame decirte que no me impresionan los hombres como tú, para un Merrill tres millones de dólares es calderilla. —Coge una de mis manos y coloca los pendientes en ella. Luego tiene el atrevimiento de cerrarme los dedos entornos a las joyas—. Espero que se las regale a una mujer que merezca llevarlas —me espeta, altiva, midiéndome con la mirada y haciéndome sentir inferior a ella.

—Será mi regalo de bodas —le indico, mordaz, mirándola mientras mis ojos echan chispas—. Aunque quizás mi futura mujer no se las merezca.

—Tú sabrás con qué clase de mujeres te relacionas. Buenas noches. —Meghan me muestra una sonrisa forzada, se da media vuelta y se marcha con el porte y la elegancia de una reina, eso no se le puede negar.

Siento un par de palmadas en mi hombro y cuando me giro me topo con Carter mirándome con una sonrisa que logra molestarme, me pregunta:

—¿Qué ha sido eso? ¿Tu último gasto antes de que tu abuelo te retire las tarjetas bancarias o has querido demostrar antes de tiempo que esa mujer es tuya?

—¡No digas tonterías! —escupo entre dientes, enfadado.

—¿Para qué quieres tú ese conjunto de diamantes? Jamás te han interesado las joyas —comenta con asombro—. Tu eres de los que regalan viajes y noches en la cama en lujosos hoteles a las mujeres con las que estás, pero nunca joyas.

Es cierto, como no me comprometo con nadie y siempre sé que tarde o temprano terminaré con la mujer que estoy jamás le he regalado a ninguna un objeto de valor que pudiese guardar o vender cuando finalice la relación. Los lujos los disfrutamos juntos. Cuando todo acaba no deseo que tengan nada mío.

—Solo ha sido una maniobra para molestar a Meghan —susurro sintiéndome victorioso.

—No entiendo nada. —Carter me observa descolocado.

—Ya te lo explicaré con calma, pero aquí no.

Nos interrumpe la seguridad de la gala, la cual se ofrece para custodiar y guardar las joyas, se las entrego y me quedo un poco más en el evento. Busco a Meghan con la mirada, pero no consigo dar más con ella en toda la noche.

Capítulo 3
Meghan

Sin importarme la hora, salgo corriendo de la subasta en dirección a casa de mi abuelo. Jamás pensé que pujasen tantísimo dinero por los diamantes de mi abuela. Sé que cuando le cuente esta maniobra a mi abuelo no la aprobará. Mi difunta abuela me dejó en herencia sus joyas más especiales, y los diamantes subastados eran los que tenían mayor valor económico, por ello decidí deshacerme de ellos, tras pensarlo mucho, por una buena causa.

Mi asistente me reprende en la limusina que me lleva de regreso a casa porque debí permanecer más tiempo en la gala, pero mi euforia es tanta al obtener los tres millones de dólares que Merrill ha pujado que no puedo evitar entrar en la habitación de mi abuelo y despertarlo.

—Abuelo, podremos salvar la empresa. Acabo de conseguir tres millones de dólares —revelo sentada a su lado en la cama, mientras él se incorpora y me mira, somnoliento. Se refriega los ojos, coge sus gafas de la mesita de noche y me observa al detalle, fijándose que voy vestida de gala.

—¿Qué sucede? ¿De dónde vienes? —pregunta un poco desorientado.

—No te conté nada porque sé que no lo aprobarías, pero decidí subastar el conjunto de diamantes de la abuela. He obtenido tres millones de dólares —repito, eufórica, muy contenta.

—i¿Qué has hecho qué?! —pregunta mirándome muy serio, tanto que consigue que sienta un gran escalofrío por mi cuerpo.

—Ha sido por una buena causa —justifico de inmediato—, la abuela estaría orgullosa. Los bancos no nos daban el crédito que necesitamos para salvar la empresa y no quiero que tengamos que venderla o aceptar a otro socio capitalista que interfiera en nuestras decisiones. Clarkson es una empresa familiar. Lleva nuestro apellido. Deseo trabajar ahí el resto de mi vida. Tan solo llevo un año en ella y no me veo en ningún otro lugar.

—Meghan… —susurra mi abuelo mientras me observa con tristeza, cierra los ojos y toma una gran bocanada de aire.

—Con ese dinero podemos hacer algo.

—Mi niña… Nos hace falta muchísimo más. Un inversor, un socio capitalista —me explica.

—¿Me estás diciendo que he subastado el mayor y más preciado recuerdo de mi abuela y el dinero obtenido no nos vale para sacar a la empresa adelante? —pregunto con agobio.

—Ya me he encargado de salvar a la empresa y a todos los trabajadores a nuestro cargo, pero, para ello, te necesito a ti —manifiesta en un tono de angustia.

—¿A mí? Claro, haré lo que sea necesario —le indico de inmediato. Él se queda callado, me admira, sale de la cama, me abraza y se sienta en su sillón de lectura al lado de la chimenea, me contempla y acudo a su lado. Me arrodillo en la alfombra, como cuando era pequeña y me contaba un cuento, y coloco la cabeza en sus piernas. Me acaricia el rostro y el pelo, siento una gran paz hasta que susurra:

—Tienes que casarte, Meghan. Es necesario para salvar a nuestra empresa y a nuestra familia, o de lo contrario nos iremos todos a la ruina. Estamos en tus manos, mi querida nieta.

—¿Casarme? —Lo miro aterrada—. No, abuelo —niego en rotundo mirándolo a los ojos al mismo tiempo que muevo mi cabeza.

—Sería un matrimonio para salvar a la empresa —explica de forma apresurada—. Tu futuro marido necesita a una mujer como tú de cara a la sociedad, al mundo en el que se mueve, ya que es un hombre muy rico, y a cambio salvaría nuestra empresa. Compraría el setenta por ciento, sin embargo, dejaría que tú tuvieses una participación activa en ella siempre.

Miro a mi abuelo con los ojos muy abiertos, sin poder creer lo que me expone.

—¿Y tú? —pregunto agitada. Sé que la empresa de joyas que poseer desde hace más de cuarenta años es su vida.

—Ha llegado la hora de jubilarme. Los tiempos han cambiado y debo admitir que tengo unas ideas más anticuadas que no van con el avance de la sociedad. No invertí lo suficiente en las nuevas tecnologías y las consecuencias de ese avance y yo no haberlo aplicado como el resto de empresas, porque me resistí a ello, quería que Clarkson siempre fuese igual, ha llevado a la empresa casi a la quiebra total —admite con gran dolor.

Un nudo se me instala en el pecho y varias lágrimas brotan de mis ojos. Me duele ver a mi abuelo así de derrumbado, pero debo de admitir que no ha gestionado bien la empresa en la última década y es preso de esas consecuencias.

—¿No existe otra solución? —pregunto con angustia.

—Si no hay matrimonio comprarían la empresa entera. Al menos no quedaríamos en la ruina total, pero tú perderías lo que más amas. Si te casas, comprarían el setenta por ciento con opción a que en un futuro podamos adquirirlo de nuevo y Clarkson sea otra vez de la familia. Este último año que has empezado a trabajar en ella has cambiado tanto y te veo tan bien que deseo que sigas así. Por supuesto, ese treinta por ciento restante siempre sería solo tuyo —me deja patente—. Se trata de un matrimonio de cara a los demás —intenta convencerme—. Es un hombre muy rico, con muchas obligaciones y tiene que proyectar una imagen respetable, por ello te necesita, además, considera que es hora de dejar atrás su fama de mujeriego y eterno soltero de oro.

—¿De quién se trata? —pregunto con interés y miedo a la vez.

—De uno de los hombres más ricos del mundo —dice como si nada.

—¿Quién es? —inquiero con un hilo de voz. Tiemblo mientras espero el nombre.

—Mi amigo Jordan Merrill dejará como heredero de toda su fortuna a su nieto, Connor. Y él necesita una esposa como tú.

—¿Connor Merrill? —pronuncio su nombre con horror.

—Es joven, apuesto, inteligente… —enumera.

—Mujeriego, arrogante, insoportable… —continúo.

—¿Os conocéis? —Tuerce el gesto mirándome con atención.

—No —miento—. Es lo que se dice de él —respondo con indiferencia.

—Meghan… No deberías juzgarlo por lo que se rumorea de él. Tú misma lo has experimentado en tus carnes —me reprende con cariño.

Suspiro, tomo una bocanada de aire, me levanto y me alejo de mi abuelo. Me paseo descalza por su habitación mientras me froto los brazos con fuerza, de repente siento mucho frío. Percibo que mi abuelo me da tiempo mientras me observa en silencio.

—Puedes pensarlo, cariño —me anima—. No quiero obligarte a nada. Esto que te he planteado es solo una opción.

Me giro, lo miro a los ojos y pregunto:

—¿Solo sería un matrimonio de cara a los demás?

—Connor necesita dejar atrás su fama de mujeriego incorregible para cuando su abuelo lo deje todo en sus manos. Una esposa como tú, que lo acompañe y sepa comportarse acorde al estatus que posee, es todo cuanto necesita. Sé que jamás provocarías un escándalo que lo perjudicase, tienes una educación exquisita y estoy orgulloso de ella.

—Abuelo, esto es muy complicado —susurro, aterrada—. Para salvar la reputación de ese hombre echaré la mía por la borda al casarme con alguien como él.

—Mi niña, Merrill es billonario y todo se le perdona. Además, no ha matado a nadie.

—Y yo tendré que ser la sombra de ese hombre y jamás podré brillar por mí misma —manifiesto, compungida. No es lo que tenía en mis planes.

—Meghan, tú puedes llegar donde te lo propongas, mi amor —dice mi abuelo. Se acerca a mí y me abraza.

—No soy tan fuerte como piensas —susurro, refugiada en su pecho.

—Solo es cuestión de que creas en ti misma. Piénsalo todo, no quiero que tomes ninguna decisión sin meditarlo bien. Yo aceptaré lo

que decidas, cariño. Todo queda en tus manos. Solo quería darte la opción de no perder Clarkson para siempre porque sé lo que significa para ti.

Mi abuelo me acompaña a mi habitación y se marcha cuando me deja sentada en la cama. Una vez a solas me deshago del vestido, y me tumbo sobre el colchón en ropa interior, sin desmaquillarme ni deshacerme el recogido del pelo. Cierro los ojos y la figura de Connor Merrill con esa sonrisa insolente dibujada en su boca aparece en mi mente. Recordar sus intensos ojos grises me provocan un gran escalofrío. Me coloco en posición fetal y me abrazo mientras pienso en ese hombre tremendamente atractivo que deseo mantener lejos de mí, pero que el destino se empeña en unirnos.

De repente, me quedo pensativa en la frase que dijo Connor cuando se hizo con mis joyas en la subasta: "será mi regalo de bodas". ¿Él ya sabía del acuerdo que me acaba de proponer mi abuelo? Me pregunto, alerta.

No duermo en toda la noche. Tengo mil preguntas para mi abuelo y necesito saber qué quiere Connor Merrill de mí exactamente.

Capítulo 4
Connor

Me despierto maldiciendo a Meghan Clarkson. No he podido dormir en toda la noche pensando en ella. En lo insolente, altiva y orgullosa que es. Se atrevió a decirme que ella no se relacionaba con hombres como yo. ¿Se cree superior a mí con la pinta de *barbie* que tiene? Al menos, será ella quién decida no llevar a cabo nuestra unión. Me dejó claro que no le caigo nada bien. Creo que casarse conmigo le produciría un infarto y es algo que está a mi favor.

Carter llega a mi ático a media tarde, no he salido de casa en todo el día. Mi amigo me cuenta que terminó la noche con una mujer en un hotel y se interesa por mi asunto con Meghan. Quiere saber por qué actué así con ella. Lo saco de dudas y le explico:

—Esa mujer me odia. Soy su antítesis. Ella es perfecta, correcta, educada y maravillosa en todos los sentidos, al menos así lo expone de cara a todos.

—Y a ti nunca te ha importado lo que digan los demás. Pero debería a partir de hoy, ya que si dejas atrás los millones de tu abuelo pasarás a ser un mortal —bromea Carter.

—Meghan no va a aceptar el trato. Será ella la que tumbe el acuerdo —le explico a mi amigo de buen humor.

—¿Cómo? —pregunta con sorpresa—. Seguro que tu abuelo tiene a una segunda candidata.

—Ganaré tiempo y le diré que pienso conquistar a Meghan.

—¿Y qué ganas con eso? —inquiere.

—Tiempo. Que mi abuelo desista de esa terrible idea de verme casado y darle bisnietos ya. Puede que en unos años.

—Vaya, ya estás cambiando de parecer.

—Puede que encuentre una mujer adecuada para mí. Pero no quiero ataduras antes de cinco años, mucho menos ser padre —le dejo claro.

—¿Y ahora qué sigue, genio? —pregunta con interés Carter.

—Decirle a mi abuelo que acepto su propuesta. Me casaré con Meghan Clarkson. Y será ella quien me rechace y seré libre de nuevo. No sé si ya sabe del acuerdo y lo declinó o aún no es conocedora de ello. Su actitud de anoche me desconcertó por completo.

—A mí lo que me desconcertó fue que te hicieses con sus joyas en la subasta por esa gran cantidad de dinero.

—El tío que pensaba hacerse con ellas era un gilipollas, solo quise darle una lección —le recuerdo sin darle mayor importancia al asunto.

—Ya. Con Connor Merrill no se juega, ni con lo que le pertenece —añade y me sonríe, algo que logra molestarme.

—¿Qué quieres decir? —le exijo un poco alterado.

—Nada, tiempo al tiempo, amigo mío —aventura. Le sirvo una copa y dejamos el tema atrás.

***

Dejo que pasen las setenta y dos horas que me dio mi abuelo para pensarme su propuesta, no hablo con él en todo ese tiempo, y antes de cumplir el plazo me presento en su casa.

—Supongo que vienes a darme una respuesta —murmura en cuanto me ve aparecer por el salón. Está desayunando.

Me siento a su lado y el mayordomo me sirve un café en silencio. Sabe bien cómo lo tomo.

—Supones bien —susurro.

—¿Y? —pregunta con impaciencia.

—Acepto. Me casaré con Meghan Clarkson y seré tu heredero —manifiesto en tono relajado.

—Y me darás un bisnieto —añade mi abuelo, a lo que yo asiento. Se me queda mirando, fijo, estudiándome al detalle, hasta que manifiesta—: Me haces muy feliz, Connor. Ven a mis brazos. Sabía que entrarías en razón.

Mi abuelo se coloca en pie y me recibe en un abrazo. Nos palmeamos la espalda y cuando lo miro a los ojos puedo sentir su emoción.

—¿Qué sigue ahora? —me intereso. No veo la hora de que mi futura mujer me rechace y mi abuelo vea que su plan se ha venido abajo.

—Vamos a comprar el setenta por ciento de la empresa de la familia de tu futura mujer. Están en la ruina. Tienes como misión llevarla de nuevo al éxito —explica. Lo miro con el ceño fruncido y confirma—: Sí, también te nombraré mi heredero y me retiraré. Todo lo que yo manejo hasta el momento pasará a tus manos en poco tiempo.

—¿Quieres que me centre en una empresa de joyas hasta que te sustituya? —pregunto con asombro. No lo esperaba.

—Por lo que ha llegado a mis oídos, las pasadas noches gastaste la friolera cantidad de tres millones de dólares en un conjunto de

diamantes. Me remito a tus actos, querido nieto —me recuerda con una sonrisa que me molesta.

Me quedo en silencio y miro a mi abuelo, odiando que siempre lo controle todo y tenga ojos en todas partes.

—¿Por qué no compramos la empresa entera? —pregunto con interés.

—Porque solo está a la venta el setenta por ciento. Qué más da, tienes la mayoría. Y también tienes trabajo. Ponte con ello. Esta misma semana cerramos la compra y el compromiso.

—¿Has llegado al acuerdo con Clarkson que si me caso con su nieta salvas su empresa? —pregunto seguro de ello. Conozco bien las maniobras de mi abuelo.

—Él necesitaba alguien que rescatase su empresa y yo a una buena mujer para mi nieto.

—¿Me has comprado una esposa? —inquiero con enfado.

—Solo voy a comprar una empresa, el resto de la decisión es tuya. La condición de que te cases con ella la pongo yo y la has aceptado tú.

—¿Y qué tiene que decir Meghan en todo esto? —pregunto con interés.

—Es un acuerdo al que llegamos su abuelo y yo. Salvo su empresa y ella se convierte en tu esposa y la madre de mi bisnieto.

—Tendré que trabajar con ella porque entiendo que el treinta por ciento de la empresa quedará en manos de su abuelo.

—Sí.

—Bien —accedo—. A trabajar. —Suspiro mientras pienso que las cosas están difíciles, pero haré lo imposible porque Meghan me

rechace como marido y se conforme con tenerme como un socio que saque su empresa de la quiebra y la lleve de nuevo a lo más alto.

Capítulo 5
Meghan

—Tengo que aceptar ese matrimonio —les confieso, resignada, a mis dos mejores amigas tras contarle la situación por la que pasa la empresa de mi abuelo y todo lo que perderemos si no acepto el plan de ser la esposa de Connor Merrill. Stella y Callie son como mis hermanas, lo saben todo sobre mí. Estamos juntas desde el instituto y siempre hemos permanecido unidas.

—¿Estás preparada para ser la mujer de ese tío? —pregunta Stella.

—Solo lo seré en un papel y de cara a los demás —respondo con tranquilidad.

—Ella es como una chica de compañía, pero sin sexo. Y con el estatus de esposa de un tío multimillonario —bromea Callie—. Merrill te paseará y te mostrará ante sus importantes amistades, saldréis guapos en las fotos y con ello se alejará de él esa fama de mujeriego que tiene. Lo cierto es que hacéis una pareja genial.

—¡Cállate! —le ordena con tono crispado Stella. Creo que ella si comprende por lo que paso, Callie ve la vida de otra forma. Tiene la filosofía de verle el lado positivo a todo.

—Lo hago por salvar la empresa de mi familia. Connor Merrill me cae como el culo. Solo pensar que tendré que aguantarlo y que mi nombre estará ligado al de él me pone enferma.

—¿Cuándo le vas a comunicar a tu abuelo la decisión de casarte con Merrill? —pregunta Stella.

—Esta noche —susurro, como si ello supusiese ir a la mismísima horca.

—La prensa va a flipar cuando se anuncie vuestro compromiso y posterior boda. El multimillonario soltero más codiciado y la mujer más inaccesible y bella de todo Boston. Una pareja explosiva —comenta eufórica Callie.

—¿Por qué te hace tanta ilusión todo esto? —pregunto con sorpresa. No la entiendo.

—Porque vas a tener a un hombre cerca. Y Merrill no es cualquier tío, ya sabes la fama que tiene… Igual con él… Sea lo que necesites —me indica guiñándome el ojo.

—Te aseguro que no —le suelto de inmediato, muy segura de ello.

—Meghan… —protesta Callie—. Algún día llegará ese hombre por el que te vuelvas loca y sientas un deseo irrefrenable.

—No quiero hablar del tema.

—¿Cuánto hace que no quedas con un tío? —pregunta a modo de reproche.

—En plan cita formal, dos años —revelo.

—Es que no le pones empeño —me regaña.

—No tengo tiempo —me excuso.

—Sabes que nos encantaría verte enamorada y feliz. Ya te toca, amiga —dice Callie abrazándome.

Callie se enamoró de su novio hace dos años y asegura que es el amor de su vida. Stella no encuentra al hombre adecuado por más que se empeña en conocer a tíos, y yo, debo de admitir que paso de todo. Tener una cita me produce estrés y ansiedad.

—Algún día llegará el hombre que tenga el destino para ti y te aseguro que por muchas piedras y trabas que pongas en su camino

no te dejará ir. Vales demasiado, Meghan Clarkson, solo que no le das el tiempo suficiente a ningún hombre para que te conozca de verdad —comenta Stella y luego me abraza también.

Mis amigas logran que me sienta preparada para lo que se avecina en mi vida, sé que van a estar a mi lado de forma incondicional.

Mientras ceno con mi abuelo en casa le comento:

—He pensado todo muy bien y voy a aceptar casarme con Connor Merrill para salvar la empresa.

Mi abuelo clava sus ojos azules sobre los míos y dice:

—¿De verdad? —Me muestra una enorme sonrisa y lo aprecio claramente emocionado—. Cariño, verte casada…

—Abuelo, no es un matrimonio de verdad, ni por amor —le recuerdo de inmediato.

—Ya, cariño, pero me emociona —comenta. Pongo los ojos en blanco y le indico:

—¿Y ahora qué viene? —Intento aparentar tranquilidad, pero lo cierto es que estoy muerta de miedo.

—Bueno… supongo que Connor y tú tendréis que conoceros, establecer las bases del matrimonio, hacer público el compromiso y luego la posterior boda. Serán unos meses de muchos preparativos. Hablaré con Jordan y organizaremos una cena entre ambas familias, algo informal aquí en casa —plantea y no me parece mal que sea Connor quien venga por primera vez a mi terreno, esto hará que me sienta más segura.

—Lo principal es salvar la empresa —le recuerdo a mi abuelo. Me molesta que no lo haya mencionado.

—Estoy seguro de que con la aportación de Merrill resurgirá, mucho más de lo que jamás fuimos.

—Eso espero. Hago todo esto por la empresa. Me deshice del conjunto de joyas de diamantes de la abuela y no sirvió para nada —comento con pena.

—Tienes tres millones de dólares y las joyas están en poder de tu futuro marido. Creo que no es tan malo —manifiesta con una sonrisa que no llego a entender.

Suspiro mientras siento que lo que está por venir no será nada fácil, pero tampoco se lo transmito a mi abuelo. Desde hace un año, cuando falleció mi abuela de forma repentina debido a un infarto, lo siento con menos energía. Ha delegado en mí casi todo el negocio en este tiempo y sale poco, por ello decidí no independizarme tras la muerte de ella. La mansión donde siempre he vivido es enorme y pensé que con mi compañía se sentiría menos solo. Mis padres tienen su residencia en Nueva York y jamás se han planteado dejar la ciudad. Ni siquiera cuando yo decidí venirme a vivir con mis abuelos con quince años tras lo que me pasó. Necesitaba alejarme de Nueva York.

Subo a mi habitación, entro en mi enorme vestidor y paseo la mirada por toda mi ropa al mismo tiempo en el que pienso en cómo será mi vida y mi día a día cuando me case con Connor Merrill. Espero que al ser un matrimonio de cara a los demás no tengamos que convivir juntos todo el tiempo, al menos no es mi intención, pero sé que él lleva una posición dominante en este asunto ya que exigirá todo a su conveniencia debido a que es quién va a comprar y salvar la empresa de mi abuelo, y quien necesita restablecer su

imagen pública mostrándome como su esposa, y no me quedará más remedio que aceptar, pero haré mi lucha y no se lo pondré nada fácil a ese hombre que me altera nada más verlo.

***

Una semana después

Me miro al espejo y observo el vestido negro que luzco, en corte *midi*, ajustado a mi cuerpo y complementado con joyas de oro. Pendientes, collar y pulsera. Llevo mi pelo suelto, peinado con ondas y me he maquillado con esmero. Esta noche tenemos una cena importante en casa. Connor Merrill acudirá con su abuelo para que tengamos un encuentro más personal e íntimo entre todos. Jordan decidió que solo asistiésemos hoy los cuatro, ya habría lugar para hacer una cena con los padres de Connor y los míos y anunciar el compromiso y posterior fecha de boda.

En esta semana mi abuelo ya ha firmado la venta del setenta por ciento de las acciones de Clarkson y esta noche Connor y yo firmaremos el acuerdo de matrimonio donde quedará todo establecido entre ambos.

Me siento algo nerviosa por la presencia de Connor en mi casa, desde la subasta no he tenido noticias de él y me llena de curiosidad saber si ya sabía del acuerdo entre nosotros cuando pujó por mis joyas. Estoy segura de que él si era conocedor del acuerdo, pero necesito corroborarlo y saber con qué fin se hizo con esas piezas de mi familia.

Me suena el teléfono y es una videollamada de Callie y Stella, ambas desean saber cómo me he arreglado para, según ellas, la primera cita con mi futuro marido.

Cuando aprecian mi vestido negro y zapatos de tacón clásicos en el mismo color tuercen el gesto.

—¿De verdad, de negro? ¡No vas a un funeral! —me reprende Stella nada más verme.

—Vas a ser la mujer de uno de los hombres más ricos del mundo. Y si a eso le añadimos que es guapo, apuesto, tiene unos ojos grises increíbles y está buenísimo… Esa sonrisa que tiene… Creo que eres muy afortunada. Yo iría de rojo —dice Callie con emoción.

—Odio a Connor Merrill, nada de lo que digáis cambiará la imagen que tengo de él. Mujeriego, prepotente, creído y caprichoso. Un hombre acostumbrado a tener todo lo que desea porque piensa que con su dinero puede conseguirlo.

—Deberías mostrarte más contenta con lo que el futuro te ha puesto en bandeja. Pagó un dineral por tus joyas, va a salvar la empresa de tu familia y tú vas a ganar bastante en la escala social convirtiéndote en su mujer. A partir de ahora todo lo que hagas se volverá de oro —plantea Callie.

—¿Y no cuenta que lo voy a tener que soportar? Connor Merrill es insufrible —me quejo.

—Tampoco será para toda la vida. ¿Cuánto tiempo deberéis estar casados? —se interesa Stella.

—No lo sé, todos esos aspectos lo hablaremos y firmaremos esta noche. Por el momento solo sé que debo casarme con él para que comience a proyectar una imagen de hombre más maduro, serio y respetado de la que tiene en estos momentos. Su abuelo va a dejar

todo en sus manos y necesita dar una imagen más seria de la que tiene.

—Suerte —me desean ambas—. Y en cuanto se acabe la reunión y vuelvas a la habitación nos llamas y nos cuentas cómo ha ido todo —manifiestan ansiosas.

Pongo los ojos en blanco y suspiro con fuerza pidiendo al cielo que me dé paciencia, ya que la voy a necesitar para soportar todo lo que viene.

Capítulo 6

Connor

—¡Me llevan los diablos! —maldigo mientras me anudo la corbata y me coloco los gemelos de oro blanco—. Esa mujer me va a volver loco por completo.

—¿Te sorprende que haya aceptado? —pregunta Carter, sentado en los pies de mi cama, mirándome con una sonrisa burlona. Sé que el muy cabrón está disfrutando de todo esto.

Se ha presentado en mi casa para que nos fuésemos de copas y al declinar la invitación y contarle los planes que tengo para esta noche se ha apalancado en mi ático y no lo he podido echar por más que lo he intentado.

—¡Por supuesto! —bramo alzando la voz—. Me dijo, casi con desprecio, que ella no se relacionaba con hombres como yo. ¿Y ahora acepta ser mi mujer? —bufo, exasperado.

—Está claro que tu abuelo se lo puso de condición para salvar la empresa —comenta Carter.

—La ha comprado, ha comprado el setenta por ciento de Clarkson —repito con énfasis—. ¡¿Qué sentido tiene que se case conmigo si ha perdido la empresa?! ¡Ya no pertenece a su familia!

—Igual quiere domarte. Que pierdas esa fama de mujeriego que tienes.

—Lo lleva claro —murmuro con desdén.

—¡¿Qué piensas hacer?! —pregunta con desmesurado asombro—. Le dijiste a tu abuelo que te casarías con ella, ¿vas a echarte para

atrás?

—Le di mi palabra y no pienso retractarme —sentencio, muy seguro de ello.

—¿La vas a aceptar como esposa? —inquiere con los ojos muy abiertos.

—Esta noche vamos a firmar el acuerdo de matrimonio, en el que me encargaré de exigir demasiado, luego anunciaremos el compromiso y unos meses después será la boda. Te aseguro que haré méritos suficientes para que esa mujer decida no casarse conmigo. Será ella quién rompa el acuerdo, te lo aseguro —manifiesto convencido de ello, mostrándole una sonrisa.

—Van a ser unos meses muy divertidos, no lo dudes —comenta en tono jocoso Carter—. ¿Qué tienes pensado? —se interesa mirándome con atención.

—Ya te lo contaré si acepta todas mis condiciones esta noche.

Recojo a mi abuelo y ambos nos dirigimos a casa de Lincoln Clarkson. De camino allí me pregunta si estoy nervioso y listo para aceptar a mi futura mujer. Lo miro a la vez que me pregunto si está provocándome y contesto mientras mi chófer conduce:

—Jamás he estado nervioso por ningún asunto con respecto a una mujer. Y sí, estoy listo para aceptar a mi futura esposa. He de decir que has tenido muy buen gusto en tu elección, Meghan es una mujer impresionante.

—Me alegra que hayas recapacitado en todo este asunto —dice mi abuelo mientras me palmea la pierna y asiente, sintiéndose triunfador mientras yo trato de ocultar una sonrisa porque estoy seguro de que este juego lo voy a ganar yo, y por goleada. Voy a

darles una lección a mi abuelo y a Meghan que nunca olvidarán. Voy a ser un prometido tan insufrible que mi futura esposa no deseará tenerme por marido por muchos millones que tenga mi cuenta bancaria.

—Dejaré que el acuerdo sobre la boda con Meghan y posterior convivencia juntos lo establezcas tú. Solo te pondré de condición que el enlace debe ser en abril y por supuesto la unión no debe de tener una fecha de fin —añade mirándome.

—Abril… estamos a finales de enero —me quejo de inmediato. Esperaba contar con más tiempo para llevar a cabo mis planes.

—La próxima semana anunciaréis el compromiso públicamente, y una vez que seáis marido y mujer te nombraré mi único heredero, tendrás pleno control y dominio sobre todo lo mío y yo me dedicaré a vivir sin preocuparme por nada, sabiendo que todo está en tus manos. Las mejores. Estoy muy orgulloso de ti, Connor. Doy gracias a Dios de que me enviase un nieto como tú, ya que mis dos hijos no sirven para nada. A tu padre solo le interesa salvar vidas, y a tu tío malgastar mi dinero en fiestas gay —se queja.

La mansión en la que vive Lincoln Clarkson no me parece tan lujosa como esperaba. Él y su nieta nos reciben de forma amable y educada. Cuando cruzo la primera mirada con Meghan siento que nuestros ojos echan chispas a la vez, nos damos un beso de forma cordial y pasamos al salón de la casa, donde un mayordomo y una sirvienta sostienen unas copas junto con una botella de champán. Brindamos por la adquisición de Clarkson y justo en ese momento me entero que directamente mi abuelo lo ha comprado a mi nombre. Ya es mío. Meghan y yo somos los únicos dueños de esa

empresa. Por la forma en la que ella me mira y lo hace con su abuelo deduzco que tampoco sabía nada. Creo que somos dos marionetas en las manos de dos viejos que están jugando con el destino de sus nietos. Lo dejo pasar y le doy las gracias a mi abuelo, mostrándole una sonrisa. Meghan no se muestra tan contenta y es algo que me produce alegría.

—Creo que Meghan y Connor pueden pasar a mi despacho para ultimar las condiciones y cláusulas del matrimonio —propone Lincoln —, mientras mi amigo Jordan y yo rememoraremos viejos tiempos de cuando estudiábamos juntos.

—Me parece bien —dice mi abuelo.

Miro a Meghan y ella me hace un gesto con la mano para que la siga. Hasta que llegamos al despacho de su abuelo camina delante de mí erguida y sin dirigirme ni una sola mirada. Admiro su cuerpo, enfundado en un vestido negro y debo de admitir que es una mujer bien proporcionada pese a su delgadez, pero al mismo tiempo deduzco que su figura será producto de la cirugía, al igual que su bello rostro. Sin embargo, he de admitir que dio con el cirujano perfecto. Aunque me cueste reconocerlo, Meghan Clarkson es una mujer muy guapa.

Ella cierra la puerta y no espero a que me indique que tome asiento, sin embargo, por cómo tuerce el gesto cuando descubre que lo he hecho entiendo que le ha molestado.

Meghan se posiciona detrás de la mesa, se sienta frente a mí y me mira en silencio, esperando que sea yo quien tome la palabra. Le sostengo la mirada, serio, hasta que me indica:

—Tú dirás.

—Me gustaría escucharte a ti antes —le ofrezco con interés—. Cómo es que has decidido casarte conmigo. Me tienes intrigado. Después de nuestro último encuentro jamás pensé que aceptases esta unión.

—¿Nunca has hecho nada que no te guste pero que sea necesario? —inquiere sentada con la espalda recta y los hombros cuadrados.

—No —respondo con chulería.

—Supongo que el dinero lo compra todo —replica de forma estirada.

—También hay personas que se dejan comprar —susurro sosteniéndole la mirada.

Observo que traga con dificultad y carraspea un poco, incómoda.

—Pongamos las bases de nuestro acuerdo sobre la mesa —propone en tono autoritario.

—La boda será en tres meses —comienzo a decir—. En una semana anunciaremos nuestro compromiso y hasta que nos casemos viviremos juntos —determino, decidido. Meghan abre mucho los ojos y le aclaro—: Soy un hombre muy ocupado y trabajo mucho, vivir en la misma casa ayudará a conocernos mejor ya que nos permitirá vernos en los pocos ratos que tengamos libres —justifico observando su reacción.

—¡¿Dónde vamos a vivir?! —pregunta un poco alterada.

—En mi ático —respondo con naturalidad—. Tiene mil metros cuadrados distribuidos en dos plantas. Me sobra espacio y habitaciones. No pienso cambiar de casa tras nuestra boda, me gusta el lugar en el que vivo. —Le dejo claro. Meghan solo asiente,

pensativa, pero algo me dice que no está muy de acuerdo—. ¿Dónde vives ahora? —le pregunto con interés.

—Eh… —titubea, siento que la cojo fuera de juego—. Aquí, con mi abuelo —responde algo incómoda.

—¡¿Con tu abuelo?! —Es una completa sorpresa, no me pega en una mujer como ella. Meghan me mira como si la hubiese ofendido con mi pregunta.

—Tengo mi casa en reformas, solo es algo temporal —responde algo agitada.

—Pues con más razón para escoger mi ático como el lugar en el que viviremos —zanjo el asunto.

—¿Cuánto tiempo durará este matrimonio? —pregunta con interés. Por alguna extraña razón esto me molesta.

—Lo que sea necesario. Ya iremos viendo con el tiempo —respondo mientras pienso que no vamos a llegar ni al altar. En este tiempo que conviviremos juntos y estaremos prometidos de cara a la sociedad haré méritos suficientes para que Meghan desista de un matrimonio con alguien como yo.

—Mi abuelo me dijo que si incumplo con el trato deberé venderte mi porcentaje de la empresa a un precio de mercado. No sabía que ya estaba a mi nombre —comenta.

—Yo tampoco, me he enterado hace un rato. Somos los dueños de Clarkson ahora mismo. Y voy a salvarla de la quiebra, te lo aseguro.

Meghan abre el ordenador y de forma muy profesional plasma que nos casaremos en el mes de abril del presente año, que en una semana anunciaremos nuestro compromiso a la sociedad y que viviremos juntos desde ese mismo momento en mi casa. Por

supuesto, si ella incumple con el trato de ser mi mujer estará obligada a venderme su treinta por ciento de la empresa, aun así, gana, no como yo, que si decido no casarme con ella lo pierdo todo, pero esto ella no lo sabe ni me conviene que tenga esa información.

—¿Quieres especificar algo más? —pregunta.

—Creo que está recogido lo fundamental. Añadiremos que cuando tengas la condición de mi prometida te entregaré una tarjeta bancaria sin límites que usarás en lo que necesites para llevar esta farsa a cabo. El resto es cuestión de hablarlo día a día. Doy por hecho que como mi prometida sabes que debemos acudir juntos a actos y mostrarnos cómplices y enamorados de cara a la sociedad, pero no creo que sea necesario plasmarlo en el acuerdo. —No hago referencia a nada más porque no pienso llegar a intimar con Meghan para tener un hijo que no deseo, agradezco que ella no lo saque a colación y no tengamos que hablar de ello.

—Sí, pienso que así está bien —acepta ella—. El resto lo iremos viendo sobre la marcha.

Imprime el documento, dos copias, y ambos procedemos a firmarlas bajo la atenta y silenciosa mirada del otro. Mientras planto mi rúbrica en el papel pienso: Eres tan superficial, vanidosa y estirada que venderías tu alma al mismísimo diablo antes de verte arruinada y no poder llevar la vida a la que estás acostumbrada, pero a mi lado vas a aprender una gran lección Meghan Clarkson.

Capítulo 7
Meghan

No puedo con este tío. Pienso en silencio mientras lo observo firmar el documento. Se cree que es el centro del mundo. Es tan arrogante y sobrado que me entran ganas de ponerlo en su sitio cada vez que lo veo. Me mira con esa sonrisa burlona que casi siempre tiene pintada en su bonita cara que me dan ganas de borrársela de un plumazo. Siento que todo esto es un juego para él. Es un hombre que no se toma nada en serio, sus escándalos con mujeres y en fiestas lo demuestran. Es un niño mimado al que le sobran billones y cree que todo en la vida se soluciona a base de dinero.

—Podemos pasar al comedor para cenar —le indico a Connor. Me incomoda estar con él a solas.

—Por mi parte, ya está zanjado lo que he venido a hacer aquí esta noche. Tengo otro compromiso —se excusa mientras lo miro y me digo que es un mal educado. Le da igual todo.

Abro la puerta, sale detrás de mí y me dice adiós. Ni siquiera se molesta en pasar al salón para despedirse de su abuelo y el mío.

Cuando Jordan me ve aparecer sola de inmediato pregunta por su nieto.

—Tenía un compromiso, se acaba de marchar —le indico. El hombre asiente en silencio y me dirige un gesto de disculpa.

—No pasa nada. Connor y yo ya lo hemos dejado todo claro —revelo—. El compromiso se anunciará en una semana. A raíz de este me mudaré a su casa, desea que convivamos juntos para

conocernos mejor hasta la boda —aclaro—, y el enlace será en tres meses.

—Bien —manifiestan mi abuelo y Jordan a la vez, ambos sonrientes y cómplices. Creo que son los únicos contentos con esta unión.

—Me gusta que conviváis juntos desde que se anuncie el compromiso —comenta Jordan con una amplia sonrisa.

—No contaba con ello, pero Connor lo ha puesto como condición —le manifiesto.

—Estoy seguro de que os llevaréis bien —aventura Jordan mientras que yo pienso que no puede estar más equivocado. Connor y yo somos como la noche y el día.

Cenamos los tres en un ambiente relajado al mismo tiempo en el que descubro que Jordan Merrill es un gran hombre. Es amable, atento, educado y me mira con un cariño que lo siento como si fuese de mi familia y lo conociese desde hace años. Ojalá su nieto se pareciese en eso a él.

Escucho con atención hablar a mi abuelo y a Jordan de cuando eran jóvenes y me alegro de que vuelvan a retomar su amistad tras los años, ambos están viudos y en edad de jubilarse. Ya han conseguido y luchado demasiado en la vida y les toca relajarse y no pensar en nada, solo en descansar y disfrutar.

—Mi asistente preparará junto con el de Connor la fiesta de compromiso. Lo anunciaremos a la prensa un día antes, invitaremos a algunos medios y a amigos. Ya me pasas tu lista de invitados, Meghan —me indica Jordan antes de marcharse.

—¿Una fiesta? —pregunto con sorpresa.

—Claro. Algo bonito, que os tomen a ti y a Connor unas fotografías en las que poséis y sean las oficiales del compromiso y luego mi nieto te presentará a sus amigos más allegados, y tú a los tuyos —añade con entusiasmo.

Suspiro, miro a mi abuelo y me quedo en silencio. Supongo que es lo que me queda, salir de forma pública al lado de Connor Merrill para mejorar su imagen de mujeriego que ha sentado la cabeza y se ha convertido en alguien serio y respetable junto a mí.

Una vez a solas con mi abuelo me desplomo en el sillón, me quito los zapatos y me relajo. Desde que llegaron los Merrill he estado en completa tensión.

—No ha sido para tanto —susurra mi abuelo, sentado frente a mí.

—No esperaba esa fiesta de compromiso ni irme a vivir con Connor en una semana —me quejo.

—Tengo entendido que su ático es muy grande —comenta mi abuelo.

—No sé qué va a salir de todo esto. Hago verdaderos esfuerzos por soportar a ese hombre —le confieso, alterada.

—Eres lo que él necesita en estos momentos —susurra. Ambos nos quedamos unos minutos en silencio y le pido:

—Quiero que este trato que hicimos con los Merrill no salga de entre nosotros. No es necesario que mi padre y mi madre estén al tanto de la situación. Prefiero que piensen que al fin he encontrado a alguien que me hace feliz.

—Me parece muy bien, querida nieta —dice con una gran sonrisa.

Siento a mi abuelo feliz y relajado con todo esto, mientras que yo me quiero morir con solo pensar estar viviendo en casa de Connor

Merrill y casada con él a saber por cuánto tiempo.

Capítulo 8
Connor

—¿Tú estás seguro de esto? —me pregunta Carter con su teléfono en la mano después de haberme hecho una foto con la morena a la que estoy agarrado a su cintura y nos abrazamos.

—Sí, hazlo —le ordeno, seguro de ello.

Carter me mira como si estuviese loco y le da a enviar a la foto. Le he pedido que la haga llegar a una famosa revista para que mañana salga en toda la prensa. Y que el titular sea: Connor Merrill tiene nueva conquista, ¿quién es ella? Me he asegurado de que la mujer con la que aparezco sea lo puesto a Meghan. Morena, de ojos negros y de bastantes curvas con un generoso pecho.

Suelto a la mujer que tengo entre mis brazos, la envío a por dos copas y mi amigo aprovecha para acercarse en el reservado que estamos para decirme:

—Desde luego tu apellido debería ser escándalo. No escarmientas. Mañana vas a liar una buena y no vas a tener muy contento a tu abuelo ni a tu futura esposa.

—Esa es la idea con respecto a ella, no tenerla contenta. Con mi abuelo ya me las arreglaré, le diré que la mujer solo me estaba saludando y como siempre han sacado todo de contexto. Por eso no te pedí una foto besándome con ella, solo abrazos. —Le guiño el ojo y le sonrío. Lena me entrega mi copa, le doy un sorbo y me marcho con ella a bailar.

Termino la noche con Lena en la habitación de un lujoso hotel. Es una mujer cinco años mayor que yo, presentadora de televisión. Ha intentado entrevistarme un par de veces, pero no lo ha conseguido de una forma pública, sin embargo, creo que ha quedado más que satisfecha con la intimidad que hemos compartido.

Cuando apenas amanece me despido de Lena, solo ha sido una noche de buen sexo, y vuelvo a mi ático. Me meto en la ducha, me visto y desayuno antes de poner rumbo a mi oficina, lo que menos necesito en estos momentos es que mi abuelo no me vea cumplir con mis obligaciones.

Sé que en la puerta de entrada al edificio de mi oficina debe de estar ya lleno de reporteros y cámaras esperando mi llegada para que confirme o desmienta las imágenes con Lena, a estas alturas estoy seguro de que ya sabrán quién es ella.

Le indico a mi chófer que me deje en la puerta, puedo entrar por el acceso restringido y directo del garaje, pero no lo hago. Este es mi plan. Me bajo del coche como si nada y me hago el sorprendido al ver a todos los reporteros, lo cierto es que son más de lo que esperaba. Me abordan mientras que las dos personas de seguridad que me suelen acompañar intentan alejarlos de mí.

—Señor Merrill, ¿reconoce su relación con la presentadora Lena Mckay? Anoche estaban juntos en una actitud muy íntima —dicen.

Aminoro el paso a conciencia, los miro fingiendo enfado, como siempre que me abordan, y en esta, la primera vez en mi vida, me paro y les contesto:

—La señorita Mckay y yo solo somos amigos. Nos encontramos y nos saludamos anoche. Nunca en mi vida he entrado a desmentir nada, pero en esta ocasión pido respeto para una persona muy

importante. No me jodáis mi próximo compromiso y que mi futura mujer dude de mí —dejo caer en un murmullo, a conciencia, serio y fingiendo estar muy cabreado.

—¿Quién es ella, señor Merrill? —preguntan con interés.

—¿De quién se trata? —insisten.

—¿Estaba anoche con usted?

—¿Cómo cree que le siente ver estas fotos? —preguntan casi a la vez todos los reporteros.

—Ella confía plenamente en mí. Nos amamos —les indico, sonriente.

—¿Puede darnos su nombre? —preguntan con insistencia.

—Meghan Clarkson, nuestro compromiso será a finales de esta semana y nos casaremos en tres meses —les revelo y dejo a todos callados, estupefactos ante mis declaraciones.

—¿Esto se trata de una broma, señor Merrill? —pregunta un reportero, atónito.

—Jamás jugaría con el nombre de Meghan Clarkson si no fuese cierto —les indico un poco molesto.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Cómo se conocieron y cómo surgió el amor? —continúan preguntando, pero ya no les hago caso.

Entro en el edificio y la seguridad detiene a los reporteros. Subo a mi despacho y entro en mi oficina al mismo tiempo que siento cierto revuelo entre el personal de la planta donde tengo mi cargo de vicepresidente de las empresas de mi abuelo, pero sé que todo se debe a las fotografías que han salido esta misma mañana y que me relacionan con la famosa presentadora de televisión Lena Mckay. Sé que ella, al igual que yo, jamás va a admitir en público que tuvimos algo la pasada noche. Lena es una reputada presentadora y tiene

una imagen que mantener, además de un hijo de cinco años por el cual lucha por su custodia con su exmarido.

Mi teléfono suena y tuerzo el gesto cuando veo que se trata de Carter, últimamente me da más el coñazo por mi forma de comportarme que mi abuelo. No sé qué le pasa, igual es que está madurando.

—Definitivamente tú has perdido el juicio por completo. Acabo de ver tus declaraciones y nunca he alucinado tanto. ¿Se puede saber por qué has hecho algo así? —pregunta con sorpresa.

—Era necesario. Es parte de mi plan. Pero es algo que no voy a hablar por teléfono.

—Está bien, voy para tu oficina y me lo explicas —manifiesta con ansia.

Sonrío y me relajo en mi sillón. Seguidamente suena de nuevo mi teléfono y observo que es mi abuelo. Me tomo unos segundos, carraspeo y atiendo la llamada.

—¡Te has vuelto loco! —grita tan alto que me tengo que separar el teléfono de la oreja si no quiero que me parta el tímpano—. ¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho, Connor? —me reprocha muy enfadado.

—Lo siento, abuelo, solo he tratado de salvar la situación al revelar el nombre de Meghan, ya que considero que he desviado la atención hacia nuestro compromiso y no a mi encuentro con Lena anoche —justifico. Mi abuelo se queda en silencio, meditando mi razonamiento.

—Anoche no debiste acudir al encuentro con esa mujer —me reprocha, enfadado.

—No querrás que haga voto de castidad hasta que me case. No pienso acostarme con Meghan hasta que el matrimonio sea un hecho. ¿Te imaginas que la dejo preñada antes de casarnos y luego ella me deja? No es lo que quieres, querido abuelo. Deseas un bisnieto nacido en el seno del matrimonio —le indico en tono mordaz.

—Connor, te conozco. Solo espero que todo esto no forme parte de una treta tuya.

—¡¿De verdad crees algo así?! —pregunto con fingida inocencia—. Soy yo el que ha dado el nombre de Meghan y quien ha anunciado el compromiso —le recuerdo.

Mi abuelo se queda pensativo y finalmente dice:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Cuelga de golpe y siento que no está muy contento.

Al cabo de diez minutos suena de nuevo mi teléfono y es mi madre. Bufo, no lo atiendo, pero insiste con mi secretaria y no tengo más remedio de ponerme a la línea.

—Hijo, ¿cómo permites que tu madre se entere de una noticia así? —me reprocha compungida—. Estaba en mi clase de yoga y mientras desayunaba con mis amigas en el club he visto tus declaraciones en la televisión. Yo, tu madre, enterarme de esta forma —susurra mientras pongo los ojos en blanco. Mi madre es muy dramática.

—Lo siento, mamá. Así se han dado las cosas. No era mi intención. Pero no te preocupes, el sábado habrá una gran fiesta de compromiso donde conocerás a mi prometida y se hará todo de forma oficial como a ti te gusta.

—¡¿Y cuándo pensabas decírmelo?! —me reprocha, escandalizada.

—Meghan y yo apenas lo decidimos todo anoche.

—¿Anoche? Pues las fotos con esa morena… No veo a tu prometida cerca en las imágenes.

—Mamá, ¿vamos a darle credibilidad a unas fotografías de la prensa a estas alturas? —La pongo en duda.

—Quiero conocer a tu prometida —exige de golpe.

—Lo harás el sábado —le recuerdo con paciencia.

—No, Connor. Soy tu madre. Debo conocer a mi futura nuera antes. Prepararé una cena para mañana por la noche aquí en casa, con tu padre y tu hermana, como debe ser —me ordena.

—Mamá —me quejo.

—No admito una negativa —manifiesta en tono mandón—. Os espero a ti y a Meghan mañana para cenar —dice y cuelga.

Capítulo 9
Meghan

Mi asistente entra en mi despacho, la forma de hacerlo y por el semblante de su cara sé que algo grave sucede. Mary se queda callada. La conozco tan bien que sé que la pobre no sabe cómo decirme lo que ocurre.

—¡¿Qué pasa?! —la apremio desde el sillón de mi despacho. Pese a que hemos vendido el setenta por ciento de la empresa continúo haciendo mi trabajo hasta que alguien aparezca por aquí y decida más que yo.

—¿No has visto las noticias? —pregunta Mary con cautela.

—No. Ni he mirado el móvil. ¿Qué sucede?

Mary me extiende la tablet que trae consigo y dice:

—Será mejor que tú misma lo veas. —Me la entrega y comienzo a ver el vídeo de Connor Merrill bajándose del coche delante del edificio de su empresa.

—Pero… ¡¿Qué es esto?! —bramo levantándome de golpe del sillón—. ¡¿Cómo ha podido hacer algo así?! ¡¿Quién se cree este tío?! —grito fuera de mí.

—Tranquilízate, Meghan —me pide Mary acercándose a mí y recogiendo la tablet de mis manos—. Tienes a un montón de reporteros y cámaras apostados en la puerta del edificio —comenta con pena.

Me dirijo a la ventana y lo compruebo por mí misma. Ya todos saben que Connor y yo nos vamos a casar. Esto no es lo que

acordamos. Se haría público el sábado. Cierro los ojos, tomo una gran bocanada de aire e intento tranquilizarme.

—Lo odio —alzo la voz—. Odio a Connor Merrill —grito con rabia.

—Pero… os vais a casar —dice Mary, la pobre no entiende nada. Por el momento las únicas que conocen que será un matrimonio concertado son mis amigas y mi abuelo. Y así quiero que continúe.

—Odio la forma en la que lo ha hecho público —rectifico de inmediato. No quiero que Mary sepa la verdad. Lleva trabajando a mi lado dos años y es una gran persona, pero tiene más amistades en la empresa y si le cuento mi acuerdo con Merrill corro el peligro de que la información se difunda. Mientras menos gente lo sepa, mejor.

—¿Quieres que haga algo? Un comunicado, que os hagan unas fotos bonitas de pareja… —propone de inmediato. Mary es muy profesional, ni siquiera me ha preguntado desde cuándo estoy con Connor. Ella es algo así como mi sombra y estará muy extrañada de no haber notado nada, pero no le voy a dar explicaciones. Pese a que nos llevamos muy bien soy una persona muy reservada en el ámbito de mi vida amorosa con los hombres y es algo que ella sabe.

—No, yo misma hablaré con Connor. —Muy decidida cojo mi teléfono para llamarlo y me doy cuenta de que no tengo su número. Miro a Mary y digo—: Mejor hablo con él en persona.

Comienzo a coger el abrigo y la bufanda para salir de mi despacho e ir a buscar a Connor Merrill y reprocharle la forma en la que lo ha hecho todo público sin consultarme y sin avisarme. Algo así debería haberlo sabido para estar preparada.

Le pido al chófer de mi abuelo que me lleve al edificio donde trabaja Connor, yo desconozco la dirección, pero estoy segura de que Fred la sabe. Me lleva al lugar sin preguntar y vamos todo el

camino en silencio. En mi teléfono no dejan de saltar mensajes y llamadas de mis padres, de mis amigas y hasta de mi abuelo, pero lo ignoro todo. En estos momentos solo me interesa poner las cosas claras con Connor.

He podido burlar a los reporteros y periodistas apostados en la puerta de mi edificio porque he salido por el garaje sin que me vean, pero no podré hacerlo con los que están en la puerta de la empresa de Connor.

—Hemos llegado —anuncia Fred.

Miro por la ventanilla del coche, como lleva los cristales tintados los reporteros aún no me ven, tomo una gran bocanada de aire y me animo a abrir la puerta y salir. En cuanto descubren que soy yo se abalanzan sobre mí, menos mal que Fred está a mi lado en todo momento y me guía hacia la entrada. No pienso responder a nada. Estoy tan enfadada con Connor que cualquier declaración mía en estos momentos lo arruinaría todo, y no me lo puedo permitir, hay mucho en juego.

Accedo hacia la recepción y les indico a las tres chicas que están detrás de un gran mostrador que quiero hablar con Connor Merrill.

—Su despacho está en la última planta —dice una de ellas.

—¿Tiene cita? —pregunta otra chica, pero no me molesto en contestarle, estoy tan cabreada que me dirijo hacia los ascensores con prisa.

—¡No puede pasar sin acreditación! —Alza la voz la mujer a mi espalda, pero no le hago caso, continúo hacia los ascensores y observo al montarme, mientras se cierran las puertas, que Fred les está dando las explicaciones necesarias, seguramente les esté diciendo quién soy.

Subo en el ascensor con varias personas más que me miran en silencio. Se bajan en varias plantas inferiores a la que me dirijo y sigo sola hasta el despacho de Connor.

Me recibe una secretaria de mediana edad y me saluda en cuanto me ve.

—Necesito ver al señor Merrill —le solicito un poco alterada.

—¿Tiene una cita? —me pregunta a la vez que comienza a consultar la agenda.

—No —respondo.

—El señor Merrill no atiende a nadie sin cita, puedo darle una para la semana que viene. Antes es imposible.

—No puedo esperar, tengo que hablar con él ahora. Avíselo —le exijo algo crispada.

—No puedo molestar al señor Merrill —manifiesta mirándome de forma severa.

Doy media vuelta, ignorándola, y me dirijo a las dos grandes puertas de madera que deben tener acceso al gran jefe.

—¡No puede pasar! —grita y la siento correr detrás de mí.

Antes de abrir la puerta le indico:

—Créame que sí puedo. —Entro de golpe y me topo con Connor frente a mí, sentado en el sillón de su despacho, sin chaqueta, en mangas de camisa y mirándome con sorpresa. Sus ojos grises están muy abiertos, desde luego no me esperaba.

—Señor… lo siento, no pude pararla —se disculpa la mujer a mi espalda. Ni siquiera la miro. Tengo los ojos clavados en Connor.

—Anuncias nuestro compromiso a los reporteros apostados ahí abajo y no le notificas a tu secretaria que soy tu futura prometida —comento en tono mordaz, sin dejar de mirarlo, seria.

—Oh, no sabía… —susurra la secretaria a mi espalda.

—Está bien, Anna. Déjanos solos —le ordena Connor.

—Sí, sí, lo siento, señora —dice la mujer muy apurada. Me giro un poco para mirarla y le dedico un gesto de asentimiento. Ella no tiene la culpa de nada, el que me saca este mal humor y genio de los mil demonios que traigo es su jefe.

La secretaria sale del despacho y cuando nos quedamos a solas exploto.

—¡Qué coño te pasa para hacer algo así! —le recrimino alzando la voz—. ¡¿De verdad haces las cosas de esta forma en tu vida?! ¡Jamás has dado declaraciones a la prensa y de repente esto! —le reprocho con dureza.

Connor me mira impasible, se queda unos minutos en silencio y luego me hace un gesto con la mano para que tome asiento frente a él. Pero no puedo parar de pasearme de un lado a otro en su despacho. Este hombre me desquicia.

—Fue la única forma que tuve de salir del paso. Así desvié la atención de la prensa —admite con pasividad—. ¿O preferías que el día que se anunciase nuestro compromiso de forma oficial ya dijesen que días antes te era infiel con otra? —plantea con calma.

—Vaya, entonces lo de Lena Mckay anoche es cierto —susurro, molesta.

—No pensarás que soy un santo —murmura con cierto deje que me crispa—. Nuestro matrimonio no es por amor. No te debo fidelidad —manifiesta.

—Pero sí respeto y discreción —contraataco, dirigiéndole una mirada llameante. Siento que ardo por dentro.

—Por eso anuncié nuestra relación, para que luego no tuvieses que soportar los titulares diciendo que te era infiel y que tendrías unos cuernos tan grandes que no cabrías por la puerta —comenta sonriente.

—Pues en un futuro sé más discreto —le reprocho en tono mandón.

—Lo intentaré —contesta con una sonrisa que me molesta, parece que disfrute con todo esto.

—¿Y ahora qué sigue? —pregunto un poco alterada. Paseándome delante de él, sin embargo, cuando lo observo mirarme al detalle me siento de golpe—. ¿Para qué más tengo que estar preparada?

Connor se queda en silencio unos segundos y desvela:

—Para conocer a mis padres y a mi hermana mañana por la noche. Una cena en la casa de mi familia. Por cierto, no quiero que se enteren de nuestro acuerdo. Mientras menos personas lo sepan, mejor. Menos probabilidad de que se filtre —me advierte.

—Lo mismo digo, mis padres tampoco saben la verdad —le revelo —. No estoy preparada para conocer a tu familia mañana —manifiesto de golpe con miedo—. Nos van a preguntar mil cosas y detalles con respecto a desde cuando llevamos juntos, cómo nos conocimos… Se van a dar cuenta de que somos dos desconocidos —digo con agobio.

—Tendremos que ponernos al tanto de las cosas importantes de cada uno —resuelve sin alterarse. A este hombre le da igual todo, ¿pero no tiene sangre en las venas?—. Vamos, comamos juntos y nos ponemos al día —propone de golpe, mientras se levanta, comienza a colocarse la chaqueta y consulta su reloj.

Yo lo miro estupefacta, incapaz de levantarme de mi asiento.

Connor me tiende una mano, me quedo mirándolo y me levanto sin aceptarla. Aprecio una leve sonrisa en sus labios y ambos salimos de su despacho. Hace una llamada a su chófer y le indica que nos veremos en el garaje del edificio.

—He venido con el chófer de mi abuelo —le informo.

—Puedes enviarlo a casa. Vamos en mi coche. Luego te dejo donde te venga bien —ordena y continúa tecleando en su móvil. Me molesta su actitud mandona y pasiva cuando le hablo. Se cree un dios al que hay que hacer caso y adorar.

Capítulo 10
Meghan

Me sorprende que Connor sea quien conduzca el coche y prescinda de su chófer. Me siento a su lado, en el asiento del copiloto, y salimos del edificio sin darle tiempo a los reporteros que están fuera que nos vean y fotografíen. Me limito a ir en silencio y cuando aprecio que comenzamos a entrar en un garaje y no advierto ningún restaurante cerca pregunto alarmada:

—¿Dónde vamos?

—A mi casa. Almorzaremos ahí. No vamos a establecer las bases de nuestra relación y comenzar a conocernos en un restaurante. Qué tal si alguien nos escucha preguntar al otro por sus gustos y aficiones cuando se supone que nos conocemos ya tan bien como para casarnos —argumenta mientras me quedo en silencio, mirándolo y él aparca en una amplia plaza el coche en el que vamos —. Además, así aprovechas para conocer mi ático y comenzar a traer tus cosas —añade.

Lo cierto es que tengo curiosidad por el lugar donde vive. Revistas y personas cercanas lo catalogan como una propiedad maravillosa, muy lujosa, a la que no le falta de nada.

Bajamos del coche y Connor me lleva hasta un ascensor privado que llega directo a su casa y al que solo tiene acceso él con un código.

—Cuando vivas aquí te dejaré una de mis plazas de garaje y te daré la clave de mi casa —comenta mientras subimos en el ascensor,

yo solo asiento. Es la primera vez que siento a Connor Merrill tan cerca. Es alto, corpulento, fuerte, guapo y tiene unos ojos grises que son un completo peligro, me atrevo a admitir. Pero no me dejo intimidar por él. Alzo mis ojos y no dejo que vea el miedo que me provoca todo esto.

En cuando pongo un pie en el ático de Connor siento que estoy entrando en la cueva del lobo. Un escalofrío recorre mi columna vertebral y en un gesto involuntario me froto los brazos.

Una pareja de sirvientes, de mediana edad, se acerca a nosotros, ambos llevan unos uniformes en azul marino.

—Bienvenida, señorita Clarkson —dicen ambos a la vez observándome con una amable sonrisa.

Trato de recomponerme pronto de la impresión al descubrir que me esperaban y que saben quién soy.

—Ellos son Easton y Cora. Mi mayordomo y mi ama de llaves desde hace algunos años. Son de absoluta confianza y viven en esta casa —los presenta Connor.

—Soy Meghan, encantada. —Les muestro una sonrisa, me acerco a ellos y los saludo de forma afectuosa, con un beso a cada uno. Por sus caras deduzco que me he pasado, que hubiese valido con el simple gesto de estrecharles las manos.

Connor me mira con atención después de saludarlos y les indica a los sirvientes:

—Voy a enseñarle la casa a mi futura esposa, en una hora estaremos en el comedor.

Cuando escucho por primera vez en la voz de Connor *mi futura esposa* siento un ligero ahogo en el pecho.

—Sí, señor —dicen ambos a la vez, se dan media vuelta y se retiran.

—Comencemos por la parte de arriba, así puedes elegir habitación —propone. Y mientras subimos la majestuosa escalera de madera comenta—: No hacía falta que te presentases con besos al servicio. ¿Has pretendido ganártelos el primer día? —pregunta con cierta intención maligna.

—Solo he pretendido ser amable. Son personas más mayores que yo, me dijiste que viven aquí, por lo cual deduzco que los veré a diario, y también dijiste que llevaban años a tu servicio, por lo cual pensé que igual eran como familia —argumento, molesta por tener que explicarme por haber sido amable.

Connor me mira en silencio, sin embargo, no dice nada. Comienza a enseñarme las estancias de su casa y nos centramos en ello.

En la planta superior hay otro salón, es pequeño y acogedor, el gimnasio, la habitación de Connor, la cual no me enseña, solo me indica cuál es su puerta, y dos habitaciones más las cuales me muestra. Decido quedarme con la que está más alejada de la suya, pese a no ser la más grande, y él se extraña un poco.

—Como quieras —susurra.

No salimos al exterior de la gran terraza del ático porque hace mucho frío, pero está muy bien decorada, con plantas, *jacuzzi*, sofás, mesas, sillas y tumbonas.

Bajamos a la planta principal y me indica la zona del servicio, lavado y planchado, su despacho, el gran salón con chimenea, el comedor y la cocina.

—Es una casa muy grande y con mucha luz. Es increíble —manifiesto con total sinceridad.

—¿Una copa de vino? —pregunta Connor cogiendo una botella en la mano. Hemos terminado en la cocina y lo observo sacar dos copas de cristal de un mueble.

—No. Solo bebo agua —le indico.

—¿Estás a dieta? —pregunta en tono burlón sirviéndose su copa.

—Nunca bebo alcohol.

—¿Es una filosofía de vida o es que tuviste algún problema con ello? —pregunta de forma insolente y le dirijo una mirada cargada de furia—. Solo me intereso por conocer mejor a mi futura esposa. Esas cosas debo de saberlas, supón que te ofrezco una copa delante de más gente —comenta llevándose su bebida a los labios, bebe y me dedica una sonrisa que me molesta.

—Es mi vida. Fin del asunto. No bebo. Solo agua o en alguna que otra ocasión refresco —revelo.

—Bien, lo tendré en cuenta.

Me entrega un vaso de agua y pasamos al comedor, donde encontramos la mesa puesta con unos entrantes fríos listos para comer. Tomamos asiento y Connor me anima a coger algo.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunto al ver la cantidad de comida que hay.

—No, pero como no sabía lo que te gustaba le dije a Cora que pusiese una variedad.

—Mi alimentación se basa en no comer demasiado azúcar, no beber alcohol y pocos carbohidratos.

—Vamos, que tu cuerpo no es genética, te lo curras —dice mirándome a los ojos.

—¿Me vas a decir que tú no pasas largas horas en el gimnasio? —le pregunto con una sonrisa forzada. No se pensará que soy ciega—.

Creo que a todos nos gusta tener una imagen, pero, por alguna razón, creo que a ti la mía te molesta un poco. A ver, puedes decírmelo —lo animo colocando los codos sobre la mesa y observándolo más de cerca.

—Es solo que no eres mi tipo —comenta relajándose sobre la silla.

—Tú tampoco el mío, pero aquí estamos —replico, resignada.

—Pero tendremos que fingir que somos el uno para el otro, y estamos enamorados —añade y siento su tono de voz molesto. Este hombre no entiende que a mí todo esto me hace tan poca gracia como a él.

—Bien, establezcamos cómo nos enamoramos —manifiesto, dándole vía libre para que invente lo que quiera. A fin de cuentas, este matrimonio es para salvar su reputación.

—Yo qué sé. No me he enamorado nunca, no creo en esas cosas —responde, impasible—. ¿Lo has hecho tú? Igual tienes más idea —comenta mirándome con atención.

—Odio las relaciones. Me gusta mi libertad. No dar explicaciones a nadie —le revelo mirándolo a los ojos. Connor esboza una sonrisa y dice:

—Vaya, algo en lo que coincidimos. ¿Qué sugieres que digamos? —Me pasa la pelota—. No soy bueno para armar historias inventadas.

—Pues esta mañana se te ha dado de maravilla —contraataco en tono mordaz.

—Podemos decir que unos amigos comunes nos presentaron, seguro que tenemos alguno, y que a raíz de eso intercambiamos los teléfonos y surgió todo. Algo normal y simple —sugiere.

—Me parece bien. ¿Cuánto tiempo hace de eso? —le pregunto.

—Podemos decir que unos tres meses, y que nos hemos enamorado tanto que queremos casarnos y formar una familia de inmediato.

—Vale. Ahora cuéntame cosas de ti que sepa la gente y que yo, como tu prometida, debería saber —lo animo.

—¿De verdad no las sabes? Mi vida está en las revistas todos los días desde que cumplí la mayoría de edad —comenta con prepotencia. Si es que se cree un dios que todo el mundo lo venera.

—Nunca me has interesado, Connor Merrill —le dejo muy claro.

—Pues debería, mira, voy a ser tu marido —aclara risueño mientras lo miro sin verle la gracia a todo esto.

—Empezaré yo. Soy hija única, estudié diseño, mis mejores amigas se llaman Stella y Callie, son como mis hermanas. Mis colores favoritos son el rojo y el negro. Me gusta leer, ver películas y desconectar en la playa. Trabajo de lunes a viernes en la empresa de mi abuelo y los fines de semana los procuro pasar en casa y con mis amigas.

—Vaya, no te veía tan simple —murmura con sorpresa—. La imagen que tengo de ti es la de una mujer que adora la moda y siempre está de fiestas.

—No creas todo lo que se dice por ahí —le comento con cierto tono crispado.

—Lo mismo digo. Por mi parte, tengo una hermana menor que conocerás mañana, es un poco coñazo. Mis mejores amigos se llaman Carter y Elliot, nos conocemos desde la universidad. No tengo colores favoritos y mis aficiones son el golf y los caballos. Me

aburro en casa, me encanta salir y dar de qué hablar —reconoce con una enorme sonrisa seductora, la cual intuyo tiene muy ensayada.

—No lo dudo —replico.

—Mañana por la noche estoy seguro de que mis padres y mi hermana te contarán más cosas sobre mí, no creas todo lo que digan —me advierte.

—No lo haré —le indico con una amplia sonrisa, llevándome un canapé a la boca.

—¿Y tus padres? ¿Quieres que los conozca antes de la fiesta de compromiso del sábado? —pregunta con interés.

—Ellos viven en Nueva York. —Connor se sorprende cuando le doy la información—. Los conocerás en la fiesta de compromiso, no creo que puedan llegar antes.

—¿Y no prefieres vivir en la Gran Manzana con tus padres? Creo que esa ciudad va más contigo.

—Odio Nueva York. Hace años que no piso esa ciudad —revelo con asco.

—¿Por qué? —pregunta de forma insistente.

—Malos recuerdos, es todo.

—¿Dejaste allí algún amor? —trata de averiguar.

—No me gusta hablar de mi pasado. —Corto la conversación de forma drástica. Me coloco en pie de golpe y consulto mi reloj—. Creo que es hora de irme. Tengo un par de reuniones esta tarde.

Connor asiente.

—Te llevaré —se ofrece de inmediato.

—No hace falta, llamaré al chófer de mi abuelo.

—Insisto. Yo te llevo. Así saldremos del garaje sin que nadie nos vea. Si viene tu chófer te recogerá en la puerta y seguro que hay

reporteros ahí —argumenta y finalmente accedo.

Capítulo 11
Connor

—Ella es preciosa, y no solo lo es por fuera —la voz de Cora me sorprende. Estoy en el salón, con la mirada clavada en las llamas de la chimenea cuando mi ama de llaves aparece. Hace varias horas que dejé a Meghan en su trabajo y regresé a mi casa, no he podido dejar de pensar en ella. Es una mujer que me desconcierta por completo en todos los aspectos, y es algo que nunca me ha sucedido con anterioridad—. Creo que debo darte la enhorabuena.

Cora es como mi segunda madre, llegó a mi casa junto con su marido cuando yo tenía ocho años y desde entonces están conmigo. Cuando me independicé los convencí para que viniesen a vivir conmigo y no se lo pensaron, pese a que esto provocase un disgusto a mi madre y a día de hoy aún no le perdone que dejase su casa. Lo cierto es que Cora y Easton son fantásticos, cercanos como familia, eficientes y discretos.

—¿Eso crees? —pregunto con sorpresa. Ella me mira con el ceño fruncido, se acerca un poco más y se sienta a mi lado. Estas confianzas solo se las toma cuando estamos solos.

—Aún no te has dado cuenta de la suerte que tienes —susurra y siento que me está reprendiendo—. Igual solo has visto su exterior, es guapísima, pero solo hay que mirar a esa mujer a los ojos para saber que tiene un corazón noble y bondadoso, algo muy difícil de encontrar en el mundo que te rodea.

—Vaya, ya veo que te ha ganado por completo. Menos mal que no la he dejado a solas contigo en ningún momento, sino pensaría que te ha sobornado —comento a modo de broma.

—Cuídala —me aconseja colocando su mano en mi rodilla, me dedica una media sonrisa y se marcha.

Cuidarla, me repito cuando Cora ha desaparecido, nada más alejado de mis intenciones. Quiero a esa mujer lejos de mí.

Paso una noche de perros en la que no duermo nada, pensando en que en unos días Meghan estará en mi casa, a unos metros de mí. Confío en que desde que anunciemos el compromiso hasta el día de la boda decida romper con todo, desde luego, pienso esmerarme en ello. Es mi plan para que mi abuelo no me desherede y conservar la libertad que siempre he tenido.

Recibo una llamada de mi abuelo en la que me ordena que me ponga de inmediato con la empresa que me acaba de comprar, que no es otra que Clarkson. Suspiro al pensar que tendré que trabajar con Meghan, pero, al mismo tiempo, creo que puede ser una ventaja a mi favor para terminar de colmar su paciencia y le resulte horrible casarse conmigo.

Me presento en Clarkson y voy directo al despacho de dirección, paso sin saludar a la secretaria que trata de impedirme el paso y me topo con Meghan sentada en el sillón de presidencia.

La secretaria está detrás de mí y le dice a Meghan:

—Lo siento, pasó sin más.

Me giro, encaro a la mujer y le suelto:

—No sabía que tenía que pedir permiso para entrar en mi despacho, ni en mi empresa. Soy el nuevo dueño —me presento—, Connor Merrill.

Meghan me mira con los ojos muy abiertos, sorprendida por mi irrupción.

—Lo que eres es un mal educado que pasa por encima de todo —me reprende levantándose del asiento—. ¿Qué te costaba presentarte a Mary y no hacerle pasar este mal rato? —La secretaria me mira roja como un tomate—. Acostúmbrate, él es así —dice, hastiada, mientras yo les sonrío a ambas y me tomo la libertad de ocupar el lugar en el que estaba sentada Meghan.

—Estoy aquí para ponerme al frente del negocio y sacarlo de la ruina en la que se encuentra —manifiesto mirando a ambas mujeres. Se quedan en silencio y les digo—: ¿Alguien va a ponerme al tanto de todo? No me gusta perder mi tiempo.

—Mary, déjanos solos —le solicita Meghan. La secretaria se va y cuando cierra la puerta Meghan me mira echando chispas por los ojos mientras que la observo sonriente. Me encanta verla enfadada.

—Me podías haber informado ayer de que vendrías hoy —me reprende.

—Tomé la decisión esta mañana. Así soy yo —justifico mostrándome orgulloso—. Tendrás que acostumbrarte.

Meghan suspira y toma asiento frente a mí.

—Te pondré al tanto de todo y ya me dices las medidas que piensas tomar.

—Bien, empecemos —le indico dispuesto a ello.

Meghan y yo nos tiramos toda la mañana en el despacho, poniéndome al día de la delicada situación de Clarkson, que es peor de lo que esperaba. Me sorprende comprobar que es muy profesional y domina todo de la empresa. Pensé que solo sería su

cara publicitaria y que aparecería por aquí a pasearse, pero descubro que tiene grandes conocimientos. No solo estudió diseño, también se formó en materia económica. Según ella la empresa se ha ido a la quiebra porque su abuelo se resistía a adaptarse a las nuevas tecnologías.

—Gracias, creo que tengo toda la información que necesito para hacer resurgir esta empresa, no será fácil, pero es un reto que mi abuelo me ha lanzado y no me gusta perder a nada. Siempre consigo todo lo que me propongo.

—Mañana me llevaré mis cosas de aquí y acondicionaré otro lugar para yo trabajar —plantea Meghan.

—Creo que los primeros meses vamos a tener que trabajar mucho juntos, igual podemos compartirlo —le propongo. Mientras más cerca la tenga más podré desesperarla con respecto a mí.

—Prefiero tener mi propio espacio —insiste—. Al fondo del pasillo existe una sala que usamos de almacén, pediré que se convierta en mi nuevo despacho.

—Bien, como quieras —comento mientras la observo, pensé que haría un berrinche por tener que dejar su lujoso despacho.

—¿Me recogerás esta noche para ir a cenar con tus padres o nos vemos en tu casa? —pregunta cuando hemos terminado la jornada laboral.

—Sí, te recojo, pero antes creo que deberías invitarme a almorzar tras esta dura mañana de trabajo —le propongo.

—¿Crees que es buena idea que nos vean juntos con todo el revuelo que existe por nuestro compromiso? —se interesa y la siento algo desanimada.

—Tenemos que dar la imagen de una pareja feliz que se quiere. Comer juntos es algo muy normal entre dos enamorados, además, puede ser un ensayo para esta noche con mi familia y el día del compromiso —trato de convencerla.

Meghan se lo piensa por unos segundos y termina diciendo:

—Vale. Vamos donde quieras.

La miro con sorpresa cuando siento que me deja elegir y no le importa al lugar que vayamos.

—Pues en marcha que estoy hambriento —le indico. Ella me mira en silencio y ambos recogemos nuestras pertenencias y nos dirigimos al garaje.

Decidimos ir en mi coche y de camino al lugar ella me pregunta:

—¿Dónde vamos?

—A mi sitio favorito. Hace años que no voy —le revelo al mismo tiempo que le sonrío pensando en la gran sorpresa que se va a llevar. Me gustará ver a la pija Meghan en ese ambiente, igual nunca se ha comido una hamburguesa con las manos y que le chorree el queso por sus delicados dedos.

—Nunca he estado por esta parte de la ciudad —comenta Meghan atenta a las calles por las que pasamos en coche.

—De adolescente venía mucho por aquí. Tenía amigos por esta zona.

—¿Es segura? —pregunta un poco seria, mirando hacia todos lados. Es cierto que hemos pasado por una calle donde había vagabundos y gente pidiendo limosnas y Meghan no debe de estar acostumbrada a eso.

—Sí. Ya te he dicho que he venido mucho y nunca me ha pasado nada —le revelo algo exasperado, no me ha gustado el tono con el

que ha preguntado si es un lugar seguro. Casi siempre llevo seguridad, conmigo, pero, en ocasiones, y esta es una de ellas, considero que no es necesario.

Aparcamos frente a la hamburguesería y le indico a Meghan:

—Hemos llegado, es ahí —le señalo el lugar y ella mira el local un tanto sorprendida, se queda callada y le pregunto—: ¿No me digas que eres alérgica o algo parecido? Sirven las mejores hamburguesas de todo Boston.

Me mira en silencio, pensativa, esboza una media sonrisa que no espero y dice:

—Hace mucho tiempo que no me como una, vamos. —Sale del coche animada como un niño pequeño y su actitud me descoloca por completo.

Cruzamos la calle y cuando entramos en el local está casi lleno. Ambos, por la ropa elegante que llevamos, destacamos un poco en el ambiente y la gente joven que está comiendo nos mira con atención. De repente, de detrás de la barra, escucho:

—Merrill, ¿eres tú o mis ojos ven alucinaciones? ¡No lo puedo creer!

—John —susurro al mismo tiempo que me alegro de verlo.

El hombre viene hacia nosotros y nos fundimos en un efusivo abrazo.

—Qué honor tenerte por aquí —dice John mirando a Meghan con atención.

—Te presento a mi novia, Meghan Clarkson.

John la admira, esboza una sonrisa y dice:

—Encantado, señorita. Es un buen tío —le revela de golpe a Meghan.

Ella le estrecha la mano y luego me mira, como si no creyese el elogio de John.

—¿Tienes una mesa para nosotros? Venimos a por las mejores hamburguesas de todo Boston.

—Por supuesto, Connor. Acompañadme —nos indica y lo seguimos hasta el fondo del local.

Nos sentamos en una mesa, al lado de una gran ventana, y admiro los cambios que ha hecho en los últimos años.

John nos deja la carta de la comida, una simple cartulina plastificada, nos trae una botella de vino y dice:

—Cortesía de la casa.

—Mi novia no bebe, ¿qué quieres, Meghan? —le pregunto.

—Refresco estará bien hoy —le indica con amabilidad a John, mostrándole una sonrisa que en parte me molesta. No esperaba que Meghan encajase en este ambiente, si decidí traerla a este lugar tan especial para mí fue para decepcionarla. Estoy seguro de que esperaba que fuésemos a comer al mejor restaurante de todo Boston en nuestra primera salida juntos.

John nos deja solos y mientras consultamos la carta me permito decirle mis dos hamburguesas favoritas. Me sorprende que Meghan me haga caso y escoja una de ellas dejándose guiar.

Pedimos dos hamburguesas con *bacon* y queso cheddar con patatas fritas.

—¿Eres amigo de John? —pregunta Meghan a modo de crear conversación mientras nos sirven la comida.

—Solo nos conocemos de todo lo que venía por aquí en mi época universitaria.

—No seas modesto, Merrill —dice John mientras nos deja los cubiertos y servilletas—. Si no llega a ser por ti, toda la ayuda que me prestaste, este negocio no estaría en pie y mi familia no tendría para comer. Es un gran hombre, señorita, aunque, a veces, uno tarde en descubrirlo. Me lio varias peleas en este lugar, pero el día que vinieron a cerrarme el local porque no podía pagar el alquiler y el banco no le daba un préstamo a un negro como yo, Connor no dudó en dejarme el dinero. Diez años después este local sigue en pie y debo de decir que gano bastante dinero.

—John, no necesito tu ayuda para conquistar a mi novia —lo reprendo con una sonrisa. No quería que Meghan supiese todo eso. Mi cometido es todo lo contrario, que vea todo lo malo de mí para que decida no casarse conmigo.

—Se ve una chica lista, estoy seguro de que sabe que tienes mucha fachada, pero un gran corazón.

Carraspeo algo incómodo mientras siento la admiración que me dedica Meghan reflejada en sus ojos azules. Me sonríe con amabilidad. La noto relajada y a gusto en este sitio y es algo que me sorprende. No lo esperaba.

Capítulo 12
Meghan

No contaba con el hecho de que Connor me trajese a un lugar así, con él va más el lujo y la capacidad de sorprender a los demás, pero me gusta la idea de que conmigo no tenga que hacerlo y sepa que nuestro acuerdo es solo contractual, quedando fuera las emociones de cualquier tipo. Ni siquiera me planteo que seamos amigos ya que lo considero una persona tan opuesta a mí que creo que no podríamos ser ni eso. Espero que nuestro compromiso y posterior matrimonio sea creíble ante los demás y eso ayude a limpiar la imagen de Connor cuanto antes y él decida que nos separemos. No quiero estar mucho tiempo casada con él, viviendo en su casa ni acudiendo a reuniones sociales acompañándolo.

Cuando nos traen las hamburguesas me quedo mirando ambas con los ojos muy abiertos, son enormes. Connor me sonríe y dice:

—A comer. —Coge su hamburguesa con ambas manos y le da un gran mordisco bajo mi atenta mirada. De todas las formas que podría imaginar al multimillonario Connor Merrill, ninguna era así, comiendo hamburguesa y patatas fritas con las manos en un bar común y corriente. Lo observo al detalle y me pregunto si este hombre tiene que ser atractivo en todas sus facetas, qué cruz.

Imito a Connor y le doy un bocado a mi hamburguesa, el queso comienza a chorrear y me pone perdida las manos, pero no me importa. Está buenísima. Hacía tiempo que no probaba una así. Me limpio las manos bajo la atenta mirada de Connor y sigo comiendo.

—No sabía si te iba a gustar este sitio —dice Connor—. Por aquí no suele haber reporteros ni gente que nos reconozca —justifica.

—Ha sido una gran elección —manifiesto relamiéndome los labios bajo su atenta mirada. La hamburguesa está buenísima. La mejor que he comido en mi vida.

Para mi propia sorpresa, me termino la hamburguesa entera. Apenas he comido patatas fritas, pero, por alguna extraña razón, he disfrutado al ver cómo Connor se las comía todas con kétchup.

—Creo que hacía años que no comía tanto —le indico con el estómago lleno, relajándome en el sofá en el que estoy sentada.

—¿Tarta de queso o de chocolate como postre? Es la especialidad de la casa —nos ofrece John.

—Yo no puedo, estoy llenísima —me disculpo con pena.

—Una tarta de queso para mí —pide Connor mientras me pregunto cómo puede comer tanto.

Connor paga la cuenta, nos despedimos de John, que nos alienta a volver pronto y salimos del local en dirección al vehículo.

Connor insiste en dejarme directamente en casa para que tenga más tiempo para descansar y arreglarme para la cena de esta noche con su familia. Acepto y cuando me despido de él siento que me mira con curiosidad.

—¿Pasa algo? —pregunto con cierto temor.

—No —susurra, serio—. Hasta dentro de unas horas. Te aviso cuando salga de mi ático —se despide, salgo del coche y se marcha con prisa.

Cuando entro en casa de mi abuelo siento esa sensación de seguridad y protección que siempre me otorga estar a su lado. Lamento que en unos días tenga que vivir con Connor Merrill en ese

ático que me parece tan vacío y frío como su dueño. Al menos podré darle calidez a mi habitación y conseguiré sentirme segura ahí. Me fijé en todas las medidas de seguridad que tiene el edificio y cuenta con la última tecnología.

Charlo con mi abuelo en el salón mientras nos tomamos una infusión juntos frente a la chimenea, hoy hace muchísimo frío. Me transmite que se alegra de que vaya a conocer a la familia de Connor. Lo cierto es que estoy nerviosa y no me apetece nada. De lo que tengo ganas es de meterme en la cama, relajarme y leer un buen libro.

—No querrás llegar tarde a conocer a tus suegros —dice mi abuelo cuando llevamos más de una hora y media hablando en el salón.

Subo a mi habitación, me meto en la ducha y luego paso un buen rato en mi vestidor pensando qué ponerme. Finalmente me decido por unos pantalones vaqueros, un jersey de cuello vuelto blanco y unas botas en tono *camel*. Hace mucho frío y necesito ir bien abrigada, sentirme arropada ya que acudir sola con Connor me produce cierto miedo.

Cuando Connor me llama porque está cerca de mi casa y le indico que estoy lista se sorprende. Nunca llego tarde a una cita sea con quien sea. Me coloco un abrigo largo en tono marrón y cojo un bolso de marca acorde con mi *look.* Me he dejado el pelo liso y me he maquillado de una forma muy natural, dejando que mi flequillo y mis ojos color azul sea todo lo que resalte en mi rostro.

Connor entra en la propiedad, pero no se baja del coche, me monto en el gran todoterreno negro que conduce en esta ocasión y sentir la calefacción me hace entrar en calor.

—¡Qué bien se está aquí! —susurro una vez dentro, frotándome las manos, en las que llevo guantes.

Miro a Connor y me echo a reír, observo que ha escogido un jersey blanco con unos vaqueros, vamos vestidos iguales.

—¡No me lo puedo creer! Y yo que pensaba que las mujeres tan pijas como tú no tenían ropa normal —exclama, sonriente.

—Hace muchísimo frío y la cena es en casa de tus padres un día entresemana por la noche —justifico—. Pensé en algo informal.

—Estás muy guapa —comenta de golpe y de repente ambos nos quedamos callados. Creo que el cumplido le ha salido sin pensar y a mí me ha afectado a la vez que impactado que venga de él. No quiero que le guste nada de mí. Lo que menos deseo es que sienta algún tipo de atracción hacia mi persona.

Capítulo 13
Connor

Estás muy guapa, pero ¿qué coño te pasa? Me reprendo mientras conduzco centrado en el tráfico, sin mirar más a Meghan, pensativo en las palabras que le he dedicado sin ser consciente de ello. Imaginé que se vestiría de una forma más arreglada y, para dejarla en desventaja y molestarla, decidí ponerme algo informal y ahora parecemos hasta una pareja que se combina como gemelos, lo que me faltaba. Lo que no puedo dejar de reconocer es que Meghan es muy guapa pese a tener toda la apariencia de una *barbie* perfecta, sin embargo, me está demostrando todas sus facetas, no solo la de la mujer elegante y de vestidos caros. Al parecer, también es alguien normal.

El resto del trayecto ninguno de los dos decimos nada más. Observo cómo ella se frota las manos con los guantes puestos y le pregunto:

—¿Todavía tienes frío? —Yo tengo un calor que me muero. He subido la calefacción cuando se montó en el coche y sentí que tenía frío.

—Eh, sí, pero no te preocupes. Siempre tengo frío. Soy yo.

—¿Eres friolera? —inquiero y ella asiente reconociéndolo un poco avergonzada—. Yo soy muy caluroso, supongo que es una ventaja viviendo en esta ciudad.

—Sí. Totalmente.

—Quiero que estés preparada para cuando conozcas a mi familia —le advierto—. Mi madre es un poco dramática, me reprochará mil veces esta noche haberse enterado de lo nuestro por la prensa. Mi padre pasa de todo, es médico por pura vocación y prefiere estar en el hospital salvando vidas que meterse en nada. Y mi hermana tiene etapas, hace algunos meses que no la veo, no sé en cual andará ahora. Tiene veinte años. Es muy cariñosa y simpática, creo que le gustarás.

—¿Vive en la misma ciudad y hace meses que no la ves? —pregunta con sorpresa.

—Llevamos vidas muy diferentes y nuestros horarios no coinciden —me excuso.

—La diferencia de edad es considerable entre vosotros, supongo que eso también influye —murmura.

—Sí. Cuando tenía doce años y mis padres me dijeron que venía de camino una hermanita no me hizo especial ilusión, pero quiero mucho a Violet pese a nuestros años de diferencia.

—Siempre quise tener un hermano o hermana —comenta Meghan —. Ser hija única es muy aburrido. Admiro a las familias numerosas, las alegrías en sus casas —susurra. Parados en un semáforo la miro con horror, pensando que ni se le ocurra que voy a ser el padre de sus hijos. No deseo serlo ni de uno… Pensar en hijos me produce un gran escalofrío.

—Para algo están los amigos que son como hermanos —comento.

—Sí. tengo la gran suerte de contar con dos grandes amigas. Stella y Callie son increíbles. Siempre están cuando las necesito —revela con naturalidad.

Entramos en la propiedad de mi familia y observo que Meghan mira todo con atención. Mi madre siempre ha tenido el jardín de la casa muy cuidado e iluminado.

—Es una mansión enorme —susurra Meghan. La siento impresionada.

—Sí. Mi madre vive para que en esta casa no falte de nada. Le encanta, es obra y diseño de ella. Adora dar fiestas, reunir a mucha gente y que luego se hable de ello. Tranquila, le gustarás a mi madre —le indico al bajarnos del coche.

Antes de entrar por la puerta tomo a Meghan de la mano y siento que se estremece e intenta retirar el contacto de nuestra piel, pero no lo permito y la agarro más fuerte. Percibo que ella se tensa, pero de inmediato vemos a mi familia y mi madre se acerca para abrazarnos y besarnos.

—¡Oh, Meghan, qué ganas tenía de conocerte! Eres preciosa —la halaga de inmediato al mismo tiempo que la tiene cogida de ambas manos y la admira tras abrazarla y besarla con efusividad.

—Ya veo que no hace falta que te presente a mi prometida —comento con tono mordaz a mi madre mientras mi padre y mi hermana aguardan su turno para saludar a Meghan.

Mi padre saluda a mi prometida de forma cordial y educada.

—Joder, eres guapísima, mucho más en persona. Me encantas, te sigo desde hace tiempo. Tengo un montón de joyas de tu marca —dice mi hermana, emocionada, mientras abraza y besa a Meghan—. ¡Y ahora vas a ser mi cuñada! —grita dando saltitos.

Meghan me mira callada, no sabe muy bien qué decir. Se limita a sonreír y percibo que tanta muestra de efusividad por parte de mi

familia no lo lleva nada bien. Menos mal que mi padre ha sido más correcto.

—Es la primera vez que Connor trae a una novia a casa y nos la presenta —revela mi hermana tomando de la mano a Meghan y caminando con ella hacia el salón—. Creo que nos vamos a llevar muy bien —le indica a mi prometida mientras suspiro.

—Tienen una casa preciosa —dice Meghan admirando el enorme salón con grandes ventanales al jardín y la piscina.

—Podéis hacer vuestra boda aquí —lanza de golpe mi madre—. ¿Dónde tenéis pensado celebrarla? —pregunta con interés.

Meghan y yo nos miramos en silencio. Así es mi madre, aún no te conoce y ya te está organizando la vida.

—Aún no nos decidimos —comento algo tenso.

—Esta propiedad es perfecta. Dejadme organizar vuestra boda —suplica mi madre.

Miro a Meghan y ella no sabe qué decir.

—Yo no quiero saber nada de eso. Que elija Meghan —susurro con indiferencia. Total, no pienso casarme. Tiro la pelota sobre su tejado.

—Me da igual —titubea ella—. Si a tu madre le hace ilusión… —Me mira sin saber qué responder.

—¡Oh, por supuesto! —grita mi madre aplaudiendo y abrazando a Meghan. Joder, se la ha ganado a la primera. No necesito que mi familia esté encantada con mi prometida, sino todo lo contrario.

—Hemos venido a cenar y a que conozcáis a mi prometida —manifiesto en tono seco y molesto—. No abrumes a Meghan —la reprendo.

—Vale, primero la fiesta de compromiso. ¿Dónde será? ¿Necesitas ayuda? —se interesa mi madre mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Se están encargando nuestras secretarias con un servicio de organización de eventos profesional, mamá. Y será en mi ático —revelo. Siento cómo Meghan me mira, ella desconocía esta información, pero lo cierto es que acabo de tomar la decisión. Así podré controlar la lista de invitados y no serán muchos.

—Tenemos que ponernos al tanto en muchas cosas, Meghan. ¿Cómo te viene si comemos juntas mañana? —propone de golpe mi madre.

—No puede. No podemos —comento de inmediato antes de que Meghan responda—. Tenemos las agendas llenas hasta después del compromiso. Tendrás que esperar, madre.

—Naomi, deja a la pareja respirar, vamos a tomar un vino y a brindar por ellos —propone mi padre. Lo miro y le doy las gracias en silencio por interceder.

El resto de la velada siento a Meghan en tensión cada vez que le cojo la mano o me acerco a ella de forma cariñosa, aunque no aparta de su rostro una sonrisa y es muy amable en todo momento.

Cuando nos marchamos sé que mi prometida se ha ganado por completo a mi familia y esto me molesta. La consideran la mujer ideal para mí y no lo entiendo porque sé que yo nunca la veré como tal.

Una vez en el coche, de vuelta a casa de Meghan, ella me comenta:

—Tienes una familia muy especial. Se nota que te quieren mucho.

—Sí, es cierto. Yo soy el más despegado —admito—. Aunque esta noche he demostrado ser más cariñoso que tú. Te he tomado de la mano y abrazado en varias ocasiones para aparentar ante mi familia que somos una pareja enamorada —le reprocho ante su falta de gestos cómplices hacia mí. No me ha sentado nada bien sentir su tensión cuando me acercaba. Nunca me había pasado con una mujer.

—Lo siento, la próxima vez estaré más pendiente. Estaba abrumada por tu familia. Igual en la próxima aparición con más gente tenemos que establecer cómo comportarnos —propone.

—Tan simple como mostrarnos cómplices y enamorados —susurro algo molesto.

Llegamos a casa de Meghan y antes de bajarse del coche me pregunta:

—¿Te veo mañana en la oficina?

—Puedo recogerte, recuerda que tu coche está allí —le propongo.

—Me puede llevar el chófer de mi abuelo. No te molestes.

—Siempre llego temprano a mi puesto de trabajo —le indico a modo de advertencia.

—Y yo —replica con el mentón alzado, desafiante.

—Nos vemos mañana —me despido.

—Buenas noches —dice Meghan antes de bajarse del coche.

—Deberías darme un beso e ir practicando para que no te tenses tanto cuando te toque en presencia de los demás —bromeo con cierto tono molesto. Es la primera mujer que se estremece con mi contacto y no siento que sea de placer.

—Mis besos son mágicos, no quiero que caigas rendido a mis pies —manifiesta en tono mordaz.

No puedo evitar esbozar una sonrisa ante su ingenio para rechazarme. ¿Yo, Connor Merrill, suplicando un beso y siendo rechazado? Sacudo la cabeza mientras Meghan se da media vuelta y se marcha de forma resuelta dejándome con una sonrisa en los labios que ni yo mismo entiendo.

Capítulo 14
Connor

De vuelta a casa no puedo dejar de pensar en Meghan y en su comportamiento tan natural con mi familia. Me molesta que no deje de sorprenderme y que no actúe como espero, sino todo lo contrario, que me desconcierte con actitudes y acciones que no son propias de una persona tan superficial como ella. ¿Será que trata de impresionarme?

Me tumbo en la cama y me quedo dormido con la mente en ella y en la última frase que me dijo; sus besos son mágicos. Sonrío al pensar que igual le hace falta un hombre como yo para que le enseñe lo que son besos de verdad. Y que igual si los prueba sea ella la que caiga rendida a mis pies, como el resto de mujeres.

Llego a la oficina muy temprano, cuando Meghan aparezca quiero darle una imagen de seriedad y compromiso que no espera de mí, y nuevamente me sorprende cuando la encuentro en el despacho, con el ordenador encendido y con muchos papeles esparcidos por toda la mesa. Observo que está perfectamente arreglada, no lleva la ropa de la noche anterior y me pregunto a qué hora se ha levantado esta mujer. Son las siete y media de la mañana y tiene pintas de llevar un buen rato aquí.

—No me gustan las carreras —murmuro sobresaltándola. Meghan me mira desconcertada, no sabe a qué me refiero—. Anoche te dije que llegaba temprano a trabajar y has decidido ganarme.

—A mí tampoco me gustan las competiciones. Puedes ver mis registros en la empresa, por lo general llego a las siete de la mañana o un poco antes —contesta, sonriente.

—Pensé que a una persona tan friolera como tú le costaría levantarse de la cama —justifico en tono de broma.

—No pienses tanto con respecto a mí —comenta en tono mordaz.

—¿Un café? —pregunto a modo de guardar el hacha de guerra.

—Ya lo he tomado en casa. Mary no llega hasta dentro de media hora —dice consultando el reloj—. Yo no te lo pienso hacer y tú dudo que sepas cómo se utiliza la máquina de café —manifiesta de forma estirada.

—Solo hay que poner una cápsula —comento.

—Adelante. —Me hace un gesto con la mano, mientras me mira sonriente, como si fuese un inútil, para que vaya a hacérmelo.

Salgo del despacho y busco la sala donde se encuentra la máquina del café. Lo cierto, es que hace muchísimo tiempo que no me hago uno yo mismo, pero no se lo pienso decir a Meghan.

Tardo en controlar la puñetera máquina de café y cuando vuelvo al despacho finjo que he recibido una llamada telefónica entre tanto y de ahí mi tardanza.

Paso toda la mañana y parte de la tarde reunido con Meghan en la oficina, tratando de salvar a la empresa de la ruina total. Solo hemos comido un sándwich que nos trajo su secretaria y cuando terminamos le propongo:

—Te invito a cenar, nos lo merecemos.

—Lo siento, pero no tengo hambre, lo que más deseo es un baño caliente y meterme en la cama —revela con total naturalidad, pero estas palabras penetran en mi mente imaginándola desnuda

mientras el agua recorre su piel y luego aparecen imágenes de ella en la cama. Sacudo la cabeza y me digo que tengo que buscar a una mujer para pasar la noche. Llevo varios días sin sexo y mi mente divaga.

—Creo que te gusta llevarme la contraria para despertar mi interés —comento un poco herido.

—No pienses, ni por un solo segundo, que soy como las mujeres a las que estás acostumbrado —me advierte.

—Yo solo creo y pienso de ti lo que se dice.

—Lo mismo digo, señor Merrill —replica con cierto tonillo molesto.

—Hasta mañana —me despido de ella y me marcho primero del despacho.

De camino a mi coche llamo a Carter y Elliot, les propongo que busquen a algunas chicas y terminemos la noche con ellas en alguna fiesta o local, pero ambos me ponen una excusa y no tengo más remedio que tirar de mi agenda y llamar a una de tantas amigas de las que siempre están disponibles para quedar conmigo y pasar un buen rato.

***

Mi propósito al día siguiente es llegar antes que Meghan a la oficina, pero he tenido una noche tan movida que cuando regreso a mi casa y termino de ducharme a las seis de la mañana de lo que tengo ganas es de meterme en la cama y de no ir a trabajar, y eso hago. Doña *barbie* perfecta se va a quedar descolocada toda la mañana sin saber de mí y va a comenzar a aprender que soy impredecible y nunca puede dar nada por sentado conmigo.

Cuando despierto son las doce del mediodía, miro mi móvil y no tengo ninguna llamada ni mensaje de Meghan ni de la secretaria de Clarkson, algo que me extraña. ¿Y si ella tampoco ha ido a trabajar? Me planteo. Decido salir de la cama, vestirme y aparecer por la empresa como si nada para averiguar qué ha hecho hoy Meghan en mi ausencia.

Cuando llego me encuentro con Meghan por el pasillo, intercambiamos un saludo y me comenta que va a salir a comer con el equipo de publicidad de la empresa. Decido acompañarla ya que quiero conocerlos y para mi sorpresa a Meghan le parece bien.

El restaurante en el que han quedado está cerca y vamos dando un paseo, lo cierto es que me hace bien estirar las piernas y respirar el aire frío. Meghan lleva la nariz roja y me hace gracia. Su piel es tan blanca y sus ojos tan azul cielo que parece que lleve una nariz de payaso colocada, pero no le digo nada.

Cuando estamos cerca del restaurante tomo a Meghan de la mano, ambos llevamos guantes, pero, aun así, ella se estremece al sentirme.

—Tenemos que hacer una entrada como pareja, supongo que ya todos saben que estamos juntos —le recuerdo algo molesto. Me crispa que no le guste que la toque.

Meghan me mira en silencio y no dice nada.

Almorzamos con un grupo de seis personas, las cuales nos esperan cuando llegamos al restaurante y todos se sorprenden cuando nos ven aparecer juntos. Durante la comida me molesta cómo el jefe de publicidad mira y le habla a Meghan, sobre todo me incomoda la complicidad que existe entre ambos. Por ello me inclino sobre mi futura esposa y le doy un breve beso en los labios delante

de todos. A ella le molesta, lo aprecio en sus ojos, pero lo disimula pronto. Por mi parte, he sentido la necesitad de dejarles a todos muy claro que Meghan es mía. Puede que lo nuestro sea una farsa, pero no pienso permitir que ningún tío la mire así en mi presencia.

Terminamos el almuerzo y salgo de nuevo con Meghan a la calle para volver a Clarkson. En cuanto estamos solos le pregunto algo molesto:

—¿El tal Steve de qué va? —No puedo permitir que un empleado mire y tontee de esa forma con mi futura mujer.

—¡¿Cómo?! —inquiere, extrañada por mi pregunta. Se para de golpe en la acera y me mira con el ceño fruncido—. Y el beso que me has dado ahí, ¿a qué ha venido? Era una comida de trabajo —me reprende, enfadada.

—Eres mi futura mujer, ¿no puedo besarte cuando me plazca? Recuerda que tenemos que interpretar un papel delante de los demás —digo a modo de excusa.

—Era una reunión de trabajo —me reprocha de nuevo mi comportamiento, exasperada—. No vas a besarme cuando te dé la gana, Connor Merrill. Tendremos que establecer de antemano cuándo nos vamos a besar —me exige, alterada, y esto provoca una carcajada en mí.

De repente, un vagabundo le coloca una mano a Meghan en el brazo y le pregunta:

—¿Tiene algo para mí?

Ella se sobresalta, da un grito, asustada, y se altera mucho. Yo me saco un billete de la cartera y se lo entrego al hombre que se

marcha mientras observo a Meghan sacudirse con fuerza la manga del abrigo donde el mendigo la ha tocado.

—Solo quería algo para comer —le explico mirándola. Meghan está muy alterada, nerviosa, y no deja de sacudirse el abrigo como si le hubiese pegado la lepra, algo que me molesta.

—Necesito ir a mi casa —susurra de golpe.

—¡¿Qué te pasa?! —inquiero mirándola—. Ese hombre no te ha pegado nada, tan solo te ha rozado —le explico sin entender el numerito que está haciendo en medio de la calle.

—Tengo que irme. Necesito darme una ducha —manifiesta. Alza la mano, para a un taxi y se marcha dejándome estupefacto ante su actitud.

Desde luego, Meghan Clarkson nunca dejará de sorprenderme. ¿Qué clase de reacción es esta?

Capítulo 15
Meghan

Dos días después

Es viernes por la tarde, solo quedan veinticuatro horas para mi fiesta de compromiso con Connor Merrill y no me siento preparada para asistir. Ni siquiera me he preocupado por nada del convenio. He recibido algunas llamadas de la madre de Connor, pero no le he respondido. Mi cabeza estaba en otra cosa. Desde que me tropecé con ese mendigo que tenía un parecido tan grande con otra persona de mi pasado me encuentro muy alterada. Estoy a base de tranquilizantes, en cama y teniendo charlas telefónicas con mi psiquiatra cada vez que lo necesito porque se encuentra fuera de Boston estos días. Pensé que ese tema había quedado atrás, que tras años de terapia y tratamiento lo había olvidado, al menos en el plano del recuerdo de lo sucedido, pero no ha sido así y esto me ha sumido en un gran bajón emocional que hacía mucho tiempo no sentía.

No he ido a trabajar y no he contestado a nada de mi teléfono en estos dos días. No tengo noticias de Connor, ni me interesa. Mi abuelo y mis dos mejores amigas han estado conmigo y están tratando de convencerme de que debo salir de la cama y asistir mañana a la fiesta de compromiso.

—Puedo llamar a Connor y pedirle que lo retrase una semana —le propongo a mis amigas. Me encuentro en mi cama con ellas, cada

una a mi lado. Desde que les comuniqué la crisis que tuve no se han movido de aquí.

—Tu suegra te mataría. Ya ha enviado la nota de prensa y todo el mundo sabe que la fiesta de vuestro compromiso es mañana —dice Callie. Mi amiga es una de las mayores y mejores *influencers* de la ciudad. Lo controla todo.

—Tú puedes hacerlo, Meghan. Además, esa fiesta es el motivo que te hace falta para salir de esta cama. Estaremos contigo y recuerda que es en el ático de Connor, no podrá entrar nadie que no esté invitado —me anima Stella.

De repente, me sobresalto cuando veo la figura de Connor apostada en la puerta de mi habitación.

—i¿Qué haces aquí?! —pregunto con voz temblorosa.

—Vine a interesarme por ti. Hace dos días que me das esquinazo. Si vas a dejarme, dímelo ya. No me humilles no presentándote en la fiesta de compromiso —dice, serio, mirándome con atención, ignorando la presencia de mis amigas.

Stella y Callie se marchan de la habitación en silencio. Cuando las veo salir estoy a punto de pedirles que no lo hagan, pero me contengo. No deseo mostrarme ante Connor como una niña asustada.

Él cierra la puerta y se acerca a mi cama con paso sigiloso, observando la habitación al detalle.

—¿Qué te ocurre? —pregunta con interés, apostado en los pies de mi cama con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón y su chaqueta abierta. Me pregunto si siempre es tan atractivo—. No tienes buen aspecto. ¿Estás enferma?

—Eh… bueno… no me encuentro bien —titubeo, no sé cómo explicarle mi estado.

—Llevas dos días sin responder a mis llamadas ni a mis mensajes —me reprocha, serio.

—No tenía cabeza para nada —me disculpo.

—¿Te ha visto un médico? —inquiere con el ceño fruncido.

—Sí. Pasará —susurro.

—¿Qué pasará mañana? —pregunta con sumo interés.

Me tomo unos segundos en silencio y le contesto en un susurro:

—Asistiré a la fiesta de compromiso. No te preocupes.

—Bien. —Asiente, pensativo, mientras que me mira serio.

De repente se abre la puerta de mi habitación y contemplo la imagen de mi abuelo con mi psiquiatra, abro mucho los ojos y me quiero morir. No deseo que Connor sepa que tengo un tratamiento psiquiátrico desde hace diez años.

—He traído a la doctora —anuncia mi abuelo. Connor se queda mirándolos a ambos y yo no sé qué decir ni qué hacer—. Connor —lo saluda con sorpresa de verlo ahí—. Te presento a la doctora Avery Coleman.

La doctora y Connor se estrechan la mano y siento cómo Avery lo repasa de arriba abajo. Ya le he hablado de él con anterioridad. A ella sí le he contado el matrimonio pactado que tendremos que llevar a cabo. No le puedo ocultar nada de mi vida si quiero que me ayude a sobrellevarla.

—Creo que debemos dejar a Meghan y a la doctora a solas —propone mi abuelo y siento cierto alivio de que Connor salga de mi habitación.

—Encantado, doctora Coleman —se despide Connor, pero antes de abandonar la habitación le pregunta—: ¿Qué rama de la medicina ejerce? Mi padre también es médico.

—Soy psiquiatra —revela Avery con naturalidad.

El rostro de Connor se vuelve de granito cuando recibe la información que de una forma tan hábil se ha encargado de obtener.

Mi abuelo y él salen de mi cuarto en silencio mientras que yo tiemblo por dentro. No quiero que Connor piense que estoy loca. No entiendo por qué, pero me importa mucho la imagen que tenga de mí.

Capítulo 16
Meghan

—Tu abuelo me ha recogido en persona del aeropuerto nada más aterrizar mi avión —dice la doctora deshaciéndose de su abrigo y sentándose en la cama junto a mí. Es mi psiquiatra desde hace diez años y conoce todos mis miedos. Ya sabe lo que me ha desencadenado esta crisis porque se lo conté por teléfono, pero cuando me coge las manos y me mira a los ojos me rompo—. Vamos a hablarlo todo de nuevo —propone.

Logra que me tranquilice y me convence de que debo centrarme en mi compromiso con Connor y olvidar el incidente con el vagabundo. Decido hacerle caso y cuando Avery se marcha, tras varias horas de charla con ella, me siento mucho mejor.

Mi abuelo acude a mi habitación y me comunica que mis amigas y Connor se marcharon.

—¿Te preguntó algo Connor? —inquiero con miedo.

—No. Pero no te preocupes, si lo hace sabes que no diré nada. Solo a ti te corresponde contar, cuando lo consideres oportuno, las causas que te llevaron a la doctora Coleman.

—Gracias —musito. No quiero que Connor conozca esa parte de mí que pocas personas saben.

En estos momentos me apetece estar sola para pensar bien lo que será mi vida a partir de que me vaya a vivir con Connor tras el anuncio de nuestro compromiso. Me relajo en la cama y cierro los ojos.

—¿Y todas estas cajas? —pregunta mi abuelo.

—Son mis cosas, las han empaquetado Stella y Callie estos días que han estado cuidando de mí. Mañana las llevarán a casa de Connor —manifiesto sin entusiasmo ninguno. Precisamente en esos momentos necesito estar en mi casa, junto con mi abuelo más que nunca. Sintiendo su protección y seguridad.

—Creo que este cambio a su casa y en tu vida es lo que necesitas, mi vida —dice mi abuelo sentado a mi lado, mirándome con angustia. Sé que estos dos días lo he tenido muy preocupado.

—¿Tú crees? —pregunto—. Con Connor todo son diferencias y peleas. Somos como el agua y el aceite —me quejo.

—Estoy seguro de que haréis un gran equipo para salvar Clarkson.

—Si no nos matamos en el camino… —murmuro.

—Tus padres llegarán en unas horas —anuncia mi abuelo, lo había olvidado. Con motivo de mi compromiso iban a pasar el fin de semana en Boston. Llegaban hoy viernes por la noche.

—No quiero que sepan nada de esto que me ha pasado —le suplico a mi abuelo. Para mis padres el incidente que me alejó para siempre de Nueva York está superado, pese a que respeten que no quiera volver más a esa ciudad.

—Bien, entonces, sal de esa cama y arréglate para recibirlos —me alienta. Asiento y le hago caso. Tengo que pasar página y avanzar.

Hace dos meses que no veo a mis padres, desde acción de gracias que estuvieron en casa. Ellos tienen poco tiempo para venir a Boston y yo hace diez años que no piso Nueva York.

Mi madre me encuentra más delgada y quiere que le cuente con pelos y señales cómo se dio todo con Connor Merrill, el hombre más deseado en estos momentos. No solo es muy rico, sino que es guapísimo y un gran empresario como ha demostrado en los últimos años llevando los negocios de su abuelo.

Mis padres se muestran encantados de que me vaya a comprometer, encuentran a Connor Merrill el candidato perfecto para su hija sin tan siquiera conocerlo. Supongo que les vale su billonaria cuenta bancaria y convertirse en sus suegros. Seguro que piensan en los beneficios que obtendrán. Mi padre es dueño de una galería de arte y mi madre nunca ha trabajado, ella vive haciendo amistades y gastando dinero. Casi le dio un infarto cuando meses atrás mi abuelo comunicó que la empresa estaba yendo mal y no le podría pasar su asignación mensual, ahora, al verse como la suegra de uno de los hombres más ricos del mundo debe de ser lo más para ella y no solo eso, sino debe de estar pensando en todas las amistades que puede hacer como consecuencia de mi boda.

Antes de dormirme recibo una llamada de Connor, no lo espero, ya estoy metida en la cama y dudo si cogerle el móvil, pero finalmente lo hago.

—Supongo que querrás saber si te vas a casar con una loca —le digo nada más coger el teléfono—. Comprendo que quieras parar todo esto, no te culparía —manifiesto con sinceridad.

Escucho a Connor expulsar aire, se queda unos segundos en silencio y deduzco que mis palabras lo han dejado sin saber por dónde salir.

—Igual la que necesita pararlo seas tú, tampoco te culparía —lanza la pelota a mi tejado con la habilidad que lo caracteriza.

—No te preocupes, sabré gestionarlo —respondo aparentando seguridad en mis palabras.

—¿Estás segura? —insiste.

—Sí. Mañana por la mañana enviaré mis cosas a tu casa —le indico.

—Puedes venir tú también. No pretenderás llegar junto con los invitados —manifiesta en modo de reproche. En estos dos días apenas he tenido tiempo de pensar—. Te espero para que desayunemos juntos, organicemos todo y parezca, a los ojos de nuestros invitados, que estamos implicados e ilusionados en esto de la fiesta del compromiso.

—Vale —acepto finalmente. No estoy preparada para nada de eso, sin embargo, es mi deber y tengo que cumplir con mi palabra.

Capítulo 17
Connor

Paso una noche de mil demonios. La cena a la que he acudido con mi abuelo era de negocios y cuando esta termina me reprocha que no he estado atento a las negociaciones, y es cierto. Mi cabeza estaba en Meghan, en cómo la encontré en su habitación y descubrir que tiene la atención de una psiquiatra me ha descolocado por completo.

No le comento nada de esto a mi abuelo, tengo que pensar muy bien cómo me beneficia o me perjudica esta situación de Meghan, de todas formas, tengo tiempo hasta la boda. Los compromisos se rompen y luego nadie se acuerda de ellos, y esa es mi intención.

Cuando Meghan llega a mi casa, cargada de maletas, en chándal, zapatillas de deportes, una coleta alta y sin apenas maquillar logra sorprenderme de nuevo.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta mirándome.

—Nada, que no te imaginaba así. Siempre vas tan perfecta… Pensé que las mujeres como tú ni sudaban en el gimnasio.

—Hubo una época de mi vida en la que me encantaba salir a correr —comenta con nostalgia.

—¿Por qué no lo sigues haciendo? —me intereso.

—Muchas cosas cambiaron cuando me vine a vivir a Boston —revela con cierta nostalgia.

—Oh, señorita Meghan, bienvenida —nos interrumpe Cora. Luego aparece mi mayordomo y entre ambos llevan todas sus cosas a la

habitación.

—¿Desayunamos? —pregunto dirigiéndome a la cocina.

—Sí —dice Meghan caminando a mi lado.

Observo que ella también se fija en mi ropa, llevo unos pantalones de chándal negros y una camiseta blanca. Voy descalzo y me muevo por mi cocina con destreza. Comienzo a hacer dos cafés.

—¿Ya te sientes mejor? —indago.

—Sí. Va pasando.

—¿Puedo preguntar qué te pasa? Vas a vivir conmigo y si te ocurre algo me gustaría saber cómo reaccionar.

—No te preocupes, mis episodios son de miedo. Me meto en la cama y lloro —manifiesta mientras siento que le quita importancia a lo que le sucede.

—¿A qué se deben esos miedos? Por si te puedo ayudar —especifico cuando siento que me mira como si me estuviese metiendo demasiado en su vida.

—Es algo de lo que me cuesta hablar. Solo lo trato con la doctora Coleman —revela mientras, sentada en una banqueta en la isla de mi gran cocina, se retuerce las manos, nerviosa.

—Vale, no te quiero presionar. Si un día me lo quieres contar… —dejo la posibilidad abierta.

—Gracias —susurra, mientras siento un leve pellizco en el corazón que no había sentido nunca. Percibo que algo grave la atormenta y una sensación de protección hacia ella nace en mí, algo que me desconcierta por completo. En estos momentos Meghan proyecta una imagen de mujer frágil que puede romperse en cualquier instante y esto hace que sienta cierta pena por ella.

—Mi madre ha organizado todo para esta noche —decido cambiar de tema—. Me ha dejado un dossier en el mail con el catering y esas cosas, pero ni lo he abierto. Si te parece te lo paso.

—Está bien. Lo miraré, no quiero quedar mal con ella ni que parezca que no me interesa mi fiesta de compromiso después de estos días en los que no he atendido sus llamadas ni mensajes.

—Bien, pues encárgate tú —le comento guiñándole un ojo—. Mi madre sabe que paso de estas cosas.

—Solo espero que la fiesta no se alargue demasiado —comenta y la siento un poco agobiada.

—Tranquila, intentaré echarlos a todos pronto. Es la ventaja de que sea en mi ático. Además, todos comprenderán que desee estar en la intimidad con mi prometida —bromeo, sin embargo, logro que Meghan se sienta incómoda. Se levanta del taburete con la taza de café en la mano y camina hacia la ventana y observa las vistas en silencio mientras la observo desde lejos. Desde luego, esta mujer es una completa incógnita para mí. Creo que tiene más facetas y cambios que un camaleón, nunca sé qué me voy a encontrar. Y no controlar lo que me rodea ni saber por dónde me pueden salir me pone muy nervioso.

Tras unos minutos en silencio, me acerco de forma sigilosa a Meghan y la sorprendo colocándome detrás.

—¿Preparada para compartir una vida conmigo? —pregunto en un susurro muy cerca de su oído.

Ella se estremece al sentirme tan pegado, se da la vuelta, me mira con sus ojos cargados de lágrimas, dirigiéndome una mirada azul que me traspasa el corazón, y dice:

—No, pero me adaptaré. Algo me dice que yo tendré que hacer un esfuerzo mayor que tú. Vamos a vivir en tu casa y nos vamos a mover en tu terreno casi todo el tiempo.

De repente nos interrumpen unos trabajadores cargados de cajas, la organizadora de la fiesta se presenta a Meghan y a mí, y solo la soporto media hora, luego dejo a Meghan a cargo de todo y me despido de ella hasta la hora fijada para que lleguen los invitados.

Capítulo 18
Meghan

Me miro en el espejo cuando unos leves toques en la puerta de la que será, desde hoy en adelante, mi habitación en casa de Connor, me sacan de mi propio mundo. He escogido un vestido color champán, con cierto brillo, al menos que la prenda aporte la luz y la ilusión que a mí me faltan en estos momentos.

—Adelante —digo girándome hacia la puerta, sin moverme de la posición que ocupo.

Veo aparecer a Connor, perfectamente vestido con un traje de chaqueta negro y camisa blanca, me mira y siento que me repasa al detalle de arriba abajo.

—¿No vas a tener frío con ese vestido? —inquiere de golpe.

El modelo que he escogido es de escote asimétrico, ajustado a mi cintura y me llega a medio muslo, luzco mis bonitas piernas que se ven más largas de lo que son debido al alto zapato de tacón que he elegido, también en tono dorado.

—Espero que esté la calefacción bien alta. La fiesta de hoy requería un vestido como este —le comento. No espero que apruebe mi modelito, soy una experta en moda y siempre sé cómo debo ir vestida, pese a que no me guste, como es esta noche.

—Estás impresionante —susurra y su halago me sorprende.

—Tú también —le devuelvo el cumplido—. Espero que los invitados se centren en la apariencia de ambos y se crean que

estamos tan enamorados como para decidir casarnos en tan poco tiempo desde que nos conocemos.

—Mi madre me dijo que invitó a varios fotógrafos de la prensa. Posaremos ante ellos en unos minutos y luego abandonarán la fiesta, dejándonos intimidad con nuestros familiares e invitados para la pedida de mano —relata.

—Sí —respondo. Me he leído el *dossier* entero que me envió con las instrucciones de la organizadora de fiestas.

—¿Vamos? —pregunta Connor.

Asiento con un gesto de la cabeza y comienzo a caminar hacia él. Cuando observo que me extiende el brazo me quedo con la mirada fija en mi futuro marido.

—Creo que lo lógico es que bajemos al salón como lo haría una pareja enamorada —dice Connor.

—Sí —respondo algo abrumada y confusa. Le tomo la mano y él entrelaza sus dedos con los míos con firmeza. Está caliente, y la mía helada. Ambos percibimos el contacto, pero ninguno decimos nada.

Cuando aparecemos en el salón nuestras familias y amigos ya están ahí. Observo a tres fotógrafos que nos hacen fotografías mientras descendemos por las escaleras y trato de sonreír mientras me obligo mentalmente a ello diciéndome: actúa como si fuese el hombre de tu vida.

Saludamos a nuestras familias, pero Connor no se separa de mí. Me da la mano o me agarra de la cintura en todo momento. Tengo que hacer grandes esfuerzos por no estremecerme cada vez que lo tengo cerca y me toca con confianza. Hace tanto tiempo que no percibo estos gestos de una pareja que me incomodan.

Connor y yo posamos juntos y abrazados delante de los fotógrafos bajo la atenta mirada de nuestras familias y amigos. Siento a Connor muy dispuesto y entregado con todas las poses que nos indican. No me suelta en ningún momento y tanta cercanía logra abrumarme, pero lo disimulo. Es un hombre muy guapo y atractivo, con una sonrisa que me acelera el corazón, sin embargo, intento que no me afecte.

Para finalizar las fotografías, antes de marcharse los reporteros, nos piden un beso. Miro a Connor en silencio y él se inclina sobre mis labios y me da uno breve, apenas un roce. Cuando siento su contacto percibo un fuerte calambre eléctrico por mi columna vertebral. Hacía muchísimo tiempo que nadie me besaba.

—Listo, chicos —escucho la voz de la organizadora de la fiesta—. Podréis subir al final para hacer unas fotos del anillo y realizar unas preguntas.

—Relájate —susurra la voz ronca de Connor en mi oído.

Lo miro, asiento con una sonrisa forzada, y agradezco que mis amigas se acerquen a mí una vez que la prensa se ha marchado.

Unos camareros nos ofrecen champán, Stella y Callie se apoderan de unas copas como si fuese agua en el desierto y me obligan a coger una y posar para una foto las tres juntas.

Mi madre y mi suegra se conocen y ambas se caen muy bien. Creo que se parecen mucho, comienzan a hablar entre ellas y Connor me rescata para presentarme a sus dos mejores amigos. Carter y Elliot son simpáticos, les presento a mis amigas y charlamos junto con la hermana de Connor. Creo que somos los más jóvenes de la fiesta. El resto son nuestras familias y algunos compromisos de nuestros abuelos.

Apenas pruebo los canapés que sirven, pese a que Stella no deja de decir que están buenísimos, pero es que tengo el estómago cerrado.

La madre de Connor requiere la atención de todos para el gran momento. Él me agarra de la mano y me entrega un pedrusco impresionante.

—Es difícil regalar un anillo a tu prometida cuando tiene una empresa de joyas y se encarga de diseñarlas y publicitarlas —comenta Connor sonriente mientras aprecio el espectacular diamante que ha colocado en mi dedo. Tengo una mano tan fina y delgada que igual termino con agujetas de llevarlo, pienso exagerando, con una sonrisa en todo momento, tratando de transmitir que me encanta mi anillo.

La organizadora de la fiesta hace volver a los fotógrafos y que posemos mientras les enseñamos el impresionante anillo.

—¡¿Cuándo será la boda?! —preguntan.

—En unos meses. Ya os diremos la fecha exacta —dice Connor.

—¿Qué es lo que más te gusta de tu prometido? —me preguntan directamente. Me quedo en silencio, pienso con rapidez y respondo:

—Su gran capacidad para sorprenderme.

—¿Qué te enamoró de Meghan? —le cuestionan a Connor.

—Creo que solo hay que mirarla —musita con los ojos posados en mí.

—¿Fue amor a primera vista? —se interesan en ambos.

—Sí —responde Connor de inmediato. Yo me quedo en silencio, pero esperan que responda también. Doy gracias de que mi prometido acuda en mi ayuda y diga—: Meghan se hizo un poco de rogar, pero no se pudo resistir a mis encantos. —La sonrisa que

muestra Connor me molesta sumamente. Disfruta con esto mientras que yo lo estoy pasando mal. Estoy acostumbrada a posar ante los fotógrafos, pero a lo que no estoy acostumbrada es a mentir delante de ellos mientras un hombre demasiado atractivo me tiene pegada a su cuerpo.

Lo miro con una sonrisa forzada mientras mis ojos echan chispas y tengo ganas de ponerlo en su lugar.

—Vamos a terminar, chicos —les indica la organizadora de la fiesta a los fotógrafos.

—Por favor, un último beso. El beso de los ya prometidos —especifican.

Connor me mira, me agarra por la cintura con una mano y lleva la otra hacia mi rostro, me acaricia la mejilla con delicadeza, se inclina hacia mis labios y, para mi gran sorpresa, me besa de una forma tan pasional que me coge totalmente por sorpresa. Me mete la lengua en la boca y me obliga a responderle al beso. ¿De verdad es necesario un beso así? Me pregunto mientras le correspondo.

—Es todo, chicos —escucho la voz de la organizadora, que pone fin a las fotos.

Connor se separa de mis labios y nos miramos a los ojos. De repente, siento que todo da vueltas a mi alrededor.

—No me sueltes —le indico de golpe, agarrándome a sus fuertes brazos, cuando creo que se va a separar de mí—. Estoy un poco mareada —le susurro, angustiada por dar un numerito.

Percibo sus manos con más fuerza sobre mi cuerpo, me abraza, siento su sonrisa en mi cuello, por donde pasea sus labios a su antojo, y susurra en mi oído:

—¿Tan increíble te ha resultado el beso que hasta te has mareado?

Lo miro sin romper nuestro abrazo y le espeto entre dientes:

—Es del asco que me ha producido, capullo.

Connor esboza una enorme sonrisa, y sin previo aviso me carga en sus fuertes brazos delante de todos y dice alzando la voz:

—Gracias a todos por venir. Como comprenderéis, mi prometida y yo deseamos estar solos. Os quedáis en vuestra casa.

Cuando Connor comienza a subir las escaleras conmigo cargada en sus brazos no puedo creer lo que está haciendo. Si no fuese porque todo me da vueltas y llevo la cabeza recostada en su pecho me hubiese bajado de sus brazos, pero no estoy en condiciones. Solo le reprocho en voz baja:

—¿Qué estás haciendo? —Soy consciente de que los fotógrafos aún no se habían marchado y están tomando fotografías de este momento.

—Quedar bien con nuestros invitados. Prefiero que mañana se comente que estamos tan enamorados que desaparecimos de la fiesta antes de tiempo que se ponga en tela de juicio tu salud o que nos casamos porque puedas estar embarazada —argumenta entrando en mi habitación.

Capítulo 19
Connor

Cubro a Meghan con una manta y me alarma la palidez de su rostro.

—¿Estás bien? —pregunto un poco preocupado—. ¿Llamo a un médico?

—No. Se me pasará. He estado mucho tiempo de pie con estos zapatos tan altos y no he comido por los nervios. Debe ser eso —justifica.

Le quito los tacones y al hacerlo siento que su piel está helada. Meghan comienza a temblar bajo la manta con la que la he arropado. Subo la calefacción de la habitación y no deja de tiritar. Yo tengo que deshacerme de la corbata y de la chaqueta porque me estoy asfixiando. La miro y no deja de temblar. Sin pensarlo voy hasta ella, me meto en su cama y la obligo a que me abrace.

—Así entrarás en calor antes —le ordeno cuando se resiste.

Le froto la espalda y los brazos y al cabo de unos minutos deja de temblar tanto.

—Ya me encuentro mejor —susurra. Creo que intenta que me vaya.

—No tengo nada mejor que hacer que estar aquí. Además, tampoco voy a abandonar tu habitación para que alguien nos vea. Aquí me quedo hasta que Easton me confirme que se fueron todos los invitados.

Meghan sigue abrazada a mi cuerpo y no se separa de este. Siento que me necesita. Se aferra a mí de una forma desesperada

que me causa dolor ya que percibo que sus estremecimientos son de miedo. Me limito a estar junto a ella en silencio. Algo me dice que no me implique de una forma emocional con esta mujer porque puedo salir perdiendo. Por ello no le hago todas las preguntas que se agolpan en mi mente. Creo que mientras menos sepa, mejor.

Tras una hora y media abrazados, hace rato que he notado que Meghan se quedó dormida, decido abandonar su habitación. Bajo al salón y encuentro que todos se han marchado, solo están por allí el personal del *catering* recogiendo todo junto con Easton y Cora que los dirigen.

—¿Quieres algo, Connor? —me pregunta Cora. Cuando estamos solos siempre me tutea.

—Nada, solo he bajado a por una copa. —Me la sirvo y me marcho a mi despacho.

Me siento en el sillón de mi mesa mientras juego con el vaso de cristal entre mis manos, pensativo. No puedo apartar de mi mente la imagen de Meghan cuando entré en su habitación antes del compromiso, ni de los dos besos que nos hemos dado esta noche. Él último de ellos me calentó como si fuese un adolescente y no consigo explicarlo. No me gusta Meghan, nunca me ha gustado, ni siquiera es una mujer por la que me sienta atraído, sin embargo, me produce unos sentimientos tan contradictorios que no consigo explicarme.

Subo a mi habitación un par de horas después, al pasar por el salón descubro que ya está completamente limpio y recogido, y me meto en la cama. No consigo dormirme pensando en cómo se encontrará Meghan. Maldigo mi afán de protección y, sin importarme ir en calzoncillos, voy hasta su habitación y entro de forma sigilosa.

Sé que no tengo derecho a invadir su intimidad de esta forma, pero necesito saber que está bien. Observo su vestido de marca tirado en el suelo, como si fuese un trapo, e imaginarla bajo las mantas desnuda o en ropa interior me perturba. Me inclino hacia ella y le toco la frente con una mano, necesito saber que está bien. La siento calmada y sin fiebre. Está profundamente dormida. La observo unos minutos en silencio y finalmente me doy media vuelta y me marcho cuando en realidad lo que me apetece hacer es meterme en la cama con ella y dormir a su lado el resto de la noche. ¡¿Pero qué coño te pasa?! Me reprendo cuando estos locos pensamientos aparecen por mi cabeza. Tienes que echar a esa mujer de tu vida, no aferrarla a ella.

Me levanto temprano y compruebo que las fotos de Meghan y mía inundan las redes. Nuestro compromiso será más sonado de lo que esperaba gracias a mi ocurrencia de abandonar la fiesta con mi prometida en brazos. Todos lo califican de un gran gesto de amor y no existe la más mínima duda de que Meghan y yo estamos colados el uno por el otro hasta los huesos. Al parecer anoche ambos actuamos muy bien.

Lo cierto es que hice aquello para molestar a Meghan, pero, por lo visto, me salió el tiro por la culata ante los medios. Ahora solo me queda ver cómo se lo toma ella y continuar desagradándola en estos meses para que decida no casarse conmigo.

Me sobresalto cuando descubro que Meghan se ha sentado a mi lado en el sofá y tiene los ojos puestos en las imágenes que aparecen en la *tablet* que tengo en la mano. Son las fotos que han publicado sobre nuestro compromiso. Lee los titulares y se detiene

en la fotografía en la que la llevo en brazos y subimos las escaleras juntos.

—Lo has conseguido, se habla en todos lados de lo enamorado que estás —comenta.

—No pensé que esto superase al gran diamante que te regalé, del cual apenas se habla —le indico un poco molesto. Me ha costado una pequeña fortuna.

—Igual es que la gente está aprendiendo a que hay gestos que valen más que las cosas materiales —murmura—. Tú pensaste que todos darían por sentado lo enamorados que estamos por el valor del diamante que pusiste en mi dedo y has comprobado que ha sido por el gesto de cargarme en brazos y desaparecer juntos. El romanticismo nos gana a todos, ricos y pobres.

—No me considero un hombre romántico, odio esas chorradas. Pero creo que tendré que aprenderlas para cuando aparezcamos ante los demás. A ti te veo más en ese tema —le indico—, ya me darás algunas pautas.

—No creo que al mujeriego de Connor Merrill tenga que decirle cómo conquistar a una mujer y hacer que caiga rendida a sus pies. Creo que en eso tienes un máster.

—Ya, pero contigo es diferente. Nunca me he mostrado en público con las mujeres con las que me he acostado, ni he tenido detalles románticos con ellas. Pero tú vas a ser mi mujer, hemos hecho público un compromiso y tenemos que dar una imagen de pareja enamorada. ¿Lo has olvidado? —pregunto esbozando una amplia sonrisa.

—¡Cómo olvidarlo, si desde hoy te tendré que soportar a diario! —exclama con garra, como si fuese una penitencia.

—Ya veo que estás mejor, sí —aprecio repasándola de arriba abajo. De nuevo va en chándal, sin maquillar y con una coleta recogida de cualquier forma.

—He descansado muy bien. Siento lo de anoche —musita cabizbaja, lamento algo avergonzada.

—¿El qué? —pregunto sin saber a qué se refiere exactamente.

—Cuando me aferré a ti y no dejaba de temblar —me recuerda—. Creo que me quedé dormida. Cuando abrí los ojos ya no estabas.

—No te preocupes, no fue nada —le resto importancia.

—Bueno, y, ¿ahora qué? —pregunta—. Ya vivo aquí y estamos oficialmente comprometidos para nuestras familias y la sociedad.

Ahora solo queda que te marches por donde has venido y desistas de nuestro matrimonio, pienso mientras la miro.

—Pues debemos comportarnos como una pareja enamorada —comento sin más, encogiéndome de hombros, esperanzado en que no sea algo muy complicado—. Bueno, y salvar tu empresa. Ese era el trato —le recuerdo.

—Viviré aquí e iré a trabajar todos los días a Clarkson, seguiré haciendo mi vida como antes, estaré a tu lado y te acompañaré públicamente cuando me lo pidas —establece—. Solo te ruego que me lo digas con antelación para prepararme.

—Si te parece cada domingo podemos hacer juntos la semana siguiente —le propongo—. Aunque también te advierto que a veces surgen en mi vida compromisos inesperados a los que no puedo dejar de asistir.

—Vale. Hoy es domingo —dice con buena actitud. La esperaba más cabreada y más reticente a toda esta farsa, pero, al parecer,

Meghan Clarkson cumple con lo que firma—. Me puedes poner al tanto de cómo será mi primera semana como tu prometida oficial.

—Consultaré mi agenda y veré si tengo algo. Luego te digo. Ahora, si me disculpas, voy al gimnasio.

—Sí, yo seguiré con mi mudanza.

Me levanto del sofá y me marcho. No me apetece hacer ejercicio, solo lo he puesto como excusa para alejarme de mi prometida. Estoy descubriendo que cuando estoy con Meghan me gusta hablar con ella, quizás sea por mi afán de molestarla y que se marche de mi lado porque no entiendo otro motivo.

El resto del día no vuelvo a coincidir con ella. A las ocho de la tarde le envío un mensaje en el que le pregunto dónde está y me responde que se encuentra en el vestidor de su habitación ordenando su ropa. Me dirijo hacia allí y como tiene la puerta abierta entro en la estancia sin llamar. Encuentro a Meghan sentada en el suelo, rodeada de cajas y colocando bolsos y zapatos, el resto de cosas están ya bien ordenadas.

—¿Por qué no has mandado que haga esto alguien? —pregunto a la vez que mi presencia la sorprende.

Meghan se gira y dice:

—Me gusta hacerlo yo, además, así estoy distraída y no pienso.

Nunca imaginé que fuese de las mujeres que hacen nada por sí sola.

—Estarás rendida —comento admirando el gran vestidor lleno de ropa y complementos.

—Así duermo mejor —contesta con una sonrisa.

¿Pero es que no piensa quejarse por nada? Me pregunto un poco cabreado ante la actitud de Meghan. ¿Por qué se muestra tan

encantadora? Me molesta que quiera agradarme.

—Esta semana necesitaré que acudas conmigo a comidas y compromisos casi todos los días. Mi secretaria te pasará mañana mi agenda —le comunico pensando que esta noche tendré que inventarme todos esos eventos. Necesito que Meghan comience a cansarse de mí y que este compromiso le resulte un completo infierno.

Capítulo 20
Meghan

Dos semanas después

Es jueves por la noche, acabamos de llegar a casa tras una cena y estoy agotada. Ser la prometida de Connor Merrill tiene más trabajo que ser la primera dama del país. Nunca imaginé que tuviese tantas comidas, cenas y eventos en dos semanas. Creo que he conocido a más gente en los últimos días que en el último año de mi vida y eso que mi vida social era muy activa. Me duele el rostro de tanto forzar una sonrisa permanente, pero creo que Connor no tiene ninguna queja sobre mí. De eso se trata, de ser perfecta y de que ojalá su reputación se recomponga pronto y yo me aleje de él lo antes posible. Lo bueno de estas dos semanas es que no me ha vuelto a besar, pero es cierto que en cada salida juntos me pregunto si lo hará. Antes de salir con él he estado a punto de preguntarle si tendríamos que besarnos, pero no lo hice. Creo que ha comprobado que ir tomados de la mano, dirigirnos miradas cómplices falsas y abrazarnos es más que suficiente para que los demás den por sentado que estamos muy enamorados.

Me deshago de los zapatos de tacón en cuanto entramos en el salón, Connor me mira y pregunta con el ceño fruncido:

—¿Cansada?

—Sí —no se lo puedo negar.

—Esta última semana ha sido frenética. Creo que esta noche no me harán falta ni las pastillas para dormir —comento sin darme cuenta.

—¿Tomas pastillas para dormir? —pregunta con curiosidad.

—Eh… sí, duermo poco y debo aprovechar las horas que tengo para descansar. Si me desvelo al día siguiente no rindo —justifico mientras pienso deprisa. No quiero que sepa que tomo pastillas recetadas por mi psiquiatra para no tener pesadillas.

—¿Las tomas siempre? —se muestra interesado.

—A veces —le miento. Soy incapaz de dormir sin mis pastillas.

—Bien, como te he sentido cansada te dejo aquí —me informa—. Para mí y mis amigos sigue la noche. Tenemos una fiesta. Tranquila, es privada —reconoce.

—Buenas noches —me despido de él comenzando a subir las escaleras. Me da igual lo que haga, yo solo quiero tumbarme en mi cama y dormir un día entero.

Para mi sorpresa, doy mil vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. A mi mente acuden imágenes de dónde habrá ido Connor y con quién. Estoy segura de que me ha mentido y que cuando se fue de casa se ha ido a algún encuentro con una mujer. En estas semanas que han transcurrido hemos pasado casi todos los días juntos y supongo que no es un santo. Tiene pintas de ser un hombre muy activo en el plano sexual. Sabe cómo comportarse con una mujer, sabe seducir y sabe besar muy bien, reconozco. En este tiempo solo nos hemos tomado de la mano o de la cintura, sin embargo, no he parado de pensar cuándo me volverá a besar, lo que sentí fue algo que nunca me había pasado, una sensación maravillosa, pese a que es algo que en el fondo me molesta admitir.

Tras dos horas dando vueltas en la cama decido tomarme una pastilla para dormir. Quise hacerme la valiente y comprobar que por primera vez en muchos años podría descansar por mí misma, pero no ha sido así. Al menos he sobrevivido toda esta última semana sin tener que ir a ver a la doctora Coleman corriendo. Creo que Connor me ha mantenido tan ocupada que no he tenido tiempo de pensar en nada. Es un hombre que te absorbe por completo.

—Tranquila, estoy aquí —escucho una voz en mi oído mientras unos fuertes brazos me atrapan, de los que yo intento deshacerme con fuerza hasta que lo consigo y lo golpeo con fuerza al mismo tiempo que me doy cuenta de que tengo frente a mí a Connor. Me sujeta las manos con las suyas y me mira. Mi pecho sube y baja sin control, siento las lágrimas rodar por mis mejillas y cuando soy consciente de la realidad intento tranquilizarme, avergonzada por el numerito que debo haber formado en sueños. Connor está sentado frente a mí casi desnudo, solo lleva unos calzoncillos negros de marca. Fijo los ojos en su amplio y musculoso cuerpo y casi me mareo—. Gritabas en sueños, y llorabas —añade, preocupado—. Me atreví a entrar porque pensé que te ocurría algo. Intenté despertarte, pero estabas profundamente dormida, sin embargo, tenías una gran pesadilla —comenta con calma, mirándome con atención.

—Lo siento. Me sucede algunas veces. Tomo pastillas para dormir y me cuesta despertar si hace poco que las he tomado —reconozco. No sé cómo justificar mi estado y que no me vea como a una loca.

—¿Te sucede a menudo? —pregunta.

—Hace años —revelo con pena—. Son miedos que trato con la doctora Coleman.

—¿A qué le tienes miedo? —pregunta con interés.

Me quedo callada, suspiro, y le respondo:

—Nunca recuerdo qué he soñado, solo que me despierto agitada y llorando.

Connor tira de mis manos y me estrecha en su pecho, me abraza y susurra:

—Cálmate, estás helada. —Me acaricia la espalda y yo me siento muy bien recibiendo su calor.

—Por eso escogí la habitación más alejada, no quería molestarte si tenía pesadillas —susurro con vergüenza.

—No te preocupes —me indica mientras me aferro a él y consigo tranquilizar mi ritmo cardiaco.

Cuando despierto a la mañana siguiente no recuerdo en qué momento se marchó Connor de mi habitación. Me avergüenzo cuando pienso que me he quedado dormida en sus brazos de nuevo. ¿Pero qué tiene este hombre que consigue calmarme y que me relaje con su cercanía?

Es mediodía cuando bajo al salón y Cora me informa de que Connor estará todo el día fuera, pero no me dice dónde. Debería agradecer un día para mí sola, sin embargo, me causa cierta angustia no saber qué está haciendo ni con quién.

Como no he tenido noticias de Connor en todo el día, Stella y Callie me proponen ir a cenar a un restaurante en el que ya han reservado y me animo. Me apetece salir con mis amigas y contarles con detalles cómo me ha ido estas semanas al lado de mi prometido,

ambas se mueren por saber qué tal va todo con él. Desde la noche de mi compromiso no hemos podido vernos en persona para hablar detenidamente.

Mis amigas reservan en nuestro restaurante favorito y me someten a un completo interrogatorio con respecto a la convivencia con Connor.

—¿Te ha vuelto a besar? —preguntan con interés—. ¿Ha surgido algo entre vosotros?

—No. Ambos tenemos claro que todo es fingido —contesto.

—¿Te gustó el beso? —indaga Callie. Me lo ha preguntado por mensaje varias veces, pero supongo que necesita ver mi respuesta mirándome a los ojos.

—¿Besa bien? —se interesa Stella—. Fue un beso de película.

—Solo puso empeño para que fuese creíble —me excuso.

—¿Y tú? —insiste Callie.

—No iba a rechazarlo —justifico.

—Yo creo que saltaron chispas —dice Callie—. Hacéis una pareja increíble junta. Dais envidia de lo guapo que sois.

—Tú ves en nosotros a los protagonistas de una novela. No es real —manifiesto haciéndola aterrizar en la tierra.

—Y tú, ¿cómo has estado? —pregunta Stella, cambiando de tema.

—Bien. No he visto a la doctora Coleman en la última semana por falta de tiempo y no he sentido la necesidad de correr a su consulta en mitad de la noche.

—Me alegra que tu nueva vida te esté convirtiendo en una persona más fuerte.

—Al final vamos a tener que darle las gracias y todo a Connor Merrill —murmura Callie.

Terminamos la cena con unos ricos postres que mis amigas se empeñan en pedir y luego insisten en ir a tomar algo. Es sábado y nos merecemos algo de diversión.

Nos encontramos en un local de moda, en un reservado, es cortesía de un amigo de Stella, uno de los socios del lugar, y cuando llevamos allí un rato este nos hace una visita y se toma una copa con nosotras.

—¿Tú eres la prometida de Connor Merrill? —me pregunta cuando Callie me presenta solo con mi nombre.

—Sí —le indico un poco cortada. Me tengo que acostumbrar a que la gente me identifique con Connor.

—¿Él va a venir? —pregunta el hombre con interés.

—Hoy es noche de chicas, Dylan —le especifica Callie.

—Disfrutad entonces, os dejo. Cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que pedirlo —se despide de forma cariñosa y nos da un beso en la mejilla a cada una. Es un hombre muy amable.

—El sitio está muy bien —comenta Stella con su copa en la mano, admirando todo lo que nos rodea—. Me he encargado de todo el sistema de cámaras de seguridad. —Mi amiga es una *crack* en su trabajo.

Al cabo de una hora Dylan vuelve al reservado con tres amigos más, nos los presenta y se toman algo con nosotras. Lo cierto es que nos lo estamos pasando muy bien, hacía tiempo que no desconectaba de la rutina y cuando miro el reloj y compruebo que son las cinco de la madrugada no me lo puedo creer. ¿En qué momento el tiempo ha pasado tan rápido?

Como me da un poco de vergüenza aparecer en la casa de mi falso prometido a estas horas decido dormir con Callie aprovechando

que su novio está de viaje de trabajo.

Mi amiga me deja ropa y cuando aparezco por casa de Connor es mediodía. Mi móvil se quedó sin batería la noche anterior y ni me he molestado en encenderlo. Me apetece un domingo de desconexión y sin preocupaciones antes de volver a la rutina de nuevo.

En cuanto pongo un pie en el ático de mi prometido me sobresalto al encontrarlo en medio del salón con cuatro hombres más a los que desconozco.

—¡¿Dónde coño estabas?! —brama Connor nada más verme, dirigiéndose hacia mí con los brazos extendidos. Lo siento muy cabreado.

—Con mis amigas, no sabía que tenía que darte explicaciones —manifiesto con el mentón alto, sin acobardarme por el monumental cabreo que muestra.

—Tenías el móvil apagado —alza la voz—. ¡No podía localizarte! —me reprocha de forma enérgica.

—No sabía que me ibas a necesitar —musito tomando una bocanada de aire. No me apetece discutir.

—Son las tres del mediodía —grita.

—¿Y cuál es la urgencia? ¿Ha sucedido algo? —pregunto con calma.

—Tenía a toda mi seguridad buscándote —revela muy alterado—. No llegaste a dormir y no podía localizarte.

—Como puedes comprobar, estoy bien. Gracias por el interés —comento en tono mordaz. No entiendo esta regañina, como si fuese una niña pequeña que se ha escapado de casa.

—Interés el que ha suscitado tu presencia junto con tus amigas y otros tíos en el local en el que estuviste anoche. ¿Te crees que

puedes hacer estas cosas? ¡Eres mi prometida! —brama, agitado.

Me quedo en silencio y miro a los cuatro hombres vestidos de negro y llevan pinganillos en sus orejas que están detrás de Connor. Él se gira un poco y les ordena:

—Os podéis marchar. Ya recibiréis nuevas órdenes.

Nos quedamos a solas y suspiro, un poco agobiada. Me atrevo a adentrarme en el salón, paso por el lado de Connor y me siento frente a la chimenea eléctrica. Está encendida. Me froto las manos sin deshacerme del abrigo y de pronto siento mucho frío.

Mi prometido se sitúa delante de mí, observo que no tiene muy buen aspecto. Su camisa azul cielo está arrugada y su pelo algo alborotado. Percibo en su rostro unas profundas ojeras.

—Tus fotos junto con tus amigas y esos tíos anoche ya dan la vuelta al mundo —se queja.

—Lo siento, no vi a ningún fotógrafo —me disculpo.

—No había, las fotografías las hicieron con un móvil —revela.

—Supongo que ser tu prometida suscita mucho más interés —comento.

—Y el hecho de que yo no estuviese en toda la noche contigo y no llegases a dormir a mi casa —recalca, muy molesto—. ¿Dónde has dormido? —pregunta como si tuviese derecho a hacerlo.

—Con mi amiga Callie —contesto de inmediato. No deseo generarle ningún tipo de conflicto.

—Meghan, desde que se anunció nuestro compromiso tenemos prensa detrás. ¡No puedes actuar como si nada! —me reprende.

—¿Y tú dónde estabas? —contraataco, ya me tiene harta—. Dudo que un sábado por la noche estuvieses trabajando, seguro que te

encontrabas con alguien —suelto levantándome del sofá y encarándolo.

—Yo al menos me he cuidado. ¿Has visto algo mío? —pregunta acercándose a mí de forma peligrosa.

—Tendré más precaución la próxima vez —murmuro sosteniéndole la mirada.

—¿Tienes algo con alguno de esos tíos de anoche? —pregunta con desmesurado interés.

—No —respondo de inmediato.

Connor se queda callado, pensativo. Al cabo de unos minutos dice:

—Tendremos que aparecer públicamente para acallar rumores.

—¿Es que no puedo salir con mis amigos sin mi prometido? No veo nada malo.

—No cuando existen fotos en las que se aprecia que tonteas demasiado con un amigo en especial y esto me deja en evidencia como tu prometido —recalca la última palabra, molesto. Es cierto que hablé más con Dylan, pero solo me estaba explicando cómo pusieron en pie el local en un tiempo récord.

—Haré lo que me pidas —le planteo sintiéndome fatal. Este compromiso es para mejorar la imagen de Connor Merrill de mujeriego y cabeza loca y comprendo que esto no ayude.

Connor suspira con fuerza y dice:

—Ya pensaré algo.

Se queda en silencio, nos miramos y le contesto:

—Si no te importa, mientras, voy a dormir en mi habitación. Avísame si tenemos que salir y dar una imagen de prometidos enamorados.

—¿Dormir? —pregunta, confuso.

—Tendré que mostrar mi mejor cara, no querrás que lleve ojeras —justifico con rapidez. Solo quiero refugiarme en mi habitación y dejar de sentir esos ojos grises penetrantes y acusadores sobre los míos, como si hubiese cometido un gran delito.

Capítulo 21
Connor

Meghan desaparece ante mis ojos con el porte de reina que la caracteriza y me quedo maldiciendo a esa mujer mentalmente. Desde que apareció en mi vida me la ha desestabilizado por completo. No veo la hora de que se canse de mí y decida dejarme, será el día más feliz de mi vida.

Me retiro a mi despacho, me siento tras la mesa y me masajeo la cabeza. Desde que llegué a casa a las tres de la madrugada y descubrí que Meghan no dormía en su habitación porque estaba la puerta abierta he esperado que apareciese con impaciencia, hasta me he mortificado pensando que le hubiese pasado algo. Juro que me las va a pagar, todas estas horas de agonía y preocupación en las que puse a todo mi equipo de seguridad a trabajar no van a quedar en vano. ¿Por qué me importaba tanto dónde estuviese y si le había ocurrido algo? Recapacito incapaz de encontrar la respuesta.

Robert, mi asistente personal, me llama para proponerme una aparición pública con mi prometida. Cree que es lo más conveniente en estos momentos.

—Lo pensaré —le indico. Quiero hacer algo que realmente moleste a Meghan.

Un par de horas después lo tengo todo coordinado y le ordeno a Cora que le comunique a mi prometida que esta noche acudiremos juntos a ver una obra de teatro y luego iremos a cenar.

Espero a Meghan paseándome por el salón de mi ático mientras consulto mi reloj. Un minuto para la hora indicada, como se retrase me va a escuchar, pero ni siquiera puedo llegar a pensarlo cuando percibo que baja las escaleras. Me giro y la observo en silencio. Mi prometida ha escogido un vestido en azul cobalto en terciopelo, largo, y lleva en la mano un abrigo de pelo blanco. Trago con dificultad al verla, he de reconocer que me ha impresionado. Meghan tiene una belleza especial, es delicada, fina y elegante. Su piel es tan clara que parece transparente, sus ojos son de un azul cielo que producen calma y su pelo rubio, tan sedoso, le hacen parecer una diosa.

—Podemos marcharnos —anuncia mirándome de arriba abajo. No me pasa desapercibido su escrutinio. He escogido un traje de chaqueta negro.

Cojo mi abrigo en la mano y le hago un gesto para que salgamos juntos.

En el garaje nos espera mi chófer y cuando estamos en marcha Meghan me pregunta:

—¿Qué vamos a ver?

—Es una sorpresa para mi prometida —revelo mirándola a los ojos.

Cuando llegamos a la pista de aterrizaje y Meghan es consciente de que vamos a coger mi avión privado pregunta:

—¿Y esto?

—El medio de transporte —respondo al mismo tiempo que bajo del coche, lo rodeo y le extiendo la mano a Meghan para ayudarla a salir.

Entramos en mi avión y la tripulación nos saluda. Tomamos asiento y nos informan de que despegamos en unos minutos.

Observo que Meghan admira mi lujoso avión.

—Está a tu disposición por si un día lo necesitas —le ofrezco—. Eres mi prometida y lo lógico es que hagas uso de mis posesiones.

—No me gusta viajar —responde algo inquieta—. ¿A dónde vamos? —pregunta al mismo tiempo que se abrocha el cinturón de seguridad y el avión se pone en marcha.

—Al Radio City Music Hall, en Rockefeller Center. ¿Lo conoces?

—No. Nueva York. No podemos ir a Nueva York —repite con énfasis con los ojos muy abiertos, asustada—. Dile al piloto que pare —me exige deshaciéndose del cinturón de seguridad, alterada y muy nerviosa.

Cuando se coloca en pie, en dirección a la cabina, la tomo de la mano con fuerza y la paro.

—Siéntate, vamos a despegar —le ordeno, serio. Sin entender su actitud.

—¡No puedo ir a Nueva York! —grita, desencajada, y comienza a llorar de forma descontrolada. La mujer fuerte, elegante y decidida que tenía frente a mí hace unos minutos se desmadeja por completo, llegando a asustarme cuando se coloca de rodillas delante de mí y me suplica—: Pídele al piloto que volvamos, por favor. Haré lo que quieras, pero no puedo ir a Nueva York. Aún no estoy preparada.

Me deshago de mi cinturón de seguridad, levanto a Meghan con fuerza por los brazos y la siento en mis piernas. Es una mujer completamente rota.

—¿Me puedes explicar qué sucede? —pregunto armado de paciencia. Apartándole el pelo de la cara y haciendo que me mire para que se calme.

—Para el avión, por favor —me ruega, desesperada, como si estuviese en mis manos.

—Acabamos de despegar, Meghan —le indico.

—Dile al piloto que volvamos, te lo ruego —me suplica agitada—. No puedo volver a Nueva York.

—Está bien, tranquilízate, por favor. Dime qué sucede. Necesito entenderte —le pido mirándola a los ojos. Meghan está temblando, puedo ver el miedo reflejado en sus ojos.

—No he vuelto a Nueva York desde que sucedió —balbucea, nerviosa—. No estoy preparada. Llevo años tratándolo con la doctora Coleman y nunca he podido regresar a esa ciudad —explica.

—¿Qué te pasó? —pregunto, no llego a entenderla.

—Yo… él… —Meghan cierra los ojos y se estremece. Siento que le duele recordarlo—. Es algo que no he superado en todos estos años —revela completamente rota y no puedo evitar sentir pena por ella. El corazón se me encoge, la abrazo, la pego a mi pecho y trato de calmarla.

Pasamos varios minutos en silencio, los cuales no he dejado de pensar. Recuerdo el incidente con el mendigo en el que califiqué a Meghan de estirada porque la tocase ese hombre en el abrigo y puede que hubiese algo más. Me atrevo a preguntarle:

—Tu reacción ese día cuando se nos acercó el vagabundo pidiéndonos dinero y te tocó el brazo…

Meghan se estremece y me mira.

—Se parecía tanto a él… —murmura con miedo—. Me asusté.

—¿Trataron de atracarte en el pasado? —pregunto. Ella se queda callada, me mira seria y luego asiente en silencio.

—Lo pasé muy mal. No me gusta recordarlo —balbucea—. Llevo años en terapia con la doctora Coleman. Cogí miedo a salir sola, y finalmente me cambié de ciudad. Me mudé a Boston con mi abuelo y nunca más volví a Nueva York. Mis padres viven ahí y no he sido capaz de visitarlos en todos estos años —revela, aterrada.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunto con los dientes apretados, lamentando que haya pasado por eso y maldiciendo al tío que trató de atracarla.

—Diez años. Vivo con constantes pesadillas para dormir desde ese día —revela mientras trago con dificultad, tratando de deshacer un nudo en mi garganta.

—¿Por eso te trata la doctora Coleman? —pregunto.

—Sí —responde mirándome acobardada.

Abrazo de nuevo a Meghan y le susurro:

—Lo siento mucho. No sabía nada. Te aseguro que de haber tenido conocimiento de todo esto no hubiese planeado esta salida.

Quería molestar a Meghan con este repentino viaje, pero nada más allá de provocarle un enfado, no algo así. Sentirla rota y temblando sobre mí me ha llegado al corazón. En estos momentos solo siento el terrible deseo de protegerla y que se sienta segura conmigo.

—Por favor, volvamos a Boston. Te compensaré de la forma que me pidas —me suplica sin dejar de llorar.

—Volveremos a Boston —le confirmo acariciándole la espalda, sintiendo una gran angustia por ella.

—Gracias. —La siento más tranquila, le aparto las lágrimas de su rostro y se lo acaricio lamentando ser el causante de su estado.

Cuando Meghan toma conciencia de que está sentada en mis piernas se levanta de golpe y vuelve a tomar asiento en su sillón.

Me levanto y voy a hablar con el piloto. Me comunica que aterrizaremos en Nueva York, repostaremos combustibles y volveremos a Boston. No quiero que Meghan pise la ciudad y esto le provoque una crisis. No soportaría ser el causante de ello.

Capítulo 22
Meghan

Connor me ofrece un vaso de agua y se lo agradezco. Siento la culpabilidad en su rostro, él no sabía nada, quizás debí decírselo al comprometernos. Pero no me gusta hablar sobre lo que me sucedió, de hecho, no le he contado toda la verdad, sin embargo, sabe lo que debe conocer. No quiero volver a pisar Nueva York.

La azafata nos indica que vamos a aterrizar, lo miro con pánico y me hace un gesto para abrocharmos los cinturones.

—Vamos a aterrizar en Nueva York —revela Connor—. El piloto consideró continuar con la ruta, repostar y marcharnos. No te preocupes. No nos bajaremos del avión —me aclara de inmediato. Me tranquilizo un poco al mismo tiempo que miro por la ventanilla y observo la pista de aterrizaje y las luces, pensando que estoy en la ciudad a la que juré que no volvería jamás. Cierro los ojos y procuro serenarme y que mis recuerdos no vuelvan diez años atrás, cuando ese hombre me atacó.

Percibo que Connor se levanta y va hasta la cabina del piloto, supongo que le estará dando órdenes. La azafata, muy amable, me pregunta si necesito algo.

—¿Tiene una manta? —le pido. De repente tengo mucho frío. Ella asiente y va en su busca.

Cuando Connor vuelve a sentarse frente a mí, por su cara, sé que algo sucede.

—Hemos aterrizado con mucha niebla y no se aconseja el despegue de más vuelos en unas horas. Además, está anunciada una nevada.

—¡¿Qué?! —pregunto con el corazón acelerado.

—Creo que lo más prudente es pasar la noche en Nueva York, en un hotel —propone.

—¡No! Me prometiste que volveríamos, Connor —le suplico.

—No está en mis manos, Meghan. Te lo juro. Seguramente fui un inconsciente al preparar esta salida sin consultar muchos factores, como el riesgo de nevada, pero ya no podemos hacer más nada.

—Me quedaré aquí hasta que podamos regresar a Boston —manifiesto de inmediato.

—Un coche nos recogerá a pie de pista y llegaremos directos al *parking* del hotel. Te juro que no pisarás las calles de Nueva York. Ni te dejaré sola en ningún momento —añade con paciencia, agachado a mi lado, mirándome con atención.

—Connor… —intento protestar—. Necesito hablar con la doctora Coleman —le suplico. Él asiente de inmediato.

—Podrás hacerlo en cuanto lleguemos al hotel. Ya he ordenado reservar una habitación. No te voy a dejar sola en ningún momento, Meghan. Te lo prometo —reitera.

Tomo una gran bocanada de aire e intento creerlo y confiar en él. Algo que no he hecho en ningún hombre desde hace años. Solo mi abuelo y mi padre son dignos de mi confianza.

—Está bien —accedo, con miedo, mientras tiemblo.

La azafata me entrega la manta, pero Connor le indica que no hace falta. Me coloco mi abrigo con la ayuda de Connor y nos disponemos a bajar del avión.

Entro en el coche y cierro los ojos, una sensación de agobio y fatiga me embarga. El vehículo se pone en marcha y al cabo de unos minutos siento la mano de Connor sobre la mía. Me aprieta fuerte y le devuelvo el gesto, pero no me muevo ni cambio mi posición.

—Ya falta poco —me susurra. Asiento y suspiro. Lo estoy pasando tan mal como si descendiese de una gran montaña rusa.

Connor no me suelta la mano hasta que el coche se detiene y anuncia:

—Hemos llegado.

Abro los ojos y veo que estamos en un *parking.* Él me ayuda a salir del coche, cuando pongo un pie en el suelo y recuerdo que estoy en Nueva York tiemblo y creo que no seré capaz de andar, pero Connor me agarra con fuerza por la cintura y siento su cuerpo alrededor de mí en todo momento, sosteniéndome y ayudándome a caminar.

No pasamos por recepción, subimos directos a una *suite* y allí nos espera un botones que nos abre la puerta y le entrega la tarjeta a Connor llamándolo señor Merrill. Él le da un billete de cien dólares y entramos solos a la habitación. Me siento en el sofá y me abrazo a mí misma mientras Connor me informa:

—Pondré la calefacción al máximo.

—Gracias —susurro mirándolo. Luego se deshace de su abrigo, la chaqueta, el chalequillo y la corbata. Se desabrocha la camisa y se remanga las mangas. Creo que no sabe qué hacer conmigo en estos momentos. Lo siento nervioso y descolocado, al gran Connor Merrill que todo lo controla.

—¿Quieres llamar a la doctora Coleman? —propone sentándose a mi lado.

—Sí —murmuro.

Connor asiente y comenta:

—Te dejaré intimidad para que hables con ella, pero estaré cerca. —Señala la puerta de la habitación.

—Gracias —manifiesto mirándolo.

Comienzo a llamar a la doctora Coleman bajo la atenta mirada de Connor, supongo que espera que me atienda al teléfono, pero su móvil está apagado o fuera de cobertura.

—No está disponible —susurro con los ojos clavados en Connor.

Él se acerca a mí, me toma de las manos y dice:

—¿Qué puedo hacer por ti? Puedo hacer traer a otro psiquiatra si lo deseas. Lo que sea, Meghan.

—No me dejes sola. No me basta con una puerta cerrada sabiendo que estamos en Nueva York —manifiesto mi miedo con la mirada fija en la puerta de entrada a la *suite*.

—Solo cogí esta habitación. En ningún momento se me pasó por la mente dejarte sola. Haré lo que me pidas. Estar a tu lado, alejarme, conseguirte lo que sea… —enumera con amabilidad. Es la primera vez que aprecio esta faceta tan compasiva en él y logra conmoverme.

—Ya que no es posible volver a Boston por el momento, no te separes de mí. No soporto pensar que estoy en Nueva York sola.

—No estás sola. Conmigo nada te va a suceder. Te lo prometo, Meghan. Tienes mi palabra —me asegura mirándome a los ojos de una forma tan transparente que el corazón me da un vuelco.

—No dejes que nadie se me acerque, solo tú —le suplico.

Connor me abraza, sentir su calor y su protección me relaja. No sé qué me hace confiar en él, pero su cercanía me hace sentir

segura. Es tan alto y tan fuerte que puede que crea que me podría defender de cualquiera.

—El piloto me llamará en cuanto sea posible volver a Boston, pero me temo que deberemos pasar la noche aquí. ¿Qué necesitas para sentirte mejor? —pregunta con amabilidad.

—Solo estar aquí sin salir ni ver a nadie más —susurro con miedo.

—No te preocupes. Podemos llamar al servicio de habitaciones y que nos suban algo de comer, igual así te sientes mejor.

—Ahora mismo tengo el estómago cerrado —murmuro.

—Te vendría bien tomar algo caliente, no dejas de temblar. ¿Quieres acostarte en la cama? —pregunta, gentil.

—Puedes traerme una manta mejor —solicito, no me siento capaz ni de ir a buscarla yo misma. Mucho menos de llegar hasta la cama.

Connor se dirige a por ella y cuando regresa me arropa con cuidado en el sofá y luego se sienta a mi lado. Hace una llamada al servicio de habitaciones y encarga algo de comer.

—¿Quieres ver la televisión? Igual así te distraes y consigues no pensar.

—No. Mejor háblame de algo, de ti... Puede que sea una buena ocasión para conocerte mejor —le suplico. Necesito no pensar en mí ni nada de lo que me rodea sintiendo que estoy en Nueva York.

Connor esboza una sonrisa y asiente.

—Creo que te estás aprovechando de mí —comenta en tono de broma—, no suelo abrirme con las personas y muy poca gente me conoce bien, así que tómalo como un gran privilegio.

—Gracias. Tú hoy has conocido lo peor de mí, mis miedos y debilidades, estaremos a mano. Además, te dejo que me cuentes lo que quieras —manifiesto un poco más tranquila.

—Lo que quiera… —susurra, como haciéndole gracia—. De pequeño fantaseaba con ser piloto, me encantaba volar. Hubo una época en la que también quise ser Supermán, pero pronto entendí que nunca volaría solo. Siempre deseé tener más hermanos, me sentí muy solo de pequeño. Mi hermana llegó, por error, en mi adolescencia y además era una niña. Pero supongo que era tan travieso que a mis padres se le quitaron las ganas de tener más hijos. Cada semana llamaban a mi madre del colegio para poner en su conocimiento la nueva trastada que había hecho. Me aburría en clase —justifica—, mi coeficiente estaba por encima de la media y centraba mi atención en otras cosas.

—Les diste muchos dolores de cabeza a tus padres —comento con la mirada fija en él, al mismo tiempo que no me sorprende.

—Demasiados, creo que algunos no me los perdonarán. Recuerdo el día que llené la piscina de espuma antes de una gran fiesta de mis padres en casa —revela y ambos reímos a la vez—. Estuve un mes castigado.

—Supongo que hoy estarán orgullosos de ti, eres un gran hombre de negocios.

—Tampoco es que los vea mucho, pero supongo que sí. Con los años me centré un poco. Aunque debo confesar que mi vida es un completo desastre pese a que lo tengo todo —revela con pesar—. Mi abuelo me ha guiado el camino desde pequeño, cuando vio que me parecía demasiado a él y sería su heredero. Y aquí me tienes, en un compromiso pactado y un matrimonio por contrato. No era lo que esperaba en mi vida. —Lo siento decepcionado.

—¿Esperabas casarte por amor? —pregunto con curiosidad.

—Simplemente no esperaba casarme. No creo en el amor ni en las parejas estables para siempre. ¿Y tú, qué sueños tenías de pequeña? —se interesa.

—Yo quería ser patinadora sobre hielo profesional, pero eso no estaba en los planes de mi familia. Así que tuve que conformarme con que fuese un *hobbie*. Hace algunos años que no me subo en unos patines por falta de tiempo —confieso con añoranza.

—Estuve en el equipo de *jockey* sobre hielo del instituto, fui el capitán —revela y lo miro al mismo tiempo en el que pienso que Connor Merrill tiene siempre el don de mando, esté donde esté.

—¿Eras bueno? —me atrevo a preguntar.

—Sí, pero una lesión en la rodilla me hizo dejarlo. También hace años que no me pongo sobre una pista de patinaje.

Unos toques en la puerta hacen que me sobresalte y la calma en la que estaba inmersa desaparezca por completo. Connor me mira y dice:

—Tranquila, es el servicio de habitaciones. Además, ¿no te he dicho que peleo como un superhéroe? —dice en tono burlón, con una sonrisa, mientras se dirige a abrir la puerta.

Nos dejan servida una cena que huele de maravilla y consigue abrir mi apetito. Connor me convence de sentarnos a la mesa y cenar juntos. Lo cierto es que está consiguiendo que me olvide de que estoy en Nueva York y mis nervios se calmen.

Sin querer, cuando ya hemos terminado de cenar, bostezo y Connor susurra sonriente:

—Me temo que te aburro.

—No. Has sido un gran compañero desde que hemos llegado. Gracias. Es solo que tantas emociones y una semana dura me están

pasando factura —justifico.

—Entonces creo que será mejor que vayas a la cama y duermas —propone con gentileza.

Miro por la ventana que tenemos al lado y observo que no deja de nevar. Me quedo pensativa y creo que Connor me lee la mente.

—Yo también estoy cansado y el colchón es enorme. Si te sientes más segura podemos compartir cama. No me iré de tu lado —propone.

—Gracias —acepto mostrándole una amplia sonrisa. Lo cierto es que necesito que mi cuerpo descanse y cerrar los ojos. Si tengo a Connor a mi lado sé que estaré más tranquila.

Entro en el baño, me deshago del vestido largo de gala que aún llevo y me coloco un albornoz para meterme en la cama. Connor se quita la camisa bajo mi atenta mirada. Creo que él se da cuenta y sonríe, pero no dice nada. Nos metemos en la cama en silencio y sentirlo cerca me hace tener paz. Cierro los ojos, los párpados me pesan, y me duermo.

Capítulo 23
Connor

En mitad de la noche Meghan se agita, está dormida, pero siento que tiene una pesadilla. Me acerco a ella, trato de calmarla y, sin abrir los ojos, se abraza a mi pecho, temblando. La protejo, la acaricio y la mantengo pegada a mí. Su respiración se normaliza mientras que no dejo de mirarla. Le aparto el pelo de la cara y admito que es una autentica belleza. Suspiro al mismo tiempo en el que me pregunto qué hago aquí con ella, cuando mi cometido es alejarla, pero estoy descubriendo que mi instinto de protección por esta mujer rota es mayor que mis ganas de desagradarla y que se aleje de mi lado.

Paso varias horas con Meghan entre mis brazos, sintiendo su calor y observándola al detalle. Es la primera vez que hago esto con una mujer y no siento el más puro deseo de tirármela. Cierro los ojos y rememoro el beso que nos dimos la noche de nuestro compromiso. Tengo ese beso grabado a fuego en mi memoria. Joder, tengo que admitir que besa muy bien y me encantaría volver a repetirlo. De repente, Meghan se revuelve entre mis brazos y abre los ojos. Se sobresalta cuando se encuentra sobre mí, abrazada a mi pecho desnudo, y, de inmediato, se aleja.

—Lo siento —se disculpa sin salir de la cama, colocándose bien el albornoz que lleva.

—No te preocupes.

Meghan mira el reloj y abre mucho los ojos.

—Vaya, he dormido mucho —dice con sorpresa.

—Creo que estabas muy cómoda —bromeo.

—Es la primera vez en años que consigo dormir sin pastillas —revela, pensativa—. Estoy en Nueva York y no me han hecho falta mis medicamentos. Tengo que contárselo a la doctora Coleman —comenta con cierto brillo en sus ojos, sintiéndose orgullosa de ello.

—Igual es que soy tu nuevo tratamiento —murmuro en tono de broma mostrándole una gran sonrisa.

—Gracias de nuevo —dice mientras me dedica una mirada limpia y transparente que me hace vibrar por completo.

Salgo de la cama y voy directo a la ventana, necesito romper esa atracción que acabo de sentir por Meghan de tumbarme sobre ella y hacerle el amor. Compruebo si sigue nevando y consulto mi teléfono.

—Buenas noticias, podemos marcharnos. No se prevé que nieve más y mi piloto dice que está listo —le informo a Meghan sin levantar la cabeza de mi móvil, mientras tecleo que en una hora estaremos listo.

—¡Qué alivio! Voy a vestirme —dice ella de inmediato. Sale de la cama y se mete en el baño.

Me visto con la mirada clavada en la puerta que me separa de Meghan, al mismo tiempo que mi mente fantasea y me traiciona, pensando en ella en ropa interior, colocándose el vestido de nuevo. Sacudo la cabeza y me paseo por la habitación, absorto y maldiciendo todo lo que Meghan me está haciendo sentir.

Dejamos la suite y bajamos al garaje del hotel, nos montamos en el coche y antes de salir a la superficie Meghan ya ha cerrado los ojos. Es de día y el paisaje de las calles nevadas de Nueva York es increíble.

—¿Por qué no abres los ojos? La ciudad está preciosa —le sugiero con prudencia—. Estamos en el interior del vehículo y me tienes a tu lado —le recuerdo y le cojo una mano entre las mías, para que me sienta.

Meghan suspira con fuerza. Pasan unos minutos y la observo entreabrir sus ojos con miedo. Aprecio que su respiración se altera, se lleva su otra mano al pecho y cuando observo que por sus mejillas corren un par de lágrimas no puedo evitar el impulso de acercarme a ella y abrazarla. Deseo que se sienta protegida.

Ninguno de los dos decimos nada, Meghan no vuelve a cerrar los ojos y percibo que su respiración se normaliza. Nos montamos en el avión sin decir nada y cuando la tengo sentada frente a mí cierro los ojos ante el deseo incontrolado que nace en mi interior hacia ella. ¿Qué me está pasando? La llevaría dentro y le haría el amor durante todo el vuelo de vuelta.

—Gracias por todo, Connor —manifiesta con una voz dulce que me eriza la piel—. Creo que sin ti a mi lado no lo hubiese conseguido.

—De nada —susurro con un tono de voz seca. Lo que menos me conviene es que me vea como un superhéroe—. Vuelvo a cerrar los ojos, me obligo a ello, y permanezco así hasta que aterrizamos en Boston, tratando de controlar mis deseos.

El trayecto hasta mi ático también lo hacemos en silencio, me limito a escribir en el móvil fingiendo que estoy ocupado. Necesito alejarme de Meghan a la mayor brevedad.

Cuando llegamos a casa me disculpo de inmediato y me marcho a mi habitación. Me doy una ducha bien fría para alejar todos los pensamientos que me perturban y luego me acuesto un rato. La

pasada noche no pegué ojo. La belleza de la mujer más delicada que he tenido nunca entre mis brazos me distrajo demasiado.

Ya ha caído la noche cuando aparezco por el salón de mi casa, veo a Meghan entrar por la puerta y de inmediato le pregunto:

—¿De dónde vienes? —No tenía conocimiento de que hubiese salido.

—De ver a la doctora Coleman en su consulta —comenta de forma resuelta.

—¿Todo bien? —inquiero con curiosidad.

—Sí —confirma, sonriente—. Y he pensado que para darte las gracias por todo lo que hiciste ayer por mí puedo preparar una cena —propone de golpe, dejándome completamente desconcertado al alzar varias bolsas que trae consigo.

—Lo siento, tengo una cita esta noche —suelto de golpe, mintiéndole. Percibo la desilusión en Meghan, que se queda seria, cortada, ante mi respuesta. Es obvio que no la esperaba.

—No pasa nada —murmura cabizbaja—. Voy a mi habitación —se despide mientras que asiento, deja las bolsas en la encimera de la cocina y la observo marcharse.

Cojo el abrigo y me marcho de mi casa sintiéndome un completo miserable. Me monto en el coche y llamo a Elliot y a Carter para que se vengan a tomar algo conmigo. Necesito relajarme y alejar a Meghan Clarkson de mi mente cuanto antes.

Me reúno con mis amigos en el club y cuando me ven aparecer me observan con detenimiento, tanto, que me molesta.

—¡¿Qué pasa?! —preguntan a la vez.

—Nada. Tenía ganas de despejarme y tomarme algo con vosotros —manifiesto al mismo momento que pido una copa.

—Pues traes una cara… Parece que tu prometida te ha echado de casa —comenta Elliot con una sonrisa burlona.

—¿Cómo va tu plan? —se interesa Carter.

—Mal —confieso de mal humor.

—¿La parejita ya ha tenido la primera gran pelea? —pregunta en tono molesto Carter.

—¡Ojalá! —exclamo—. No consigo hacer nada que le moleste —me quejo.

—Tus millones atraen demasiado —comenta Elliot.

—Supongo —susurro con pesar—. Aunque en un principio pensé que podría hacer que Meghan desistiese de la boda.

—¿Y ahora? —pregunta Carter con interés.

—Ya no estoy tan seguro. He logrado que me vea con buenos ojos —revelo con pesar al recordar cómo me comporté con ella en Nueva York y de la forma en la que me miró.

—¡¿Te la has tirado?! —Suelta de golpe Carter con los ojos muy abiertos.

—No.

—Pero estás tentado, confiésalo. Meghan Clarkson es un auténtico bombón. Además, te anotarías un tanto. Se dice que es inalcanzable. Nunca se le ha escuchado que tuviese una relación duradera.

—Ella es mucho más que su apariencia —musito con pesar. He de reconocer que Meghan no es la mujer vacía y superficial que pensé en un primer momento.

—¡Joder! —exclama elevando el tono de voz Elliot.

—¡No me miréis así! —les advierto señalándolos con un dedo acusador a ambos.

—No hemos dicho nada —alega Carter alzando ambas manos.

—He escapado de casa con la excusa de que tenía una cita porque me propuso una cena a solas para agradecerme lo que hice por ella —les comento, agobiado. Me han perseguido muchas mujeres, pero nunca he deseado escapar tanto de ninguna de ellas como de Meghan. El deseo que siento por ella me tiene desconcertado.

—¿Qué hiciste? —se interesan y les cuento todo lo sucedido con mi prometida en Nueva York.

—¿Sigues queriendo deshacer el compromiso y que no se lleve a cabo la boda? —pregunta Carter.

—Sí —manifiesto seguro de ello.

—Pues te deseo suerte, amigo —carcajea Elliot.

Capítulo 24
Meghan

Ceno sola en el ático de Connor sintiendo un gran vacío a mi alrededor y llamándome estúpida al pensar que un hombre como él cambiaría una cena en casa por una cita, que seguro la tuviese con una mujer. Debe de tener a mil mujeres tras él. Los recuerdos del viaje a Nueva York, dormir con él y cómo se portó conmigo me embargan mientras remuevo la comida que tengo delante en el plato. En realidad, no tenía hambre, pero me puse a cocinar tras sentir que se marchó, solo por hacer algo. No me apetecía estar encerrada en mi habitación.

De repente mi móvil suena y son mis amigas, están abajo, han venido a verme. Me alegro de su visita y nos acomodamos en el salón frente a la chimenea mientras nos tomamos algo y nos ponemos al día de nuestras cosas. Estos momentos con ellas son los que más me gustan. Son mis confidentes y mis grandes apoyos a mis inseguridades.

Cuando Stella y Callie se marchan es tarde, pero Connor aún no ha regresado. Voy camino de mi habitación cuando escucho el sonido de la puerta de abajo, me sobresalto, me quedo quieta, como paralizada y, de repente, veo una sombra. Un sonoro grito sale de mi garganta, pero, de inmediato, descubro que es Connor. Lleva la chaqueta en la mano, casi la arrastra, y los primeros botones de la camisa desabrochados.

—Soy yo —susurra arrastrando las palabras. Tiene los ojos vidriosos y percibo su olor a alcohol.

—Joder, vaya susto. No te esperaba.

—Vaya, qué desilusión. Mi prometida no me esperaba —murmura acercándose a mí. Me acorrala contra la pared, deja caer su chaqueta y coloca ambas manos a la altura de mi cabeza.

—Yo ya me iba a dormir —musito mirándolo a los ojos, con mi respiración algo alterada por tenerlo tan cerca.

—Meghan —susurra mi nombre bajito, al mismo tiempo que cierra los ojos en un lamento.

—Creo que deberías irte a la cama —me atrevo a aconsejarle, creo que se ha tomado un par de copas demás.

—Yo también —contesta con los ojos cerrados, pero no se mueve. Coloco mis manos sobre su duro pecho e intento alejarlo, pero no logro que se mueva ni un ápice. Acerca su rostro a mi pelo y aspira mi aroma.

La proximidad de Connor me abruma. Cierro los ojos e intento serenarme. De repente, se mueve, roza mis labios con los suyos, no protesto, y para mi sorpresa se apodera por completo de mi boca. Nos besamos de una forma hambrienta y voraz, me toma por la cintura y me pega más a su cuerpo con fuerza, haciéndolo sentir contra el mío. Todas mis terminaciones nerviosas se encienden por completo y no sé qué me pasa cuando me veo devolviéndole el beso a Connor, enredando mis manos en su pelo y fundiendo mi cuerpo con el suyo.

De repente, nos interrumpen varios pasos y unas voces:

—Perdón, señor —se excusa el mayordomo de Connor. Tras él vienen dos hombres vestidos de negro, pertenecientes al equipo de

seguridad—. Escuchamos un grito de la señorita —dice.

Connor se gira y los mira sin moverse de mi lado.

—Todo está bien —contesta arrastrando un poco las palabras, con los ojos entornados.

El personal de seguridad desaparece y nos quedamos a solas, mirándonos después del beso que nos acabamos de dar. Siento que un gran huracán ha pasado sobre mí, dejándome sin saber qué hacer tras lo sucedido. Mi respiración está alterada y lo miro sin saber qué va a suceder ahora.

—Será mejor que me vaya a mi habitación, solo —especifica Connor. Se da la vuelta y se marcha tras un profundo suspiro.

Entro en mi cuarto, me meto en la cama y me llevo la mano al pecho preguntándome qué ha sucedido entre nosotros y qué es todo lo que siento tras ese increíble beso. Jamás me habían besado con tanta pasión ni había sentido la sangre tan caliente como la tengo en estos momentos. El sabor a alcohol que tenía Connor en su boca aún permanece en la mía y no me molesta. Esbozo una sonrisa cuando admito que me gustaría volver a besarlo y sentir todo lo que provoca en mí.

Tras dos horas sin dejar de pensar en Connor consigo conciliar el sueño. Cuando me levanto al día siguiente ya no se encuentra en casa. Mientras Cora me sirve el desayuno me comunica que ha salido temprano sin decir a dónde iba.

Paso el resto del día en el ático de Connor trabajando desde ahí. Cuando regresa es tarde y estoy en el salón frente a la chimenea leyendo un libro. Connor se sienta a mi lado y de inmediato percibo un olor a perfume de mujer que no es el mío.

—¿Cómo has pasado el día? —se interesa de forma natural, como si no hubiese pasado nada entre nosotros la noche anterior.

—Bien. He aprovechado para trabajar un poco.

—Mañana tengo que salir de viaje. Estaré una semana fuera —anuncia—. Pero no te preocupes, seguiremos sacando Clarkson adelante. Trabajaré a distancia.

—¿Ha surgido algo importante como para tener que marcharte? —me atrevo a preguntar.

—No. Lo he decidido hoy —dice con naturalidad—. Lo bueno de ser Connor Merrill es que puedes trabajar y disfrutar al mismo tiempo. Dispongo de todos los medios.

—Bien. —Me fijo en su cuello y observo restos de carmín. Cierro los ojos y tomo una bocanada de aire mientras me recuerdo que no tengo derecho a reclamarle nada porque no somos más que un contrato con pautas establecidas.

—Estoy cansado. Me retiro a mi habitación. Por la mañana me iré temprano. —Siento que se está despidiendo—. Estaremos en contacto por teléfono, por mail y a través de nuestras secretarias.

—Que tengas un buen viaje —le deseo a modo de despedida.

—Es la intención —musita, me dedica una mirada en silencio, en la que siento que no se quiere marchar y se encamina hacia las escaleras.

***

Cinco días después

Desde que Connor se marchó no he parado de trabajar. Paso más de doce horas en mi nuevo y minúsculo despacho, pero no me importa. Lo principal es salvar a Clarkson. Connor me ha enviado por *mail* un montón de pautas y estrategias económicas a seguir, debo de reconocer que es una máquina en su trabajo pese a que lo haga a distancia. En todos estos días no he podido averiguar dónde está ni cual ha sido el cometido de su repentino viaje. No he hablado con él por teléfono, solo mediante mensajes y por *mail*. Su secretaria se ha trasladado a Clarkson y es muy eficiente.

Surge un problema en la empresa en la que los abogados y asesores me piden una reunión inmediata con Connor. Lo llamo, pero no me contesta, le dejo un mensaje y me responde a la hora. Insisto en realizar una reunión por videoconferencia, a la que Connor se resiste, pero finalmente accede. Establecemos una hora, me reúno con los tres asesores y los dos abogados en la sala de juntas y realizamos la videollamada a Connor.

Cuando aparece en la pantalla con una camiseta blanca, de aspecto informal, y tras él observo una amplia ventana por la cual deduzco que se encuentra en un barco me sorprendo. Aprecio que Connor está más moreno y su pelo está mojado. Comenzamos la reunión, exponemos los puntos a tratar, escuchamos a los abogados y asesores y finalmente es Connor quién decide qué hacer pese a no dejarse llevar por los consejos de las personas que me acompañan. Mientras esto sucede observo pasar por la ventana a una mujer joven con un bikini minúsculo y tengo que aguantar la compostura ya que estoy segura de que las personas que tengo al lado también la han visto. En esos momentos me pregunto qué tengo que hacer, ¿montar un numerito como la prometida engañada de Connor

Merrill? ¿Hacerme la tonta? ¿O mandarlo a tomar por saco? Una gran ira me invade y dejo de pensar en la reunión para centrarme en el maldito descarado de mi prometido.

Dejo que sea Connor quien ponga fin a la reunión, soy incapaz de articular palabra, me despido de los asesores y abogados, mientras siento que me miran con pena y me marcho a casa, de camino a ella llamo a mis amigas y les ruego que vayan al ático de Connor. Las convoco con nuestro lema reunión de emergencia. Lo llamamos así cada vez que a alguna nos pasa algo grave, entendiendo por grave algo que nos afecte demasiado a nuestros sentimientos y emociones.

Callie y Stella llegan antes de lo esperado al ático. Para tener más privacidad les indico que nos vayamos al salón de la parte superior de la casa, es más pequeño y tiene una puerta. Nos encerramos ahí y exploto:

—Connor está dios sabe dónde, en un yate, tomando el sol mientras trabaja con una mujer.

—¿Cómo lo sabes? No tengo conocimiento de que nada de eso sea público, por el momento —dice de inmediato Callie, tecleando en su teléfono.

—Tuvimos una reunión por videoconferencia urgente y tuvo el descaro de aparecer con una simple camiseta de manga corta, bronceado, con una ventana a su espalda en la que se veía la cubierta de un barco y el mar de fondo. Y luego pasó por detrás, en un descuido, una mujer con un cuerpo espectacular y un minúsculo bikini amarillo —explico indignada.

—No tienes nada que temer, este matrimonio es para mejorar la imagen de Merrill, si es tan imbécil como para no cuidarla tras el

sacrificio de vuestro compromiso es que es muy tonto. Si sale a la luz que está con otra mujer en un yate no eres una cornuda real —comenta Stella con indiferencia. Creo que no entiende cómo me siento.

—¡¿Pero y mi imagen?! ¿Qué clase de mujer soporta algo así y decide seguir adelante con el matrimonio? —les pregunto agitada—. ¿Sabes la cara que se me quedó ante las personas que estábamos reunidos? Ellos vieron lo mismo que yo. Todos pensarán que estoy con él por su dinero y soporto sus infidelidades —manifiesto, alterada.

—Y es así, Meghan —susurra Callie y la miro con ira por expresarlo en voz alta de una forma tan clara—. ¿Habrías aceptado este matrimonio falso con Merrill si la empresa de tu abuelo no llega a estar arruinada? —me recuerda y esto me duele.

Me quedo en silencio, sin argumentos, y suspiro, agobiada y enfadada al mismo tiempo.

—Maldito Connor Merrill —espeto con rabia.

—No estarás celosa, ¿no? —se atreve a decir Callie.

La miro con ganas de matarla y me paseo delante de ambas, agitada. Mis amigas me miran con dos sonrisas pintadas en sus caras que no me gustan nada.

—Yo creo que Merrill te gusta —susurra Callie a Stella.

—Está afectada por el beso de película que se dieron y convivir con un hombre así también debe trastocarte. Será mujeriego, infiel, creído y un cabronazo de cuidado, pero es guapo a rabiar y tiene un cuerpo de escándalo que hace fantasear a cualquier mujer —le contesta Stella en voz baja.

—Os estoy escuchando —alzo la voz, las miro y coloco mis manos sobre la cintura.

—¿Y qué tienes que decir? —pregunta Stella con interés mirándome con atención.

—Que odio a Connor Merrill con todas mis fuerzas —casi grito, con garra.

—Del odio al amor solo hay un paso —recita Callie.

—¡No sé para qué os he llamado! —lamento, ofuscada.

—Porque necesitas desahogarte. Venga, vamos a poner a caldo al cabronazo de Connor, se lo merece —propone Stella.

—Pidamos una *pizzas* y plan completo —dice Callie cogiendo su teléfono para llamar a nuestra *pizzería* favorita cuando nos reunimos en alguna circunstancia como esta.

—Hay que recordar que la venganza es un plato que se sirve frío. Ya pensaremos algo que le moleste y lo haga sentir como tú en estos momentos —manifiesta Stella.

Mis amigas me abrazan y no puedo evitar derrumbarme en sus brazos. ¿Desde cuándo Connor Merrill me ha empezado a importar tanto? ¿Por qué siento este gran agujero en el pecho y esta decepción tan grande al saber que se encuentra con otra mujer?

Capítulo 25
Connor

Tras una larga semana alejado de Meghan, en compañía de Gaby, una modelo increíble que me ha tenido muy entretenido en la cama, decido que es hora de volver. Creo que las ganas de tirarme a mi prometida han pasado debido a todo el sexo que he tenido en los últimos días.

Cuando aparezco en mi ático es bien entrada la noche, Easton y Cora me reciben. Mi mayordomo me saluda sonriente, me da la bienvenida a casa, sin embargo, advierto el gesto serio de Cora. Apenas me mira ni me dirige la palabra.

—¿El señor va a cenar? —pregunta Cora mirándome con atención, creo que no le pasa desapercibido mi buen tono de piel y de ahí que me llame señor y desapruebe con su silencio mi marcha dejando a mi prometida sola.

—No. Estoy cansado. Iré a dormir —contesto mientras busco con la mirada a Meghan por el ático. No se encuentra en el salón y, cuando mis ojos se posan en las escaleras Cora me informa:

—Tu prometida no está.

—¿Ha salido? —pregunto con interés.

—Hace tres días que salió con una maleta, no dijo a dónde iba ni cuándo volvería —revela.

Me quedo serio y pensativo. ¿Meghan me ha dejado? ¿Mi plan ha causado su efecto?

—Gracias, Cora —murmuro. Comienzo a subir las escaleras, entro en mi habitación y me tumbo en la cama, con la mente en Meghan. Nuevamente, me desconcierta con su actitud. Esperaba una llamada quejándose por mi escapada en barco y comprobar que estaba con una mujer, una pelea entre ambos, que me diese la ocasión de ponerle de manifiesto que en este matrimonio por contrato no habría fidelidad, sin embargo, no ha sido así y me decepciona.

En un impulso cojo mi teléfono y me pongo en contacto con mi equipo de seguridad. Cuando me marché les dejé encargada la protección de Meghan, pero desde hace dos días no he recibido ninguna noticia. Pensé que estaría en casa y por eso no me habían comunicado nada como los días anteriores donde me informaron que fue a trabajar, a ver a su abuelo y quedó con sus amigas.

—¿Dónde está mi prometida? —pregunto en cuanto Kevin me coge el teléfono, es el jefe de mi seguridad.

—Señor… Perdimos la pista de su prometida. Salió del ático hace dos días y no hemos podido localizarla.

—¡¿Cómo?! —bramo de golpe, pegando un gran salto de la cama y colocándome en pie—. ¿Mi futura mujer está en paradero desconocido y no me habéis informado de ello? ¿Le ha pasado algo? —pregunto, alterado y sintiendo una gran angustia en el pecho.

—Salió con sus amigas y le perdimos la pista. No somos capaces de dar con ella —reconoce.

—¡¿Me estás diciendo que me dejo una pequeña fortuna en la seguridad que me rodea y no sabes el paradero de mi prometida?! —Alzo la voz, muy enfadado.

—Señor, la señorita Clarkson debe de tener a alguien de seguridad contratado que nos impide dar con ella —se excusa.

—¿Me estás diciendo que debo pedirle a mi futura mujer el nombre de la seguridad que os impide encontrarla? Entiendo que son mejores que vosotros —bramo, sin control.

—Señor…

—Tenéis dos horas para encontrar a Meghan o estáis todos despedidos —manifiesto gritando, perdiendo los papeles por completo.

Cuelgo el teléfono y me masajeo el pelo y la frente, la cual tengo sudando. Me siento en la cama y tomo una gran bocanada de aire, necesito tranquilizarme. ¿Por qué me preocupo tanto por una mujer que quiero alejar de mí? Debería alegrarme porque no esté en mi casa. Igual es que me ha dejado y pronto me comunique que desiste de nuestro matrimonio.

Espero con ansia la llamada de mi jefe de seguridad mientras me paseo intranquilo por mi habitación. He llamado a Meghan tres veces, pero su teléfono está apagado. Le he dejado un par de mensajes, pero no me responde ni los ve.

Mi teléfono suena y Kevin dice:

—Señor, solo hemos podido averiguar que cogió un vuelo en primera clase con sus dos amigas que aterrizó en Los Ángeles hace dos días.

—¿Ningún registro en ningún hotel? —pregunto, muy cabreado.

—Nada, señor.

Cuelgo la llamada sin despedirme y, sin importarme la hora, llamo a la asistente de Meghan.

—¿Dónde está Meghan? —pregunto de golpe, sin identificarme. Estoy seguro que me conoce bien.

—Eh… Señor Merrill, desconozco el paradero de la señorita Clarkson. Solo sé que se fue de viaje, pero no me desveló el destino ni de si se trataba de un viaje de negocios.

—Mery, si me estás mintiendo te despediré —la amenazo sin piedad.

—No sé nada más, señor —susurra con miedo.

Corto la llamada y tiro el teléfono sobre la cama, muy cabreado.

Paso una noche de perros en la que no pego ojo ni dejo de pensar dónde coño estará Meghan.

Desayuno en silencio bajo la atenta mirada de Cora.

—¿Te has divertido con esa modelo en tu yate? —se atreve a preguntar.

Alzo la mirada, la clavo en ella y le respondo:

—No estoy para tus sermones. ¿Te lo ha contado ella? —le pregunto de forma abrupta.

—Escuché una conversación con sus amigas en la que lloraba. Cuando pierdas a Meghan lo vas a lamentar —susurra a modo de reproche.

—No voy a lamentar nada —alzo la voz, crispado—. Esto se trata de un matrimonio por contrato al cual me obliga mi abuelo, así que deja de mirarme así —bramo, enfadado—. Yo no la elegí —le revelo.

Cora se queda en silencio, mirándome, como procesando la información y, cuando creo que me comprenderá, dice:

—Al parecer, tu abuelo tuvo mejor ojo que tú. —Se da media vuelta y se marcha dejándome ardiendo de ira por dentro. ¿Qué ha querido decir?

Vuelvo a llamar a Meghan, pero su teléfono continúa apagado y me llevan los mil demonios.

Pese a que es domingo decido ir a la empresa, entro en mi despacho y rebusco por si encontrase algo que me dé una pista sobre el paradero de Meghan, sin embargo, no consigo nada. Me consta que los días que he estado fuera ha trabajado mucho.

Cuando me marcho observo una puerta abierta al final del pasillo y me dirijo a ella, allí descubro el nuevo despacho de mi prometida y no doy crédito. Es muy pequeño y apenas tiene ventilación. Consulto su agenda encima de la mesa, en la cual no encuentro nada que me sirva, observo unas fotografías sobre un estante de ella y su abuelo y paseo la mirada por los libros y archivos que tiene sobre su mesa. Una carpeta roja me llama la atención, la abro y descubro unos bocetos de diseños de joyas. Están fechados desde hace algunos años y firmados por Meghan. Cojo mi móvil y los fotografío todos, me parecen fantásticos.

Cuando llego a mi ático Meghan aún no ha llegado ni sé nada de ella. Consulto mi reloj y decido llamar a su abuelo. El hombre solo sabe que se fue de viaje con sus amigas. Me dice que lo ha llamado a diario y que está bien, algo que en el fondo me tranquiliza.

¿Dónde estás Meghan Clarkson? Nunca había estado tan preocupado antes por nadie, no entiendo por qué me importa tanto cómo o dónde se encuentre si lo que quiero es tenerla bien lejos de mí. ¿De verdad quiero eso? Me planteo tras admitir que en la semana en el yate con Gaby, pese a tener sexo todos los días, no he dejado de pensar en Meghan. Y en estos momentos me encuentro al borde de un ataque al corazón debido a que no sé nada de ella y la sola idea de que algo le haya podido pasar me aterra.

Capítulo 26
Meghan

De vuelta a Boston, relajada en el asiento en primera que Callie nos ha reservado en el avión, pienso en Connor y en su vuelta a casa. Mary me llamó diciéndome que mi prometido estaba un poco impaciente por encontrarme, por supuesto, mi asistente tiene la suficiente experiencia a mi lado como para no dejarse intimidar por las amenazas de mi futuro marido, y ella siempre leal a mí me puso al tanto de su llamada de inmediato.

—¿Estás nerviosa por el encuentro con Connor? —pregunta Stella.

—No. Estos días en Los Ángeles me han venido muy bien, chicas. Gracias.

—Me consta que su equipo ha intentado rastrear nuestros móviles en varias ocasiones, pero yo soy mejor que todos ellos —comenta Stella con orgullo. La familia de mi amiga tiene una empresa de seguridad y ella es increíblemente buena. Me satisface que haya dejado en ridículo al equipo de mi millonario prometido.

—Vaya, quiere saber de mí —declaro con desdén.

—Igual esperaba encontrarte en casa llorando mientras él estaba disfrutando, el muy cabrón —maldice Callie.

—Vamos a volverlo loco, amiga —manifiesta Stella, sonriente—. Loco por ti. Es el plan y vas a conseguirlo. Vas a confiar en tu persona y vas a hacer que Connor Merrill babee por ti y seas lo único que no puede conseguir con todo su dinero. Cuando te vea el

día de vuestra boda con el vestido que hemos elegido estos días le va a dar un infarto —aventura con una mirada traviesa.

Mis amigas tuvieron la gran idea de llevarme a Los Ángeles para que eligiese mi vestido de novia en una de las mejores firmas. Me convencieron de que la futura mujer del millonario Connor Merrill no puede casarse con cualquier vestido, que era mi intención. Y debía gastar una indecente cantidad de dinero que se cargará en la cuenta de mi futuro marido en unos días cuando me llegue el vestido. Desde que me mudé al ático de Connor cuento con una tarjeta sin límite de gastos que aún no había usado, y esta me pareció la ocasión perfecta, ya que, si este matrimonio es para salvar su imagen, que sea él quien pague todo.

Llego a casa de mi prometido, ni por un solo segundo se me ha pasado por la mente echar por la borda nuestro trato por muy mal que me hizo sentir la aparición en su yate con esa mujer, ya que de inmediato me recordé que Connor Merrill solo estaba en mi vida para salvar la empresa de la que soy dueña de un treinta por ciento y la cual es toda mi vida. Aparte, que jamás incumplo un acuerdo y firmé casarme con él, de lo contrario, tendría que venderle mi treinta por ciento de la empresa y la perdería por completo y no estoy dispuesta a ello.

Cuando entro en el salón encuentro a Connor en este, paseándose por él, descalzo, con la televisión puesta y la chimenea de fondo mientras habla por teléfono. Al verme me mira con los ojos muy abiertos y corta la llamada sin despedirse de quien tenga al otro lado de la línea, así es él, sin modales en ocasiones.

—¡¿Dónde coño estabas?! —brama caminando hacia mí, muy enfadado. Sus ojos grises desprenden chispas.

Lo miro en silencio y, con calma, digo:

—A diferencia de ti, cumpliendo con mi parte del trato, encargando un vestido de novia para nuestra boda, pero, igual tienes algo que decirme… —Se queda callado, descolocado—. Tras esa escapada en tu yate con esa modelo… quizás hayas cambiado de opinión sobre la mujer a la que vas a llevar al altar. Estaría bien que lo pusieras en mi conocimiento con tiempo —le espeto con tranquilidad, mostrando seguridad en mí misma, pese a que tiemblo por dentro mientras Connor me mira de una forma penetrante.

—¡No has respondido a mi pregunta! —Alza la voz.

—Sí lo he hecho —susurro con tranquilidad—. Ahora dime tú. ¿De qué vas Connor Merrill? —le exijo enfrentándolo.

—¿Quieres romper con el trato tras el descuido de Gaby durante la reunión? —Llama a la modelo por su nombre.

—¿Lo quieres romper tú? Igual a ella la consideras más adecuada para todo este teatro —lo reto con el mentón alzado, mirándolo a los ojos.

—Mi seguridad no daba contigo. Me tenías preocupado —reconoce y cambia de conversación mientras siento en su mirada y en su tono de voz que está muy enfadado—. Te he llamado un montón de veces.

—Estaba ocupada —manifiesto de forma despreocupada y siento cómo esto le molesta—. Yo al menos me desnudaba para probarme vestidos, tú…

—¡Basta, Meghan! —Alza la voz y se pasea las manos por el pelo —. No vuelvas a desaparecer así —me advierte acercándose a mí de forma peligrosa, mirándome con unos ojos grises transparentes.

—En nuestro contrato no está establecido que tenga que darte explicaciones de dónde voy —le recuerdo y advierto como aprieta los dientes, su furia es patente.

—Esto no es fácil para mí —susurra a la vez que cierra los ojos.

—A mí me resulta un completo calvario, pero ¿qué hacemos? Hemos firmado un contrato, nos hemos comprometido, y no sé tú, pero yo cumplo con lo establecido. Y llevo un plus añadido, unos cuernos ante los asesores y abogados que presenciaron todo mientras estábamos reunidos —le recuerdo con ímpetu—. Que sea la última vez, Connor —le advierto—, sino me encargaré de que me acompañes en la cornamenta ante los ojos de todos —me atrevo a amenazarlo.

De repente, mi prometido me toma por los brazos y tira de mí con fuerza. Nuestras respiraciones se alteran y tiene el atrevimiento de acercarse para besarme, pero le hago la cobra y le susurro en el oído:

—No soy el segundo plato de nadie. Si no te has quedado satisfecho, prueba con otra. Yo valgo demasiado para alguien como tú. —Le dirijo una mirada fulminante y me zafo de su agarre.

Connor me responde con unos ojos cargados de furia, me doy media vuelta y lo dejo ahí en el salón plantado mientras subo a mi habitación.

***

La semana siguiente Connor y yo la pasamos en tensión, solo nos vemos en el trabajo y nos comunicamos a través de nuestras secretarias. En casa solo me cruzo con él en la cocina o en el salón

por la noche y como me aconsejaron mis amigas, he comenzado a utilizar ropa de dormir muy sexy y con poca tela, con la que me paseo por la casa y siento la mirada de mi prometido sin decir nada.

Por otro lado, me alegro de que en esta semana no hayamos tenido que salir juntos a ninguna comida, cena ni eventos. Ya bastante duro es cuando tenemos que fingir en la empresa que estamos juntos delante de los abogados y asesores que presenciaron cómo una mujer con escasa ropa se paseaba en el yate de mi marido.

Son las seis de la tarde cuando recibo un mensaje en mi teléfono en el que Connor me informa de que su madre nos ha invitado a cenar a su casa para ultimar los detalles de la celebración de nuestra boda. Solo falta un mes y medio y según Naomi vamos contrarreloj.

No puedo negarme a acudir a la cena, así que estoy lista en el salón a las siete y media como Connor me ha indicado en el mensaje que me envió. En esta ocasión me he colocado una falda corta, un jersey con un generoso escote y unas botas altas de tacón. Cuando me ve me repasa de arriba abajo, me coloco el abrigo y musita:

—¿No vas a tener frío con ese modelito?

—En la casa de tu madre hay calefacción, además después de la cena he quedado. —Los ojos de Connor se posan en mí y los siento arder. Puedo leer en ellos que piensa que tengo una cita con algún hombre.

—Mañana se trabaja —dice a modo de regaño.

—Lo sé, pero es un compromiso al que no puedo faltar —replico.

Nos montamos en el coche y hacemos todo el camino en silencio hasta la casa de los padres de Connor. Durante el trayecto advierto

que me mira de reojo en un par de ocasiones, lo percibo muy pensativo, pero no dice nada.

Los padres de Connor nos reciben y siento un gran vacío al comprobar que Violet no nos acompañará en la cena. Ha salido con sus amigas.

Naomi acapara por completo mi atención, está agobiada con la boda, según ella vamos tarde en muchos aspectos. No hemos realizado la lista de invitados, ni elegido el menú, ni las flores, ni mil detalles más a los que ya no presto atención. Lo cierto es que nada me interesa. No es mi boda, es un teatro que me da igual cómo decoren, por ello finalmente lo dejo todo en manos de la madre de mi prometido, hago muy feliz a mi futura suegra y quedamos en que Connor y yo le pasaremos la lista de invitados en unos días.

Mi futuro marido insiste en hacer la lista tras la cena, pero lo convenzo de que tengo que hablar con mi abuelo y mis padres por si quieren invitar a alguien. Tengo la gran suerte de que mi suegra me apoya y Connor la mira con rabia.

Cuando salimos de casa de los padres de mi futuro esposo le indico si me puede dejar en un conocido bar del centro de la ciudad.

—¿Con quién has quedado? —pregunta de forma seca.

—Es el cumpleaños de Mary, ha organizado una copa con algunos amigos de la empresa y siempre me invita. Le dije que solo me pasaría un rato.

—¿Y yo no estoy invitado? —cuestiona con cierto deje molesto.

—Eres el gran jefe, has llegado hace poco. No te tiene confianza.

—¿No puedo acompañar a mi prometida? —interroga, molesto—. No hemos salido con seguridad y es tarde —recalca.

—No te preocupes, alguien me dejará en casa. Son todos amigos y compañeros de trabajo de Clarkson desde hace años, no hay peligro.

—Insisto, te acompañaré —manifiesta, decidido.

—No creo que sea tu ambiente, pero puedes venir —comento y observo cómo frunce el ceño.

Capítulo 27
Connor

Entro con Meghan en el bar donde su secretaria está celebrando el cumpleaños y advierto que todos se nos quedan mirando y hasta se hace un silencio donde solo se escucha la música.

Para mi sorpresa, Meghan me coge de la mano, tira de ella y mientras nos adentramos susurra:

—Se rumorea que lo hemos dejado. Tras lo de tu amiguita en el yate que seguro se ha filtrado entre los empleados y que hemos tenido una actitud distante en la oficina en esta la semana…

Chasqueo la lengua y tomo a Meghan por la cintura. Mary viene hacia nosotros y primero se funde en un abrazo con mi prometida, luego soy yo el que la felicita. Varias caras conocidas de la empresa me saludan y no sé muy bien qué hacer. Miro a Meghan y sentirla a ella tan integrada con todos me causa envidia. Igual tenía razón y no era mi ambiente, pero no pienso decírselo.

Nos ofrecen unas copas, tomo una y Meghan se decanta por un refresco. Llaman su atención para que acuda a jugar al billar y yo me quedo recostado sobre una pared observándola. Cada vez que Meghan se inclina estoy a punto de acudir a su lado y bajarle la falda. Fijo los ojos en su escote cuando está concentrada en golpear la bola y trago con dificultad. A su lado está el jefe de publicidad, el tal Steve, y me molesta que no deje de mirarla como lo hace. Meghan se proclama ganadora y lo celebra dando saltos, sonriente y feliz. No la conocía en este ámbito. Varias chicas tiran de ella y se la

llevan a la pista de baile. Me molesta que actúe como si yo no estuviera, pero me recuerdo que no somos una pareja de verdad, sin embargo, me digo que tenemos que dar una imagen de ello y más si los presentes son nuestros empleados y pensaban que lo habíamos dejado.

Decido acudir a la pista de baile, tomar a mi prometida por la cintura y demostrarles a todos que seguimos más juntos que nunca. Bailamos muy pegados, nos miramos a los ojos y en cierto momento que no puedo evitarlo me apodero de los labios de Meghan y la beso frente a todos. No me conformo con un simple beso, lo profundizo, lo prolongo, lo disfruto y me caliento con este. Meghan me corresponde y cuando siento que vamos a incendiar el local decido parar. La miro a los ojos y continuamos bailando muy cerca, pero ella susurra en mi oído:

—Vámonos. Es tarde.

Meghan se despide de todos y cuando estamos solos en el coche y lo pongo en marcha se gira y me espeta alterada:

—No vuelvas a besarme nunca más. ¿Lo has entendido? Y menos de esa forma tan íntima —Alza la voz, furiosa—. Te lo prohíbo.

—Solo quería demostrarles a todos que seguimos juntos —justifico mientras le miento. Me apetecía ese beso desde hacía días y me ha dejado con ganas de mucho más.

—Creo que era suficiente con nuestra presencia y aparecer de la mano —replica, alterada—. Y cuando sea necesario un beso, que solo sea un breve roce en los labios —manifiesta, enfadada—. En el contrato no se estableció que me pudieses besar a tu antojo de esa forma —me recuerda con una mirada acusadora.

Me quedo en silencio y asiento. Meghan me ha calentado la sangre. En estos momentos de lo que tengo ganas es de llevármela a la cama y hacerle de todo. ¡No puedo pensar en ella de esa forma! Me reprocho de inmediato, pero lo cierto es que me atrae muchísimo. Enciende el deseo en mí con una sola mirada y fantaseo con ella y con su cuerpo desde hace tiempo. Pensé que esto pasaría al tirarme a otras mujeres, pero mis ganas de ella no cesan con nada y ya no sé qué hacer. Para colmo, no sé si soy yo o es ella, pero esta última semana la encuentro que viste más sexy y no puedo dejar de mirarla.

Subimos en el ascensor hasta mi ático en silencio mientras freno mis ganas de abalanzarme sobre ella y follarla ahí mismo.

Entramos en mi casa y Meghan susurra:

—Buenas noches. —Sube las escaleras contoneando sus caderas y desaparece. Me tomo una copa antes de meterme en la cama y procuro alejar de mi mente las imágenes de la mujer con la que comparto casa y me perturba.

***

Dos semanas después

Entro en el despacho de Meghan y la encuentro concentrada, trabajando en el ordenador. Cierro los ojos y recuerdo el día anterior cuando se sentó sobre mi mesa con una carpeta en sus manos llevando una falda estrecha con una raja delante. Cruzó las piernas con elegancia y me dejó como un pasmarote, mirándola embobado. Cada día la encuentro más sexy e irresistible, y esto me molesta,

pero no puedo hacer nada. Mi miembro toma vida propia cuando la ve y cada vez tengo menos control sobre la situación.

Me siento un completo adolescente bajando al comedor o a la cocina de mi casa cuando la escucho salir de su habitación. Últimamente Meghan cocina con unos pijamas que me hacen fantasear. Verla por mi ático descalza, con el pelo revuelto y con camisones en los que se aprecian los pezones erectos de sus pechos desnudos me ponen a cien.

—Llegamos tarde a la comida con nuestros abuelos —le recuerdo.

Ambos han insistido en quedar con nosotros para que los pongamos al tanto de cómo avanzamos en la recuperación de Clarkson.

—Vaya, no me di cuenta. —Meghan se disculpa y comienza a recoger sus cosas bajo mi atenta mirada.

Almorzamos con nuestros abuelos, los ponemos al tanto de todo y les demostramos que Meghan y yo hacemos un buen equipo, algo de lo que se alegran y yo los odio por poner a esta mujer en mi vida y toda ella patas arriba.

Últimamente mi prometida me sorprende cada vez que estamos juntos con personas que creen que en realidad estamos enamorados, es ella la que me coge la mano, me abraza, me acaricia y me besa en la mejilla de una forma tan pasional que nunca un beso tan casto me había parecido tan erótico.

Ya no sé qué más hacer para alejarla de mí, nada de lo que he ideado ha funcionado. Llevo días paralizado, pensando algo que pueda hacerla desistir del matrimonio, solo quedan tres semanas, pero no se me ocurre nada. Carter y Elliot me aconsejan que me case con ella y aproveche para aplacar el deseo que me enciende,

ambos saben por lo que paso con respecto a Meghan, me conocen mejor que nadie y mi mal humor de las últimas semanas no es nada común en mí. Estoy hecho un lío y no sé qué hacer con ella.

Vemos un anuncio de una exhibición de patinaje sobre hielo mientras conduzco de vuelta a casa y aprecio que Meghan se queda pendiente de ello. Observo la fecha y justo es esta tarde.

—¿Te gustaría ir? —pregunto de golpe, sin pensar.

—Sí —responde de inmediato.

—Bien, pues iremos —resuelvo al instante. Meghan me mira con los ojos muy abiertos, creo que no se lo esperaba.

—Eh… Bueno, no te preocupes. Lo dejamos para otra ocasión. Ha sido una forma de hablar —se excusa.

—No, iremos hoy —zanjo el asunto. Llamo a mi asistente desde el coche y le encargo un par de entradas en una buena zona mientras que Meghan me mira con sorpresa.

Nos dirigimos a casa, nos cambiamos de ropa y nos reunimos en el salón de mi ático. Mi prometida baja las escaleras enfundada en unas mallas negras, un amplio jersey, una bufanda en la mano junto con un abrigo y aprecio que lleva unas botas planas. Su atuendo me llama la atención a la misma vez que una parte de mi anatomía que se pone dura en cuanto ve a Meghan, y en estos momentos no lleva un modelito que me haga reaccionar así. ¿Qué me pasa?

Nos montamos en mi coche, prescindimos de la seguridad y nos dirigimos a la pista de patinaje.

—Gracias —susurra Meghan cuando estamos sentados frente a la pista, a la espera de que comience la exhibición. Las gradas están llenas de gente.

—De nada, supongo que tenemos que hacer cosas normales de pareja —excuso.

El espectáculo dura casi dos horas en las que mis ojos solo están pendientes a cada reacción de Meghan. Descubro que me encanta verla disfrutar, sonreír, aplaudir y ser feliz. Porque en estos momentos rebosa dicha por sus ojos azules. El corazón me da un vuelco cuando me mira con emoción, mientras aplaude en el salto final donde el patinador ha cogido a la patinadora en el aire. Todas las gradas se colocan en pie, aplaudimos y siento pena que termine al ver la tristeza en el rostro de Meghan.

—¿Nos vamos? —pregunta ella cuando observa que todos comienzan a salir y yo no me muevo de nuestro sitio.

—Lo cierto es que he alquilado la pista hasta media noche que comienzan los entrenamientos. ¿Te gustaría patinar? —pregunto observándola al detalle. Los ojos de Meghan brillan de golpe y una enorme sonrisa se dibuja en sus labios mientras se queda pensativa.

—Sí —responde en un susurro, con emoción a la vez que clava sus ojos en la pista de hielo.

Tomo a Meghan de la mano, tiro de ella y nos dirigimos a colocarnos unos patines. Cuando estamos completamente solos salimos a la pista. Siento su emoción cuando pone un pie ahí y mi corazón se hincha por completo mientras me pregunto, ¿por qué me importa tanto esta mujer que quiero alejar de mi vida?

Meghan comienza a dar pasos lentos, pero de inmediato observo que se envalentona, se aleja de mí y le grito:

—¡Ten cuidado! —Mi corazón palpita desbocado cuando la veo patinar a gran velocidad, como si volase.

Voy hasta ella y antes de llegar resbalo y me caigo en el centro de la pista, sintiéndome un completo torpe. Meghan acude a mi lado con rapidez, se agacha junto a mí cuando estoy colocándome en pie, se preocupa por mi estado y en un traspié me agarro a ella y ambos caemos a la pista por mi culpa. Trato de protegerla y la abrazo con fuerza, siendo yo quien se lleva el golpe en la espalda ya que tengo a Meghan sobre mí. Nuestros rostros quedan muy cerca, tengo a mi prometida encima de mí y la sujeto con fuerza por la cintura mientras que nuestras miradas se enredan y siento cómo mi corazón se acelera.

—¿Estás bien? —musita Meghan.

No le respondo, me apodero de sus labios y me deleito con ellos. La beso con ganas, saboreándola a conciencia, y para mi sorpresa Meghan me corresponde. Cuando gime sobre mis labios me pongo duro como el acero y lo siente. Para el beso, me mira y se levanta como un rayo. Me extiende la mano a la vez que aprecio sus mejillas teñidas de rojo y me coloco en pie con la poca dignidad que me queda.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntar.

—Sí, ibas a tener razón. Tus besos son mágicos —murmuro en tono burlón al recordarle la frase que me dijo tiempo atrás mientras me sacudo y coloco bien la ropa.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos, hasta que Meghan esboza una sonrisa y dice:

—Vaya, he encontrado tu punto débil. Algo en lo que no es perfecto Connor Merrill. La pista de patinaje ha podido contigo —bromea y cambia de tema. La siento nerviosa.

—Espero que me guardes el secreto. Es lo que haría una buena prometida y futura esposa —le indico. Ella me sonríe y siento que este tonteo es algo que no he tenido con ninguna otra mujer.

—Vamos a seguir practicando —propone ella.

—Bueno, no tengo problema en volverte a besar. Supongo que hay que practicar de cara a la boda —le indico en tono de broma.

Meghan me hace un mohín con la cara y se aleja de mí a gran velocidad, la sigo, pero me cuesta continuar su ritmo. Debo de admitir que es buena sobre el hielo. Finalmente consigo alcanzarla, la atrapo sujetándola fuerte por la cintura y la acerco a mí.

—Ya eres mía —susurro mirándola a los ojos.

—Más quisieras —responde, insolente, me empuja y sale corriendo.

Durante varios minutos jugamos como niños al gato y al ratón. Reímos y ambos descubrimos que en estos momentos solo somos un hombre y una mujer que se atraen demasiado. No soy tonto, y sé que no le soy indiferente a Meghan por mucho que se resista.

Ya en el ático, antes de entrar cada uno en nuestra habitación mi prometida dice:

—Gracias por una tarde tan increíble. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—De nada —susurro. Me acerco para darle un beso, sin embargo, Meghan me hace la cobra, me dedica una sonrisa y murmura:

—Buenas noches. —Entra en su habitación, me cierra la puerta en las narices, suspiro, miro hacia mi miembro duro y le indico:

—Ducha fría de nuevo, chaval.

Capítulo 28
Meghan

Solo falta una semana para la dichosa boda y mi futura suegra me tiene agobiada. Me llama a todas horas y hoy se ha presentado en mi despacho para comer conmigo y no he podido deshacerme de ella con tanta habilidad como su hijo, que ha alegado una reunión con inversores y yo sabía que era mentira. Connor me ha guiñado el ojo desde la puerta de mi despacho y se ha marchado con total descaro. Desde hace dos semanas, desde que nos besamos en la pista de patinaje, lo siento diferente conmigo. Antes me miraba con rabia y rencor, ahora percibo que me mira con delicadeza. Apenas hemos coincidido esta semana, solo en el trabajo y algún que otro encuentro por casa fugaz. Lo cierto es que yo lo he evitado. Desde nuestro último beso estoy muy confundida. Nunca había sentido todo lo que él provoca en mí y me desconcierta por completo. Es algo que tengo que hablar con mi psiquiatra, pero estoy tan liada salvando la empresa y con la boda que no tengo tiempo de ir a visitarla. Ella me dice que si no siento la necesidad de correr hasta ella es porque todo va bien, yo no lo creo tanto, pero lo cierto es que desde que estoy viviendo en casa de Connor acudo menos a sus sesiones, puede que sea que pienso menos y estoy más cansada.

Tras el almuerzo con Naomi doy gracias de que mi madre no esté en Nueva York y solo tenga que lidiar con mi futura suegra. Nos tomamos un café y me excuso con una reunión inaplazable. Llamo a mis amigas y les suplico una reunión de urgencia en casa de Callie.

—Esa mujer me agota —me quejo de la madre de Connor—. No para de hablar. Menos mal que como es una boda que no es real paso de todo y le dejo hacer lo que quiera.

—Te estás ganando a tu suegra sin saberlo —me advierte Stella, sonriente.

—¿Qué tal va todo con Connor? —se interesa Callie. Les conté que me llevó a la pista de hielo y lo sucedido entre nosotros.

—Continúo evitándolo —confieso con la cabeza gacha.

—¿Y eso? ¿Ya has desistido de nuestro plan de hacerle ver que eres una mujer sexy y deseable que puede estar con otros hombres como él con otras mujeres? —pregunta Stella.

—Sí.

—¿Por qué? —se interesan mis amigas.

—Porque estaba jugando con fuego —les revelo—. No soy tonta, apreciaba las miradas de Connor, podía ver el deseo en sus ojos. Y lo sentí muy vivo en otra parte de su cuerpo cuando nos besamos sobre el hielo. Sí, soy joven, tengo un buen cuerpo y soy guapa, y él es un hombre al que le gustan todas y no quiero que juegue conmigo y me deje echa un trapo —admito en un ataque de valentía. Callie y Stella comienzan a aplaudir a y saltar de golpe, no entiendo su actitud y las miro con sorpresa.

—Joder, al final Merrill se lleva mis respetos y todo porque ha sido capaz de que te veas como una mujer deseable —manifiesta Stella, muy efusiva.

—Tengo miedo —admito frente a ellas, aterrada.

—¡¿Qué sucede?! —preguntan, alarmadas.

—Es la primera vez que siento esto —confieso. Ni siquiera se lo he contado a la doctora Coleman—. No sé cómo ha sucedido, pero

creo… creo que me estoy enamorando de Connor —revelo con lágrimas en los ojos, agobiada por lo que siento.

Callie y Stella me miran emocionadas.

—Eso, eso es bueno —susurra Callie—. Es señal de que estás viva y sientes.

—i¿Cómo va a ser bueno que me comience a enamorar de un hombre como Connor Merrill?! Nuestro matrimonio no es real. No me quiere —les recuerdo con énfasis. No sé gestionar lo que siento.

—Es la primera vez que experimentas algo así por un hombre. Nunca habías admitido que te estabas enamorando —refleja Callie, sonriente.

—Y por eso estoy tan asustada. Ha tenido que pasar precisamente con él. Un mujeriego incorregible. Con el que tendré que vivir y sufriré cada vez que sepa que está con otra mujer. Nuestro plan nos ha salido mal —susurro, muy agobiada—. Sentir sus miradas de deseo durante este tiempo han provocado el mío —me quejo, asustada, porque no sé cómo manejar la situación.

—¿Sientes deseo por Connor? —pregunta Callie dirigiéndome una mirada traviesa.

Yo asiento con vergüenza.

—¿Qué clase de deseo? ¿Que te bese, que te desnude, que te haga el amor…? —plantea Stella.

—Cuando dormimos juntos en Nueva York todo comenzó a despertarse en mí, luego sucedió lo de su escapada en el yate con esa modelo y lo odié, pero cuando nos besamos en la pista de patinaje y caí sobre su cuerpo pude sentir su fuerte erección, deseé que me hiciese el amor —confieso.

—Vaya, pues se ha complicado todo —susurra Stella—. El plan era que él te desease y tú lo dejases con las ganas, haciéndole sentir que no podría tenerte. Un tío acostumbrado a obtener a la mujer que desea, se volvería loco ante tu rechazo.

—¿Y si se enamora de ti? —plantea Callie con ilusión.

—Connor no es de los que se enamoran —manifiesto con dolor.

—Ni tú, y mírate —replica Stella.

—Pues quítate las ganas y acuéstate con él. Seguro que es un dios en la cama y eso que disfrutas —me aconseja Callie de golpe.

—Es lo que estoy tratando de evitar. ¿No lo entiendes? No quiero que esto que siento vaya a más ni que Connor pueda llegar a decepcionarse conmigo si llegamos a acostarnos. Ya sabéis cómo fueron mis anteriores relaciones —les recuerdo con miedo—, pero con Connor no lo soportaría. Voy a estar casada con él y viviremos juntos no sé por cuanto tiempo. Lo mejor es la distancia entre nosotros. Para él es muy fácil acostarse con una mujer. Yo necesito tiempo y confianza.

—¡Joder! —susurran Callie y Stella a la vez, luego ambas me abrazan y me permito llorar en sus brazos. Maldito Connor Merrill, que ha desestabilizado toda mi vida.

Cuando llego a casa encuentro a Connor sentado en el sofá del salón con el ordenador en sus piernas y una taza de café a su lado. Me mira y pregunta:

—¿Hasta ahora con mi madre? ¿Te ha mareado mucho?

Me deshago del abrigo, me siento cerca de él y le comento:

—No, he quedado un rato con las chicas. Vengo de casa de Callie. Copié tu estrategia con tu madre y tras el almuerzo le dije que tenía

una reunión. Esta boda ficticia es de ambos y me la estoy tragando toda yo —me quejo.

—Aunque fuese real tampoco participaría. Estas cosas no van conmigo —revela y me quedo mirándolo. Por una fracción de segundo llego a pensar que pudiese ser real. Una unión por amor y hasta me emociono.

—Me voy a la cama. Estoy rendida —le indico a Connor. No quiero seguir aquí con él. Lleva unos ligeros pantalones de pijama con una camiseta sin mangas y sus fuertes brazos me distraen demasiado.

—¿No cenas conmigo? —pregunta con cierto deje de decepción en su voz—. Te estaba esperando.

—Necesito una ducha —susurro a modo de excusa.

—Te espero. Tengo que terminar esto —indica la pantalla del ordenador. Me lo pienso y finalmente asiento. Me resulta demasiado atrayente como para rechazarlo.

Me meto en el baño, me relajo y escojo un pijama no tan sexy como los últimos que he estado usando. Cuando vuelvo al salón y siento la mirada de Connor percibo decepción en ella.

Mi prometido ha puesto la mesa y hay un olor a comida recién hecha que despertaría a un muerto.

—He pedido la cena a mi italiano favorito —revela Connor.

—Huele de maravilla.

—Te gustará. Otro día te llevaré a comer allí —propone con entusiasmo.

—Donde realmente deseo volver es al lugar de las hamburguesas —le recuerdo y él me muestra una amplia sonrisa.

—La futura señora Merrill no es de gustos caros —susurra.

—Pese a mi apariencia soy muy simple.

Connor carraspea y siento que tiene algo que decirme a lo que le da vueltas en su mente, se arranca y comienza a exponer:

—He tomado algunas decisiones en Clarkson sin consultarte.

—¿Y son? —pregunto, alerta. Algo me dice que no me va a gustar.

—He decidido que no seas la imagen de las próximas colecciones que lancemos.

—¡¿Cómo?! ¡Pero si era lo único que funcionaba y había evitado que la empresa se hundiese del todo! No puedo creerlo. ¿Y quién será? —interrogo, muy enfadada.

—Alguna modelo —comenta con aire despreocupado.

—Ah, claro. Fijo que es alguna modelo de las tantas con las que te acuesta. Seguro te arrancó la promesa en la cama —le espeto irritada, fuera de sí, colocándome de pie con las manos en la mesa. De repente, ha desaparecido todo mi apetito—. ¿Sabes qué? Creo que lo mejor sería incumplir el trato y venderte mis acciones —alzo la voz—. Yo puedo crear mi propia empresa y hacerla grande como mi abuelo hizo con Clarkson. Con el dinero que me pagues por mi parte y los tres millones de dólares que conseguí por los diamantes que compraste puedo empezar una nueva vida lejos de ti.

Arrastro la silla y salgo del salón corriendo mientras escucho a Connor gritar mi nombre y maldecir en alto. Entro en mi habitación y me encierro. No quiero hablar con él. Aporrea mi puerta, pero no le abro. Permanece un rato ahí rogándome hasta que se cansa.

No pego ojo en toda la noche y la única idea que me ronda es dejarlo todo y emprender una nueva vida. Estoy decidida a ello ya que algo me dice que Connor Merrill me hará sufrir demasiado si me quedo a su lado. A veces, hay que sacrificar nuestras ilusiones, y

seguir en Clarkson era la mía, pero me he dado cuenta de que es incompatible con ser la esposa falsa de Connor Merrill.

Capítulo 29
Connor

Paso una noche de perros en la que no duermo nada. Un gran miedo me azota y me produce un enorme agujero en el pecho desde que Meghan me ha planteado incumplir con el trato y alejarse de mí. ¿No era lo que querías, Merrill? Me pregunto a modo de reproche. Sin embargo, no entiendo por qué no quiero que se aparte de mí.

Espero a Meghan en el salón, listo para ir a la oficina. Tengo que hablar con ella. Todo lo que se desencadenó anoche no se puede quedar así. La observo bajar las escaleras con un vestido rojo y un abrigo negro en la mano y el corazón me da un vuelco. Está impresionante.

—Tienes mi renuncia, Merrill. Se acabó —grita nada más verme, firme y decidida. Y a mí se me cae el mundo a los pies.

Doy dos grandes zancadas, voy hasta ella, la tomo del brazo.

—No quiero que la cara y el cuerpo de mi mujer estén expuesto en vallas de publicidad por todo el país. ¿No lo entiendes? Ya no va con el estatus que te da ser mi esposa ejercer de modelo para nuestra empresa. No tengo a nadie en mente para que te sustituya, anoche no me dejaste terminar de hablar. Iba a proponerte que te encargases tú de escoger a la modelo para la próxima campaña —le explico algo alterado. Necesito que me crea.

Meghan se queda en silencio, pensativa. Mientras que yo tiemblo esperando una respuesta. La cual ruego que sea afirmativa. ¿Pero qué te pasa, Merrill? ¿Te acaba de entregar en bandeja lo que te has

esforzado en conseguir en todo este tiempo e intentas convencerla de que se quede? Tengo un gran nudo en la garganta y me azota un miedo que no he sentido nunca.

—Piénsalo, por favor —le ruego, desesperado—. Medita bien lo que Clarkson significa para ti y lo que podemos conseguir juntos. Estoy seguro de que aspiras a que tu abuelo se sienta orgulloso de ti en esa empresa que él mismo levantó. Si renuncias y compro tu parte destruyo la empresa. —La pongo entre la espada y la pared.

Meghan suspira y me dirige una mirada penetrante, termina de colocarse el abrigo, pensativa, a la vez que me observa con resentimiento y dice caminando hacia la puerta mientras me mantiene expectante y el corazón latiéndome con fuerza:

—Vámonos a trabajar. Supongo que me estabas esperando para llegar a la empresa juntos.

Esbozo una amplia sonrisa y le pregunto:

—¿Eso es un sí?

—Tienes la gran suerte de que Clarkson es toda mi vida y sueño con hacerla renacer y sacar al mercado algunos diseños que mi abuelo nunca se atrevió —revela, enfadada, mientras siento una paz en mi alma que no había alcanzado nunca—. Por cierto, anoche dijiste que habías tomado algunas decisiones, ¿cuáles son el resto? —se interesa mientras nos montamos en el coche y mi chófer arranca.

—No te afectan de forma directa. Son nuevos proveedores y distribuciones. Tengo el *dossier* en mi despacho. Le podemos echar un ojo ahora —le propongo.

—Está bien.

Meghan accede y yo encajo el cuerpo. Nunca había sentido miedo por perder a nadie, y mi prometida me ha hecho entrar en verdadero pánico con solo anunciar que renunciaba a todo.

Vamos directos a mi despacho, Meghan se deshace del abrigo y se sienta frente a mí. Le entrego los *dossiers* mientras los lee de forma muy profesional bajo mi atenta mirada.

Joder, es preciosa, pienso mientras la admiro. ¿En qué momento he decidido que se quede en mi vida? Me pregunto con asombro. Creo que no estoy preparado para gestionar estos sentimientos que me abruman y no sé qué hacer con ellos.

—Lo veo bien —dice aprobando los cambios que pienso hacer.

—Creo que hacemos un buen equipo —murmuro con los ojos fijos en ella. Aunque el verdadero equipo me gustaría hacerlo con ella en la cama. Nunca he deseado a una mujer por tanto tiempo.

Meghan me devuelve la sonrisa y se dispone a abandonar mi despacho, me levanto del sillón, me acerco a ella y nos miramos en silencio. Cuando voy a acercarme para besarla la puerta se abre de golpe y me topo con mi abuelo.

—Perdón, parejita —se disculpa al vernos dirigiéndonos una sonrisa—. Quería darle una sorpresa a mi nieto. No había nadie en recepción.

Mi abuelo abraza a Meghan y después a mí.

—Yo tengo una reunión —se excusa mi prometida y se marcha.

—¿Qué tal van las cosas? —pregunta mi abuelo, sonriente, mientras toma asiento y yo lo hago frente a él.

—Van —digo sin más.

—Meghan es una mujer increíble —susurra con admiración.

—¿Has venido a hablarme de ella? —le indico serio, con aire molesto.

—No. En una semana te casas. He venido a arreglar todo con mi heredero. El día antes de tu boda firmaremos todo.

—¿Cómo se lo han tomado mi padre y mi tío? —pregunto.

—No se han sorprendido. A tu padre le encanta su trabajo, y a tu tío mientras no le falte su asignación mensual para seguir viviendo la vida… Ya sabes cómo es, no quiere responsabilidades y sabe que mi heredero las tendrá.

—Bien. —Me quedo más tranquilo.

—Y ahora, cuéntame cómo va el rescate de Clarkson —se interesa. Le explico lo que he hecho en estas semanas y los planes de futuro. Mi abuelo me felicita.

A la hora del almuerzo me paso por el despacho de Meghan y me topo con mi madre y mi hermana. Han venido a recogerla para llevarla a una sesión de tratamiento de belleza y *spa.* Según ellas forma parte del ritual de los días previos a la boda. No sé cómo, mi madre me convence para que las acompañe y me realicen también un masaje. Según mi hermana estoy estresado y en tensión, de ahí que me pase todo el día gruñendo. Debo relajarme para afrontar el día de mi boda con buena cara. Las acompaño y cuando llegamos al *spa* cada cual nos dirigimos a un lugar diferente para que nos den un masaje y luego unos tratamientos en la piel, algo a lo que yo me niego.

Tras una hora y media de masaje es cierto que me encuentro más relajado. En este tiempo solo he pensado en mi próximo matrimonio. Voy a convertirme en un hombre casado pese a todo lo que he hecho para no llegar al altar, y cuando Meghan me lo puso en

bandeja y solo tenía que decir que sí no sé qué pasó dentro de mí que me las ingenié para obligarla de alguna forma a que no se fuese de mi lado. ¿Por qué temo perderla? ¿Por qué me importa tanto? ¿Por qué la deseo con esta desesperación?

Me visto tras el masaje y cuando el masajista se despide le pregunto:

—¿Dónde está mi prometida? —Lo cierto es que me perturba que otro hombre, por muy profesional que sea, esté paseando las manos por su cuerpo.

—La señorita Meghan se encuentra en el *box* dos, en estética con Donna. Ahora mismo tiene un tratamiento facial al que le quedan veinte minutos para concluir —revela consultando su *tablet.*

—Gracias.

Salgo de mi *box* y cuando paso por el de mi prometida me encuentro la puerta entreabierta. Me asomo, no veo a la chica que está con ella, entro y encuentro a Meghan tendida en una camilla con una manta cubriendo su cuerpo. Solo tiene al descubierto los hombros y el rostro, en los cuales tiene colocado un tratamiento de color verde. Me acerco a ella con sigilo y me tomo el atrevimiento de sentarme en la banqueta redonda que está a su lado y debe haber utilizado la esteticién.

Miro a mi futura esposa y fijo mis ojos en su boca, esa que deseo fervientemente. Meghan tiene los ojos cerrados y la siento relajada. Me inclino hacia ella y poso mis labios sobre los suyos. Meghan da un respingo, abre los ojos de inmediato y se encuentra conmigo.

—¿Qué haces aquí? —Percibo que la he asustado.

—Ya he terminado mi sesión y quería despedirme de mi prometida —susurro muy cerca—. Te veo en casa. Relájate y

disfruta. —Le doy un beso en los labios y ella me mira con los ojos muy abiertos, sin saber por qué estoy actuando así si nadie nos ve.

Salgo por la puerta con una gran sonrisa y sintiéndome renovado, como si fuese otro Connor Merrill.

***

Los siguientes cinco días apenas tengo tiempo de estar a solas con Meghan. El día antes de mi boda mis amigos me secuestran a media tarde alegando que vamos a celebrar mi despedida de soltero, nos vamos al club y nos tomamos unas copas.

—La boda es mañana, genio —refleja Carter—. ¿Te veremos en el altar o qué? Meghan no te ha dejado —comenta, sonriente, como si disfrutase de ello—. ¿Tenemos que ir dispuestos para algún escándalo?

—Me casaré con ella —confirmo, seguro de ello.

—Esa mujer te ha tocado la fibra, amigo —me indica Elliot, sonriente.

—Yo creo que eso de que sea la primera mujer que ha pasado tanto tiempo a tu lado, que deseas y no te has tirado te ha afectado —manifiesta Carter en tono jocoso.

—Meghan es diferente —defiendo, serio.

—Bueno, al menos no se acuesta contigo por tu dinero como otras de tus conquistas —comenta Elliot.

—Su dinero ya lo tenía al firmar que se iba a convertir en su esposa —me recuerda Carter.

—Connor es un tío irresistible. A todas se les caen las bragas con él. Yo más bien creo que tu futura mujer ha tratado de enamorarte

resistiéndose porque sabía que podía ganar mucho más si te pillabas de ella —lanza Elliot—. Ya sabes, la historia del cuento perfecto. Las mujeres son mucho de estas chorradas. Casarse por amor… Son expertas en hacer que caigamos en sus redes. Y nosotros somos unos tontos que caemos.

—Cállate, Elliot —le ordeno, serio—. Meghan me importa. De hecho, creo que es la primera mujer que me ha importado de verdad —admito de frente.

—¡Joder! —grita Carter poniéndose en pie y todo—. ¡Estás pillado! —Sonríe mientras bebe de su vaso—. Ya te quería ver yo así —carcajea.

—No sé qué me ha pasado con Meghan, pero la quiero en mi vida —admito con sinceridad.

—Mañana hay boda de verdad —lanza Carter, sonriente—. ¿Y ella sabe lo que sientes? —se interesa.

—Aún no.

—¿Y Meghan? —insiste Carter.

—Apostaría a que siente algo por mí, pero no estoy seguro —admito, algo nervioso—. No quiero perderla. Por ello he seguido con este matrimonio. Tengo que hablar con ella de nuestros sentimientos y si no siente lo mismo haré lo que sea por enamorarla —manifiesto, decidido.

—Joder, la cosa se pone interesante —murmura Carter, sonriente.

—¿Y tú cuándo nos vas a presentar a la mujer que te tiene loco desde hace unos meses? —pregunta Elliot a Carter.

—Bueno, es complicado. Ella es más joven y no sé dónde llegará esto. Por primera vez tengo miedo de que me dejen —reconoce. Asiento y brindo con mi amigo.

—Al fin alguien que me comprende —susurro, aliviado.

Capítulo 30
Meghan

Me encuentro en el salón de la casa de mi abuelo pensando en cómo se desarrollarán los acontecimientos del día siguiente. Mi boda. Hoy he pasado casi todo el día en la casa de los padres de mi futuro marido, he llevado mi vestido de novia, he supervisado con Naomi las mesas, el altar y todo lo demás. Violet y su madre insistieron en que me quedase a dormir en la habitación que me han asignado para vestirme y prepararme para el gran momento, pero preferí pasar mi última noche de soltera en casa con mi abuelo, junto con mis padres. Ya todos se han ido a la cama y yo me encuentro frente a la chimenea, pensativa en todo lo que siento por el hombre que en pocas horas será mi marido legalmente.

Mi móvil suena y es un mensaje de Connor.

Nos vemos mañana en el altar. ¿Preparada para ser mi mujer?

Sus palabras me producen cierto escalofrío. Le respondo:

Tengo asumido que tendré que lidiar con un marido que no es nada fácil. Buenas noches.

Connor me responde con un *buenas noches* también y añade un emoticono con un beso que me hace sonreír y pensar al mismo tiempo que estamos tonteando. En realidad, así llevamos un par de

semanas. Las discusiones se han acabado entre nosotros y siento que Connor me mira de una forma diferente, aunque, a veces, el deseo que percibo en sus ojos me asustan.

Por sorprendente que parezca, duermo toda la noche hasta que mi madre me despierta recordándome que es el gran día. La miro con culpabilidad por no haberle contado la verdad, pero es mejor que no sepa que mi matrimonio tiene un contrato detrás y no hay amor. Desayunamos juntas y emprendemos camino a la mansión de los padres de Connor, donde me maquillarán, peinarán y me vestiré de novia. Yo hubiese preferido hacerlo en casa de mi abuelo, o incluso en el ático de Connor, pero Naomi insistió y a esa mujer no hay quién pueda decirle que no. Cada vez comprendo más porqué su hijo la ve tan poco.

Me encuentro en la habitación de la casa de mis futuros suegros rodeada de mis amigas, de mi madre, de Naomi y de Violet. Todas me miran con los ojos visiblemente emocionados y cargados de lágrimas, no dejan de manifestar lo espectacular que estoy. Llevo un vestido blanco de corte princesa, con una amplia falda, ajustada a mi cintura y un cuerpo en palabra de honor. Encima he escogido una chaqueta corta de pelo blanco con botones en plata, a juego con los pendientes que luzco. Yo misma los he diseñado, al igual que el peine que sujeta mi largo velo en un elegante moño.

Me miro al espejo y hasta yo misma me emociono pensando en cuál será la reacción de Connor cuando me vea llegar al altar. Reconozco que estoy increíble. Nunca me he visto tan guapa con un vestido. Estoy nerviosa. Mi madre me ha entregado el ramo y lo retuerzo con fuerza entre mis manos.

Los fotógrafos indican que posemos todas las mujeres juntas, luego con mi madre, con mi futura suegra y cuñada y finalmente con mis amigas.

Mi abuelo entra en la habitación y aprecio sus lágrimas al verme. Naomi lo regaña porque no debería estar ahí, pero yo lo dejo pasar, que me abrace y me bese. Es tan importante en mi vida que no sé qué hubiese hecho sin él a mi lado todos estos años.

Mientras abrazo a mi abuelo, al entrar ha dejado la puerta abierta, mis ojos se fijan en Connor. Nos observa desde el marco de la puerta con una amplia sonrisa en sus labios que hace que el corazón me dé un vuelco por completo. Está guapísimo.

—¡Fuera de aquí! ¡Da mala suerte ver a la novia antes de la boda! —grita Violet empujando a su hermano, pero no consigue moverlo ni un ápice.

Connor no aparta su mirada resplandeciente de mí. Tiene una sonrisa pintada en sus labios que me desbocan el corazón por completo y está increíble vestido con un chaqué azul marino.

—Quiero hablar con mi futura esposa, a solas —ordena mirándome, sonriente.

—Eso no puede ser —se queja su madre.

—¡Todos fuera! —exclama serio, con voz grave, caminando hacia mí.

Observo como lo obedecen y comienzan a salir de la habitación uno a uno en silencio, incluso mi abuelo. Es Stella quién cierra la puerta y nos deja solos.

—Estás impresionante —susurra Connor acercándose a mí sin dejar de admirarme.

—Deberías haberme visto en el altar —le regaño con una sonrisa.

—Quería decirte algo importante antes. No podía esperar —revela mientras lo miro expectante. Tengo mil mariposas en el estómago y en esos momentos sé que lo que realmente siento por el hombre que tengo delante es amor de verdad. Estoy perdidamente enamorada de Connor Merrill y ni siquiera sé cómo ha ocurrido.

—¿Me vas a dejar plantada en el altar? —pregunto a modo de broma, nerviosa, mientras lo miro a los ojos con miedo e incertidumbre.

—Sería un completo estúpido si dejo escapar a una mujer como tú —revela tomándome por la cintura y acercándose peligrosamente a mí.

—Connor, yo… —Cierro los ojos y estoy a punto de confesarle que mis sentimientos han cambiado, pero él se apodera de mis labios y me dejo llevar. Le correspondo al beso y disfruto de este.

Un carraspeo en la puerta nos interrumpe y nos topamos con la mirada de mi padre.

—Vengo a por la novia, para llevarla al altar —especifica.

Connor asiente, sonriente. Me acaricia el rostro y susurra bajito:

—Estoy deseando que seas mía.

Se marcha dejándome temblando de emoción y preguntándome si él también siente lo mismo que yo. En este tiempo, desde que firmamos el acuerdo, muchas cosas han cambiado entre nosotros, las miradas que nos dirigimos, la protección que me brinda, su amabilidad, el tonteo que tenemos y las mariposas en mi estómago cada vez que lo tengo cerca.

Me recompongo, mi padre me da un beso, me ofrece el brazo y nos disponemos a emprender camino hacia el altar bajo la gran

carpa montada en el amplio jardín de la mansión de los padres de Connor.

Hago el camino hacia el lugar de la ceremonia agarrada con fuerza al brazo de mi padre y con la mirada clavada en el hombre tan apuesto que me espera al fondo del altar, luciendo una sonrisa tan espectacular como si fuese una unión deseada y estuviese ahí por voluntad propia.

Llego a su lado, me toma de la mano y me da un beso en la mejilla. La mirada gris y cargada de magia que me dedica Connor me emociona. Un gran nudo se instala en mi garganta y me cuesta que pase el aire. No puedo dejar de mirarlo. Está tan increíblemente guapo que es imposible que aparte mis ojos de él.

Soy completamente ajena a todo lo que dice la persona que oficia la ceremonia, siento que estoy en una burbuja aislada en la que solo existimos Connor y yo.

De repente, el señor que lleva a cabo el enlace nos indica:

—Ha llegado el momento de los votos matrimoniales. Si tenéis algo preparado para el otro. —Nos insta a decir algo.

Yo me quedo en blanco, solo pensaba responder *sí, quiero*. Pero Connor se adelanta y comienza a hablar para mi gran sorpresa.

—Meghan —susurra a la vez que me coge las manos entre las suyas—, llegaste a mi vida de una forma inesperada. Nos fuimos descubriendo poco a poco y jamás pensé que pudiese enamorarme como un loco. Te quiero con tus miedos y tus virtudes. Deseo que seas mi mujer para el resto de mis días y juntos afrontemos lo que nos esté por venir. Te amo, y sí, quiero —pronuncia con emoción mientras yo trato de controlar las lágrimas que están por salir de mis ojos y me recuerdo que todo esto es parte de una unión por

contrato y él está haciendo su papel delante de todos a la perfección.

No es real, Meghan. Eso quisieras tú.

La emoción que siento no me deja decir nada profundo, bonito y falso como lo que Connor ha manifestado, solo soy capaz de asentir y decir:

—Sí, quiero. Te amo.

Nos intercambiamos las alianzas y firmamos los documentos que nos convierten en marido y mujer.

Mi esposo me funde entre sus brazos y me da un beso de película frente a todos al que le correspondo más que encantada. Soy suya en todos los aspectos.

Nos mezclamos con los invitados y nos felicitan mientras siento todo tan real que siento vértigo.

La organizadora de la boda me propone que me deshaga del velo para que esté más cómoda y me encamino hacia la casa para deshacerme de él.

La mansión de los padres de Connor es enorme y al entrar por la puerta del jardín me desoriento un poco y abro una puerta equivocada, que no es la que han utilizado los estilistas para maquillarnos a las mujeres de la familia, y, para mi gran sorpresa, me topo con Violet y Carter besándose de una forma desenfrenada que me deja perpleja.

Ambos se alertan por mi interrupción y Carter se marcha de inmediato. Violet me toma de la mano y cierra la puerta.

—Por favor, no le digas nada de esto a mi hermano —me suplica, nerviosa.

—No. No —respondo algo descolocada.

—Carter es el mejor amigo de Connor desde hace años y estoy segura de que no aprobaría lo nuestro. No quiero que tenga ningún problema con él por mi culpa. Hoy es vuestro día. Ya lo hablaremos cuando volváis de vuestro viaje de boda.

—No te preocupes, seré una tumba. Confía en mí. —Violet me abraza a la vez que suspiro.

Capítulo 31
Connor

Siento una gran emoción en el pecho que nunca antes había tenido. Miro a la mujer que tengo a mi lado, mi esposa, y, por primera vez, me enorgullezco de ser su marido y que desde hoy sea solo mía. De lo único que me he encargado en esta boda es del viaje de la luna de miel, Meghan ni siquiera se ha molestado en preguntar el destino, pero auguro unos días juntos muy especiales porque pienso confesarle que la amo y que deseo que este matrimonio sea una realidad. Por primera vez en mi vida tengo miedo, y es a que Meghan no sienta lo mismo que yo, pero mi instinto me dice que ella también se ha enamorado. Su forma de mirarme, como se estremece con mis besos y su mirada limpia y radiante cuando ha pronunciado *sí, quiero* y me ha dicho te amo me han movido los cimientos de mi ser como nunca nada antes.

Bailo con ella mientras nos miramos de forma cómplice, la beso y la siento entregada. Estamos en una burbuja que puedo llamar plena felicidad. Nunca pensé casarme, pero he de confesar que acabo de tener la mejor boda que jamás hubiese imaginado. Y Meghan… ella es increíble.

Mi abuelo me abraza, me felicita y le susurro:

—Gracias. —Me mira con una ceja alzada y le guiño el ojo en actitud cómplice.

—Sabía que la reconocerías como la mujer de tu vida. Pero recuerda siempre que yo lo vi antes que tú —murmura con una

amplia sonrisa.

Admiro a mi mujer entre sus amigas y mi hermana. Se encuentra lanzando el ramo entre todas ellas y otras mujeres, y para mi gran sorpresa observo que lo coge Violet. Sonrío al pensar que le falta mucho para que se case, primero tiene que encontrar un novio digno de ella.

Voy en busca de mi esposa, ya quiero que nos marchemos de aquí, seguro que a mi madre le parece muy pronto, pero necesito estar a solas con Meghan y confesarle que la amo. Mi intención fue hacerlo antes del matrimonio, pero su padre nos interrumpió.

Me acerco a Meghan, la abrazo y le susurro en el oído a modo de que nadie nos escuche:

—Nos vamos, ya me cansé de todo esto. Necesito a mi mujer solo para mí.

Mi esposa me dedica una amplia sonrisa y no se queja.

—Voy a cambiarme.

Le doy un beso mientras escucho voces que gritan:

—Merrill, estás loco por ella.

Cuando Meghan se separa de mí me doy la vuelta y observo a Elliot, Carter y un grupo de amigos del club alzando las servilletas y saltando mientras me dedican vítores. Voy hasta ellos y nos tomamos una copa.

Estoy impaciente por marcharme con mi mujer, no tengo más espera y voy en su busca. Entro en la casa, busco en la planta inferior y subo las escaleras hacia la habitación donde Meghan se ha vestido de novia. Mientras camino por el pasillo escucho su risa, las voces de sus amigas y me quedo parado antes de llegar a la puerta. No está cerrada del todo.

—Espero que seas muy feliz —le indica una de sus amigas.

—Merrill está colado por ti. Es más que evidente, solo hay que observarlo y ver cómo te mira. Has conseguido que finalmente caiga en tus redes. Nuestro plan de enamorarlo y volverlo loco ha funcionado —dice otra voz mientras me tenso.

—Estoy segura de que lo tienes comiendo de tu mano —comenta otra amiga.

—Nunca pensé que vuestro plan de provocarlo con ropa sexy, tentarlo y el hecho de resistirme a sus besos y no caer en sus brazos diese resultado en un hombre como él —reconoce Meghan mientras siento un gran ahogo en el pecho.

—Lo tienes en tus manos, ahora puedes vengarte por lo que te hizo con esas dos mujeres mientras eras su prometida de cara a los demás y te dejó en completo ridículo —le plantea otra—. Ya eres su esposa y no hay marcha atrás. Te dará todo lo que le pidas. Un hombre enamorado es tan manejable como un bebé.

—Tengo un mejor plan para él —reconoce Meghan, y suelta una carcajada que me rompe por la mitad.

Me doy media vuelta, bajo las escaleras y entro en la cocina. Cora y Easton, que están ahí ayudando pese a que han acudido en calidad de invitados, me preguntan, alarmados:

—¿Pasa algo, Connor? —Siento la mandíbula tensa de todo lo fuerte que la estoy apretando.

Los miro en silencio y susurro:

—Nada.

Me sirvo una copa bajo sus atentas miradas y dejo que el líquido me queme la garganta. Lo necesito. Acabo de descubrir que he

caído en la trampa de una mujer que solo quería cazarme desde el principio y lo ha conseguido. Me siento un completo idiota.

—Estoy lista —resuena la voz de mi mujer a mi espalda. Me giro despacio con el vaso de licor en la mano, y la miro bien. Lleva un vestido blanco corto, la observo al detalle y trato de dominar la ira que siento, susurro con voz ronca:

—Vámonos de aquí.

Paso por su lado, camino junto a ella y cuando nos vamos a montar en el coche que nos llevará hasta el aeropuerto le doy un empujón al chófer y ocupo su lugar delante del volante y decido llevarlo yo mismo. Meghan se sorprende, se monta a mi lado y salimos de la propiedad de mis padres a gran velocidad.

En mitad del camino ella me pregunta:

—¿Llegamos tarde? —Me estoy saltando los límites de velocidad y algún que otro semáforo en ámbar.

Una gran ira, coraje y decepción me corroe por dentro. Iba a confesarle que estoy enamorado de ella hasta los huesos y Meghan solo se estaba burlando de mí. Nunca he sentido nada como esta decepción. Solo he sido un puto juego para ella. Necesitaba un marido millonario loco por ella y se ha esmerado en conseguirlo haciéndose la estrecha. Le dirijo una mirada cargada de rencor donde juro que me las pagará y se arrepentirá de haber jugado conmigo.

Cuando Meghan advierte que entramos en el garaje de mi ático se sorprende y pregunta:

—¿Vamos a recoger tu equipaje?

—Primero tenemos que poner las cosas claras entre nosotros —murmuro con voz seca mientras ella me mira con una falsa sonrisa

que me hace hervir por dentro. ¿Cómo he podido caer en sus redes? Me reprocho con coraje.

Capítulo 32
Meghan

La actitud de Connor desde que hemos salido de casa de sus padres me desconcierta. Lo siento de mal humor, irritado y molesto. No sé qué haya podido pasar mientras me he cambiado de ropa, ya que antes de ello mi marido era pura amabilidad y simpatía. Supongo que hemos venido a casa para hablarlo.

Entramos en su ático y me estremece el sonoro portazo que da. Se deshace de la chaqueta de malas formas, se arranca la corbata, tirándola sobre el sofá, y se quita los gemelos bajo mi atenta mirada. Nuestros ojos se encuentran y me estremezco ante la frialdad que encuentro en los de Connor. Siento que me mira con odio y desprecio. ¿Lo que hemos vivido en el altar era toda una falsa? Me pregunto mientras siento que mis piernas tiemblan ante su mirada fría.

—Bien, ya eres mi mujer ante la ley y ante todos. Lo has conseguido —Alza la voz y las manos a la vez que se pasea a su antojo por el amplio salón.

—Es algo que acordamos —susurro. Siento sus palabras como un reproche.

—Sí, pero mi intención nunca fue llegar hasta este momento —brama, muy enfadado, mirándome con los ojos desencajados.

—Podías haber renunciado —musito sin comprenderlo.

Connor da dos grandes zancadas y se acerca a mí. Me toma con fuerza por los brazos y me zarandea un poco.

—Eres una completa bruja —me acusa sin piedad mientras lo miro sin entender nada. Sus ojos desprenden fuego y me estremezco.

—¿Qué te pasa? —le exijo empujándolo y deshaciéndome de su agarre, encarándolo con valentía.

—Lo he descubierto todo, Meghan —escupe las palabras con una mirada ensangrentada que me produce un gran escalofrío—. Y aquí me tienes —grita abriendo los brazos frente a mí, exponiéndose—. Como un completo estúpido he caído en tus redes —reconoce sin yo saber a qué se refiere exactamente—. Pero, ¿sabes qué? —pregunta agarrándome con fuerza por la cintura—. Estoy dispuesto a llevar a cabo todo esto, hasta el final de sus consecuencias —reconoce de forma tajante y dura.

Me funde junto a su cuerpo con brusquedad y se apodera de mis labios de una forma ruda y salvaje. Me introduce la lengua, me agarra con fuerza por el pelo y mete la mano por mis bragas, me acaricia de una forma experta, provocando mi placer y haciendo que gima sobre sus labios de forma involuntaria. Me alza por la cintura, mis pies se suspenden del suelo y camina conmigo mientras que no deja de besarme y tocarme de una forma apremiante. Su sabor, su deseo y su dureza me vuelven loca. Mi respiración se agita y siento que la cabeza me da vueltas, pero no quiero dejar de besarlo. Todo lo que me hace sentir es nuevo para mí, lo deseo con todas mis fuerzas y esto me sorprende porque nunca me había pasado, todo lo contrario, llegaba a este punto y me paralizaba. Siento cómo Connor me arranca el vestido sin delicadeza alguna y lo deja caer sobre mis piernas. Rompe el beso, se deshace de mi sujetador con habilidad y

rasga mis bragas en un segundo, dejándome completamente desnuda y a su merced.

—Voy a cumplir mi parte del trato. Has ganado —susurra sobre mis labios de una forma implacable. Se apodera de nuevo de ellos mientras siento que se baja los pantalones. Mi espalda está contra una pared, mis piernas me flaquean y si no fuese por la fuerza de Connor no me mantendría en pie.

Me alza las caderas, hace que le rodee la cintura con ellas sin dejar de besarme de una forma voraz y salvaje. Me estremezco en sus brazos, me agarro a ellos y le correspondo a los besos consumida por el deseo y la atracción en la que estoy completamente perdida.

Suelto un grito cuando Connor entra en mí de una sola embestida, fuerte y segura, nos miramos a los ojos de una forma intensa mientras siento que no ha usado protección. Me da unos segundos para que me acomode a él, es enorme, pero de inmediato comienza a salir y a entrar de mi interior con fuertes envites. Connor me transporta a otro mundo, un mundo de sensaciones desconocidas y cargadas de un gran placer que me hace perder la noción de todo y que no sé gestionar, tan solo me dejo guiar. Me lleva a un orgasmo brutal, se corre con fuerza dentro de mí, me mira, sale de golpe de mi interior, emito una queja al mismo tiempo que todo mi cuerpo tiembla, me suelta en el suelo y me susurra en el oído con voz ronca:

—Ya tienes lo que buscabas con este matrimonio.

Se da media vuelta, se coloca los pantalones y la camisa con prisa y se marcha del ático bajo mi atenta mirada conmocionada mientras me deslizo por la pared y me siento en el suelo, desnuda,

desmadejada y rota, con lágrimas en los ojos y preguntándome; ¿qué acaba de suceder?

Lloro de una forma desconsolada sin saber por qué Connor se ha comportado así. No entiendo qué ha pasado entre nosotros.

Al cabo de un buen rato reúno las fuerzas suficientes para levantarme y caminar como puedo hasta mi habitación. Me meto en la ducha, lloro y me derrumbo por completo sin comprender la actitud fría y despiadada de Connor al dejarme sola y marcharse de esa forma. Me enfundo en un chándal, cojo mi teléfono y me marcho de esa casa a la que no quiero volver nunca más.

Deambulo por las calles de Boston, sin sentido, sin saber a dónde voy. En mi cabeza solo están las imágenes de la forma en la que Connor me ha follado. Duro, fuerte, salvaje, sin piedad, como una especie de venganza que no entiendo.

Comienza a llover. No me importa, continúo caminando sin sentido bajo la lluvia, lloro hasta que me quedo sin lágrimas ni fuerzas. El corazón y el alma me duelen como nunca, si una vez creí morir, no tiene nada que ver con esto que siento en estos momentos. Amo a Connor Merrill y me acaba de destrozar por completo por la forma en la que me ha abandonado.

Cruzo una calle sin mirar y siento un estridente pitido, unas luces muy cerca de mí y luego un fuerte golpe en mi cuerpo. No recuerdo nada más.

Capítulo 33
Connor

Voy directo al club, pido una botella de licor y me siento en una mesa con ella en mis manos. Necesito olvidar y que este profundo dolor que tengo instalado en el pecho pase pronto.

Cuando llevo más de una hora ahí sentado siento a Carter a mi lado, me observa en silencio. Yo ya estoy muy borracho y lo veo doble.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto arrastrando las palabras.

—¿Y tú? ¿Dónde está Meghan? —indaga, serio, repasándome al detalle—. ¿Qué ha pasado? —inquiere con el ceño fruncido.

—Oh, esa maldita bruja —balbuceo—. No vuelvas a pronunciar su nombre. Ella es la culpable de todo. Es como todas. No. No. Espera. Es la mejor —Alzo la voz y expando las manos—. Consiguió que me enamorase como un tonto para reírse de mí —manifiesto con rencor.

—Será mejor que nos vayamos a casa, Connor. Estás dando un numerito el día de tu boda y mucho me temo que mañana te arrepentirás —me aconseja mi amigo.

Carter me obliga a levantarme, yo apenas me sostengo en pie. Me echa sobre su hombro y me carga hasta su coche.

—A mi ático no. Allí está ella —le ordeno a mi amigo con los ojos cerrados.

—Bien, te llevaré conmigo.

Carter me lleva a su casa, me tumba en una cama y siento que floto. Solo quiero dormir y olvidar.

A la mañana siguiente cuando despierto mi amigo se hace un café en su cocina. Va perfectamente vestido y me mira como si alguien se hubiese muerto.

—Tu teléfono no paraba de sonar anoche y lo cogí. Era del hospital. Han atropellado a Meghan. Está bien, solo tiene un brazo roto y dos costillas —revela, preocupado.

—Por mí, como si se muere —contesto con odio y rencor mientras siento que mi cabeza se rompe.

—¡¿Qué coño te pasa?! Es tu esposa. La mujer por la que suspirabas hacía unas horas —me reprocha, enfadado por mis palabras.

—Es la peor de todas —escupo con asco y desprecio.

—No lo creo. Meghan es diferente, salta a la vista —comenta, convencido de ello.

—Desde luego que lo es —le doy la razón, nublado por el odio y el rencor que siento hacia ella en estos momentos.

—Cuéntame qué ha pasado para poder comprender ese odio que arrastras —me insta ofreciéndome un café y le cuento la conversación que escuché entre Meghan y sus amigas.

—¿Y no has hablado con ella? —pregunta, serio—. Igual se trata de un error lo que escuchaste. No hablaban de ti —plantea.

—Mi oído está perfectamente —ladro.

—Os fuisteis juntos de la boda y horas más tarde a ti te encontré borracho en el club y a ella la ha atropellado un coche. Está claro que algo pasó entre vosotros —insiste.

—Me limité a cumplir con lo que mi abuelo me pidió. —Se hace un silencio y le revelo—: Me la follé y me corrí dentro de ella sin usar protección. Mi abuelo quería un heredero y ella aceptó todo esto.

Solo comencé el matrimonio cumpliendo con lo establecido, y de paso le demostré que soy un tío fácil que cae rendido a sus pies de inmediato —ironizo.

—¡¿Que hiciste, qué?! —pregunta con asombro, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Ya lo has escuchado —Alzo la voz, cabreado por tener que repetirlo.

—¡No puedo creerlo! Te la has follado por venganza. —Me mira con recelo.

—Tengo que admitir que también la deseaba como nunca lo hice con ninguna otra, una cosa llevó a la otra y… —escupo casi con asco.

Carter suspira y se masajea el cuero cabelludo mientras me mira en silencio.

—Me das pena, tío. Has caído muy bajo —susurra y me deja solo.

—Ella estuvo de acuerdo con este matrimonio. Y creo que sabía que en algún momento esto iba a suceder si teníamos que engendrar a un heredero —defiendo con garra.

—No creo que Meghan se mereciera que la tratases como a una puta —manifiesta mirándome distante. Se da media vuelta y se marcha.

Estrello la taza del café contra la pared y maldigo mi existencia. Me dejé dominar por la rabia y el dolor. Pero también es cierto que quería castigar a Meghan y hacerla sentir una mujer fácil que había comprado con mi dinero y usado cuando me viniese en ganas para darme un hijo, pero todo era parte de nuestro trato. En ningún lado estaba establecido que tenía que hacerle el amor de una forma dulce. Me gusta follar duro y es lo que hice con ella.

Vuelvo a mi ático y le ordeno a mi equipo de seguridad que averigüen todo sobre el accidente de Meghan. En dos horas tengo un informe completo sobre la mesa de mi despacho.

—Señor, igual descubre cosas sobre su esposa que desconocía —me advierte Kevin antes de dejarme solo.

Chasqueo la lengua y sonrío con amargura pensando que Meghan es una completa farsante. Me dispongo a abrir el *dossier* cuando la puerta de mi despacho se abre de forma abrupta y tengo ante mí a Lincoln Clarkson que se abalanza y me propina un puñetazo en la cara que no veo venir. ¡Joder, con el viejo! Maldigo mientras sacudo la cabeza y siento la sangre.

—¡Hijo de puta! —brama el abuelo de Meghan mientras Easton lo retiene y aparece mi personal de seguridad—. Te voy a mandar a la cárcel —grita fuera de sí.

—¿Se puede saber qué he hecho? —pregunto con calma sentándome en mi sillón y mirando a Lincoln de forma desafiante.

—¡Cómo se te ocurre tirarte a mi nieta de esa forma y abandonarla! ¡Eres un monstruo! —brama fuera de sí.

—Vaya, ¿ha ido a contarle todo a su abuelo? No es que me guste que las mujeres con las que estoy vayan contando por ahí cómo me las follo, y mucho menos pensé que lo haría Meghan con su abuelo. La creía más delicada —comento con maldad—. Ella si que es un monstruo, que se las ha ingeniado para enamorarme como un loco, para manejarme y tenerme en sus manos. Escuché una conversación con sus amigas —le espeto de malas formas.

—¡Eres un completo cabrón! —brama—. ¿Lo sabías? Mi nieta lleva diez largos años tratando de superar que casi la violasen con solo quince años mientras corría por las calles de Nueva York y ahora tú

le haces esto —suelta de golpe y yo lo recibo como un disparo directo en el corazón—. Voy a matarte, mal nacido —grita mientras mi personal de seguridad lo sujeta.

—¡¿Qué?! —pregunto con la mandíbula desencajada—. ¿Violaron a Meghan? —susurro con un gran dolor en el pecho.

—Bueno, la violación no se llegó a consumar del todo porque el hijo de puta no la llegó a penetrar, según dijeron los médicos, pero mi nieta ha vivido todos estos años con un gran trauma por cómo la tocó ese hombre y casi se llegó a consumar —relata con dolor.

Me masajeo la cabeza y la frente, nervioso, la vista se me ha nublado y respiro con dificultad, sin saber cómo gestionar la información que acabo de recibir.

—No… no puede ser —musito como en *shock* mirando a Lincoln Clarkson. Necesito que me diga que todo eso es mentira. Que Meghan no pasó por esa fatal experiencia.

—Y para tu información, maldito, mi nieta no me ha contado nada —escupe entre dientes, echando fuego por los ojos—. Lo escuché todo mientras ella se lo relataba a su psiquiatra. Si Meghan se llega a enterar de que sé lo sucedido entre vosotros se muere de la pena y de la vergüenza.

—Yo… yo… —No sé ni qué decir. Me he quedado sin palabras. Un gran escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Ojalá te pudras, Connor Merrill —escupe con asco, se da media vuelta y se marcha.

Easton y el personal de seguridad que han presenciado todo salen de mi despacho en silencio y me dejan solo. Siento que me falta el aire, tiemblo, tengo frío, me llevo una mano al pecho y rompo a llorar de forma desconsolada.

—¡No! —grito con todas mis fuerzas. Roto de dolor.

Abro el *dossier* que Kevin me ha dejado y comienzo a leer mientras aparto las lágrimas de mis ojos y el corazón me palpita demasiado deprisa.

Descubro que todo lo que me ha contado Lincoln Clarkson es verdad. Meghan fue presa de un intento de violación donde ejercieron demasiada violencia sin llegar a concluir el acto. Después de eso ella se trasladó a vivir con sus abuelos a Boston y lleva años en tratamiento psiquiátrico con la doctora Coleman. El hombre que trató de violarla era de raza negra, unos diez años mayor que ella e ingresó en prisión, donde murió a los siete meses en una pelea con otros presos. Me alegro de ello porque en estos momentos lo buscaría y lo mataría con mis propias manos. Aunque mi equipo de seguridad refleja que el abuelo de Meghan se encargó de alguna forma de que ese tipo no viviese más. Paso al informe de la actualidad y cuando me acuerdo de que Meghan ha sido atropellada el corazón se me parte en dos. Quiero morirme cuando recuerdo mis duras palabras a Carter. Mi odio y mi dolor me cegaron por completo y me arrepiento de ello. Tiene un brazo roto y varias costillas. Su vida no corre peligro, pero yo siento que la he perdido para siempre.

Cierro el informe y salgo corriendo hacia el hospital, necesito ver a Meghan. Tengo que suplicarle perdón. Mientras conduzco no puedo parar de llorar. Siento un dolor tan grande en el pecho que no sé explicar. Siento que se me va a romper. ¡¿Cómo he podido hacerte esto, mi amor?! Grito con rabia y me reprocho sintiendo asco por mí mismo.

Llego al hospital y pregunto por mi esposa en recepción. Me identifico como su marido, pero no me quieren dar ningún dato.

Monto un numerito hasta que el director del hospital aparece y me ofrece ir a su despacho. Me niego, pero el hombre me indica de forma educada:

—Señor Merrill, por tratarse de usted estamos haciendo estas concesiones y voy a explicarle todo en mi despacho. La otra opción es que la seguridad del hospital lo saque de aquí a la fuerza.

Miro al director con rabia y al personal de seguridad que tengo cerca. Asiento y acompaño al hombre. Entramos en su despacho y una vez a solas dice:

—La psiquiatra de su esposa ha prohibido sus visitas. Considera que usted solo alteraría a la paciente y la haría retroceder del estado en el que se encuentra tras el nuevo tratamiento que se le aplica.

—Tengo derecho, es mi mujer —exijo alzando la voz.

—No hablemos de derechos, señor Merrill. Su esposa llegó a este hospital por un atropello, pero le hicimos una exploración general y acababa de mantener relaciones sexuales, según ella con su marido, y estas fueron consentidas. Aunque su estado emocional no decía lo mismo —añade y tengo que apretar con fuerza los puños y los dientes—. Le aseguro que el trauma que presenta no tiene nada que ver con su brazo y costillas rotas, ni con el atropello —aclara mirándome como si fuese un monstruo.

Me coloco en pie y salgo del despacho sin despedirme. Abandono el hospital, entro en mi coche y golpeo el volante con fuerza. Grito, lloro y me maldigo. ¿Cómo pretendo hablar con Meghan y suplicarle perdón si yo mismo no puedo perdonarme lo que le he hecho?

Me presento en casa de Lincoln Clarkson y por suerte me recibe. Miro al hombre y admiro su valentía de ir hasta mi ático y partirme la cara. Lo que no sé es cómo no me ha pegado un tiro.

—Meghan no quiere verme. Tengo mis visitas prohibidas —susurro, abatido.

—¿No lo esperabas? —pregunta en tono jocoso.

—Solo he venido a pedirle perdón a usted. Lo siento. No sabía nada. Ella solo me contó cuando estuvimos en Nueva York que intentaron atracarla hace años, fue la versión que me dio —susurro.

—¿Has estado con Meghan en Nueva York? —pregunta de forma abrupta.

Le explico que fuimos a ver una obra de teatro, que todo formaba parte de una sorpresa, omito que deseaba molestarla con ello, y cómo vivimos todo.

Aprecio que Lincoln se emociona cuando le relato que Meghan abrió los ojos y observó la ciudad nevada.

—Mi nieta llegó al acuerdo de matrimonio engañada por mí —confiesa Lincoln, abatido. Y percibo culpabilidad en sus ojos.

—¡¿Cómo?! —pregunto con la voz entrecortada.

—Tu abuelo quería una mujer que mereciera la pena para ser tu esposa, y un bisnieto como heredero. Me contó el plan, yo pensé en Meghan y también creí que tú con tu gran fama de conquistador, quizás fueses el único hombre capaz de enamorar a mi nieta. Ella nunca supo que tendría que darte un heredero, de lo contrario no hubiese aceptado —revela dejándome helado—. Siempre ha tenido miedo a las relaciones, por ello solo le conté que tendría que ejercer de tu mujer de puertas para afuera, ante los demás. Confié en ti, que supieses conquistarla, pero nunca pensé que la hundirías más de lo que ya estaba —confiesa con dolor.

—¡No lo puedo creer! —Alzo la voz y me paseo impaciente por todo el salón—. Y en todo este tiempo ella ha pensado que solo

sería mi mujer de cara a los demás y yo que tendríamos que engendrar un hijo juntos una vez casados —bramo mirándolo con odio—. ¿Por qué hizo algo así? —lo acuso sin piedad.

—Quería que Meghan fuese feliz. Y pensé que serías el hombre ideal para ella. También porque puede que no me quede mucho de vida y quería que tuviese a alguien en su vida que la cuidase y protegiese. Me detectaron un cáncer de colon y no pinta bien. Meghan no sabe nada, no quería que sufriese. Llevo el tratamiento a escondidas —revela a la vez que mi nivel de cabreo desciende y me apiado de Lincoln.

Se hace un silencio entre nosotros y le pregunto con un nudo en el pecho:

—¿Mi abuelo sabía todo lo de Meghan?

—No. Pactamos un matrimonio de conveniencia y nos gustó la idea de compartir un bisnieto, pero nunca le dije que mi nieta desconocía parte del trato.

—¡Jugasteis con nuestras vidas! —maldigo dando un sonoro golpe contra la mesa.

—Mi nieta necesitaba que la arrojase a los brazos de un hombre que fuese digno de ella. Ahora sé que me equivoqué. Te infravaloré, Connor Merrill. Pensé que la enamorarías y la cuidarías.

—Nos has destrozado la vida con tus mentiras —susurro con dolor.

—No te confundas. Cada uno es dueño de sus actos. Asume los tuyos —me reprocha con dureza. Agacho la cabeza y tomo una gran bocanada de aire.

—Comprendo que Meghan no me quiera ver —manifiesto con dolor, resignado—. Le voy a pedir un favor —le ruego—. Dígale la

verdad de todo entre nosotros y que la amo —confieso con lágrimas en los ojos—, aunque comprendo que ya no valga de nada porque le he hecho mucho daño.

Lincoln Clarkson me mira con emoción, pero no dice nada. Yo me doy media vuelta y me marcho sintiéndome un hombre completamente destruido en todos los aspectos.

Capítulo 34
Meghan

Dos semanas después

Vuelvo a casa de mi abuelo tras muchos días en el hospital (los cuales se me hacen eternos) recuperándome de las lesiones que me produjo el atropello en la calle. Durante mi estancia en el centro médico Connor ha intentado hablar conmigo en varias ocasiones por llamadas y mensajes, pero no he leído ninguno. Le pedí a Stella que cambiase mi número de teléfono porque no quiero saber nada de Connor en estos momentos. Estoy demasiado confundida con respecto a todo lo que pasó entre nosotros y necesito comprender esto que siento. Por el momento solo sé que lo quiero lejos de mí mientras me centro en sanar mis heridas físicas y mentales. Por ahora solo sé que no quiero seguir a su lado y romper con todo el acuerdo. Le he pedido a mi abuelo que se ponga en contacto con nuestros abogados para que le vendan mi parte de la empresa a Connor y tramiten el divorcio. Yo no quiero tratar nada con él. Tengo grabado a fuego en mi memoria lo sucedido entre nosotros y no quiero verlo. Cada vez que rememoro cuando me dejó sola, desnuda, aun temblando en su salón y se marchó sin mirar atrás se me parte el corazón. Tengo que asimilar que me usó como hace con todas las mujeres que pasan por su vida. Solo que yo me había hecho ilusiones de que entre nosotros había surgido algo más.

Tras dos semanas en casa de mi abuelo, en las que apenas salgo de la cama porque no me apetece, también la doctora Coleman me ha subido la medicación para que esté más tranquila y tengo más sueño, descubro por una conversación telefónica entre mi abuelo y su oncólogo que tiene un cáncer desde hace meses y me lo ha ocultado. No puedo creerlo. Le recrimino que no me hiciese partícipe de algo tan grave y él alega que no quería preocuparme.

La enfermedad de mi abuelo hace que me olvide de lo que sucedió entre Connor y yo y me centro en él, la persona más importante de mi vida. Lo acompaño al hospital a ponerse su tratamiento y estoy a su lado dándole ánimos en todo momento. No lo está pasando muy bien.

Dos semanas después sufre una fuerte recaída, lo ingresan y los médicos me comunican que no hay nada que hacer. El tratamiento que ha llevado a cabo todos estos meses no ha producido el efecto deseado. Todo mi mundo se rompe por completo cuando recibo esa noticia. Estoy sola. Mis padres, como siempre, están demasiado ocupados en Nueva York como para hacerse cargo de la situación. Vienen a visitar a mi abuelo, pero se marchan pronto. Ni siquiera vinieron cuando me sucedió lo del atropello, se enteraron una vez que habían regresado de mi boda y dijeron que no podían cancelar todos los compromisos que tenían, cosa que en esta ocasión les agradecí, porque así me evité tener que dar explicaciones sobre dónde estaba mi futuro marido. Mis padres no saben que Connor y yo estamos separados, he evitado decírselo, he considerado que era lo mejor.

Paso los días enteros en el hospital cuidando de mi abuelo, me siento agotada, pero no quiero que él se dé cuenta. Un día me

desmayo en el pasillo del centro médico y me hacen unos estudios. Unos días después me dan la noticia de que estoy embarazada. ¡No puedo creerlo! Era lo último que hubiese imaginado. Un hijo de Connor. No puede ser.

No sé cómo gestionar ni afrontar que estoy embarazada, solo sé que siento una enorme alegría de llevar a un bebé en mi vientre.

Estoy en la habitación con mi abuelo, ya llevamos más de una semana en el hospital cuando llama mi atención:

—Meghan, tengo algo que confesarte. La gran culpa que llevo sobre mis espaldas no me ha dejado hacerlo antes —susurra—. No quiero irme sin que sepas la verdad. Sé que me vas a odiar por esto, pero es algo que te he ocultado durante todo este tiempo —revela con voz cansada, haciendo grandes esfuerzos por hablar—. Es sobre tu marido —refleja. Connor sigue siendo mi esposo, no hemos firmado los papeles del divorcio ni he tenido tiempo de presionar en el asunto—. Es justo que sepas la verdad.

—No quiero saber nada de él. Bastante pena tengo porque tú hayas descubierto todo lo que pasó entre nosotros a través de una conversación que jamás debiste escuchar —manifiesto, avergonzada.

—Meghan… No te conté todo con respecto a tu acuerdo de matrimonio con Connor —anuncia mientras lo miro con los ojos muy abiertos, sin saber a qué se refiere—. Jordan deseaba que su nieto se casase y le diese un bisnieto, ese era el trato al que llegó con Connor para nombrarlo su heredero. Mi buen amigo me comentó su decisión y yo te propuse como candidata. Me pareció que Connor sería un buen hombre para devolverte la vida, que fueses feliz con una pareja y creases una familia. Tú no lo sabías, pero Connor sí. El

acuerdo de matrimonio era que fueses su mujer, la madre de un heredero, algo que yo te oculté por temor a que no aceptases el contrato, pero siempre confié en la fama de tu marido para que te conquistase y te enamorases de él. Me equivoqué, lo siento mucho.

—¡¿Por qué hiciste algo así?! —Lo miro con los ojos muy abiertos, trato de dominarme, mi abuelo está tendido en una cama en fase crítica y no quiero enfadarme con él.

—Hija, llevabas años intentando salir con hombres, tener una relación y nada. ¿Crees que este viejo no se daba cuenta? No conseguías superar lo que te pasó y ningún hombre que tuviste a tu lado insistió demasiado para quedarse y conocerte mejor. Si te casabas con Connor, pensé que, con el tiempo y la convivencia, todo se daría entre vosotros —revela—. Él es un conquistador nato, y tú toda una belleza. Pensé que algo surgiría entre los dos al convivir juntos.

—¿Connor siempre supo que me casaba con él para ser la madre de su heredero? —pregunto con un nudo en la garganta, mientras el corazón me late muy deprisa. Mi abuelo asiente y no puedo evitar que varias lágrimas rueden por mis mejillas—. Yo… nunca lo hablamos. Él jamás me dijo nada —susurro, pensativa—. Entonces, cuando nos casamos y él y yo… —Me quedo callada, pensativa—. No quería esa boda, pero llevó a cabo lo que su abuelo le exigió pensando que yo sabía lo que tenía que suceder entre nosotros —concluyo con decepción.

—Fue mi culpa, yo te lo oculté. Sabía que nunca lo hubieses aceptado de conocer todo lo que acordé con Jordan —reconoce.

—¡No puedo creerlo! —exclamo, derrotada y abatida, llevándome las manos a la cabeza.

—Lo siento, mi amor. No sabes cuánto. Me equivoqué. Yo solo quise que fueses feliz. Brindarte un marido, una familia. Jordan y yo deseábamos tener un bisnieto en común —revela con nostalgia—, pero siento mucho que no haya sido posible. Me voy de este mundo con una gran pena; dejándote peor de lo que estabas antes, y todo por mi culpa. Sé que ahora te costará más que nunca confiar en ningún hombre, y que muy probablemente nunca formes una familia —susurra con pena y lágrimas en sus ojos.

Lo miro, le dedico una sonrisa amarga, tomo una gran bocanada de aire y le confieso:

—Abuelo, estoy embarazada. —El abre mucho los ojos y yo asiento llevándome una mano al vientre. Hace una semana que sé mi estado y no se lo he dicho a nadie—. Te juro que no sé cómo encajarlo, pero quiero a este bebé —revelo con emoción. Observo las lágrimas de mi abuelo correr por sus mejillas y me abrazo a él—. Necesito que me guardes el secreto. Por el momento no sé muy bien cómo gestionar todo esto.

—Connor te ama —revela con voz temblorosa—. No hizo las cosas bien, se dejó llevar por el dolor y por la rabia debido a una conversación que escuchó entre tú y tus amigas, pero se enamoró de ti. Pude comprobar con mis ojos que es un hombre roto y arrepentido. Le conté toda la verdad sobre tu pasado —confiesa mientras siento un gran agujero en el pecho.

—Abuelo… —lo regaño en un susurro.

—Connor te ama —insiste—. Solo quiero que lo sepas. No sé qué escuchó para odiarte, pero es un hombre arrepentido por lo que hizo. Si lo amas… siempre cabe el perdón, cariño. Perdonar es avanzar. Además, es el padre de tu hijo. Por mucho que trates de

ocultárselo, tarde o temprano lo averiguará. Solo quería que lo supieses todo. Estas semanas he impedido que se acerque a ti y te aclare todo. Ahora ya lo sabes y me puedo ir tranquilo.

—Ahora mismo no puedo centrarme en Connor, tú y mi bebé sois mi prioridad. —Le dedico una sonrisa forzada y lo abrazo, no quiero hablar del padre de mi hijo en estos momentos. Necesito asimilar todo lo que mi abuelo me acaba de confesar. Me cuesta creer que mi marido se enamorase de mí como yo lo hice de él, porque, a pesar del dolor y de la decepción he de admitir que sigo enamorada, aunque me cueste reconocerlo en voz alta.

Los siguientes días en el hospital son muy duros, mi abuelo tiene que ser sedado y antes de ello nos despedimos de él. Hago venir a mis padres y les miento diciéndoles que mi marido está de viaje para justificar su ausencia en tan delicados momentos. Para mí son días casi insoportables, solo la doctora Coleman sabe que estoy embarazada y me retiró toda la medicación de inmediato. Apenas duermo y estoy muy nerviosa, pero no quiero que nada perjudique a mi bebé.

Cuando los médicos certifican la muerte de mi abuelo sufro un principio de aborto y una crisis psiquiátrica. La doctora Coleman me ingresa en su clínica y no puedo asistir al funeral del hombre más importante de mi vida ni darle el último adiós como se merece.

Pasados unos días, la doctora Coleman junto con la doctora Taylor, mi ginecóloga, ponen en mi conocimiento que presento un embarazo de alto riesgo. A todo eso se le une que ha llegado a mis oídos que Connor está como loco buscándome tras conocer que no

estuve presente en el funeral de mi abuelo. Creo que intuye que algo grave me sucede.

La prensa y muchas personas de nuestro círculo se preguntan dónde estoy. Desde nuestra boda nadie ha sabido de mí, todos pensaban que estaba muy enamorada junto con mi marido de luna de miel, pero, al no asistir al funeral de mi abuelo todas las alarmas se han disparado.

Hablo con mis padres y solo les revelo que no estoy bien mentalmente tras lo de mi abuelo y la separación de Connor. Tras el principio de aborto que sufrí no tuve más remedio que decirles que discutí con mi marido y que me había dado cuenta de que la boda había sido un completo error. A mi madre por poco le dio un infarto, pero no les revelé que estoy embarazada. Conociendo a mi madre iba a tardar dos segundos en poner al tanto a mi marido. Ella desea que siga siendo la esposa de Connor Merrill a toda costa.

En estos momentos no sé qué hacer con mi vida. Llamo a mis amigas y les confieso la verdadera situación por la que paso. Ellas son como mis hermanas y las necesito más que nunca.

La doctora Coleman y la doctora Taylor me proponen que me quede ingresada durante un largo tiempo en la clínica. Debo estar sin medicación psiquiátrica y mi embarazo es de riesgo, ambas me quieren tener controlada en todo momento.

—Si permanezco en un hospital Connor tarde o temprano dará conmigo y accederá aquí de alguna forma. No quiero que sepa nada sobre mi estado —manifiesto con miedo mientras ambas doctoras me miran.

—No si yo puedo evitarlo —escucho la voz de Jordan Merrill y reparo en su presencia en la habitación del hospital donde me

encuentro. Lo miro con miedo y busco a Connor tras de sí—. He venido solo —me tranquiliza de inmediato, avanzando hacia mí. Me mira con una sonrisa cálida y me coge una mano entre las suyas—. Estoy aquí para ayudarte. Tu abuelo me lo pidió —revela y lo miro con sorpresa—. Sé que estás esperando un hijo de mi nieto, pero respetaré tu decisión de no decirle nada hasta que lo consideres oportuno. Connor no hizo bien las cosas contigo y este será su castigo —sentencia su abuelo.

Lo miro a los ojos con pena y vergüenza. Su mirada limpia me dice que mi abuelo le reveló todo a su amigo antes de morir y yo quiero meter la cabeza bajo tierra al tener que pasar por esta incómoda situación.

—Jordan… —susurro.

—Doctora Coleman, me encargaré personalmente de que en un tiempo récord se cree en su clínica un ala especial solo para Meghan —le propone de golpe—. Connor no sabrá de tu paradero ni nada sobre tu estado —me asegura mirándome con amabilidad—. Tendrás todos los cuidados que necesites en tu proceso de recuperación mental y en sacar adelante este embarazo —manifiesta seguro de ello apretándome la mano. Infundiéndome ánimos—. Confía en mí —me suplica.

Lo miro con un nudo en el pecho y asiento. Algo me hace confiar en la mirada de Jordan Merrill. Me aferro a su ofrecimiento como un clavo ardiendo.

—Le haremos creer a todos que te has trasladado a Londres, de ahí tu ausencia —manifiesta, decidido.

—Gracias —susurro—. A mis padres también. Les diremos que lo necesito para superar la muerte de mi abuelo. Solo quiero que sepan

mi verdadero estado mis amigas, las dos doctoras que se encargarán de mi mejoría y usted.

—Será como tú lo decidas, hija. Le prometí a tu abuelo que iba a cuidarte y lo haré —sentencia. Y me emociona que me priorice ante su propio nieto.

Capítulo 35
Meghan

Siete meses después

Camino por la amplia habitación de hospital que se ha convertido en mi casa los últimos meses mientras acaricio mi vientre y siento a mi bebé moverse. Han sido unos meses de sacrificio, pero mi hijo está bien y pronto nacerá. Lo amo desde el mismo momento en el que me dijeron que estaba embarazada y he luchado tanto por sacarlo adelante que me parece increíble que en pocas semanas podré ver su carita. Es una niña y no puede hacerme más feliz.

En estos momentos me encuentro sola, algo que en ocasiones agradezco, ya que siempre tengo la compañía de mis amigas, de Jordan, mis doctoras o de dos enfermeras especializadas contratadas a turno que están siempre a mi disposición. Mi habitación cuenta con una amplia terraza a la que salgo a menudo a tomar el aire. Lo cierto es que Jordan Merrill me ha cuidado hasta el extremo, solo tengo palabras de agradecimiento para el bisabuelo de mi hija.

Tocan a la puerta y es Stella, me abraza, me besa y hace lo mismo con mi barriga, hablándole a mi bebé. Luego nos sentamos en el amplio sofá de la habitación y mi amiga se queja:

—Connor cada día me lo pone más difícil. Tengo a su seguridad pisándome los talones. Ese tío es incansable, pensé que en estos meses desistiría en algún momento. Pero, por lo visto, te quiere de verdad.

Me consta que mi aún marido no ha dejado de buscarme en todo este tiempo. Stella ha sabido ocultar mi rastro muy bien y cada vez que vienen a visitarme tienen mucho cuidado.

—No quiero hablar de Connor. Solo me quedan unas semanas aquí —comento con alivio.

—¿Y qué vas a hacer luego? Tarde o temprano se va a enterar de todo. Es un hombre muy poderoso. No puedes vivir en una fortaleza eternamente.

—Le he pedido a Callie que acondicione la casa de mi abuelo. Me la dejó en herencia y viviré ahí con mi hija. Lo cierto es que estos últimos dos meses los he pasado muy distraída eligiendo la pintura, muebles, alfombras y lámparas por internet.

—No has contestado a mi pregunta —insiste Stella.

—No sé qué haré. Connor tiene derecho a saber que tiene una hija, sé que ese momento tiene que llegar, pero no sé cuándo será.

Estos meses sin tratamiento, pero teniendo charlas todos los días con la doctora Coleman me han hecho muy bien, sobre todo me he aclarado mucho y me siento una mujer fuerte.

Unos toques en la puerta nos interrumpen y es Jordan, pasa, se sienta a nuestro lado tras saludarnos y lo observo al detalle. Tras venir a visitarme con frecuencia en estos meses y haber hablado mucho he llegado a conocerlo bien. Sé que hoy me oculta algo que le preocupa.

—¿Qué pasa, Jordan? —pregunto con miedo.

—Tengo dos noticias —anuncia con recelo—. Una buena y otra no tan buena que ya me he encargado de solventar.

Se queda en silencio, mirándonos a Stella y a mí.

—Comencemos por la buena —lo animo con miedo.

—Clarkson ha vuelto a resurgir. Connor se ha dedicado en cuerpo y alma a ello en estos meses. Además, mañana sale a la venta la nueva colección y se llama Meghan. Se presenta esta noche en una fiesta —revela y se hace un gran silencio.

—Me alegro que Clarkson vuelva a ser lo que fue —susurro con emoción. Estos meses me hubiese gustado centrarme en la empresa, pero eso implicaba que Connor supiese de mí y no era una opción—. ¿Cuál es la mala noticia? —Lo apremio a hablar mientras me retuerzo las manos.

—La seguridad de mi nieto ha descubierto tu paradero. Pero solo que estás aquí. No tu estado —aclara de inmediato.

Mi corazón se acelera y escucho a Stella maldecir por lo bajo.

—Es cuestión de horas que lo descubran todo —murmura consultando su teléfono.

—He hablado o más bien he llegado al punto de chantajear al equipo de seguridad de Connor. Solo le dirán que estás en esta clínica desde hace meses por un tratamiento psiquiátrico y que las visitas están prohibidas, mucho más a él que es el culpable de tu estado mental —resuelve sin remordimiento alguno. En ocasiones, descubrir que Jordan me protege y me cuida más que a su propio nieto me emociona—. Tranquila. No llegará a ti —manifiesta muy seguro—. He contratado seguridad extra para la entrada a la clínica y otra en la puerta de tu habitación. Harán turnos de veinticuatro horas. Quiero que estés tranquila estas últimas semanas que faltan hasta que mi bisnieta llegue al mundo.

—Gracias, Jordan —manifiesto más tranquila mientras que mi amiga ha desconectado de la conversación, se pasea por la

habitación con el teléfono en la mano, hablando por él y tecleando muy concentrada.

—En estos momentos solo importas tú y la bebé, cuando ella nazca ya veremos —declara, seguro de sí mismo.

Le dedico una sonrisa forzada y suspiro pensando en Connor. En estos meses me he preguntado más de una vez cómo se tomaría la noticia de que va a ser padre y cómo yo voy a gestionarlo.

Les pido a Jordan y a Stella que quiero descansar y me meto en la cama, solo deseo cerrar los ojos y pensar.

A media tarde conecto mi tablet y hago un recorrido por las redes sociales donde descubro varias fotografías de Connor entrando a la gala donde va a presentar la nueva colección de Clarkson. Tengo curiosidad por verlo. Hace meses que no asiste a un acto público y los medios comenzaban a pensar que le sucedía algo. Lo cierto es que desde que nos casamos hemos suscitado mucha incertidumbre en la sociedad debido a nuestra ausencia.

Los ojos se me empañan y siento un gran nudo en la garganta cuando observo a través de mi pantalla que Connor se baja de una limusina negra, con la elegancia que lo caracteriza y con un traje hecho a medida que debe de costar el salario de medio año de una persona normal y saluda con una sonrisa forzada a los medios allí apostados. Debo de reconocer que hay un gran despliegue para revelar en exclusiva la nueva colección de Clarkson. La más ambiciosa según se ha filtrado a la prensa. Connor va a ser el encargado de presentar la colección y esto me sorprende.

De repente, Callie irrumpe en mi habitación por sorpresa, me observa con la *tablet* en la mano y dice:

—Sabía que estarías al acecho. Vamos a verlo todo. —Coge la *tablet* después de darme un beso y acariciarme el vientre y se conecta con el interior del auditorio donde Connor va a presentar la colección de joyas.

—Tengo curiosidad por saber qué han diseñado y qué van a presentar —manifiesto con añoranza. Echo muchísimo de menos mi trabajo. Todos estos meses que he pasado en el hospital me he dedicado a diseñar una línea de relojes que no sé si algún día verán la luz. Me encantaría volver a trabajar, pero tengo muy claro que lo primero en mi vida es y siempre será mi hija. Aparte, tampoco sé cómo estará mi situación en Clarkson. Tarde o temprano tengo que hablar con Connor para poner nuestras vidas en orden ya que en estos momentos son un completo desastre.

—Empieza —anuncia Callie.

Connor es el encargado de subir al escenario, dedicar unas palabras a Clarkson remontándose a sus orígenes y cuando dice que todo el esfuerzo y dedicación en esta colección de lanzamiento es un regalo para su mujer no lo entiendo muy bien. La cámara lo estaba enfocando de cerca cuando ha dicho mi mujer. El vello se me ha puesto de punta y cierto nerviosismo se ha apoderado de mí. Luego, detrás de él, han comenzado a presentarse las joyas de la nueva colección, y cuando las aprecio y reconozco me llevo las manos a la boca y doy un pequeño grito, con sorpresa.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo… —pregunto mirando a Callie con los ojos cargados de lágrimas.

—¿Qué sucede? —Me mira asustada.

—Esos diseños. Son míos. Los hice hace unos años, pero mi abuelo nunca los aprobó. ¡¿Cómo han llegado a manos de Connor?!

—Tengo el corazón acelerado.

—¿Él no tenía conocimientos de ellos? —inquiere Callie con sorpresa.

—No. Los hice antes de conocerlo y nunca se los mostré ni hablé de ellos.

Nos centramos en Connor, que sigue hablando:

—Aquí tenéis toda la colección Meghan. Lleva ese nombre en honor a mi mujer, diseñadora exclusiva de todas las piezas. Espero que os gusten y sepáis apreciar lo impresionantes que son, como ella —manifiesta y la cámara le enfoca sus preciosos ojos grises, con un brillo especial en ellos de orgullo que me da un vuelco el corazón.

Tras las palabras de Connor todos los presentes aplauden, incluidos él. Y como broche final se proyecta una foto mía con varias joyas en mi cuello, orejas y mano. Obviamente creada por inteligencia artificial, pero muy real.

Observo la mirada emocionada que Connor le dirige a mi foto y me emociono también. No puedo evitar que varias lágrimas rueden por mis mejillas.

—Joder, con Merrill. Con las ganas que le tengo se ha ganado un punto a su favor —dice Callie—. No es por nada, pero ese es un hombre completamente enamorado —deja caer mirándome con atención.

Tengo un gran nudo en la garganta, no puedo decir nada. Lo observo al detalle y aprecio que está más delgado. También está muy guapo, hacía tanto que no lo veía que sentir de nuevo esas mariposas dormidas en mi estómago me hacen creer que sigo viva. Trato de controlar mis emociones y evito que un par de lágrimas salten de mis ojos.

—Al final, el muy cabrón, va a ser verdad y todo que te quiere —murmura Callie.

Tanto mi abuelo antes de morir como Jordan meses después me transmitieron el arrepentimiento y amor de Connor, pero yo no los he creído. Sin embargo, en estos momentos, tras ver la colección que ha sacado, el esfuerzo que le ha llevado y ponerle mi nombre me deja pensativa y con la duda.

Callie se queda a cenar conmigo y me va retransmitiendo los comentarios a la presentación de la colección de Connor. La gente se pregunta dónde estoy, algo que era de esperar y porqué mi marido ha acudido solo. Sin embargo, ya nadie pone en duda que el matrimonio entre Connor y yo vaya mal. Al parecer, todos han notado el gran amor que me tiene.

—Mira, Connor va a responder a unas preguntas —anuncia Callie con emoción.

Fijo la mirada en su persona y escucho cuando le preguntan:

—¿Dónde está Meghan?

—Recuperándose del accidente que sufrió tras nuestra boda. —Tras unos días en el hospital saltó el incidente a la prensa—. Pero, como habéis podido comprobar, no ha dejado de trabajar en todo este tiempo —responde con una sonrisa amable.

—Se especula que vuestro matrimonio está roto —dice la entrevistadora.

—Yo solo puedo decir que amo a mi mujer —revela de golpe y yo siento su confesión como un fuerte impacto sobre mi pecho—. Te quiero, Meghan —confiesa mirando a la cámara. Como si supiese que yo estoy ahí viéndolo.

En un impulso coloco boca abajo la *tablet* y me llevo las manos a la cara, nerviosa, por todo lo que me ha removido dentro sus comentarios. Antes de casarnos soñé tanto con estas palabras…

—No quiero ver nada más —le suplico a Callie, alterada.

—Vale, vale. —Apaga la *tablet* apurada y me observa sin saber qué hacer—. ¿Estás bien? ¿Llamo a un médico? —me ofrece con miedo.

—No —susurro con los ojos cerrados, tratando de acompasar mi respiración—. Ha sido solo la impresión de verlo, era como si estuviese tan cerca… —no sé explicarlo.

—¿Estás contenta por lo que ha hecho? Por lanzar esa colección que diseñaste hace años —especifica Callie.

—Me ha sorprendido muchísimo —musito—. No esperaba todo lo que acabo de ver de Connor. Ha llevado a la realidad mi colección y ha manifestado públicamente que me ama.

—Creo que te quiere de verdad, aunque me joda aceptarlo —reconoce Callie—. Algo como eso solo lo hace un tío enamorado hasta las trancas —refleja mirándome con atención.

—Tengo miedo a reencontrarme con él —murmuro con pena.

—¿Qué sientes por tu marido, Meghan? —se atreve a preguntar mi amiga por primera vez en todo este tiempo. Este es un tema que solo he hablado con mi psiquiatra.

—Me casé enamorada de él, sucedió sin querer. Y, tras muchas sesiones de terapia y tratar de comprender todo lo sucedido entre nosotros, cómo me trató tras nuestra boda, puedo afirmar que nunca lo llegué a odiar de verdad. Confundí odio con decepción y es algo que la doctora Coleman me ha ayudado a diferenciar. Idealicé a

Connor, esperaba de él un cuento de hadas con final feliz, y me topé con su cruda realidad.

Capítulo 36
Connor

Llego a mi ático a altas horas de la madrugada, cansado. Hacía meses que no acudía a ningún evento y demasiada gente ha querido saludarme y hablar conmigo. Hoy era un día especial para la primera colección de Clarkson tras resurgir en mis manos y tenía que mostrarme amable y sonriente con los medios y los asistentes.

Me tumbo en el sofá del salón tras haberme deshecho de la chaqueta y desabrocharme algunos botones de la camisa y enciendo un cigarrillo. Hacía algunos años que lo había dejado, pero, tras lo sucedido con Meghan, necesitaba calmarme con algo. Las primeras semanas ahogué mis penas en el alcohol, luego Carter y Elliot me rescataron de mi lamentable estado y me refugié en el tabaco. Me centré en encontrar a mi mujer y sueño cada día con recuperarla y que un día me perdone y crea que la amo.

Desde lo sucedido con Meghan soy un alma en pena. Un hombre que no siente. Solo la quiero a ella. Nunca pensé que fuese posible amar tanto a alguien ni que doliese tanto. Daría todo lo que tengo por tener a Meghan junto a mí para siempre.

—Señor —me interrumpe la voz de mi jefe de seguridad—. La hemos encontrado —anuncia. Y yo doy un salto del sofá, lo miro y siento que me ahogo.

—¡¿Dónde?! —pregunto con ansia. Sea la parte que sea del mundo donde se encuentre Meghan iré a buscarla ahora mismo.

—Se encuentra en Boston —revela para mi gran sorpresa.

—¿Ha regresado? —inquiero con impaciencia.

—Siempre estuvo aquí, señor.

—¡¿Dónde?! —exijo saber alzando el tono de voz, impaciente.

—Su esposa fue ingresada días antes de fallecer su abuelo en la clínica mental de la doctora Coleman y aún sigue ahí —me informa Kevin mientras mi mundo se derrumba por completo.

—¡¿Cómo?! —pregunto con un leve hilo de voz mientras las piernas me flaquean y tengo que sentarme. Siento que el aire no entra por mis fosas nasales y no puedo respirar bien.

—Está bajo un fuerte tratamiento psiquiátrico, incomunicada. —Me revuelvo el pelo con desesperación y suspiro con dolor—. Tiene todo en el informe que está encima de la mesa de su despacho, señor.

—Gracias —susurro con la cabeza gacha, mientras Kevin se da media vuelta y se aleja.

Una vez a solas grito fuerte, de rabia y de impotencia. Un gran dolor se ha instalado en mi pecho y siento que me rompo en dos. Meghan está así por mi culpa. Yo la llevé a ese estado por cómo la traté. Lloro de forma incontrolada sin poder dominar la culpabilidad que cargo en mi conciencia y no sé cómo deshacer.

—Yo me merezco todo, mi amor, pero tú no. Solo eres la víctima —grito, desgarrado, imaginando a Meghan encerrada en una habitación de hospital sin apenas ser consciente de lo que sucede a su alrededor como consecuencia del tratamiento al que se somete.

Ahogo mi dolor en el alcohol nuevamente sin importarme pagar con mi vida todo el daño que le causé a Meghan si de esa forma ella llega a recuperarse.

A la mañana siguiente es Cora quién me despierta. Me encuentro tirado en la alfombra de mi salón. La pobre mujer se ha dado un buen susto. Me doy una ducha, me tomo un café con un par de analgésicos y pongo rumbo a hablar con la doctora Coleman. Meghan es mi mujer y tengo derecho a saber de ella.

Tras esperarla durante dos horas, la doctora me recibe en su despacho. No se sorprende de mi visita y no tengo que rogarle para que me ponga al tanto de la situación de mi esposa.

—Meghan permanece aislada porque pasa la mayor parte del día sedada y cuando no lo está tiene crisis muy fuertes —me explica.

—Quiero verla —le exijo.

—Eso es imposible, solo la empeoraría más. Creo que sabe que usted es el causante del estado en el que se encuentra —manifiesta de forma directa la psiquiatra de Meghan.

Tomo una gran bocanada de aire, la miro serio y agacho la cabeza.

—Sé que todo es por mi culpa —admito—. Pero lleva muchos meses aquí. Me ha costado la misma vida dar con ella —me quejo.

—Los datos de mis pacientes internos son confidenciales, de hecho, señor Merrill, me gustaría saber cómo los ha obtenido —me reprocha la doctora, mirándome seria.

—Tengo un buen equipo de seguridad —alego en mi defensa.

—Que viola las leyes —me acusa de forma directa.

—Estaba desesperado, doctora. Hace meses que no sabía nada de mi mujer —le explico, alterado.

—Meghan no quiere verlo. —Deja patente.

—¿Cuándo mejorará? ¿Cuándo podrá salir de aquí? —pregunto, ansioso.

—Puede que en unos meses. Pero verla no dependerá ni de usted ni de mí. La última palabra la tendrá Meghan —me advierte.

—Solo quiero lo mejor para mi esposa —le suplico, roto.

—Por el momento lo mejor es que usted esté lejos de ella. Yo le puedo informar semanalmente cómo evoluciona —me ofrece con amabilidad y es más de lo que esperaba.

—Gracias. Si hay algo que pueda hacer… Lo que sea, no dude en pedírmelo. Me tiene a su disposición.

—Lo tendré en cuenta, señor Merrill. Y ahora, si me disculpa, tengo a más pacientes que atender —me pide de forma educada que me marche.

Salgo de la clínica de la doctora Coleman y observo el edificio preguntándome dónde estará Meghan. Miro las ventanas y trato de encontrarla detrás de cada cristal, no la encuentro y me marcho de allí con el corazón roto, hecho añicos. Sintiéndome la peor persona sobre la tierra y sin saber qué puedo hacer por la mujer que amo. Ya ni si quiera me interesa que me perdone y me crea que la amo, solo necesito que ella esté bien. Meghan es lo realmente importante y juro que le devolveré la felicidad a su vida, aunque yo no esté en ella.

Cuando llego a Clarkson lo preparo todo para regalarle a Meghan la empresa en cuanto se recupere. Sé lo importante que es para ella y deseo que tenga una ilusión y una motivación cuando salga de la clínica. Soy consciente de que no quiera tenerme cerca y lo entiendo, solo espero y deseo que esté tranquila y que no acuda a trabajar con el miedo de encontrarme.

Capítulo 37
Meghan

Dos semanas después

Me miro en el espejo del baño y observo con una sonrisa mi enorme barriga. Queda menos de un mes para que mi hija llegue al mundo y estoy impaciente. Ya deseo tenerla en mis brazos y comprobar que esté bien. Las ecografías siempre han confirmado que es una niña sana, pero yo tengo mucho miedo ya que tomaba la medicación hasta que descubrí que estaba embarazada de casi dos meses.

Jordan se pasa a visitarme y me comenta que desde que Connor habló con la doctora Coleman no ha insistido en verme más. Espera de forma paciente el informe de la doctora cada semana y siempre está muy pendiente a mí.

Por otro lado, el abuelo de Connor, al que en estos meses he llegado a querer como si fuese mi propio abuelo, me da la gran noticia de que la colección Meghan está siendo todo un éxito y ha arrasado en ventas desde que salió al mercado. También me transmite la decisión de Connor de regalarme la empresa por completo, esto es algo que no espero y me sorprende mucho.

—Mi nieto desea que cuando te recuperes tengas algo en lo que centrarte, pero, que, al mismo tiempo, su sombra no planee cerca de ti. Quiere que acudas a trabajar sin el temor de tener que verlo ni que sus decisiones te puedan alentar a dejar Clarkson. Connor está

seguro de que estás muy capacitada para llevar a la empresa a lo más alto sin él.

—Está siendo muy generoso, y no me refiero al plano económico, sino al de darme mi espacio y dejarme trabajar en mi gran pasión sin interferir en ella —comento con sorpresa. Tras su insistencia en encontrarme.

—Connor te ama, Meghan. Estoy seguro de que daría su vida por ti. Él mismo está asustado porque nunca ha sentido nada igual. Si hubieses visto con la ilusión que me contó que te había encontrado y a la vez con la pena por lo que pasabas por su culpa… No sé cómo pude sostenerle la cara. Cuando se entere de todo sé que no me va a perdonar. Pero ya lo afrontaremos. —Le resta importancia—. En estos meses ha pasado por mucho, creo que ha aprendido la dureza de la vida, ya que hasta el momento todo para él había sido de color de rosa.

—Lo aprecié más delgado en la presentación de la colección —comento.

—Apenas duerme, trabaja mucho, pasa muchas horas haciendo ejercicio y ha vuelto a fumar —relata Jordan—, pero también lo veo más responsable, centrado y serio. Creo que vive con una culpa que jamás podrá superar. He intentado que reciba ayuda psicológica, pero se ha negado.

—No sé cómo le diré que tenemos una hija, ni cómo se lo tome. Nunca hablamos de hijos —susurro. Jamás me he planteado ocultárselo, tan solo quería esperar a que naciese por el bien de la bebé y el mío propio. No sé cómo me puede afectar tener una conversación con Connor embarazada y sin medicación. No me fío de mí misma.

—Todo irá bien. No te preocupes. —Jordan me da la mano y me mira con una sonrisa que me tranquiliza.

—No sé qué hubiese hecho todo este tiempo sin ti —reconozco con emoción—. Me has antepuesto a tu nieto, Jordan.

—Tú y ese bebé eráis mi prioridad, los más vulnerables. Connor podía con esto pese a que esté destrozado. Te quiero mucho, Meghan.

—Y yo, Jordan. Has ocupado el vacío tan grande que me dejó la muerte de mi abuelo.

—Le prometí que cuidaría de ti y he de decir que ha sido muy fácil quererte. Eres increíble. Pese a cómo se dio todo, no puedo estar más orgulloso de la madre de mi bisnieta.

Nos abrazamos y siento una gran protección al tenerlo cerca.

***

Una semana después

Me encuentro con la doctora Coleman charlando en mi habitación de cómo vamos a recibir el nuevo año pasado mañana cuando, de repente, siento una fuerte contracción que me hace llevar las manos al vientre y mirarla con los ojos muy abiertos.

—Creo que… estoy de parto —susurro con miedo.

—Llamaré a la doctora Taylor. —Coge de inmediato el teléfono mi psiquiatra. Hace una llamada y en menos de diez minutos aparece mi ginecóloga en la habitación. Me explora y determina que mi bebé está a punto de nacer.

Me llevan a quirófano, donde atenderán mi parto, pero siento la cara de la doctora muy seria y de las personas que la rodean. De inmediato me doy cuenta de que algo sucede. Alcanzo a escuchar que una enfermera le dice a otra:

—Se presentan problemas. Existe una desproporción fotopélvica.

—Doctora —llama su atención Avery.

—El abuelo de esta criatura es el mejor ginecólogo del país. Creo que deberíamos llamarlo —propone la doctora Coleman, apostada a mi lado, tomándome de la mano y tratando de tranquilizarme en todo momento.

La doctora Taylor se lo piensa unos segundos y luego asiente con un gesto de la cabeza mientras yo siento miedo por mí y por mi bebé. ¿Es que nadie me toma en cuenta? ¿No me comunican nada? Hablan entre ellos como si yo no existiese y no pudiese tomar decisiones.

—Hay que proceder a una cesárea de urgencia, no es posible el parto natural. Prepárenlo todo —ordena la doctora Taylor, agitada.

Capítulo 38
Connor

Hace dos meses que no veo a mi padre, somos dos hombres muy ocupados, pero hoy es su día libre en el hospital y se ha pasado a verme a Clarkson, visita que me ha sorprendido.

—Hijo, ¿cómo estás? Tu madre me dijo que estuvo comiendo contigo la semana pasada y te notó más delgado. Aparte, está muy preocupada por tu mujer. Desde vuestra boda no la hemos visto más. ¿Qué pasa entre vosotros? ¿Meghan está bien? —se interesa.

—Estamos un poco distanciados, es todo. Las cosas no están muy bien entre nosotros últimamente —excuso.

—Vaya… —lamenta—. Meghan es buena para ti. No la he tratado mucho, pero me gustó. Y tu hermana la idolatra. Espero que no esté al tanto de vuestra crisis porque se llevará un buen disgusto.

—Por ahora solo es algo entre Meghan y yo. No queremos que trascienda —manifiesto un poco apurado por mentirle. Mi padre es un hombre honesto que nunca se mete en la vida de los demás.

—¿Entonces no acudiréis a celebrar con nosotros el fin de año? —pregunta—. Tu madre va a insistir —me advierte.

—No, papá. Meghan y yo no estamos para reuniones familiares.

—¿Y cómo lo piensas pasar? —se interesa.

—No lo sé, en casa o en la fiesta que hace el club todos los años. Ya veré.

—¿No hay posibilidades de arreglarlo con tu mujer? —pregunta.

—Es complicado —susurro.

El teléfono le suena, lo mira y dice en voz alta:

—Tu abuelo. —Descuelga la llamada y se queda en silencio. Su gesto cada vez se vuelve más serio, siento que me mira acusándome de algo y no caigo qué pueda haber hecho para molestarlo. Se lleva al teléfono varios minutos con mi abuelo y se despide colocándose en pie y diciéndole—: Ahora mismo voy para allá, que lo vayan preparando todo.

—¿Qué sucede? —Lo miro alarmado. Mi abuelo le ha dicho algo importante, estoy seguro.

Mi padre se me queda mirando de forma reprobadora.

—¿Cuándo pensabas decirme que Meghan está internada en un centro psiquiátrico desde hace meses y su embarazo era de alto riesgo? Soy médico, sé guardar un secreto profesional si no querías que esto hubiese trascendido —me reprocha alzando la voz con un tono duro e implacable. Nunca había apreciado en los ojos de mi padre la decepción que muestra en estos momentos.

—¡¿Cómo?! ¿Embarazada? —pregunto mientras siento que todo mi cuerpo tiembla. Desconocía esa información—. No puede ser… —susurro, pensativo y nervioso—. Ella… Yo no sé…

—Tu mujer está de parto. Y su vida corre peligro —revela mientras se dirige a la puerta de mi despacho con paso ligero y yo lo sigo—. ¡¿De verdad no sabías nada?! —Alza la voz enfadado y perplejo, mientras caminamos en dirección al ascensor para marcharnos.

—No —susurro mientras echo cuentas mentalmente.

Mi chófer nos espera y mi padre le da la dirección de la clínica mental de la doctora Coleman. De camino ahí, le pido a Kevin que se

salte los límites de velocidad y todos los semáforos, llamo a mi equipo de seguridad y cuando Kevin me coge el teléfono bramo:

—Estáis todos despedidos, panda de incompetentes. —Mi padre me mira atónito.

—Señor… —escucho al otro lado del teléfono.

—Fuera todos. Mi mujer espera un hijo mío y no habéis sido capaz de dar con esa información en meses. ¡¿Qué clase de equipo tengo?! —grito fuera de sí.

Cuelgo el teléfono, cierro los ojos, reposando la cabeza en el asiento del coche, y trato de tranquilizarme y tomar el control de la situación.

—Por lo que veo todo entre Meghan y tú es mucho peor de lo que me has dicho —susurra mi padre, sentado a mi lado, mirándome con atención.

—Es muy complicado, papá —ladro y pago mi enfado con él.

—Ya veo —murmura mientras asiente. Saca su móvil y hace una llamada. Solo lo escucho decir—: Ponedme al tanto del historial clínico completo de mi nuera.

Entro en el hospital con mi padre y allí ya lo esperan. Mi abuelo se encuentra con el personal que acompaña a mi padre, la cara se le cambia cuando me ve, yo ato cabos inmediatamente y le exijo dirigiéndole una mirada furiosa:

—Dime cómo se encuentra mi mujer.

—No te voy a mentir, Connor. El parto se ha complicado —manifiesta, pálido.

—Lo sabías todo, ¿no? —lo acuso con la mirada, sintiendo un gran rencor por él—. ¿Hasta cuándo pensabas ocultarme la verdad? —Alzo la voz, sin importarme el lugar en el que nos encontramos.

—No es el momento, Connor —ladra—. Soy consciente de que te debo muchas explicaciones, pero en estos momentos lo realmente importantes son Meghan y tu hija.

—¿Es una niña? —pregunto con lágrimas en los ojos, emocionado. No soy capaz de gestionar tantas noticias.

—Sí —susurra tras un suspiro.

Nos sentamos en la puerta del quirófano, pero no puedo estar ahí quieto, me paseo con intranquilidad a la espera de noticias suplicando que mi padre haga honor al título que tiene de ser uno de los mejores ginecólogos del país y salve a mi mujer y a mi hija.

Cuando aparecen las amigas de Meghan y me ven ahí me observan con sorpresa. No saben qué decir. Me miran serias y distantes.

—Ya lo sé todo —les revelo, muy molesto.

Siento la mirada de Stella y me digo que ella ha sido la responsable de que yo no pudiese averiguar nada sobre mi mujer en todo este tiempo, pero no la culpo. Es su amiga y debía de cumplir órdenes. Aunque también intuyo que mi querido abuelo ha tenido que ver mucho en todo esto. Ya le pediré explicaciones cuando todo pase, en estos momentos solo puedo pensar en Meghan, solo me importa ella. Mi cabeza aún está asimilando que voy a tener una hija. Me voy a convertir en padre. Una gran presión se instala en mi pecho y tengo un gran temor por la mujer que amo. No puedo perderla.

Cuando llevo una hora de espera siento que ya no puedo más, necesito saber cómo está mi mujer. Nunca en mi vida he perdido el control sobre algo y la situación por la que paso me desconcierta. Me sudan las manos y no puedo parar quieto. Es la primera vez que

con el hecho de hacer una llamada algo no se soluciona a mi alrededor y me siento atado de pies y manos.

Las puertas del quirófano se abren y cuando veo salir a mi padre siento que nunca me he alegrado tanto de verlo. Mi abuelo, las amigas de Meghan y yo nos acercamos a él para que nos ponga al tanto de la situación.

—Ambas están bien —anuncia de golpe y el cuerpo me encaja a la vez que se me humedecen los ojos—. Meghan ha perdido mucha sangre y la estamos transfundiendo. Y la bebé está en perfecto estado. Es preciosa. Tiene tus ojos, Connor —manifiesta muy emocionado, mirándome.

Doy un par de pasos y me abrazo a mi padre. Creo que hace años que no lo abrazaba con tanta fuerza y gratitud.

Mi corazón palpita a mil por hora y no puedo evitar que varias lágrimas salten de mis ojos sin poder evitarlo. Mi abuelo viene hacia mí y me abraza, no puedo rechazarlo.

—Enhorabuena, hijo —susurra en mi oído. Siento un nudo tan grande en la garganta que soy incapaz de contestarle.

—Trasladaremos a Meghan y a la bebé a la habitación en un par de horas aproximadamente —nos comunica mi padre de forma muy profesional, tratando de mantener la compostura de médico, pero está emocionado. Creo que debe de haber sido la experiencia más brutal de su vida traer a su nieta al mundo.

Suspiro un poco más tranquilo y tomo asiento en un sillón que tengo al lado, las piernas me flaquean. He pasado tanto miedo por la vida de Meghan que hasta he rezado en silencio, algo que no he hecho jamás.

Las amigas de mi esposa me miran sin decir nada, al igual que mi abuelo, pero no estoy preparado para mantener una conversación con ellos.

—Deberías marcharte, Connor —se atreve a decirme Stella.

—¿Perdón? —La miro serio y furioso por sus palabras—. Nadie me va a mover de aquí —le dejo muy claro, alzando la voz, enfadado—. Llevo meses buscando a Meghan, al fin la he encontrado y ahora sé que tengo una hija. No me pidas lo imposible.

—Si no la has encontrado es porque Meghan no quiso que lo hicieses —me enfrenta con valentía.

—Lo sé, por cierto, creo que has hecho tu trabajo muy bien. Acabo de despedir a todo mi equipo de seguridad, cuando quieras te doy trabajo. Me ha quedado claro que eres muy buena en lo tuyo.

—En estos momentos para mí eres el enemigo. Alguien que le hizo mucho daño a mi amiga —refleja. Solo puedo asentir a sus palabras. No tengo excusas, pero es algo que no pienso tratar con ella.

—Nadie me va a mover de aquí, además, Meghan es mi mujer y tengo derechos —les dejo claro a todos los que me miran.

Se hace un incómodo silencio en la sala y así permanecemos hasta que mi padre vuelve de nuevo junto con la doctora Coleman y otra médica y nos comunican que Meghan y la niña ya están en la habitación.

—Voy a verlas —exijo de inmediato.

—¿Es recomendable? —pregunta Callie a la psiquiatra de mi mujer.

—Señor Merrill… Meghan ha estado sin medicación todo este tiempo y acaba de dar a luz, creo que lo más prudente sería esperar

—manifiesta la doctora.

—Y una mierda —bramo sin control alguno—. Llevo meses buscando a mi mujer y de la noche a la mañana me entero de que tengo una hija. Esto es un asunto de tres y todos los demás sobráis. Si Meghan me pide que me marche lo haré, pero necesito escucharlo de su boca. —Les dejo claro a todos.

—Connor, te acompaño —tercia mi padre dando un paso al frente y colocándose a mi lado—. Ya le he informado a Meghan de que estás aquí y no me ha pedido que te diga que te marches.

Todos los demás se quedan callados, pero la doctora Coleman se atreve a venir detrás de nosotros y no la paro, todo lo contrario, es bueno que esté cerca. No sé cómo pueda reaccionar Meghan al verme, pero no puedo prolongar más este momento. Hemos sido padres y no voy a apartarme de mi hija. Tengo derecho a conocerla.

La puerta de la habitación en la que está Meghan se encuentra abierta, paso dentro con el corazón latiéndome muy deprisa, nervioso y sudándome la frente. La estancia es muy grande. Ella se encuentra al fondo de la habitación, un poco incorporada en la cama. Una enfermera sostiene a la niña en brazos, pero ni siquiera reparo en mi hija. Mis ojos se clavan en la mujer que amo, mi respiración se acelera y mis lagrimales se humedecen. Me acerco a ella despacio, esperando una reacción por parte de Meghan, que me mira seria. Nuestras miradas se buscan, siento que sus ojos se humedecen y se retuerce las manos. Llego hasta ella, me tomo el atrevimiento de sentarme en la cama a su lado, necesito estar a su misma altura para suplicarle con la voz ronca de la emoción:

—Perdóname, mi amor. —Me rompo en mil pedazos frente a ella, aparto los ojos de los suyos y me enjuago las lágrimas que no me

dejan ver con claridad. No me atrevo a tocarla, a estrecharla entre mis brazos como deseo. No quiero hacer nada que la incomode.

—Tenemos una hija —susurra Meghan. Y cuando atisbo una sonrisa tímida en sus labios mi corazón da un vuelco por completo.

Mi padre, parado a los pies de la cama con la bebé en brazos, nos mira a ambos. Da unos pasos y le entrega la niña a Meghan. Ella la recibe en sus brazos y grabo esta imagen en mi mente como lo más bonito que he vivido hasta el momento. Les dedico una sonrisa nerviosa a ambas y admiro a mi hija acunada en el pecho de su preciosa madre. Meghan está más guapa que nunca, la maternidad le ha sentado de maravilla.

Observo a mi hija sin atreverme a tocarla por miedo a estar demasiado cerca de Meghan. Cuando lleva unos minutos en los brazos de su madre y en este tiempo nos hemos dedicado a mirarla en silencio, es perfecta, mi mujer me pregunta con amabilidad:

—¿Quieres cogerla? —Su ofrecimiento casi hace que broten de mis ojos más lágrimas. Con un nudo en la garganta asiento y extiendo los brazos. La piel de Meghan y la mía vuelven a tocarse, siento una corriente eléctrica al mismo tiempo que recibo a mi hija en mis brazos por primera vez. El sentimiento que se instala en mi pecho no lo puedo describir.

Sonrío con lágrimas en los ojos mientras admiro a mi hija bajo la atenta mirada de Meghan. Este momento me parece algo mágico que deseo que se congele el tiempo.

—Es perfecta —musito agarrándole la manita mientras que le prometo en silencio que la amaré y la protegeré el resto de mi vida. Es increíble cómo un gran amor ha nacido de golpe por ella. Estoy

asustado de todas las emociones que me embargan en estos instantes.

Mi padre y la doctora Coleman siguen presentes en la habitación en un discreto segundo plano, en silencio, mientras siento que nos supervisan a la vez que nos dan nuestro tiempo.

—Connor… —escuchar mi nombre en la dulce voz de Meghan me hace suspirar—. No pensaba ocultarte que tenías una hija, solo esperaba… —declara con calma y emoción, admirándonos a ambos.

—No tienes que darme explicaciones ahora. Ya tendremos tiempo de hablar. Solo necesito saber que no volverás a desaparecer y que podré ver a mi hija —le suplico.

—Eres su padre. Eso no lo voy a negar nunca, ni te privaré de ella —susurra.

—Gracias. —Coloco a mi hija de nuevo en sus brazos y admiro a ambas.

De repente, rompo a llorar sin poder controlar mis sentimientos y me abrazo a las piernas de mi mujer sin importarme la presencia de mi padre y la psiquiatra.

Cuando siento la mano de Meghan sobre mi pelo alzo la cabeza y la contemplo con una sonrisa amarga en los labios. Nos miramos en silencio, creo que a ambos nos pasa lo mismo, tenemos las palabras atascadas en la garganta y somos incapaces de decir nada.

De repente, una mujer entra en la habitación y anuncia:

—Esta bebé tiene que comer. ¿Vas a darle el pecho? —le pregunta a Meghan.

—Sí. Quiero lo mejor para mi hija —responde ella y mi corazón se desborda de emoción al sentirla en su papel de madre tan entregada.

—¿Me podéis dejar a solas con la paciente? —solicita la enfermera.

Todos los presentes en la habitación asentimos, mi padre y la doctora Coleman comienzan a salir, yo me levanto de al lado de mi esposa y antes de marcharme le pregunto con miedo:

—¿Puedo volver más tarde a ver a mi hija?

—Sí —susurra Meghan con calma, mirándome a los ojos.

—Gracias. Es muy importante para mí. —Le dedico una sonrisa y salgo de la habitación como si hubiese librado una gran batalla en el interior, pero, por alguna extraña razón, me siento más vencedor que vencido.

Callie y Stella me miran con atención cuando salgo al pasillo, pero las ignoro. Me centro en mi abuelo, me dirijo a él y le solicito, serio:

—Tenemos que hablar. ¿Nos podemos tomar un café?

Mi abuelo asiente y ambos nos marchamos a la cafetería de la clínica.

Capítulo 39
Connor

Trato de mantener la calma mientras que nos sirven un café y miro a mi abuelo con rabia y dolor. No esperaba esta traición por su parte. Me ha visto destrozado y arrepentido buscando a Meghan, y puedo afirmar que siempre supo dónde estaba mi mujer, es más, estoy seguro de que la ha ayudado mientras que a mí me despistaba.

—Tú dirás —lo animo a hablar mientras le dedico una mirada severa.

Mi abuelo chasquea la lengua y coloca ambas manos alrededor de la taza de café caliente.

—No era así cómo debías enterarte de todo —murmura.

—Claro, igual pensabas esperar a que mi hija tuviese dieciocho años —escupo las palabras con rencor.

—Estás muy equivocado. Solo actué como necesitabais Meghan y tú en el momento por el que pasabais. No fue fácil —admite con culpabilidad—. Sabes que nunca te he engañado ni mentido, pero en este caso era necesario, Connor.

—Explícamelo —le exijo de forma contundente.

—Igual debería hacerlo Meghan —susurra.

—Algo me dice que tú has sido la mano que ha mecido la cuna en todo este tiempo —manifiesto con dolor y decepción.

Mi abuelo suspira, le da un sorbo a su café y se centra en mí.

—Está bien, voy a contarte todo, pero también tendrás que escuchar a Meghan —me advierte. Asiento en silencio, expectante

por lo que viene. Soy consciente de que a estas alturas mi abuelo ya sabe todo lo sucedido entre Meghan y yo—. Antes de morir Lincoln me llamó y me pidió que cuidase de su nieta. Me contó lo sucedido entre vosotros tras la boda y decidí tomar partido. Tu esposa estaba embarazada, sin la medicación que había tomado durante años y el mismo día que murió Lincoln sufrió un principio de aborto. Los médicos catalogaron el embarazo de alto riesgo —confiesa y me quedo de una pieza imaginando lo que tuvo que haber pasado Meghan sola—. Debía guardar reposo y tener tranquilidad si deseaba que ese bebé saliese adelante, fue por ello por lo que le ofrecí crear un espacio especial para ella en la clínica de la doctora Coleman donde estuviese hasta que naciese el bebé. Estaría vigilada médicamente y le aseguré que tú no la encontrarías. Lo que menos necesitaba Meghan eran alteraciones y que tú aparecieses en su vida lo sería —explica—. Sé lo desesperado que estabas buscándola, lo mal que lo has pasado todo este tiempo, pero había una razón muy poderosa para actuar así, tu hija. Me vi entre la espada y la pared y me tuve que inclinar hacia el lado más débil —reconoce.

Tomo una gran bocanada de aire y suspiro, no tengo capacidad para reprocharle cómo actuó, yo en su lugar hubiese hecho lo mismo.

—¿Meghan quiso a ese bebé o fuiste tú el que la impulsó a todo con tal de tener un heredero? —le pregunto sin delicadeza alguna, en modo de reproche.

—Tu mujer amó a ese bebé desde el minuto cero —manifiesta a la defensiva—. No ha querido verte en todo este tiempo porque no sabía cómo iba a ser su reacción ni cómo le iba a afectar al bebé —revela mientras siento un gran nudo en la garganta—. Hablamos en

varias ocasiones de cómo decirte que tenías un hijo tras su nacimiento. Nunca se le pasó por la mente ocultártelo.

—Gracias —susurro, emocionado—. Una última cuestión. Mi seguridad, son unos ineptos, Stella una mente prodigiosa o tu mano estuvo por ahí. —Necesito saberlo.

—Un poco de todo. Se lo pusimos muy difícil a tu equipo, pero hace unas semanas descubrieron todo. Me vi en la tesitura de chantajear a Kevin y hacer que me obedeciese a mí.

—Los he despedido a todos —manifiesto con calma—. Por tu culpa —añado.

—No te han fallado en todos estos años. Le aseguré a Kevin que llegado el momento hablaría contigo y asumiría todo.

Asiento y tomo una gran bocanada de aire.

—Pues llámalo y dile que ya sé todo lo que tengo que saber y que vuelvan a sus puestos —le ordeno cabizbajo.

Mi abuelo me dedica una sonrisa forzada y se termina el café bajo mi atenta mirada. No sé cómo manejar esta nueva situación en mi vida, lo único que sé es que no puedo hacerlo como estoy acostumbrado a actuar desde siempre, imponiendo mi voluntad, reconozco. No sé en qué punto nos encontramos Meghan y yo y esto me hace sentir mucho miedo. Al menos no me ha rechazado ni me ha prohibido que me acerque a nuestra hija, y eso ya es algo.

Mi padre aparece en la cafetería y nos tomamos algo juntos.

—¿Qué tal te sientes al ser padre? —pregunta de golpe.

—Supongo que igual que tú al ser abuelo. Ha sido una noticia que ambos hemos recibido de golpe. Aún la digiero, pero desde ya te digo que daría mi vida sin pensarlo por mi hija. ¿De verdad está bien? —me intereso, preocupado tras saber que mi esposa tuvo un

embarazo de riesgo—. Meghan estuvo con su tratamiento hasta que supo del embarazo.

—Mi nieta —pronuncia estas palabras con orgullo—, está sana. Ha nacido con un buen peso y por lo que me acaban de decir antes de bajar, ha cogido muy bien el pecho de su madre. Tiene toda la pinta de ser muy comilona.

—¡Qué bien! —exclamo con tranquilidad.

—Ahora a ver cómo le explicamos a tu madre que es abuela sin que monte un gran revuelo —manifiesta mi padre un poco agobiado —. De verdad, que no entiendo nada de esto. ¿Me lo explicáis? Tú no sabías que tu mujer estaba embarazada, y tú —se dirige a mi abuelo—, lo sabías todo.

Mi abuelo toma la palabra y le cuenta todo a mi padre, aunque intuyo que solo quiere saber nuestra versión. Debe de haber leído los expedientes médicos de Meghan y estará al tanto de todo.

Nos centramos de nuevo en mi madre, cuando reciba la noticia y me llevo las manos a la cabeza a la vez que me revuelvo el pelo. Bastante tengo encima como para lidiar con los reproches y preguntas de la abuela de mi hija.

—No se lo digamos hoy. Dejadme tener más tiempo con Meghan, ver cómo manejo todo esto porque en estos momentos siento que se me escapa de las manos —les suplico.

—¿Pretendes que llegue a casa, comparta cama con tu madre y mañana le diga que hoy he asistido el parto de nuestra primera nieta? —plantea mi padre con sorpresa.

—No sé… papá —susurro, agobiado—. En estos momentos no estoy preparado para tener a mamá por aquí. Meghan necesita tranquilidad y ni siquiera sé cómo irá todo entre nosotros.

—Me iré a hacer una guardia al hospital y mañana cuando llegue ya tu madre estará en el club —relata—. Pero no lo pienso retrasar más. No puedo mirarla a los ojos y no decirle que hoy he vivido la mejor experiencia de mi carrera trayendo a mi nieta al mundo y salvándole la vida a su madre.

—Gracias. —Abrazo a mi padre y le agradezco esta tregua.

Han transcurrido un par de horas desde que abandoné la habitación de Meghan y de mi hija y no sé si sea prudente volver tan pronto, pero no me aguanto las ganas y decido subir a verlas. Las encuentro en compañía de Callie, Stella y la doctora Coleman.

—¿Puedo pasar? —pregunto sin rebasar el marco de la puerta.

—Sí —responde Meghan con una mirada amable. La doctora Coleman tiene a mi hija en brazos y susurra:

—Es perfecta y preciosa.

La tensión se puede cortar en el ambiente con un cuchillo, las tres mujeres me miran en silencio y siento que no soy bien recibido, pero me da igual. Solo me interesan Meghan y mi hija.

—Bueno, esta bebé debe volver a los brazos de su madre. Tengo que trabajar y esta noche estaré de guardia para lo que necesites, Meghan —manifiesta la doctora Coleman. Se marcha de la habitación y espero que Stella y Callie hagan lo mismo, pero no se mueven de allí. Creo que esperan que lo haga yo, pero están muy equivocadas. No me pienso marchar a menos que mi mujer me lo pida.

—¿Has pensado algún nombre? —susurro mirando la estampa tan maravillosa con la que se deleitan mis ojos. Meghan acunando a nuestra hija en sus brazos con un brillo tan especial de felicidad en

sus ojos que me hacen sentir un gran nudo de emoción en la garganta.

—Me gustaría que se llamase Alice, como mi abuela —revela Meghan.

—Alice me parece un nombre precioso —manifiesto observando a mi hija dormida en los brazos de su madre.

Meghan me dedica una sonrisa de agradecimiento y asiente en silencio. Cuando pasados unos minutos sigo sintiendo las miradas escrutadoras de Callie y Stella en cada movimiento que hago estallo:

—¿Sería posible tener un momento de intimidad con mi mujer y mi hija? —pregunto a ambas exasperado.

—No creo que Meghan… —comienza a decir Stella.

—Chicas, estaré bien —susurra Meghan y sus amigas la miran como si tuviese dos cabezas.

—¿Estás segura? —pregunta Stella con interés.

—Sí —responde Meghan de inmediato dedicándoles una sonrisa con calma. Algo que me hace hinchar el pecho de emoción. Siento que, al menos, confía un poco en mí.

Las amigas de mi esposa nos dejan solos, pero advierto que no cierran la puerta del todo y no puedo evitar que una tímida sonrisa aparezca en mis labios, aunque las entiendo y me gusta que sean así de protectoras con Meghan.

Una vez a solas nuestras miradas se encuentran y nos limitamos a mirar a nuestra hija en silencio.

—Es una belleza, como su madre —susurro admirando a mi hija.

—¿Qué sientes al ser padre? —la pregunta de Meghan me coge por sorpresa.

Capítulo 40
Meghan

Con el corazón bombeándome con fuerza espero la respuesta de Connor, que me mira con atención y lo siento tragar con dificultad.

—Es una sensación indescriptible —revela con emoción en su voz y la mirada clavada en su hija—. Nunca me había pasado el hecho de sentir este amor infinito por alguien apenas aparecer en mi vida. Siento una emoción que me desborda, un afán de protección descomunal y una necesidad de estar siempre cerca de mi hija que me sorprende. Nunca había sentido nada igual.

—No querías tener hijos —manifiesto con la voz ronca de la emoción que me han causado sus palabras, pero recuerdo cuando Jordan me contó que Connor se negaba a casarse y tener hijos porque no se sentía preparado.

—Ahora comprendo lo equivocado que estaba —me indica mirando a nuestra hija. Observo sus ojos brillantes y siento que sus palabras son reales. Se hace un silencio entre nosotros, cruzamos nuestras miradas y susurra—: No estaba equivocado solo en eso, también con respecto a muchas cosas. Estos meses, alejado de ti, buscándote, han sido un gran aprendizaje.

—Podrás verla siempre que lo desees. Es tu hija. Nunca impediré que ejerzas de padre y dejes de demostrarle tu amor. Te creo, y puedo sentir que la amas —le dejo patente.

Connor toma una gran bocanada de aire y pregunta:

—¿Cómo estás, Meghan? Te juro que es lo único que me importa en estos momentos —susurra mirándome con atención—. Sé que te hice mucho daño.

—Nunca he sido tan feliz —murmuro con mi hija en brazos—. Pero supongo que tu pregunta se refiere a si estoy capacitada mentalmente para ejercer de madre —suelto de golpe sin mala intención alguna, Connor me mira serio y le aclaro—: Es lógico que lo pienses, llevo meses ingresada en una clínica psiquiátrica. Pero no estaba aquí por mi estado de salud, bueno, sí… es complicado.

—Mi abuelo me lo ha explicado —revela Connor—. ¿Cómo te sientes con mi presencia? —reformula la pregunta y sé dónde quiere llegar. Pero no estoy preparada para mantener esta conversación ahora.

—Estoy comprobando que no me molestas demasiado —le indico en tono de broma, sonriente y nerviosa.

—Entonces vamos por buen camino —susurra, serio. Carraspeo y de inmediato dice—: Por el bien de nuestra hija. Con sus padres cerca.

—Sí —respondo de forma escueta. Dirijo la atención hacia mi hija ya que los penetrantes ojos grises de Connor me tienen el corazón acelerado.

Alice vuelve a demandar que la alimente y le digo a su padre:

—Quiere comer.

—Eh… vale, me marcho —contesta algo nervioso, alejándose de nuestro lado para abandonar la habitación.

—Puedes quedarte —le propongo y él me mira con sorpresa y una amplia sonrisa en su boca—. Eres su padre, no puedo privarte de verla comer. Y amamantar a un hijo es un acto natural.

—Gracias —susurra Connor con voz ronca, emocionado.

Mientras coloco a Alice en mi pecho como me ha explicado la enfermera siento a Connor atento a mí en todo momento.

—Aún tengo poca leche, la doctora me ha dicho que en un rato me darían un biberón para ella —le explico.

Al cabo de unos minutos entra una enfermera y nos trae un biberón pequeño para la bebé. Lo deja encima de la mesita de noche y se marcha. Nuevamente nos quedamos a solas Connor y yo.

—Creo que le voy a dar el biberón —susurro al ver que mi pobre hija no saca apenas leche.

Connor me lo entrega y siento en su mirada las ganas de coger a su hija y alimentarla.

—¿Quieres hacerlo tú? —le propongo.

—Yo… eh… no —lo dice poco convencido.

—Coge a Alice. —Le alzo a nuestra hija y Connor la recibe en sus brazos, se sienta en un sillón cercano a mí y le dedica una sonrisa a nuestra pequeña.

El padre de mi hija le comienza a dar el biberón de forma inexperta, pero lo va controlando poco a poco.

Bajo nuestra atenta mirada Alice se toma todo el contenido. Siento que mi corazón se desborda de felicidad al ver a Connor ejercer de padre. Lo he imaginado tanto en estos meses que tenerlo ante mis ojos con nuestra hija y observar el brillo de sus ojos me aceleran el corazón de una forma descontrolada.

—Se lo ha comido todo —susurra Connor con emoción.

Suspiro, me acomodo un poco en la cama y me permito cerrar los ojos por unos segundos.

—¿Estás cansada? Puedo encargarme de nuestra hija. Duerme todo lo que necesites. Tras traerla al mundo debes de estar agotada —me ofrece Connor y me quedo callada—. Si no estás cómoda con mi presencia para descansar me puedo marchar —dice al instante.

—Preferiría que esta noche la pasen aquí Stella y Callie —susurro, algo apurada.

—Será como tú quieras —contesta de inmediato de forma tan gentil que me hace preguntarme dónde está el Connor Merrill que solo daba órdenes y siempre pasaba por encima de los demás.

El padre de mi hija la deja en su cuna dormida, la arropa con delicadeza y dice:

—Volveré mañana si no tienes inconveniente. —Lo siento nervioso y distante. Se retuerce las manos y no se acerca demasiado a mí.

—No voy a marcharme a ningún lado, Connor. —Lo tranquilizo. Entiendo que piense que igual no ve a su hija más, pero también sé que no va a perderme la pista nunca más. Ya debe de tener a un ejército de seguridad rodeando el edificio entero.

—Hasta mañana, que descanses —se despide.

—Gracias.

Connor abandona la habitación y doy un profundo suspiro. Mis amigas vuelven a entrar y preguntan:

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien. No se le da mal ser padre —comento con una sonrisa.

—Bueno, espero que descubra que a un hijo no se puede comprar con todo su dinero y deberá estar ahí en todos los momentos —deja caer Stella un poco a la defensiva.

—Connor será un buen padre —manifiesto, estoy segura de ello.

—Que sea un completo cabrón con las mujeres no quiere decir que lo sea con su hija —apostilla Stella.

Callie le propina a Stella un codazo por su comentario y yo, que me siento muy cansada, les indico:

—Voy a dormir. Estoy muy cansada. Encargaos de Alice.

—Sus tías la van a cuidar muy bien. Nosotras nos velaremos el sueño de nuestra sobrina esta noche.

A la mañana siguiente cuando despierto y observo a mi hija a mi lado en su cuna sé que es el mejor despertar de mi vida. Stella y Callie están dormidas en el sofá y yo me dedico a admirar a mi pequeña en calma. Mi bebé parece que me siente, abre los ojos y comienza a llorar. Debe de tener hambre. Callie se incorpora, se levanta, la coge y me la entrega. La coloco en mi pecho y comienzo a darle de comer.

Tocan a la puerta y son Jordan y su hijo. El padre de Connor se interesa en cómo he pasado la noche junto con mi bebé y ambos cogen a la niña por turnos. Mis amigas se marchan a descansar y cuando ellas salen observo que Connor entra en la habitación y aprecio que lleva la misma ropa del día anterior, está arrugada y su aspecto es desaliñado.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa—. ¿Ha sido buena la noche? —pregunta con interés.

—He descansado y Alice se ha portado muy bien. No la he escuchado. Sus tías se han encargado de ella.

—Me alegro —susurra Connor acercándose a su hija, ahora en los brazos de su bisabuelo.

—Hijo, puedes irte a descansar. Me quedo aquí con Meghan y la bebé —le dice el padre de Connor.

—¿Has pasado la noche aquí? —pregunto con sorpresa.

—Sí. En una silla en el pasillo —se adelanta en contestar Jordan —. El muy cabezota no se quiso marchar a casa. Quería estar cerca por si en la primera noche algo no iba bien.

—¿Has estado ahí toda la noche? —pregunto con pena.

—No quería dejaros solas. Yo siempre voy a estar para protegeros, a las dos —especifica y sus palabras logran humedecer mis ojos.

Connor me mira de una forma tan intensa que todo el vello de mi cuerpo se me eriza.

—Meghan, me temo que tendrás que recibir el nuevo año en el hospital—dice el abuelo de mi hija con su tono profesional de médico.

—No pasa nada —contesto—. Mi mejor regalo es tener a mi hija sana junto a mí. Tampoco tenía pensado hacer nada especial —bromeo y siento como Connor me sonríe.

—Tengo que decirle al resto de la familia que he sido padre —me indica Connor algo apurado.

Yo asiento y le sonrío.

—La llegada de Alice es una noticia bonita.

—No quiero que mi madre y mi hermana te agobien con visitas y preguntas —comenta un poco seco.

—Es lógico que quieran conocer a la bebé —replico.

—Podemos concretar que conozcan a Alice cuando salga del hospital. Noemi seguro que está muy liada con la fiesta de fin de año —propone Jordan y el padre de Connor asiente.

Capítulo 41
Connor

Mi padre y mi abuelo se marchan y me quedo a solas con mi mujer y mi hija. Permanezco en silencio al mismo tiempo que mi mente grita: Connor, cállate. Tienes que darle tiempo a Meghan. No puedes aparecer en su vida tras lo sucedido e ir imponiendo tu voluntad, pero no es mi naturaleza ser paciente y esperar a que las cosas lleguen por sí mismas. Siempre he luchado por lo que he querido y he resultado ganador.

Armado de paciencia y tratando de ser sutil me atrevo a preguntar:

—Meghan, ¿qué planes tienes cuando salgas de aquí? —Estamos solos y no puedo desaprovechar la ocasión. En unos días les darán el alta y necesito saber qué va a pasar.

—Voy a vivir en la casa de mi abuelo. En estos meses la he reformado por completo. Está lista y acondicionada para recibir a Alice —revela mientras asiento en silencio. Fui un iluso al pensar en algún momento que me había incluido en sus planes. Al menos sé dónde van a estar ella y mi hija y cuento con que me dijo que nunca me iba a negar que la viese. Espero que me abra la puerta de su casa.

—No quiero abrumarte, pero hoy le diré a mi madre que ha sido abuela. Mi padre se encargará de retenerla en casa y que conozca a su nieta cuando estéis instaladas —le confirmo, es en lo que he quedado con mi padre cuando nos hemos despedido en el pasillo—.

Nunca les dije a mis padres que estábamos separados —confieso—. Les mentí diciéndoles que estabas mal tras el accidente y trabajando mucho con la nueva colección de Clarkson —le aclaro.

—También tengo que decirles a mis padres que han sido abuelos —susurra Meghan y la siento algo agobiada.

—¿No saben nada? —Me extraño mucho.

—No. Preferí mantenerlos alejados de todo. Tenía un embarazo de riesgo y no sabía qué podía suceder —se excusa.

—¿Quieres que hable yo con ellos? —me ofrezco de inmediato—. Les diré lo que tú quieras.

—Vamos a tener que dar muchas explicaciones de esta hija a los demás —murmura con pena—. Y tendremos que decirles a todos que estamos separados —plantea mirándome a los ojos, seria, como esperando mi reacción.

—Nunca me ha importado la gente. Eres mi mujer y Alice mi hija —zanjo el asunto de una forma seca y un poco brusca, pero no quiero que Meghan se agobie por el qué dirán—. Meghan, no me gustaría estar separado de Alice, perderme su día a día y ver cómo crece.

—Podrás visitarla siempre que quieras. Sabes dónde vamos a vivir —me ofrece de inmediato, pero no es lo que deseo. Quiero más—. ¿Sucede algo? —inquiere Meghan, mirándome con atención mientras me paseo incómodo por la habitación, tratando de dominar mis impulsos.

—Supongo que entre lo que se desea y lo que se tiene existe un gran abismo —susurro.

—¿Qué quieres, Connor? —pregunta de frente.

—Vivir con mi mujer y mi hija bajo el mismo techo, cuidaros. —Aprecio que Meghan se tensa y traga con dificultad—. No te estoy proponiendo que seamos marido y mujer —aclaro de golpe—. Solo quiero vivir con vosotras. Vas a necesitar mucha ayuda con Alice y me gustaría estar presente de una forma constante. Es mi hija —planteo mirándola esperanzado.

Meghan se queda en silencio, pensativa. Que no me haya dado una negativa rotunda me hace tener esperanzas.

—¿Dejarías tu ático y vendrías a vivir con Alice y conmigo a la casa de mi abuelo? —pregunta como si fuese algo imposible.

—Me iría al fin del mundo con vosotras —manifiesto de inmediato mientras mi corazón palpita con fuerza—. Sois mi vida entera. Además, si vivimos juntos no tenemos por qué dar explicaciones a nuestra familia. Diremos que ocultamos tu embarazo por ser de riesgo y que queríamos tranquilidad. Y, por otra parte, al vivir juntos y hacerse público que hemos sido padres no habrá ningún tipo de escándalo sobre nuestra separación en estos meses y el nacimiento de Alice. Esto no tiene porqué trascender —planteo esperanzado—. Puedes asignarme al ala más alejada de la casa si quieres, donde lo consideres oportuno y todo será cómo tú quieras —le ofrezco, desesperado.

Meghan se queda pensativa unos minutos en los cuales creo que tiene mi vida en sus manos y rezo porque acepte mi propuesta.

—¿Estás seguro de poder mantener ante los demás todo lo que me has expuesto? —pregunta, seria.

—¿A qué te refieres? —indago.

—No he sabido nada de tu vida en todo este tiempo —susurra con miedo.

Me quedo en silencio y tomo una bocanada de aire, sé a qué se refiere, pero esta es una conversación que tendremos más adelante.

—He pasado todos estos meses buscándote y sacando a Clarkson de la ruina. Te aseguro que la vida no me daba para más.

Meghan se toma unos minutos, los cuales se me hacen eternos, y finalmente dice:

—Está bien. Puedes vivir con nosotras en casa de mi abuelo si lo deseas.

Cierro los ojos y suspiro. Agradezco en silencio y me tomo unos segundos para asimilar la decisión de Meghan.

—Gracias, eres muy generosa. Os cuidaré. Te lo prometo. —En un arrebato me acerco a ella, la besaría y la abrazaría, pero me contengo, mirándola emocionado y la respiración agitada.

—¿No echarás de menos tu ático? —se interesa Meghan.

—Te aseguro que no. En estos momentos mi lugar está con mi hija, donde sea —determino.

Observo la mirada de Meghan y siento cierta pena que no sé muy bien cómo explicar. Todo entre ella y yo es tan difícil en estos momentos que no me atrevo a preguntar qué le sucede. Esperaré que sea ella quien me lo diga, por el momento tengo mucho más de lo que había soñado en estos meses. Cuando Meghan salga de la clínica viviré con ella y mi hija. Una vez ahí, solos, y cuando nos adaptemos conquistaré y enamoraré de nuevo a mi mujer. Quiero y deseo una vida con Meghan. La amo, voy a luchar por ella y porque me perdone hasta la saciedad. Si algo tengo claro es que nunca más la dejaré ir. Connor Merrill se va a convertir en un padre y en un marido ejemplar, es mi próximo gran proyecto y espero que sea el

éxito más rotundo de toda mi vida ya que me voy a dedicar en cuerpo y alma a ello.

Aprovecho que van a asear a Meghan y a la niña para ir a hablar con la doctora Coleman. Necesito saber cómo está mi esposa y cómo debo actuar con ella una vez que salgamos del hospital y nos enfrentemos a la vida diaria, ya que considero que su psiquiatra es la mejor persona para guiarme en esta situación donde me encuentro completamente a ciegas.

La doctora Coleman me recibe en su despacho y se lo agradezco pese a no tener una cita con ella y hacerme un hueco en su apretada agenda.

—Doctora, gracias por atenderme. Me gustaría hablar sobre Meghan —le adelanto.

—¿Qué pasa, señor Merrill? —pregunta con calma.

—Deseo que me diese unas pautas sobre cómo actuar con ella. Lo cierto es que me encuentro un poco perdido y no sé cómo tratarla —le explico un poco angustiado—. No me ha rechazado nada más verme y fue algo que me sorprendió y agradezco. No esperaba en ella una actitud tan conciliadora.

—Meghan me ha sorprendido durante todo este tiempo sin medicación. Ha estado aquí internada por el riesgo de su embarazo y porque decidió aislarse de todos ya que se sentía más segura porque en caso de sufrir una crisis cualquier medicación afectaría al bebé —me explica de forma profesional.

—¿Y ahora que la niña ya ha nacido? —me intereso con miedo.

—Meghan está bien. Lo que más temíamos era el momento en el que se reencontrase contigo y ha ido bien —comenta—. Han sido

muchos meses de terapia —refleja mirándome con atención.

—Hemos decidido vivir juntos cuando le den el alta con la niña —le anuncio a la doctora y me mira con sorpresa.

—Meghan tiene plena capacidad sobre sus decisiones y sus actos. No creo que vuelva a la medicación de antes —manifiesta segura de ello—. Estos meses ha tenido un avance brutal, todo lo que no logró en diez años —revela.

—Por ello estoy aquí. No quiero ser el causante de nada que le perjudique. Tengo constancia de lo que le sucedió con quince años y los traumas que le ha acarreado en todo este tiempo, y supongo que le habrá hablado de la concepción de nuestra hija.

—Lo que Meghan me cuenta en nuestras terapias es confidencial, señor Merrill —susurra de forma cortante.

—¿Y si le pido un consejo para no dañar a mi mujer? Me consta que entre usted y Meghan existe una relación más allá de paciente y médico. Estuvo en nuestra boda —le recuerdo.

La doctora se queda en silencio unos minutos, pensativa.

—Si ama a su mujer, enamórela como un hombre como usted debe de saber. Si no la quiere, deje a Meghan. Durante todos estos años ella ha sobrevivido, es hora de que comience a vivir y por fin sea feliz. Se lo merece.

—Soy un hombre completamente enamorado de su esposa —confieso sin miedos, con sumo orgullo—, que haría y daría todo lo que tiene por su felicidad. Puede que en nuestros inicios me equivocase con ella, pero en estos momentos tengo muy claro lo que quiero. Y no la voy a dejar ir de mi lado sin luchar por ella, por su perdón y nuestra felicidad.

—Buena suerte, señor Merrill.

—Gracias, doctora. Ha sido muy amable.

Quedo con mi padre en almorzar en casa y le damos la noticia de que he tenido una hija con Meghan a mi madre y a mi hermana. Ambas nos funden a preguntas a mi padre y a mí, no se creen que él no supiese nada durante todo el tiempo, hasta siento pena por él, y les dejo patente que conocerán a mi hija cuando Meghan esté instalada en casa. No quiero que hagan preguntas de porqué mi hija ha nacido en una clínica psiquiátrica.

Por la noche llamo a Meghan y ella me comunica que les ha dado la noticia a sus padres, le han prometido que viajarán lo antes posible para conocer a su nieta. Ambos hemos mantenido la misma versión con nuestras familias; no dijimos nada porque Meghan presentaba un embarazo de alto riesgo y necesitaba paz y tranquilidad.

Capítulo 42
Meghan

La doctora Coleman me visita por la tarde y me comenta que Connor ha ido a hablar con ella y le ha contado que viviremos juntos.

—Solo quiere estar cerca de su hija. No podía negarme —justifico.

—¿Cómo está todo entre vosotros como pareja? —se interesa Avery.

—No vamos a hacer vida como un matrimonio. Tendremos habitaciones separadas y viviremos bajo el mismo techo por Alice —revelo con un tono de voz apagado—. Después de todo tenemos un contrato firmado y seguimos casados —justifico—. Que Connor viva en su ático solo avivaría rumores de separación y suscitaría conjeturas sobre el nacimiento de Alice. De esta forma lo evitaríamos.

—¿Estás preparada para tenerlo tan cerca? —pregunta la doctora Coleman con el ceño fruncido.

—Es lo que quiero comprobar. Tenemos una hija en común y es un lazo que siempre nos unirá.

—Espero que salga bien —susurra la doctora.

—Necesito tener la seguridad de que mi hija va a tener un buen padre, y deseo estar cerca para comprobarlo.

—Algo me dice que Merrill será un buen padre y un buen marido —murmura Avery con un guiño de ojo antes de marcharse,

desearme un feliz año y darme un beso. La doctora pasará la noche con su familia.

Jordan me prometió desde hacía tiempo que pasaría la noche de fin de año conmigo en el hospital, en realidad Alice debía de nacer en enero, pero se adelantó un par de semanas. Callie y Stella me visitan al final de la tarde y se marchan cuando Jordan aparece para recibir el nuevo año junto a mí. A mis amigas les cuesta dejarme con el abuelo de Connor, pero las obligo a que se vayan a la gran fiesta que acudimos todos los años.

—Gracias, Jordan, por estar aquí —susurro con mi hija en brazos una vez que estamos solos.

—No se me ocurre un lugar mejor —declara con los ojos posados en su bisnieta.

Unos toques en la puerta nos distraen y Connor asoma la cabeza y pregunta con una sonrisa maravillosa en su boca:

—¿Puedo recibir el año a vuestro lado?

Mi corazón da un vuelco, esbozo una sonrisa y manifiesto:

—Por supuesto.

—Menos mal, porque me he tomado muchas molestias —aclara, abre la puerta del todo y lo observo entrar con globos, flores y detrás de él dos personas con comida.

Le indica a los dos hombres dónde colocar todo. En un momento montan una mesa con tres sillas en medio de la habitación, la decoran y dejan los platos de comida sobre la mesa bajo mi atenta mirada. Luego Connor coloca los globos y coge un gran ramo de rosas y camina hacia mí.

—No había tenido ocasión de agradecerte que me hayas dado lo más increíble e importante de mi vida —me indica con los ojos posados en su hija. Está dormida en mis brazos.

Admiro el gran ramo de rosas blancas. ¿Cuántas veces me imaginé a Connor así? Detallista y mirándome con el brillo tan especial que tiene en sus ojos.

—Gracias —susurro con los ojos posados en las flores mientras él la coloca en una mesa cerca—. Son preciosas.

Connor me decida una sonrisa que me desarma por completo.

Se ofrece para dejar a su hija en la cuna y nos insta a su abuelo y a mí a que nos sentemos en la mesa y comamos algo. Lo cierto es que huele de maravilla.

Mi marido se acerca y me pregunta:

—¿Te ayudo? —Con los puntos de la cesárea me cuesta incorporarme sola. Asiento y me extiende su mano. La agarro y al sentir el contacto de la piel de Connor sobre la mía una fuerte corriente eléctrica me recorre la columna vertebral. Es el primer contacto que tenemos tan cercano. Creo que él siente mi estremecimiento cuando me toma de la mano, me sonríe y me ayuda a llegar hasta la mesa. De forma gentil me coloca la bata y cuando lo siento detrás se me erizan los pelos de la nuca.

Cenamos y mientras Connor le comunica a su abuelo que vamos a vivir juntos. Jordan nos mira sonriente y lo aprueba.

Antes del cambio de año mi hija llora y vuelvo a la cama con ella para darle un biberón, aún no tengo mucha leche y voy intercambiando con el pecho. Tenemos la televisión puesta cuando comienza la cuenta atrás y Connor me mira sonriente y con un brillo

especial en sus ojos. Aplauden el nuevo año, Jordan abraza a su nieto y luego lo hace conmigo.

El padre de mi hija se acerca y me pregunta:

—¿Puedo desearte un feliz año? —Siento que lo hace con miedo.

—Sí —musito mientras mi corazón se acelera.

Connor se acerca y me da un beso en la mejilla que consigue estremecerme. Se retira de inmediato y me susurra:

—Espero que este nuevo año sea maravilloso para todos.

Jordan me siente cansada y se marcha con Connor. Me quedo con la enfermera que me cuida a mi hija y a mí cuando no hay nadie cerca de la familia.

Al día siguiente, Stella y Callie me ayudan a vestirme y me sienten nerviosa. Por fin me han dado el alta. Voy a salir de esta habitación tras meses encerrada en ella y voy a convivir con Connor y nuestra hija. Desde que llegamos al acuerdo llevo dos noches sin dormir, pero no se lo he dicho a nadie.

—¿Estás segura? —pregunta Callie sentada a mi lado. Stella me mira con atención. Mis amigas no aprueban que vaya a compartir espacio con Connor.

—Sí. Solo vamos a vivir juntos, por la niña. No hemos hablado nada sobre nosotros como pareja —les comento.

—¡¿Pero tú no odias a ese tío después de lo que te hizo?! —me espeta Stella, perdiendo un poco la paciencia. Sin comprender mi decisión.

—Me ha llevado muchos meses de terapia, pero no. No lo odio. Me causó una gran decepción y me dolió muchísimo cómo sucedió todo entre nosotros —explico con calma.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar entre vosotros? —se interesa Stella.

—Somos los padres de Alice. Creo que ambos queremos que ella sea feliz.

—Ya. ¿Y si Connor quiere que sigas siendo su mujer en todos los sentidos de la palabra? —se atreve a preguntar Stella.

—¿Tú te crees que a un hombre como Connor le puede interesar una mujer como yo, con mis miedos? Puede que me proponga que sigamos siendo marido y mujer de cara a los demás y convivamos juntos por nuestra hija, pero de ahí a ser una pareja de verdad…

—Igual intenta enamorarte —aventura Callie.

—Connor no es de esos hombres, ya me lo dijo una vez. Además, creo que está demasiado acostumbrado a que las mujeres se le ofrezcan en bandeja como para perder su tiempo con alguien como yo.

Stella mira a Callie y ambas suspiran. Una enfermera entra en la habitación con mi hija recién bañada y lista para marcharnos y de inmediato centramos toda la atención en ella. Luego Jordan, Connor y su padre aparecen en la habitación y anuncian:

—Todo listo. Nos podemos marchar a casa —dice el abuelo de mi hija.

La doctora Coleman y la doctora Taylor se despiden de mí, aunque las seguiré viendo como médicas y amigas.

—¿Puedes cogerla tú? —le ofrezco a Connor mirando a nuestra hija. Con los puntos de la cesárea no me atrevo a caminar con ella en brazos.

—Por supuesto.

Mi marido se encarga de la bebé y Jordan me ofrece su brazo para que me apoye en él.

Cuando llegamos al coche de Connor descubro que está acondicionado para nuestra hija y, para mi sorpresa, él se coloca al volante. Se despide de su padre y escucho que le dice:

—Aguanta a mamá y a Violet hasta mañana, por favor.

Jordan se monta en el coche con Stella y Callie y nos siguen. Mis amigas no me van a dejar llegar sola a casa de mi abuelo con Connor. Sé que estarán ahí para ver que todo vaya bien entre nosotros.

De camino a la que será mi casa y la de Connor de ahora en adelante voy nerviosa sentada al lado de mi hija. Será la primera vez que entre en la casa de mi abuelo desde que él murió y estoy expectante por comprobar cómo han quedado las reformas que he estado haciendo estos meses desde la distancia. La he supervisado y visto por fotos, pero no puedo dejar de estar impaciente por verlo.

Me bajo del coche y Connor se encarga de nuevo de nuestra hija. Jordan, Callie y Stella ya se encuentran en la entrada de la casa. Mis amigas vienen hasta mí y me abrazan, creo que ambas saben bien lo que supone para mí volver a este lugar sin mi abuelo. Entramos juntas, de la mano, hasta el salón, admiro las reformas y, pese a ello, no puedo dejar de buscar a mi abuelo. Siento una gran emoción en el pecho, sé que se sentiría muy orgulloso de mí y que estaría encantado con mi hija.

Mis amigas me animan a sentarme y cuando aparecen Cora y Easton para saludarme me llevo una gran alegría. Me fundo en un gran abrazo con ellos y Connor anuncia:

—Quisieron venir conmigo. Si te parece bien se quedarán con nosotros.

—Por favor, Meghan —susurra Cora.

—Por supuesto, sois bienvenidos. Creo que con Alice voy a necesitar mucha ayuda.

—Gracias —responden ambos a la vez y les dedico una amplia sonrisa.

—A vosotros. Tras la muerte de mi abuelo el personal de esta casa de toda la vida decidió jubilarse. Tener a personas de confianza cerca siempre es bienvenido —manifiesto encantada y aliviada de tenerlos cerca.

—Las reformas han quedado muy bien —aprecia Jordan paseando la mirada por el salón.

—Quiero ver la habitación de Alice —digo dirigiéndome hacia las escaleras. La casa cuenta con siete habitaciones y ocho baños en la planta superior.

—Es preciosa —comenta de golpe Connor.

—¿Ya has estado aquí? —le pregunto con sorpresa.

Él se queda callado de golpe.

—Eh… sí. Lo siento, pero quería comprobar el sistema de seguridad con mi equipo y ver las prestaciones de la casa para trasladarme aquí a vivir.

—El sistema de seguridad lo llevo yo —dice de pronto Stella—. Y creo que has comprobado que es mejor que el tuyo —apostilla mirando a Connor. La rivalidad entre ambos se palpa en el ambiente.

Le dirijo una mirada a Stella advirtiéndole que no quiero una guerra entre ella y Connor. Mi amiga se calla y le respondo al padre de mi hija:

—Espero que la casa cumpla con tus exigencias, pero si no vas a estar cómodo siempre puedes volver a tu ático.

—Está todo muy bien —susurra de buen grado—. Se encuentra en buena zona, tiene un gran jardín y piscina, y terreno por si queremos ampliar la casa en un futuro.

Cuando habla del futuro me quedo seria. No sé qué clase de futuro tengamos juntos.

Llegamos a la habitación de mi hija, que es la mía desde siempre en esta casa, y me emociono al ver lo increíble que ha quedado. Connor coloca a nuestra bebé en su cuna y ambos la admiramos. Dormida plácidamente y arropada parece una princesa con todo a su alrededor en tonos rosa y blanco.

Un incómodo silencio se hace en la estancia cuando Connor, Stella, Callie y Jordan nos miramos. Creo que ninguno sabemos qué decir ni qué hacer.

—¿Vamos a ver tu habitación? —propone Callie. Asiento y le indico a Connor y a su abuelo:

—¿Os quedáis con ella? —Ambos aceptan de inmediato mientras que salgo de la habitación con mis amigas.

Entro en mi nuevo cuarto en esta casa y lo admiro con lágrimas en los ojos. Es mucho más bonito y espacioso que en las fotos, además, está conectado con el cuarto de mi hija con una puerta.

Cuando Callie entra en mi nuevo vestidor da un grito y se lleva las manos a la boca.

—Joder, es enorme. Me encanta. Algún día tendré uno así —susurra.

—¿Y dónde va a dormir Merrill? —se interesa Stella.

—¿Le vas a poner cámaras? —bromea Callie.

—No lo sé. Solo he conservado la habitación de mi abuelo. El resto las he remodelado todas. Que escoja la que más le guste —

contesto con indiferencia.

—Con lo exquisito que es en dos días estará disponiendo una reforma para sus aposentos —murmura Stella.

La reprendo con una mirada y suspiro.

Despido a mis amigas. Ambas me ofrecen quedarse esta noche, pero le aseguro que estaré bien. Jordan se queda a almorzar con nosotros y agradezco su compañía hasta mitad de la tarde, cuando se marcha y Connor y yo nos quedamos a solas.

Estamos en el salón, tengo a nuestra hija en brazos y él me mira embobado. Carraspea un poco y dice:

—Perdón, es que juntas formáis una imagen preciosa que acapara toda mi atención.

—Creo que es hora de ir a la cama —susurro con mi hija dormida.

—Yo la llevo. —Connor coge a Alice de mis brazos, la sostiene con uno y me tiende la mano para ayudarme a levantarme del sofá. Me la quedo mirando por unos segundos y finalmente se la tomo. Al rozar su piel caliente con la mía helada siento una fuerte corriente eléctrica por todo el cuerpo. Percibo que Connor lo nota, pero solo nos miramos a los ojos en silencio.

Camino sin ayuda hasta las escaleras y subimos callados. Connor acuesta a nuestra hija mientras, unos pasos por detrás de él, lo admiro embobada en su faceta de padre. Mis ojos se humedecen cuando se inclina sobre Alice y le da un tierno beso. Se gira, me mira con atención y comenta:

—Me encargaré yo de la pequeña cuando llore y te la llevaré para que le des de comer. Creo que con los puntos de la cesárea te costará más atender a Alice. —Me quedo pensativa unos segundos. No había caído en ello. Las noches que pasé en el hospital siempre

estuve acompañada por mis amigas o la enfermera—. También podemos contratar a alguien o que se encargue Cora. Lo que consideres mejor —propone.

—No. Está bien así. No quiero que nadie se encargue de mi hija. La criaré yo. Mi madre nunca estuvo a mi lado, siempre delegó en otras personas, y es algo que siempre dije que no haría si llegaba a tener hijos.

—Me parece muy bien. Te ayudaré en todo lo que me necesites —se ofrece de forma gentil y amable—. Escogí la habitación que está al lado de la de Alice —manifiesta Connor—. Así la escucharé mejor y también puse las cámaras de vigilancia en nuestras habitaciones, así ambos la tenemos controlada en todo momento.

—Gracias.

Me doy media vuelta, no soporto más la mirada limpia que me dedican sus intensos ojos grises y me marcho a mi habitación con un montón de sentimientos encontrados en mi interior. Pero no me descoloco, en estos meses he aprendido a gestionarlos con la doctora Coleman. A veces pienso que quedarme embarazada fue mi mejor terapia. Dejé la medicación que en años no había sido capaz y mis pesadillas desaparecieron por completo.

Capítulo 43
Connor

Entro en la que será mi habitación de ahora en adelante y paseo la mirada por ella. Sonrío al pensar que es el cuarto más pequeño que he tenido en mi vida, el menos lujoso y sin un gran vestidor, solo cuenta con un amplio armario, pero me siento feliz. Tener a mi hija y a Meghan bajo el mismo techo y que ambas me dejen cuidarlas es cuanto necesito en estos momentos.

Recibo una llamada de Carter, llevo dos días dándole esquinazo, y por fin lo atiendo.

—Joder, Merrill, ¿dónde te metes? ¿Te ha secuestrado alguna mujer? Llevas días sin dar señales ni aparecer por la empresa. Tu secretaria no sabe nada de ti. Y me extrañó no verte en la fiesta de fin de año del club.

—Han surgido muchas cosas en mi vida —susurro.

—Pues cuéntame —me apremia.

—He encontrado a Meghan —revelo. Carter y Elliot han sido mis confidentes todo este tiempo en el que no dejé de buscarla.

—¿Dónde estaba? —pregunta con interés.

—En Boston. En la clínica psiquiátrica de la doctora Coleman —revelo con calma.

—¿Todo este tiempo? —inquiere con miedo.

—Sí, pero no es lo que estás pensando. Bueno, sí, pero…

—Joder, Connor, suéltalo ya. ¿Qué pasa?

—Tengo una hija.

—¡¿Cómo?! —propina un grito que casi me parte el tímpano—. Pensé que siempre te cuidabas mucho en ese aspecto. ¿Estás seguro que es tuya? —inquiere con desconfianza.

—No me cabe la menor duda —contesto muy seguro.

—¿Y quién es ella? ¿Cuántos años tiene la niña? —pregunta de golpe.

—Mi hija nació hace cuatro días y es de Meghan.

—¡¿Qué?! —grita de nuevo y tengo que alejar el móvil de mi oído —. ¿Y no sabías nada?

—No. Ya te contaré los detalles. Ahora estoy viviendo con Meghan y mi hija en la que era la casa de su abuelo. Estaré un tiempo alejado de los negocios.

—¿Está todo bien entre vosotros? —se interesa, sorprendido.

—No en la forma en la que me gustaría, pero, al menos, tolera mi presencia, que ya es algo, y me permite estar cerca.

—Joder, tío… No sé ni qué decir. Me acabas de dejar sin palabras. Tienes una hija con Meghan, ¡qué fuerte!

—Sé discreto por ahora —le pido.

—Sí, claro, no te preocupes.

—Elliot no sabe nada, se lo puedes decir, pero que no salga de vosotros —le advierto.

—Vale.

Cuelgo la llamada con Carter, me siento en la cama y suspiro al mismo tiempo que cierro los ojos. Hace días que no duermo ni descanso en condiciones.

Escucho a mi hija llorar a través del monitor y descubro que me quedé dormido sobre la cama tras colgar la llamada con mi amigo. Voy al cuarto de Alice, la cojo y entro con cuidado en la habitación

de su madre. Meghan está profundamente dormida, la admiro y cuando nuestra hija vuelve a protestar en mis brazos ella abre los ojos y me ve.

—Alice quiere comer —susurro.

Meghan se sienta en la cama y le entrego a nuestra hija. No sé si quedarme ahí o marcharme. Ella siente mi indecisión y dice:

—Puedes quedarte o te aviso cuando termine con ella para que la lleves a la cuna.

Sin pensármelo me siento en la cama junto a Meghan y la niña. Las observo en silencio y me siento el hombre más afortunado de la tierra por poder compartir con ambas este momento.

El resto de la noche apenas duermo mucho más. Alice demanda comer un par de veces más y se la llevo a su madre. Siento a Meghan agotada, creo que la pequeña llora tanto porque no se sacia con el pecho. En el hospital nos dijeron que podíamos darle biberón y al amanecer decido llamar a mi padre y que me explique cómo le hago un biberón a mi hija. Se lo doy y Alice cae rendida. Ella y su madre duermen hasta bien entrada la mañana bajo mi atenta supervisión.

Cuando Meghan aparece en el cuarto de Alice le estoy cambiando el pañal y se queda mirándome.

—Hace mucho que no come —dice, preocupada.

—Hablé con mi padre y le he dado un biberón. Llora tanto y quiere comer cada poco porque no se sacia solo con el pecho. Aunque tienes un poco más de leche, no es suficiente para ella —le explico.

—Bien —susurra.

—Hoy vienen a comer mis padres y mi hermana. No he podido retrasar más el momento —anuncio.

—Mis padres llegan el viernes —revela Meghan con pesar—. Me temo que se quedarán todo el fin de semana en casa.

—¿Qué remedio? Es lógico que quieran conocer a su nieta —comento a modo de darle normalidad a todo este asunto.

El resto de la mañana entre Cora y yo nos encargamos de Alice mientras que Meghan se arregla y la enfermera que va a venir a diario le cura los puntos.

Mi madre y mi hermana llegan cargadas de globos y regalos. Ambas vienen en un coche y mi padre en otro ya que todo no cabía en uno solo.

Salgo a recibirlas mientras que Meghan espera a mi familia sentada en el salón con nuestra hija en brazos.

—Hijo… ¿Cómo me haces esto? —se queja de forma dramática mi madre cuando me abraza.

—Desde luego eres único dando sorpresas, hermanito —me regaña mi hermana al abrazarme.

—¡¿Dónde está mi nieta?! —pregunta mi madre al entrar en la casa.

Tras ella y mi hermana aparecen Cora, Easton y mi padre, cargados de globos y bolsas.

—¡Oh, Meghan! —Alza la voz mi madre cuando la ve. Se acerca a las mujeres de mi vida y se sienta al lado de mi esposa. Mi hermana lo hace al otro y ambas fijan la mirada en la bebé.

Mi madre coge a la niña en brazos y la llena de besos, luego lo hace mi hermana mientras mi madre nos mira a Meghan y a mí y nos dice:

—No os voy a perdonar esto. Haberme enterado así…

—Mamá… —la regaño. Mientras que siento la culpabilidad en la mirada de Meghan.

—Hijo, debiste decírnoslo. La familia siempre es un gran apoyo —insiste mi madre.

—Fue una decisión mía y de Meghan. No queríamos presión —manifiesto un poco alterado.

—Connor, ahora entiendo ese día que me llamó Cora muy preocupada por ti porque te había encontrado llorando y bebiendo en el salón de tu casa y tú no reaccionabas. ¿Era por lo mal que lo estaba pasando Meghan? Fui a tu casa, pero ella no estaba —insiste mi madre.

—Pasó algunos días en el hospital. ¿Podemos dejar el tema, mamá? —La corto de golpe.

—Vamos a centrarnos en la preciosa nieta que tenemos. Está sana y disfrutemos de ella —intercede mi padre.

Mi familia se queda en casa hasta bien entrada y tarde y cuando los despido siento un gran alivio. Mi madre es un huracán y consigue agotar a todos a su alrededor.

Capítulo 44
Meghan

Desde que la madre de Connor hizo referencia a cómo lo encontró en su ático hace meses no dejo de pensar en el episodio. Me cuesta imaginar a un hombre fuerte, duro y decidido como el padre de mi hija roto por completo. Mi abuelo me llegó a transmitir que estaba muy arrepentido de lo que sucedió entre nosotros, pero nunca lo dejé entrar en detalles, yo llevaba mi propia pena por dentro. Sin embargo, pude apreciar en el rostro de Connor el dolor y la culpabilidad cuando nos reencontramos y me suplicó perdón.

—Le limitaré a mi madre las visitas o nos volverá loco —susurra exasperado cuando vuelve al salón conmigo y su hija. Se sienta cerca y nos miramos en silencio. Aprecio que está agotado—. Meghan, yo… Creo que tenemos una conversación pendiente y no sé cuándo sea el momento de tenerla —susurra algo nervioso, retorciéndose las manos—. Lo que te hice… —musita con la cabeza gacha.

—Connor —llamo su atención para que me mire a los ojos. Sé muy bien qué le atormenta y no deseo que siga haciéndolo por más tiempo—. Lo que pasó entre nosotros fue algo consentido. Quiero que lo tengas claro. ¿Intenté pararte en algún momento? ¿Me negué a ello? —le pregunto de forma reflexiva.

—Meghan, te juro que yo no sabía lo que te pasó, creí que solo se trató de un atraco…

—No estoy preparada aún para mantener esa conversación contigo, Connor —lo corto de inmediato y él asiente tras un largo suspiro—. Solo quiero que sepas que si me hubieses obligado a algo no estarías aquí en estos momentos, sino en la cárcel —manifiesto, segura y en tono serio—. Follamos, y puede que no fuese lo que imaginé, pero no te rechacé —concluyo con la voz un poco ahogada.

Miro a Connor y aprecio la emoción en sus ojos. Varias lágrimas están a punto de brotar de ellos. Él se las enjuga y me mira con pena y culpa.

—No me lo perdonaré jamás. No te lo merecías, Meghan —musita con la voz ronca—. Escuché esa conversación y me volví loco —susurra.

—Dejemos el tema. Estoy cansada —le suplico. Me duele un poco la cabeza y necesito tiempo para hablar esto con calma con Connor.

Tengo frente a mí a un hombre roto y arrepentido al que me gustaría abrazar y consolar, pero las cosas entre nosotros están muy tensas y no sé cómo actuar con él. Supongo que debemos adaptarnos a esta nueva convivencia junto con nuestra hija.

El viernes mis padres vienen a conocer a su nieta. Pasamos un fin de semana juntos en casa y nunca he deseado tanto que mi madre vuelva a Nueva York. Me alegro de tenerla lejos. En estos días solo se ha preocupado por mi aspecto, por la cicatriz de la cesárea y por mi trabajo. Según ella debería incorporarme a Clarkson y a la vida pública de inmediato. Está muy preocupada porque se especula que tengo una grave enfermedad al no aparecer en sociedad desde mi boda.

Connor se ha comportado ante mis padres como un marido ejemplar. Siempre pendiente de mí, atento y caballeroso. Creo que mi padre y mi madre se marchan con la idea de que somos una pareja completamente enamorada.

***

En las dos siguientes semanas Connor no se mueve prácticamente de casa, se muestra atento, amable y caballeroso en todo momento. Nos dedicamos a Alice y dejamos un nosotros en un segundo plano, pese a que cuando nos miramos ambos sentimos que tenemos una conversación pendiente. En varias ocasiones he sentido que Connor se iba a atrever a sacar el tema de nuevo, pero siempre nos ha interrumpido algo. Callie y Stella nos visitan casi a menudo. Los padres de Connor han vuelto a venir y Violet nos ha visitado por su cuenta en un par de ocasiones. También han venido a conocer a Alice los dos mejores amigos del padre de mi hija. Y, por supuesto, Jordan nos visita a diario. No solo para ver a su nieta, creo que nos supervisa a Connor y a mí y cómo va todo entre nosotros.

Mi pequeña Alice me ha cambiado la vida. Es un tesoro que solo mirarla me da paz y felicidad. Para mí ella siempre es y será lo primero, algo que mi madre nunca comprenderá. Cuando le dije que pensaba dedicarme a criar a mi hija y que no me importaba lo más mínimo Clarkson por poco le da un infarto, pero por suerte Connor estaba cerca y le dejó claro que a su esposa no le hacía falta trabajar, que era tan millonario que podríamos darnos el lujo de vivir en un completo derroche a diario y aun así lo seguiría siendo.

Me gusta cuando Connor me defiende y me mira con afecto, sé que, al menos, me respeta como la madre de su hija y me da mi lugar.

Una vez solos, Cora nos ha pedido llevarse a la niña y pasar unas horas cuidándola, Connor y yo nos encontramos en el salón de la casa frente a la chimenea, llueve y hace mucho frío fuera.

—Al fin solos —susurra ante la paz que reina tras marcharse las visitas de hoy.

—Creo que les voy a restringir las visitas —musito copiándole la frase que les dedicó a su familia cuando se marcharon al conocer a Alice. Ambos estallamos en carcajadas y suspiramos. Se hace un silencio y le comento—: Llevas muchos días sin trabajar.

—Tengo muy buenos asesores que se encargan de mis empresas. Mi prioridad en estos momentos está en esta casa —revela mirándome a los ojos de una forma tan intensa que consigue que sienta una fuerte corriente eléctrica por mi espalda.

—¿Cómo conseguiste mis diseños? —pregunto con calma. Creo que ha llegado el momento de mantener esta conversación con mi marido.

—Entré en tu despacho y vi el *dossier*. Me tomé la libertad de fotografiarlo cuando vi la fecha de los diseños y que nunca habían salido al mercado, indagué en la empresa y obtuve la información de que tu abuelo nunca confió en ellos.

—¿Por qué decidiste sacar esa colección para hacer resurgir Clarkson? ¿Y por qué usaste mi imagen con inteligencia artificial para publicitar las joyas? Una vez me dijiste que tu mujer no tenía que hacer eso y me lo prohibiste —le recuerdo.

—Me equivoqué en muchas cosas de mi pasado —admite con sinceridad—. Esta fue una de ellas. Te pido perdón. Tú siempre debes de ser la imagen de Clarkson. La gente te admira, le gustas a la cámara y vendes muy bien las joyas —refleja—. Y saqué esa colección porque confío en ti —revela de frente, haciendo que el corazón me dé un vuelco por completo—. No me equivoqué, ha sido un completo éxito. Si tu abuelo lo hubiese hecho Clarkson no se hubiese ido a la ruina.

—Era una colección más moderna, se trataba de romper con su línea clásica y no se atrevió.

—¿Te ha molestado que haya sacado la colección y usado tu imagen sin tu consentimiento? —pregunta con cautela.

—Ha sido un éxito, ¿no? Es lo que importa. Debo darte la enhorabuena. Es cierto eso que se dice de que nunca pierdes —manifiesto.

—No creas. Es imposible ganar sin que otro pierda, y eso es una lección que he aprendido últimamente. A veces, cuesta vivir con el remordimiento de quién ha quedado perdedor.

—¿Qué tienes pensado ahora para Clarkson? —pregunto con interés, hace más de un mes que se lanzó la colección.

—Es tuyo.

—¡¿De verdad?! —inquiero con sorpresa. Jordan me manifestó la intención de Connor de ponerlo a mi nombre, pero ya nunca más hablamos del tema.

—Tómalo como un regalo de tu marido.

—Pero nuestro matrimonio es una falsa —susurro.

—Tenemos una hija, Meghan —me recuerda con especial interés —. Nadie puede calificar nuestro matrimonio como tal. Por cierto,

mañana voy a hacer un comunicado. Presentaré a Alice Merrill como nuestra hija y todos sabrán que ha venido al mundo. No quiero retrasarlo más por posibles especulaciones a que no sea nuestra. ¿Estás de acuerdo? —pregunta con amabilidad.

—Sí. No hay razón para ocultar a nuestra hija.

—Bien, solo quiero que estés preparada —me advierte.

—No pienso salir de esta casa —susurro.

—De eso te quería hablar —manifiesta, serio—. Mi padre recibe dentro de una semana el premio más importante de su carrera y mi madre va a dar una fiesta en casa. Me ha rogado que asistamos, pero solo iré si vas tú. Comprendo que aún sea pronto y no estés preparada.

—Vale, déjame pensarlo y hablarlo con la doctora Coleman. —Connor sabe que viene una vez a la semana y tenemos una sesión de charla privada de un par de horas.

—Bien. —Asiente, serio, mirándome a los ojos de una forma tan penetrante que me hace poner nerviosa y sentir mucho calor. Calor en mí cuando siempre estoy helada.

—Te invito a cenar —propone de golpe, tomándome por sorpresa —. No vamos a salir a ningún lado. Haremos que nos traigan la cena de donde escojas. Vamos a aprovechar que Cora está con Alice y no tenemos visitas en casa para tener un momento a solas. Creo que en estas últimas semanas apenas hemos tenido ocasión de hablar ni de dedicarnos tiempo para nosotros. Elige el restaurante —me insta con una enorme sonrisa que me desarma por completo.

—Sorpréndame, señor Merrill —lo reto devolviéndole una amplia sonrisa. No puedo pensar cuando me mira así.

Asiente, se aleja y lo escucho realizar una llamada. Vuelve al salón y dice:

—Listo. La cena llegará en cuarenta y cinco minutos. Si quieres cambiarte y nos vemos en el comedor en un rato —propone y siento que vamos a tener una cita en nuestra propia casa.

—Sí. Creo que me da tiempo a darme una ducha y a cambiarme —respondo levantándome del sofá mientras el padre de mi hija me mira sonriente, con un brillo especial en sus ojos que provoca que se me acelere el corazón.

Me dirijo a mi cuarto, me ducho y me coloco un vestido más arreglado y me maquillo un poco. Hace tanto que no me dedico tiempo que cuando me miro al espejo me sorprendo.

Cuando bajo de nuevo al salón encuentro a Connor esperándome. Lleva una camisa blanca y unos pantalones negro. Su pelo lo tiene mojado y me recibe con una copa en sus manos. Está espectacular.

—Estás guapísima, Meghan —susurra con los ojos clavados en mí. Siento cómo su mirada me repasa de arriba abajo—. La cena está servida. Easton se ha encargado de todo en el comedor —me indica haciéndome un gesto con la mano.

Pasamos a la mesa y nos encontramos con unas velas encendidas y la comida servida de forma exquisita.

—Huele de maravilla —susurro al tomar asiento. Connor, como un perfecto caballero, me ayuda y luego se sienta a la cabecera de la mesa.

—Espero que te guste todo lo que he pedido —comenta llenando mi vaso de agua.

—¡No! —casi grito cuando abro la tapadera de mi plato—. Las hamburguesas de John —susurro nada más verla—. Por favor, qué

rico. No sabes las veces que soñé con ellas estando embarazada —revelo cogiendo el pan y llevándolo a mi boca mientras me mira con atención, sonriente.

—Pensé que te gustaría —susurra.

—Ese día que me llevaste ahí me sorprendiste por completo. No lo esperaba —comento.

—En realidad te llevé para molestarte. Pensé que no te gustaría un sitio tan simple como ese ni comer comida basura pese a ser las mejores hamburguesas del mundo —confiesa.

—Para molestarme —musito mirándolo con sorpresa.

—Sí. He de confesar que hice muchas cosas para molestarte. Como las fotos que salieron con la presentadora la noche en la que firmamos el contrato y cuando esa modelo pasó de forma intencionada detrás de mí en aquella reunión. Todo estaba calculado —confiesa avergonzado—. Quería que fueses tú quien desistieses de nuestro matrimonio. De esa forma mi abuelo no me desheredaría porque yo no renunciaba.

—Vaya —carcajeo con sorpresa. Me quedo pensativa y le comento —: Te recuerdo que desistí. Quise dejar el compromiso y no me alentaste a ello. Todo lo contrario, me pusiste entre la espada y la pared, por eso decidí seguir con el trato adelante.

—Me aterró perderte —reconoce, serio, con la mirada clavada en mí—. ¿Sabes? Cuando te conocí en persona me pareciste una autentica *barbie* que solo vivía por y para ella, su exterior. Sin embargo, cuando te fui conociendo más me di cuenta de que eras real y auténtica. En ocasiones me pregunté cuántas veces habrías pasado por quirófano para ser así de bella y espectacular.

—Ninguna —respondo de inmediato.

—Lo sé.

—Claro, estoy segura de que me has investigado bien y no hay nada de mí que se te escape —comento pensando en los meses que no me encontró y a todo el personal que tendría buscándome.

—No creas. Lo más importante no puedo hacerlo. Entrar en tu mente y saber qué piensas realmente de mí —susurra con miedo.

—En este momento, que eres un hombre que se está superando. Gracias por tu sinceridad.

—De nada.

Easton nos sirve el postre y nos comemos un trozo de tarta de chocolate.

Luego, una vez que hemos terminado con la cena pasamos al salón y ahí encuentro un gran ramo de rosas rojas, es precioso. Miro a Connor sin saber a qué se deben.

—Hoy me apetecía regalarte flores. Eres una gran madre que cada día me sorprende más. Gracias por permitirme estar cerca de mi hija y de ti —dice sin más. Me acerco a las rosas, las huelo y comento:

—Son preciosas.

—Y para terminar esta velada, ¿bailarías con el padre de tu hija? —pregunta ofreciéndome la mano—. Es solo un ensayo por si aceptas venir a la fiesta que va a dar mi madre. Tendremos que bailar y comportarnos como una pareja de verdad —murmura a modo de excusa.

Me lo pienso y le extiendo mi mano. Connor aprieta un botón del mando que tenía en su bolsillo, me recibe en sus brazos y comienza a sonar la música.

Mi cuerpo se tensa cuando siento su contacto tan cerca. Su perfume inunda mis fosas nasales mientras su mirada gris se clava en la mía. Connor se acerca peligrosamente a mí, roza su nariz con la mía, un breve roce, cierro los ojos y luego siento que desvía su cabeza hacía mi cuello y aspira mi aroma, siento mi cuerpo arder y tiemblo entre sus brazos. Connor lo siente y justo termina la música. Se aleja un poco de mí y susurra:

—Creo que es hora de irnos de dormir.

—Eh… sí —contesto un poco confusa.

Capítulo 45
Connor

Una semana después

El comunicado que envié hace unos días en el que Meghan y yo anunciábamos que habíamos sido padres de una niña ha revolucionado todo nuestro alrededor. Hemos recibido miles de felicitaciones y Easton dice que mi ático está lleno de flores y regalos. Por suerte los han enviado allí ya que la gran mayoría desconocen dónde vivimos ahora, algo que agradezco.

Me coloco bien la pajarita de mi esmoquin frente al espejo y consulto la hora. Esta noche le entregan a mi padre el mayor reconocimiento de su carrera y Meghan ha aceptado acompañarme. Estoy más nervioso que en mi primera cita con catorce años. Cuando mi mujer me dijo que tras hablarlo con la doctora Coleman habían llegado a la conclusión de que estaba preparada para volver a la vida pública me dio un subidón de alegría. Le prometí que llevaríamos a seguridad siempre con nosotros y nunca tendría nada que temer.

Voy a despedirme de mi hija antes de bajar al salón para esperar a Meghan cuando me encuentro con ella en la habitación de la bebé, acunándola y dándole un beso sin importarle llevar un vestido de gala que cuesta una fortuna. Muchos diseñadores le han enviado sus diseños para que los luzca esta noche. Desde que se confirmó nuestra asistencia al evento esta casa ha sido una locura, pero no me he quejado porque he sentido a mi mujer viva de nuevo,

preparando esta salida para dar lo mejor de ella, de nosotros, ante los demás.

Reparo en el vestido color plata de pedrería que lleva Meghan, con un amplio escote de pico por delante y su espalda al descubierto. Solo luce unos discretos pendientes de la nueva colección de Clarkson junto con una pulsera llamativa de su firma de años anteriores. Lleva su pelo recogido y va maquillada de forma muy sutil. Está increíblemente guapa. El corazón me da un vuelco y siento unas ganas enormes de besarla y estrecharla entre mis brazos, pero me contengo, como llevo haciendo más de un mes desde que la encontré. No quiero hacer nada que le cause un rechazo hacia mí, deseo que se enamore de mí poco a poco. Jamás en mi vida he ido tan despacio con una mujer y esto me resulta una auténtica penitencia, pero sé que Meghan lo vale. Cada día mi amor por ella es más grande. La admiro más y la deseo como a nada en este mundo. Sueño con ella todas las noches, desnuda en mi cama, haciéndola mía una y mil veces. Creo que nunca me he dado tantas duchas frías en mi vida.

—Estás impresionante —susurro, admirándola. Mi mujer se gira y me dedica una sonrisa. Deposita a nuestra hija en la cuna, me acerco, me despido de ella y le pregunto a Meghan—: ¿Preparada?

—Sí —dice con tranquilidad.

—Si en algún momento te sientes mal o deseas volver solo tienes que decírmelo y lo haremos —le indico.

—Vamos —me alienta ella. Se acerca y me toma del brazo para mi gran sorpresa.

Bajamos las escaleras juntos mientras siento la cercanía de mi esposa y el calor de su mano sobre mi brazo me atrapa.

Una limusina nos espera en la entrada de la casa, saludo a mi chófer y me fijo que el personal de seguridad está listo. Salimos de la propiedad al mismo tiempo que no dejo de mirar a mi mujer, sentada a mi lado. Siento sus manos aferradas a la cartera sobre sus piernas con más fuerza de lo normal. Me atrevo a llevar mi mano hacia las de ella y susurrarle:

—Todo va a ir bien. Déjame a mí lidiar con los fotógrafos y reporteros. Tú dedícate a sonreír.

—Gracias —susurra en tensión.

Llegamos al auditorio donde va a recibir mi padre el premio, junto con otros médicos, y nos bajamos del coche. Ayudo a Meghan a salir de la limusina y una gran ráfaga de flashes nos ciega. Mi esposa lleva casi un año desaparecida de los medios, ha habido muchas especulaciones con respecto a ella y a su salud, las cuales espero esta noche queden todas despejadas por completo.

Tomo a Meghan de la mano con fuerza y comenzamos a caminar hasta el amplio *photocoll*, donde nos piden que posemos. Lo hacemos sonrientes y cómplices, siento a Meghan entregada a ello y me alegro. Los fotógrafos nos ruegan un beso. La miro a los ojos y le doy uno en la mejilla. Siento que mi mujer se estremece en mis brazos y maldigo por haber accedido a las peticiones, igual Meghan aún no estaba preparada para que estuviese tan cerca de ella. La tomo con fuerza por la cintura y nos adentramos alejándonos de los fotógrafos. De inmediato le pregunto:

—¿Estás bien?

—Sí. Prueba superada —susurra.

No me despego del lado de mi esposa, saludamos a mis padres, a mi hermana y a un montón de gente. Siento que le estamos robando

el protagonismo a mi padre. Meghan y yo hace tanto que no salimos juntos que somos el verdadero centro de atención para todos.

—Estáis guapísimos. Hacéis una pareja increíble —nos elogia mi hermana.

La familia nos sentamos en primera fila, le entregan a mi padre el premio y casi nos hace llorar a todos relatando la mejor experiencia de su vida; traer al mundo a su nieta. El auditorio se llena de aplausos y siento a Meghan emocionada.

Nos piden que posemos toda la familia y lo hacemos junto con el premio recibido por mi padre.

Cuando ya abandonamos el lugar para acudir a la gran fiesta que mi madre ha preparado en su casa, al montarnos en la limusina, unos fotógrafos nos piden a Meghan y a mí que posemos de nuevo. Cuando voy a negarme es ella quién toma la iniciativa, les sonríe y tira de mi brazo para que me pare. Posamos, fuerzo una sonrisa y cuando nos piden un beso y estoy a punto de negarme Meghan se acerca con una sonrisa y posa sus labios sobre los míos.

Joder, siento que me mareo y todo. Su piel, su cercanía, y su sabor. Me quedo rígido sin saber qué hacer, dejando que ella marque el ritmo. No profundiza el beso, dejándome con ganas de más, con el corazón acelerado y mi polla dura. Merrill, contrólate, me grito.

Subimos a la limusina y cuando estamos solos cierro los ojos y tomo una gran bocanada de aire. Tengo que alejar de mi mente lo que acaba de suceder con Meghan y lo que acabo de sentir, de lo contrario me tumbaré sobre ella y le haré el amor aquí mismo.

Hacemos todo el camino en silencio hasta casa de mis padres, no quiero ni mirar a Meghan por miedo a perder el control. Saco mi teléfono y simulo que voy atento a este. Llegamos a casa de mis

padres y siento que me quiero ir ya. No me pienso despegar del lado de mi mujer, sin embargo, es una completa tortura tenerla tan cerca y no poder tocarla y besarla como deseo.

—Si en algún momento no te sientes bien, solo tienes que decírmelo y nos marchamos —susurro en su oído cuando ponemos un pie en la carpa que mi madre ha montado en el jardín.

—¿Por qué no iba a sentirme bien? Son todos amigos de tu familia y no hay prensa —especifica.

—La última vez que estuviste aquí fue el día de nuestra boda —le recuerdo con miedo.

—No tengo un mal recuerdo de nuestro enlace. Considero que fue precioso. Más de lo que nunca imaginé —comenta con aire resuelto. Trago con dificultad y me quedo en silencio, incómodo.

Durante la velada hago acopio de toda mi fuerza de voluntad ejerciendo de un marido atento, pero sin tocarla demasiado porque no respondo de mis impulsos y mis ganas.

—¿Nos podemos marchar ya? —le propongo a Meghan. La siento integrada en la fiesta, con mi familia y los amigos de mis padres. Pero desde que me ha besado, un simple roce con sus labios, tengo cierta incomodidad que necesito solucionar. Sé que llevo demasiado tiempo sin sexo en mi vida, pero es que solo la deseo a ella, mi mujer.

—Eh… sí. Si quieres, sí —responde Meghan.

Asiento, nos despedimos de mi familia y nos vamos. De camino a casa ella me pregunta:

—¿Te sucede algo? —Siento su mirada sobre mí y tengo que pedir clemencia. Mis ojos se fijan en sus preciosos labios que me gustarían devorar en estos momentos.

—No. Solo estoy cansado y me duele un poco la cabeza —pongo como excusa.

Meghan asiente en silencio y no decimos nada más. Yo cierro los ojos y rezo por llegar cuanto antes a casa y no seguir percibiendo su olor, ese olor que me vuelve loco.

Cuando pongo un pie en casa me disculpo con Meghan y subo con prisa a mi habitación. Me tumbo en la cama y suspiro. Trato de relajarme y que desaparezca toda la tensión acumulada en mi cuerpo desde que me besó. Comienzo a plantearme si debí besarla en otra ocasión durante la noche para comprobar su respuesta, pero no tenía dominio sobre mí mismo.

Quién te ha visto y quién te ve, Connor Merrill. Susurro en voz alta en una especie de lamento.

Me recuerdo que apenas ha pasado un mes y medio desde que Meghan y yo nos hemos reencontrado, aún tenemos una conversación pendiente y necesito que ella confíe en mí.

Capítulo 46
Connor

En mis empresas han surgido algunos contratiempos en mi ausencia y tomo la decisión de incorporarme de nuevo, pero me obligo a tener un horario flexible para estar más tiempo con mi familia. Voy a ir a mi despacho por las mañanas e intentaré que solo sean cuatro días a la semana. Mi prioridad es recuperar por completo a mi mujer y que mi hija pase tiempo con su padre.

Recibo la llamada de mi madre mientras trabajo en mi despacho para recordarme que dentro de dos días es el cumpleaños de mi hermana y le ha preparado una fiesta en casa en plan íntimo y familiar. Solo seremos cuarenta personas, sonrío ante el concepto de íntimo y familiar de mi madre. Tras su insistencia le confirmo que iré con Meghan y nuestra hija ya que será el sábado a mediodía y puede que nos venga bien hacer un plan familiar fuera de casa. Desde que nació Alice no hemos salido a ningún lado los tres juntos.

Al finalizar la mañana recibo la visita de mi mujer en mi trabajo y me sorprende. Hasta el momento ella solo me había conocido trabajando en Clarkson, pero eso quedó atrás y de nuevo llevo todas las empresas de mi abuelo, que ahora son mías. Verla aparecer por la puerta, tan elegante y guapísima hace que el corazón me dé un vuelco. Me acerco a ella y le digo con una amplia sonrisa:

—Me gusta esta sorpresa. Me has alegrado el final del día.

—He pasado por Clarkson. —Poco a poco Meghan se está vinculando a la empresa, quiere compaginar su trabajo y criar a Alice

sin que ella note la ausencia de su madre—, y terminé pronto. Venía a invitarte a comer, si puedes. Tú madre me ha llamado para invitarnos al cumpleaños de Violet y creo que tenemos que comprarle un regalo. Además, también me hacen falta algunas cosas para Alice y pensé que igual te gustaría acompañarme.

—Me encantaría comer contigo y pasar la tarde de compras juntos —manifiesto con una enorme sonrisa, feliz e ilusionado. En otra época de mi vida yo solo compraba empresas, pero por Meghan haría cualquier cosa y si pasar tiempo con ella implica ir de compras me dejo llevar con sumo gusto.

Mi mujer me invita a comer en el mejor restaurante de Boston y no puedo estar más feliz y contento. Siento a Meghan más cercana, más comunicativa y que comenzamos a ser amigos, por ahora es mi objetivo. Que confíe en mí.

De camino a nuestro reservado aprecio que mi amigo Carter comparte mesa con mi hermana y le comento a Meghan con sorpresa:

—¿Esos son Carter y Violet? —Los observo extrañado. Sé que se conocen, han coincidido en muchos eventos de la familia juntos, pero desconocía que quedasen para comer juntos, y a solas.

—Oh, sí, vamos a saludarlos —propone Meghan tirando de mi mano en dirección a ellos.

Mi mujer me mira con atención mientras caminamos. Me he puesto tenso y serio. No me hace gracia que Carter tenga la clase de intimidad de comer a solas con mi hermana un día cualquiera.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamo cuando los veo juntos y me molesta comprobar que se sonríen de forma muy cercana.

Mi hermana y Carter se quedan serios cuando nos ven a Meghan y a mí. Mi amigo se levanta, claramente nervioso, saluda a mi mujer y me extiende la mano mientras lo observo al detalle preguntándome qué me oculta.

Mi esposa y Violet se funden en un cariñoso abrazo mientras que yo no puedo evitar la pregunta a mi hermana:

—¿Qué haces aquí con Carter? —Se queda callada sin saber muy bien qué responder.

—Me ha pedido hacer unas prácticas en mi empresa —revela de golpe mi amigo.

—Vaya, ¿y desde cuándo te ocupas tú de eso? —pregunto a la defensiva.

—Desde que se trata de la hermana de mi mejor amigo —justifica Carter un poco tenso.

—Violet, tengo más empresas que Carter y no te haría falta hacer prácticas —le indico a mi hermana en tono seco y molesto.

—Ya, pero no quiero ser una enchufada.

—Bueno, otro día podemos quedar los cuatro —tercia mi mujer y la miro serio.

—Sí, es una pena que nosotros ya estábamos con los postres —comenta Carter con una sonrisa forzada.

Nos despedimos de ellos y nos dirigimos a nuestra mesa. Cuando estamos a solas Meghan me pregunta un poco enfadada:

—¿Qué te pasa, Connor? Has tratado a Violet como si fuese una niña.

—¿Tú los has visto? —inquiero alterado.

—Estaban almorzando juntos en un lugar público. Tu hermana con tu mejor amigo. ¿Qué problema hay? ¿Por qué te has puesto

así? —pregunta con calma.

—Porque no me lo esperaba, Meghan. Odio que me oculten las cosas. Y no me ha agradado ver a mi hermana pequeña con mi amigo. Carter es un mujeriego y como se le ocurra mirar a Violet con otros ojos…

—Connor… ¿Podemos dejar el tema y nos relajamos? —me pide mi esposa. Lo cierto es que estoy algo alterado y nos están mirando las personas que tenemos alrededor.

—Discúlpame, por favor. —Me tomo de golpe la copa de vino que tengo delante e intento que la imagen de mi hermana sonriéndole de forma coqueta a Carter se disipe de mi mente. Lo que menos necesito es que Meghan me vea alterado y fuera de mis casillas, pero me cuesta controlarme.

Paso el resto de la tarde en tensión, pero intento que mi mujer no se dé cuenta. Le sonrío de forma constante y le digo que sí a todo lo que propone comprar mientras envío un mensaje a mi jefe de seguridad y le ordeno que vigile a mi hermana y me entregue a la mayor brevedad un informe de con quién sale. Una mujer como ella es imposible que no tenga pareja o no se acueste con alguien, pero, hasta el momento, siempre he pensado que lo haría con hombres de su edad.

Meghan y yo ya hemos terminado todas las compras y le propongo tomarnos un café con vistas para terminar la tarde. No he estado muy pendiente de ella en estas horas porque mi cabeza estaba en Carter y mi hermana junto con todas las indicaciones que le he dado a mi seguridad. Cuando subimos en el ascensor este se queda parado y nos quedamos a oscuras. Por suerte solo vamos los dos en el cubículo.

—¡Joder! —susurra Meghan acercándose a mí. Siento que se abraza a mi cuerpo y la rodeo con los brazos de forma instintiva. A la misma vez que cierro los ojos y aspiro su dulce aroma. Es el contacto más cercano e íntimo que hemos tenido desde que la encontré.

—Llamaré a Kevin para que nos saquen de aquí cuanto antes. No te preocupes —la tranquilizo. Cojo mi móvil y llamo a mi seguridad para que se hagan cargo del asunto.

Meghan permanece abrazada a mí y puedo sentir su agitada respiración. Le froto la espalda y me atrevo a acariciarle la mejilla. Mis sentidos se nublan y tengo que hacer un gran esfuerzo para no apoderarme de sus labios. Jamás he deseado tanto besar a una mujer como a ella.

—¿Van a tardar mucho? —pregunta Meghan un poco nerviosa—. No me gusta estar a oscuras.

—Ya están en ello. Será cuestión de minutos.

De repente, la luz vuelve, pero el ascensor sigue cerrado y sin moverse. Mi esposa alza su mirada azul transparente. Clavo mis ojos en los suyos y trato de controlar la atracción que siento hacia ella. No quiero incomodarla. Todo entre Meghan y yo va tan bien desde que nos volvimos a encontrar que vivo con el miedo constante de hacer algo que le moleste y toda la paz y armonía que existe entre nosotros salte por los aires. Quiero darle tiempo, que se adapte a mí. Necesito que confíe en mí en todos los aspectos.

—¿Tienes miedo? —pregunto con la voz cortada y el corazón latiéndome con rapidez. Tengo terror de que pueda sentir miedo a estar en un lugar tan pequeño encerrada conmigo.

—No —manifiesta de inmediato—. Sé que te encargarás de todo.

—Siempre, Meghan. No lo dudes nunca. —Me inclino hacia ella, no aparta su mirada ni su rostro y estoy decidido a besarla. Pero justo en ese momento se abren las puertas y mi jefe de seguridad está al otro lado para comprobar que estamos bien.

—¿Todo bien, señor? —se interesa Kevin.

—Sí. ¿Nos vamos? —le pregunto a Meghan.

—No —me contradice de forma animada y resuelta—. Quiero tomarme un café con mi marido con vistas y relajarme tras este pequeño susto.

Una amplia sonrisa se dibuja en mis labios y, por supuesto, accedo a la petición de mi mujer. Cuando ha dicho mi marido el corazón me ha dado un vuelco por completo y se me ha hinchado el pecho de emoción.

Tomamos asiento en un lado de las cristaleras y ambos advertimos que varias personas nos han reconocido.

—Creo que comenzarán a acallarse los rumores de que nos vamos a separar tras tanto tiempo sin aparecer juntos —le comento a mi esposa con una sonrisa.

—Con esta salida y en el cumpleaños de tu hermana que tendrá trascendencia nuestra presencia con Alice se acabarán los rumores.

—Bueno, ya sabes cómo son. Siempre quieren más. Gestos, actitudes, besos… —susurro.

—Nunca están contentos. Igual tenemos que volver a fingir que estamos muy enamorados como era el plan inicial —comenta Meghan con una amplia sonrisa a modo de broma, pero a mí se me tensa el cuerpo.

—No quiero volver a fingir nada, Meghan —manifiesto de forma tajante—. Nuestro acuerdo quedó atrás.

—Pero estamos casados y tenemos a una hija —me recuerda.

—Alice se merece una familia unida y feliz —comento con tacto.

—Estoy de acuerdo. Lo primero entre nosotros siempre tiene que ser ella —estable Meghan. De repente se tensa y le pregunto preocupado:

—¿Qué sucede? —Se queda pensativa, como con miedo a hablar.

—Vaya… creo que debemos volver —susurra con una sonrisa tímida—. Llevamos demasiado tiempo fuera y…

—¿Te encuentras mal? —pregunto de forma abrupta.

—No. Es solo que… Necesito darle de comer a Alice. Mis pechos comienzan a derramarse. —Meghan se abre un poco la chaqueta y aprecio su camisa mojada. Cierro los ojos, asiento en silencio y me llamo depravado por considerar una imagen así tan erótica y ponerme duro en el instante.

Suelto un billete sobre la mesa y nos marchamos con prisa. Dejo que Kevin conduzca hasta casa porque la incomodidad que llevo entre las piernas me lo impide. Me siento en el asiento trasero del coche con Meghan y coloco el abrigo sobre mis piernas para que ella no aprecie mi evidente erección. Procuro ni mirarla para que esto que siento no se avive y termine mucho peor. En mi mente imagino tumbándome sobre ella, besándola y bebiéndome yo esa leche que de desborda de sus pechos.

Hacemos el trayecto en silencio y cuando llegamos a casa Meghan se disculpa de inmediato para ir a cambiarse y darle de comer a Alice. Yo voy directo a mi habitación y me meto en la ducha para aliviarme mientras me pregunto cuánto va a durar esta penitencia.

Capítulo 47
Meghan

Estoy cambiando a mi hija, poniéndola guapa para asistir al cumpleaños de su tía Alice cuando aparecen en su cuarto Stella y Callie.

—El mayordomo nos ha dicho que tenéis comida fuera —dice Callie.

—Alice cumple veintiún años y su madre le ha preparado una fiesta sorpresa.

—Tu suegra vive haciendo fiestas. Creo que no descansa nunca —comenta Stella—, pero también se dice que es la mejor. Tu boda estuvo increíble. ¿Sabes que Noemí ha recibido muchas ofertas muy tentadoras para preparar grandes eventos y siempre se ha negado?

—Normal, le sobra el dinero. Su padre es billonario y su marido uno de los mejores médicos del país. Yo tampoco trabajaría para nadie, solo a mi antojo —comenta Callie.

—¿Y tú, vas a volver a trabajar? Tu marido y padre de tu hija es uno de los hombres más ricos del mundo —se interesa Stella.

—Ya he vuelto por la empresa hace unos días. Una primera toma de contacto tras tantos meses alejada, lo necesitaba. Tengo pensado incorporarme poco a poco, pero en un horario que me permita criar a mi hija. No quiero depender de Connor. Me gusta mi trabajo y me motiva, además, tampoco sé lo que va a durar este matrimonio. Sí, es el padre de mi hija, pero entre nosotros… No ha habido un

acercamiento de pareja en todo este tiempo —revelo—. Él siempre está muy pendiente de mí, atento, caballeroso, pero nada más.

—Tendrá miedo —susurra Callie.

—¿Un hombre como Connor? —carcajeo.

—Vuestra historia no ha sido fácil —me recuerda Callie mientras siento a Stella muy callada. Sé que mi marido no es santo de su devoción y nunca lo va a defender.

Unos toques en la puerta de la habitación de mi hija nos distraen. Es Connor.

—Siento interrumpir, pero llegamos tarde —anuncia.

—Sí, ya nos marchamos —le indica Callie.

Mis amigas le dan unos besos y varios achuchones a mi hija y se despiden.

Connor me ayuda con las cosas de nuestra hija y la llevamos al coche donde ya está todo listo. Me sorprende que Connor conduzca y me informa:

—Llevamos seguridad detrás. También estarán en la fiesta de mi madre.

—Todas las personas que acceden son de confianza, ¿no? —pregunto.

—Sí, pero estoy más tranquilo si los llevo.

Connor se centra en el tráfico mientras yo voy en la parte trasera del coche con nuestra hija, lo siento un poco nervioso e inquieto, pero no le digo nada.

Una vez que ven aparecer nuestro coche y nos identifican Noemí se encarga de coger en sus brazos a Alice y presumir de nieta ante todos los invitados.

Connor no se separa de mi lado y es algo que agradezco porque no recuerdo a nadie, hace tanto de nuestro compromiso y de la boda, han pasado tantas cosas, que no consigo saber quién es quién. Tan solo me alegro de ver a Elliot y Carter, los mejores amigos de mi marido.

—Me alegro de que hayas vuelto a esta familia —susurra Carter cuando me saluda y entiendo que sabe todo lo sucedido entre Connor y yo estos meses—. Eres mi favorita junto con tu hija —me halaga de forma galante.

—Gracias, pero yo creo que no. —Le sonrío y le guiño el ojo al ver el brillo que aparece en los suyos al ver a Violet, que llega acompañada de Jordan, quien ha sido el cebo para traerla hasta la fiesta.

Todos nos fundimos en besos y en abrazos con Violet y yo pongo especial interés cuando lo hace con Carter. Desde que los descubrí besándose el día de mi boda no había reparado más en ese tema hasta que coincidimos en el restaurante y Connor no se lo tomó nada bien. Pero solo hace falta ver las miradas que se dirigen Carter y Violet para saber que entre ellos hay algo, y esto lleva ya tiempo. Lo que no entiendo es por qué lo tienen oculto.

Connor tiene a nuestra hija en brazos, lo miro con el pecho hinchado de emoción mientras presume de su hija ante los invitados. Es un excelente padre y estoy muy orgullosa de él. Alice tiene mucha suerte de tenerlo en su vida.

Violet sopla las velas y es un momento muy emocionante, explota una cascada de globos y bengalas increíbles en el jardín que llama la atención de todos y se suceden mil aplausos.

La fiesta continúa y como me encuentro tan a gusto no siento la necesidad de marcharme cuando le tengo que dar el pecho a mi hija. Le pido a Connor que me busque un lugar privado y nos dirigimos a la habitación de invitados en la planta baja de la casa.

Mi marido abre la puerta y nos encontramos de golpe con Violet y Carter besándose de una forma muy apasionada. Él tiene la camisa abierta y ella está semidesnuda de cintura para arriba, solo lleva un sujetador de encaje negro.

Connor grita:

—¡Maldito hijo de puta! —Se abalanza contra su amigo y comienza a golpearlo mientras Violet intenta separarlos y yo grito pidiendo ayuda. Tengo a mi hija en brazos y no puedo hacer nada.

De inmediato acude el padre de Connor, Elliot, Jordan, mi suegra y varias personas más de la seguridad de mi marido. Carter tiene un golpe en la nariz por donde sangra y mi esposo en la comisura del labio.

—¡Eres un salvaje! —acusa Violet a su hermano.

—Y tú un cabrón —grita Connor a su amigo señalándolo con el dedo mientras Elliot lo sujeta por el pecho—. Fuera de esta casa y no vuelvas a acercarte a mi hermana —vocifera muy enfadado.

—¡No tienes derecho a echarlo! —enfrenta Voilet a Connor—. Lo quiero —grita alto y claro—. Llevamos juntos un tiempo, pero Carter se negaba a hacerlo público porque temía tu reacción y que vuestra amistad se fuese a la mierda.

—¡¿Cuánto tiempo llevas con mi hermana?! —acusa Connor a su amigo escupiendo las palabras, mirándolo con los ojos ensangrentados.

—Todo empezó antes de tu boda —revela Violet—. Cuando Meghan nos descubrió quise decirlo, pero luego sucedió lo vuestro, estabas tan mal… —justifica.

—¡¿Llevas acostándote con mi hermana casi un año?! —brama Connor con rabia. Mientras, Elliot lo inmoviliza para que no se le eche encima de nuevo.

—La quiero, Connor —revela Carter, con la cabeza alta. Mira a Violet y le dedica una sonrisa mientras que a mí me da un vuelco el corazón ante tal declaración de amor pública.

—¡Es mi hermana! La conoces desde que era una niña. Y no voy a permitir que la dejes tirada como haces con todas las mujeres con las que te acuestas —lo acusa sin piedad.

Violet coge a Carter de la mano delante de todos y dice:

—Ese es más tu estilo, hermanito. —Connor recibe el dardo envenenado apretando los puños y los dientes—. Vámonos de aquí, Carter. —Violet tira de su mano y ambos salen de la habitación bajo la atenta mirada estupefacta y en silencio de todos.

La madre de Connor me coge a mi hija de los brazos y me susurra en una súplica:

—Encárgate de mi hijo. Yo lo haré de mi nieta.

El padre de Connor dice observándolo:

—Voy a ver a Carter. Está peor que tú.

—¡¿No piensas decir nada?! —apremia Connor a su padre, para que se pronuncie sobre la situación.

—Nunca me he metido en la vida de mis hijos —manifiesta con tranquilidad y sale de la habitación.

De repente, Connor grita:

—¡Todos fuera! —Se deshace del agarre de Elliot y mira al resto de personas que estamos ahí.

En silencio, uno a uno, van abandonando la estancia. Yo espero a que salgan todos y cierro la puerta. Connor me mira y me ordena:

—Vete, Meghan.

Camino hacia él, lo encaro y le espeto con valentía:

—Ni se te ocurra tratarme como a los demás. Soy tu mujer. Siéntate que voy a curarte esa herida —le ordeno a la misma vez que le señalo la cama para poder limpiarle la sangre que tiene en la barbilla. Entro al baño de la habitación y busco una toalla, la mojo en agua y cuando vuelvo Connor ya está sentado en la cama. Me mira en silencio.

Me acerco a él, decidida. Me coloco entre sus piernas y lo miro a la cara. Llevo la toalla hacia su rostro y comienzo a limpiarle la sangre que tiene en la comisura del labio. Connor se estremece cuando lo toco y le digo en tono mandón:

—Va a dolerte, pero te aguantas. ¡¿Cómo has podido golpear a Carter de esa forma?! —le reprocho con dureza mientras lo miro a los ojos.

—Perdí el control cuando lo descubrí con mi hermana. Joder, Carter tiene mi edad y Violet acaba de cumplir veintiún años. No quiero que le destroce el corazón —justifica, enfadado.

—Creo que tu hermana es mayorcita para escoger con quién se acuesta —susurro mientras continúo mi labor con su herida, inclinada sobre él.

—Ni me nombres a Violet. No le voy a perdonar el golpe bajo que me dio frente a ti —recuerda con rabia.

—Somos dueños de nuestros actos y debemos asimilarlos —le indico con calma.

—Joder, Meghan. No quería que me vieses así —musita viniéndose abajo—. Lo que menos deseo es causarte algún tipo de rechazo. Sé que lo hice todo muy mal contigo. No me alcanzará la vida para arrepentirme, pero desde que volvimos a estar juntos con nuestra hija trato de ser alguien mejor para ti y borrar todo lo que te hice en el pasado. Sé que me porté contigo como un completo cabronazo.

Connor se aferra a mi cintura y me abraza. Le acaricio el pelo y permanecemos en silencio unos minutos. Luego hago que me mire y le suplico:

—Tienes que hablar con Violet y con Carter. Él es tu mejor amigo y no podéis perder la amistad por esto. Yo los veo muy enamorados a los dos.

—Tú lo sabías —susurra con pesar—. No me dijiste nada cuando los vimos comiendo juntos.

—Los descubrí besándose el día de nuestra boda. Con todo lo sucedido olvidé ese incidente y hasta que no los volví a ver en el restaurante no pensé más en el tema. Y no sabía cómo había ido todo entre ellos en este tiempo —justifico.

—Joder, mi hermana y Carter… —murmura con pesar—. Es once años mayor que ella. —Suspira.

—En el amor no importa la edad. Y solo hay que verlos para apreciar que se quieren. Además, tampoco se diferencian tanto de ti y de mí. Solo me llevo cuatro años con tu hermana. Me rechazaste por muchos motivos, pero nunca dijiste nada sobre la edad que nos diferencia —comento. Connor se queda serio y pensativo.

—Tú tampoco te quejaste —susurra con cierto deje de broma.

—Bueno, es que, pese a nuestras diferencias, tenía que admitir que eras un hombre guapísimo, sexy y atractivo pese a tu edad.

—Gracias, no sabía que nunca me habías visto así —susurra con una leve sonrisa traviesa.

—Tengo ojos en la cara, no puedo negar lo evidente.

—Señora Merrill, ¿la atrae su marido? —pregunta con la mirada clavada en mí. Coloca las manos en mi cintura y me acerca más a él.

Llevo la mano hacia el golpe que tiene en la cara y lo acaricio. Me inclino hacia él y cuanto estamos a punto de besarnos se abre la puerta y nos interrumpe el padre de Connor. Trae en la mano su maletín médico.

—Veamos ese golpe. Menuda has montado el día del cumpleaños de tu hermana —lo acusa.

—¿Y tú estás tan tranquilo de que Violet esté con Carter? —le reprocha de nuevo a su padre.

—No han cometido ningún delito, hijo. Las personas cambian, y creo que tú eres un claro ejemplo de ello —dice mirándome mientras un nudo se hace en mi garganta.

—Yo voy a ver cómo está Alice —intervengo y decido retirarme.

Dejo a Connor a solas con su padre y busco a mi hija.

Cuando regreso al salón la gran mayoría de los invitados ya se han marchado. Jordan y Noemí se encuentran con Elliot y varias personas más. Busco a Carter y Violet con la mirada, y la madre de Connor, que debe leerme el pensamiento, dice:

—Se han marchado juntos. Violet insistió en cuidarlo esta noche. ¿Cómo no me di cuenta de que mi hija estaba locamente enamorada del mejor amigo de su hermano? —susurra compungida Naomi.

—Está claro, lo han ocultado por miedo a todo esto que se ha montado —brama Jordan.

Elliot me da un beso, se despide de mí y nos quedamos solo la familia. Al cabo de un rato Connor aparece en el salón con su padre. Tiene la camisa blanca un poco manchada de su propia sangre, me mira y susurra:

—¿Podemos irnos?

—Sí —manifiesto de inmediato colocándome en pie con mi hija.

—Espero que te disculpes con Carter —le exige Jordan.

—No te metas, abuelo —murmura Connor tratando de dominarse.

—Me meto cuando no haces las cosas bien, como sucedió con Meghan —le reprocha con dureza.

Connor le dirige una mirada cargada de resentimiento, pero me siente a su lado, lo tomo del brazo y le suplico:

—Por favor.

—Vámonos —dice y salimos hacia la salida.

Cuando aprecio que Connor va a colocarse en el lugar del conductor para llevar el coche lo paro en seco.

—No creo que estés en condiciones. Kevin, por favor —le indico al jefe de seguridad de mi marido para que se haga con el volante.

Connor se sienta a mi lado en el asiento trasero del coche. Yo voy en el medio, al lado de mi hija, que se ha quedado dormida apenas salir de la propiedad. Observo a Connor y se encuentra con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento. Me tomo la libertad de llevar mi mano hacia la suya, se sobresalta ante mi contacto, nuestras miradas se cruzan y le aprieto la mano con más fuerza. Quiero que sienta que estoy con él pese a cómo ha reaccionado en casa de sus padres.

—Todo se va a arreglar —susurro.

Connor se lleva mi mano a sus labios y deposita un beso en ella. Mi corazón da un vuelco por completo y se acelera ante su contacto.

—¿Me lo prometes? —musita con la voz entrecortada y los ojos entornados.

—Sí —afirmo segura de ello.

Cuando llegamos a casa tengo que darle de comer a mi hija, mis pechos están llenos ya que su abuela le dio un biberón cuando surgió el altercado y en estos momentos tengo que hacerme cargo de ella.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme —se despide Connor de mí en la puerta de la habitación de Alice. Siento ganas de ir con él. Sé que no lo está pasando nada bien y me gustaría apoyarlo, pero mi hija me reclama.

Capítulo 48
Connor

Me meto en la ducha y paso más de una hora debajo del fuerte chorro de agua. Aún me cuesta creer que mi mejor amigo me haya traicionado liándose con mi hermana pequeña. Me enrollo una toalla de cintura para abajo y salgo del baño descalzo. Me siento en la cama y me revuelvo el pelo, maldiciéndome porque Meghan haya presenciado mi faceta más violenta partiéndole la cara a mi mejor amigo. Lo último que necesito es que mi mujer me tenga miedo. Bastante me está costando que se acerque a mí tras lo que le hice para que el episodio de hoy lo vuelva todo atrás.

Escucho unos leves toques en mi puerta y digo de forma automática:

—Pase. —Estoy seguro de que será Cora. Ya debe de haber llegado a sus oídos lo sucedido en el cumpleaños de mi hermana.

Cuando mis ojos se encuentran con Meghan mi corazón se acelera. Es la primera vez que viene a mi habitación.

—Quería saber cómo te encuentras —susurra con los ojos clavados en mí. Creo que no pensaba encontrarme medio desnudo.

—Más calmado. Gracias por el interés. —Meghan se acerca un poco y me coloco de pie. Ella fija los ojos en mi pecho desnudo y lo repasa con atención.

—Dale un voto de confianza a Carter —me suplica mientras siento que traga con dificultad.

—Tengo que asimilarlo primero. —Le pido un poco de tiempo.

—Bien. Yo hice lo mismo —compara.

—¿Y qué hay tras un voto de confianza? —pregunto acercándome más a ella, despacio.

—La esperanza de que salga bien —musita algo nerviosa. Varias gotas de agua de mi pelo han caído sobre mi cuello y recorren mi pecho mientras siento cómo Meghan las sigue con su vista—. Qué descanses, Connor —dice de golpe algo agitada, se da media vuelta y se marcha de la habitación con prisa.

Me tumbo en la cama y suspiro mientras me revuelvo el pelo. Ya no solo tengo que lidiar con el tema entre Meghan y yo, sino que ahora tengo a un mejor amigo convertido en enemigo y una hermana que posiblemente me odie.

Paso una noche de perros, dando vueltas en la cama y pensado en Voilet y Carter.

Me levanto temprano y cuando estoy desayunando solo en el salón Easton me comunica:

—Señor, tiene visita. —No le da tiempo de decirme de quién se trata. Carter entra en la estancia y aprecio su cara con varios moretones y no me siento orgulloso de ser el artífice de ello.

—Tienes muchos cojones para presentarte aquí, en casa de mi mujer —le espeto con rabia y coraje sin levantarme para recibirlo.

—No quería dejar pasar más tiempo. Solo necesito que sepas que lo de Violet surgió sin pensar. Estoy enamorado de ella y hace casi un año que es la única mujer en mi vida. Hace algunos meses que queríamos decírtelo, pero te conozco y sabía que no te lo ibas a tomar bien, y como con lo de Meghan no pasabas por buenos momentos preferimos esperar. Solo quiero que sepas que no es una aventura. Tu hermana me importa de verdad. Espero que lo

comprendas y sino lo haces también espero que comprendas que ella me importa más que nuestra amistad. Desde hoy ya no nos ocultaremos más, y Violet se vendrá a vivir conmigo. Quiero que lo sepas por mí. Y si me quieres partir la cara de nuevo aquí estoy. No me escondo.

—Joder, Carter —musito al mismo tiempo que chaqueo la lengua.

De repente, escucho unos aplausos a mi espalda. Me doy la vuelta y observo a mi mujer que entra en el salón sonriente, admirando a Carter.

—Violet tiene mucha suerte de tener a un hombre como tú a su lado y que defienda vuestro amor de esa forma —le indica Meghan.

—Gracias —susurra mi amigo algo descolocado.

—Connor, creo que le debes una disculpa a Carter —me ordena mi esposa con tono mandón—. Ayer no lo dejaste explicarse. —Meghan se queda en silencio esperando que me disculpe con mi amigo mientras que yo la miro con sorpresa.

—Si mi hermana te quiere, poco tengo que decir… Ahora, como le hagas daño o me entere de que le pones los cuernos te las vas a ver conmigo —lo amenazo.

—Creo que tú sabes muy bien que cuando la mujer adecuada nos toca el corazón el resto carece de interés —se atreve a decirme Carter con la mirada clavada en Meghan.

Me quedo en silencio mientras trago con dificultad.

—Creo que para limar asperezas podemos quedar para comer los cuatro —propone Meghan y la miro como si estuviese loca—. Tienes que hacer méritos para que tu hermana te perdone —me aconseja mi mujer—. ¿Qué os parece si quedamos la semana que viene, cuando ya ninguno de los dos tengáis moretones en la cara, y

pasamos página del desagradable incidente de ayer? —insiste mientras me mira con atención.

No tengo más remedio que tragarme mi orgullo y asentir a mi esposa.

—Se lo diré a Violet —murmura Carter.

—Yo también hablaré con ella —manifiesta mi mujer. Luego nos mira a los dos y establece en tono mandón—: Y ahora, daos la mano y asunto zanjado.

Trago con dificultad, miro a Carter en silencio, doy un paso hacia él y le extiendo la mano. Me la toma y ambos asentimos sin decir nada.

—Así me gusta —manifiesta Meghan de forma resuelta mientras me palmea el brazo y nos mira a ambos con atención.

Carter se despide de nosotros y cuando me quedo a solas con mi mujer la miro y le susurro un poco exasperado:

—Creo que acabas de presenciar que por ti haría muchas cosas. Esta es una de ellas.

Me doy media vuelta y me marcho antes de tomarla en mis brazos y besarla como deseo.

***

Una semana después

Estoy nervioso anudándome la corbata. Esta noche hemos quedado con mi hermana y con Carter a cenar en un restaurante y no sé cómo vaya a reaccionar Violet. No la veo desde su cumpleaños, solo ha hablado con Meghan y tengo miedo de que no asista a la cena.

No he tenido mucha relación con mi hermana pequeña en los últimos años, pero sabía que estaba ahí, en esta semana, al pensar que la puedo perder, he vivido con un miedo constante. Me he dado cuenta de todo lo que la quiero y de lo que me importa su felicidad, tanto como para aceptar que sea junto al mujeriego de mi mejor amigo.

Voy a despedirme de mi hija y al entrar en su habitación me topo con la imagen de Meghan inclinada hacia la cuna de mi hija dándole un beso de despedida. Mi mujer ha escogido un vestido corto en tono chocolate con el que luce sus increíbles piernas y me deja una visión que me hace tragar con dificultad y desearla al instante. Carraspeo un poco y Meghan se gira de inmediato. Aprecio que su vestido tiene un generoso escote y no puedo evitar pasear mis ojos por su pecho y el increíble collar que luce. Una sonrisa aparece en mis labios cuando aprecio que la joya es de la última colección que sacamos. Hace unas semanas le hice llegar a mi esposa un ejemplar de cada objeto de la colección. Se ha mantenido muy entretenida examinando cada pieza.

—Estás muy guapa —susurro con la mirada clavada en ella.

—Tú también —me devuelve el cumplido observándome con una amplia sonrisa.

—¿Nos vamos? No quiero llegar tarde.

—Sí. —Meghan coge su abrigo y el bolso, yo me despido de nuestra hija, bajamos y Kevin nos espera para llevarnos al restaurante en el que hemos quedado con mi hermana y Carter.

De camino me retuerzo las manos en el coche y aprecio que Meghan me mira con atención. Estoy nervioso. Por primera vez en

mi vida no sé cómo reaccionar a un encuentro. No sé cómo me vaya a recibir mi hermana.

—Todo va a ir bien —susurra Meghan. La miro y le pregunto:

—¿Tú crees? —Tengo mis dudas.

—Estoy segura —manifiesta con una amplia sonrisa.

Llegamos al restaurante y cuando nos reciben ya nos indican que Carter y Violet están en la mesa. Cojo a Meghan de la mano y caminamos hacia el reservado. Mi hermana y mi mejor amigo nos esperan con una copa de vino en sus manos y se miran sonrientes, ajenos a nuestra presencia. La complicidad que aprecio en ellos me llega al corazón.

—Buenas noches —los interrumpe Meghan. Agradezco que mi mujer haya tomado la iniciativa.

Violet y Carter nos miran, esbozan una tímida sonrisa y se levantan. Meghan es la primera en saludar a mi hermana y luego lo hace con Carter. Cuando es mi turno de acercarme a Violet no sé ni qué decirle, pero ella rompe el hielo dándome un gran abrazo y un beso. Luego me susurra:

—Gracias por entenderlo. Amo a Carter.

Mi amigo y yo nos miramos en silencio y finalmente le extiendo la mano, Carter me la estrecha y ambos suspiramos a la vez.

—Creo que un abrazo no estaría mal —nos anima Meghan—. Una amistad de tantos años se lo merece —susurra sonriente. Carter es el primero en dar el paso y ambos terminamos fundidos en un abrazo y palmeándonos la espalda.

Tomamos asiento y ver cómo mi hermana entrelaza su mano con la de Carter me tensa. Tengo que acostumbrarme a verlos juntos como una pareja.

Meghan siente mi incomodidad, me coge de la mano por debajo de la mesa y me sonríe, gesto que me tranquiliza.

Pedimos más vino y nos centramos en la carta. Meghan y mi hermana toman la palabra hablando de nuestra hija y el ambiente se relaja. Pasamos casi toda la velada charlando de lo que ha crecido Alice y cuando vendrán a verla.

Tras la cena mi hermana propone ir al último local de moda de Elliot a tomar una copa. Miro a mi mujer y es ella la que asiente y acepta seguir la fiesta.

Lo único que agradezco de toda esta situación es que estoy viendo a Meghan en otro ambiente fuera de casa, relajada y sonriente. Me mira de forma cómplice, nos tomamos de la mano y estamos muy cerca.

—¿Esos no son Elliot y Stella? —pregunta Violet centrada en una pareja en la barra del lugar. Desde nuestro reservado no estamos muy cerca, pero todos centramos la mirada en ellos y los descubrimos abrazándose y en actitud muy cómplice.

—¿Están juntos? —pregunta Carter a Meghan con sorpresa.

—Eh… solo sé que Stella se ha encargado de la seguridad de todos los locales y hoteles de Elliot. La contrató.

—Joder, otra sorpresa —murmuro llevándome mi copa a los labios. Está claro que mi amigo se la tira. Jamás lo pensé de la estirada de Stella.

—Vamos a bailar y los sorprendemos —propone Violet tirando de la mano de Carter. Mi amigo se levanta y luego mi hermana nos anima a Meghan y a mí. Mi mujer toma la iniciativa y también tira de mi mano.

—¿No te apetece bailar? —me pregunta con el ceño fruncido—. En una época de tu vida solo vivías de fiesta en fiesta —me recuerda sonriente.

—Las personas cambian —susurro con los ojos clavados en ella.

—No me cabe la menor duda. Pero ahora demuéstrale a tu mujer el Connor Merrill que eras antes y arrasabas en todas las fiestas —me anima.

La tomo de la cintura con fuerza, la arrimo a mí y le susurro en el oído:

—Ahora soy un hombre casado y enamorado. Vamos a dejarlo claro en esa pista de baile, la señora Merrill es la única que tiene poder y exclusividad sobre mí.

Meghan me mira sonriente. No puedo evitar abrazarla y permanecer unos segundos aspirando el aroma de su cuello a la misma vez que siento su suave piel sobre mis labios.

Carter y Violet han sorprendido a Elliot y Stella antes de que llegásemos nosotros, nos saludamos todos y nos vamos a la pista de baile juntos. Me centro en mi mujer, en verla tan animada y divertida mientras la admiro con el corazón hinchado de emoción.

Suena una canción lenta y nos abrazamos mientras que nuestros pies bailan al compás de la música. Meghan tiene sus manos entrelazadas detrás de mi cuello y yo mantengo las mías en su cintura mientras me recuerdo que no la estreche con fuerza en mis brazos y le devore los labios como hacen mi hermana y Carter, quiero que sea ella quién dé el paso, que Meghan se sienta preparada para que volvamos a ser una pareja de verdad.

Por un instante siento que solo existimos ella y yo, nos miramos a los ojos y el mundo se paraliza. Meghan me coloca bien un mechón

rebelde que cae sobre mi frente y me sonríe mientras me pregunto si me está coqueteando a conciencia. Con ella me siento muy perdido. Decido lanzarme a la piscina, me acerco, le rozo los labios y cuando voy a profundizar el beso alguien tropieza con Meghan y nos rompe el hechizo. La canción llega a su fin y Violet le pide a mi esposa que la acompañe al baño y junto con Stella las tres mujeres desaparecen de la pista.

Cuando las chicas regresan todos estamos muy cansados y los seis decidimos marcharnos a casa. Salimos al exterior del local y cuando caminamos en dirección a los coches tres encapuchados nos interceptan y nos sacan unas navajas.

—Todo lo que tengáis de valor. —Nos exigen de golpe. Busco a mi seguridad y veo que Kevin sale del coche y cruza la carretera en dirección a nosotros mientras saca su pistola.

Uno de los atacantes se da cuenta de la maniobra de mi seguridad y en un movimiento rápido se hacen con mi hermana y le colocan la navaja en la garganta.

Cuando Carter se va a abalanzar sobre este otro encapuchado lo para enseñándole la navaja muy cerca de la cara.

Elliot comienza a deshacerse de su reloj y Stella del suyo para dárselo a los ladrones.

Aparecen dos encapuchados más y les dicen a los otros:

—Rápido. —Miran a Meghan y cuando uno de ellos va en su dirección me pongo delante y lo encaro:

—Antes de tocar a mi mujer tendrás que matarme. —Siento cómo Meghan me agarra del brazo con fuerza.

Kevin golpea con la pistola al encapuchado que le tenía la navaja en el cuello a mi hermana, en este acto de distracción yo le propino

una fuerte patada al encapuchado que tengo delante, le aparto la navaja cuando cae al suelo al mismo tiempo que mi jefe de seguridad apunta a la cabeza al tío que tiene a Carter amenazado.

Otro hombre de mi seguridad aparece por detrás y le coloca una pistola en la nuca:

—Suéltalo —le ordena.

Violet se refugia en los brazos de Carter a la misma vez que yo abrazo a Meghan y entre mi seguridad, Elliot y Stella se hacen cargo de todo.

—Marchaos a casa —nos ordena Stella.

—Nosotros nos encargamos —dice mi jefe de seguridad.

Me monto en el coche que nos esperaba con mi mujer, Carter y mi hermana.

—¿Estáis bien? ¿Vamos a un hospital? —le pregunto a mi esposa y a Violet.

—No —niegan ambas a la vez.

Mi hermana tiembla en los brazos de mi amigo a la vez que yo le pregunto a Meghan:

—¿Estás bien?

—Sí —responde de inmediato. Me sorprende porque la siento muy entera. Lo que menos necesito es que este episodio le haga recordar por lo que pasó diez años atrás y suponga una recaída en su estabilidad mental.

—Quiero ir a casa —murmura mi hermana. Los dejamos primero a ellos y luego Meghan y yo regresamos a nuestra casa mientras maldigo cómo ha terminado una noche en la que lo estábamos pasando de lujo y sentía a mi mujer más cerca que nunca.

Entramos en nuestro hogar y continúo abrazando a mi esposa en todo momento. Para mi sorpresa ella no se encamina hacia las escaleras. Se dirige al salón, comienza a quitarse el abrigo y se sienta en el sofá.

—¿Puedes encender la chimenea? —me solicita a la misma vez que se envuelve en una manta que hay cerca.

—¿Quieres que llame a la doctora Coleman? —le propongo, nervioso, mientras hago lo que me ha pedido.

—No —responde y la siento muy segura de ello.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto sentándome a su lado.

—¿Puedes traerme algo caliente? Necesito encajar el cuerpo —susurra.

—Sí, claro. —Me levanto de inmediato, voy a la cocina, encuentro a Easton y le pido que le haga un té a Meghan.

Vuelvo al salón y la encuentro con los ojos cerrados, pensativa, al mismo tiempo que siento una gran impotencia. No sé qué decir ni qué hacer. Me coloco a su lado y la tomo de la mano con delicadeza.

—Siento mucho lo que ha ocurrido. Sin duda, ha sido un fallo de mi seguridad —me disculpo, con pena.

—No puedes controlarlo todo, Connor. Hay cosas que no se pueden prever como lo sucedido esta noche. Kevin estaba en el coche, al volante —especifica.

—Debió de estar más cerca. No me voy a perdonar que tú hayas pasado por esto —lamento llevándome las manos a la cabeza y masajeándome el pelo con fuerza.

—Connor, estoy bien —susurra, tranquila, mientras me mira con atención.

—¿No estás impresionada por lo sucedido? —pregunto, extrañado, buscando un signo de miedo o terror en sus ojos.

Meghan se queda en silencio unos segundos y responde:

—Sí. Estoy impresionada. Mucho —revela, sonriente. La miro descolocado—. Me has impresionado tú al colocarte delante del atacante y defenderme en la forma en la que lo has hecho —susurra con un hilo de voz, emocionada.

—Eres mi vida entera, Meghan. Si te pierdo me muero —revelo con el corazón en la mano.

Mi mujer se abraza a mí, la recibo en mi pecho y así permanecemos un buen rato.

—Gracias. Has supuesto una curación en muchos aspectos de mi vida, aunque no lo creas, Connor Merrill —susurra a la vez que nos miramos a los ojos con intensidad.

Me inclino hacia ella, con intención de apoderarme de sus labios, apenas los rozo cuando escuchamos un leve carraspeo que me hace levantar la cabeza.

—Señor, la policía quiere tomarle declaración de lo sucedido —anuncia Easton.

Meghan me sonríe con timidez y le indico:

—Yo me encargo de todo. Tú descansa.

Capítulo 49
Meghan

Subo a mi habitación, me cambio, voy a ver a mi hija y le pido a Cora que esta noche se haga cargo de ella. Son tantas las emociones que me embargan que necesito estar sola y pensar. La forma y el amor con el que he sentido como me defendió Connor ante los atacantes me ha llegado al corazón. Sentí que junto a él no me iba a pasar nada. No entré en pánico y apenas sentí miedo. Acabo de descubrir todo lo que confío en mi marido, que ni yo misma sabía.

Me llevo toda la noche dando vueltas en la cama, pero no pienso en el ataque, solo en las palabras de Connor. Sentí a mi marido subir a su habitación varias horas después de mí. Deseaba con todas mis fuerzas dormir abrazada a su pecho, pero yo no se lo pedí y él no tuvo el atrevimiento de venir más a mi habitación.

Desayuno con Callie y Stella en mi casa, ambas han acudido muy temprano alarmadas por lo que nos sucedió anoche, querían comprobar cómo me encontraba.

Connor me dejó un mensaje temprano en el que me decía que estaría todo el día fuera solucionando cuestiones de la pasada noche.

—¿Estás bien? —preguntan mis amigas a la vez que me miran de forma extraña.

—Sí. Sufrimos un atraco que no se llegó a concluir.

—¿Y cómo lo llevas? —se interesa Callie, preocupada.

—Connor me defendió de una forma heroica —manifiesto con una enorme sonrisa, orgullosa.

Stella y Callie interceptan una mirada cómplice y me vuelven a mirar, serias.

—¿De verdad estás bien? —pregunta Callie, mirándome con sorpresa.

—Lo cierto, es que Merrill dio la cara por ella con valentía —comenta Stella.

—No me ha supuesto ningún trauma lo de anoche, chicas —intento calmarlas—. De todas formas, luego tengo cita con la doctora Coleman.

Siento que mis amigas suspiran a la vez, se relajan y Callie pregunta:

—¿Cómo fue todo anoche antes del episodio del atraco?

—Muy bien. Creo que necesitaba salir y relacionarme con más gente. Connor no se separó de mi lado y se mostró muy atento en todo momento conmigo. Me hizo sentir muy bien —revelo.

—Hoy no se habla de otra cosa. Sois la pareja del momento —comenta Callie—. Vuestras fotos de anoche en el local de Elliot están por todos lados. Creo que muchos habían apostado a que vuestro matrimonio estaba acabado pese al anuncio de que habíais tenido una hija. Por suerte, lo del atraco no ha trascendido.

—Merrill ha pagado una buena cantidad por eso —revela Stella.

Me quedo en silencio, lo ignoraba, y mis amigas me miran.

—¿Qué sucede? —pregunta Stella con interés—. Hay algo que no nos has contado —me regaña. En ocasiones odio que me conozcan tan bien.

—Es Connor. No lo entiendo —me quejo—. Es encantador conmigo, siento sus miradas y he llegado a percibir su deseo, o igual me estoy volviendo loca porque no me ha besado ni ha intentado nada en este tiempo que llevamos juntos. Me duele que se acueste con otras mujeres —revelo con unos terribles celos.

Stella y Callie se miran en silencio y en esta ocasión soy yo la que las acuso:

—Hay algo que no me decís. ¿Qué es?

—En todos los meses en los que te buscó como un loco no estuvo con ninguna mujer —revela Stella. Me quedo en silencio, poniéndolo en duda—. Lo tenía bien vigilado, créeme. Su apartamento solo lo visitó su madre.

—La noche en la que el padre de Connor recibió el premio y lo besé para una foto que nos pidió la prensa lo sentí incómodo. Luego, cuando regresamos a casa lo escuché marcharse —revelo con pena.

—Tranquila, solo salió a fumarse un par de cigarrillos por el jardín —susurra Stella—. Como ha hecho otras noches.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto con sorpresa.

—Joder, Meghan. Te tengo vigilada. ¿Te crees que desde que vives con Merrill solo él se encarga de tu seguridad? Recuerda que yo acondicioné la vigilancia de esta casa antes de que tu marido desembarcarse aquí. Sigo teniendo acceso a las cámaras de vigilancia y compruebo cada día que Connor sea un marido ejemplar —susurra de modo sarcástico.

—Me cuesta creer que Connor… —no me atrevo ni a terminar la frase.

—Pues créelo —me asegura Stella—. No ha estado con nadie en todos estos meses.

—Igual se quedó impotente después de… —comenta Callie con una sonrisa maliciosa.

—¿Te has vuelto a hacer ilusiones con él? —me pregunta con un tono seco y molesto Stella.

—Me enamoré de Connor antes de casarnos. Luego lo odié, pero no fue un odio real. Más bien sentí una gran decepción. Cuando lo volví a ver mi corazón dio un vuelco tan grande que supe que eso jamás me pasaría con otro hombre. Y en este tiempo viviendo juntos todo ha ido tan bien… Se ha portado de una forma tan increíble…

—Estás enamorada hasta la médula de Connor Merrill —concluye Callie con una enorme sonrisa y le extiende la palma de la mano a Stella—. He ganado la apuesta. El amor siempre gana. Ahora te toca pagar.

—¿De qué apuesta habláis? —pregunto con el ceño fruncido, mirándolas con atención.

Stella chasquea la lengua y me explica:

—Yo aposté a que odiarías a Merrill para siempre por lo que te hizo, sin embargo, Callie apostó a que volverías a enamorarte como una loca de ese tío al convivir juntos de nuevo.

—Chicas, creo que nunca he dejado de querer a Connor. No os he contado que mi abuelo me reveló el motivo que lo hizo actuar así conmigo tras la boda, y fue una conversación que escuchó entre nosotras. Esa que tuvimos en la que admitíamos lo que hicimos para que se enamorase de mí. A mi abuelo le confesó que se enamoró perdidamente, pero nunca lo creí. No sé si se lo dijo a modo de excusa. A mí nunca me lo reveló. Lo cierto es que cuando me mira siento ese amor, pero en estos dos meses ni siquiera me ha dado un beso de verdad —me quejo de nuevo—. Igual me equivoco y no es

amor lo que siente por mí, sino culpabilidad. Aunque también le he dejado claro que lo que sucedió entre ambos fue algo consentido. Nunca lo rechacé, si bien me decepcionó y me dolió cómo me trató porque esperaba otra cosa —admito sumida en los recuerdos. Unos recuerdos que ya he superado y puedo hablar de ellos con total normalidad.

—¿Y qué piensas hacer? —se interesa Callie mirándome con atención.

—Supongo que tendremos que hablar. Creo que ambos somos conscientes de que tenemos una conversación pendiente y ahora ya siento que ha llegado el momento de llevarla a cabo —determino, decidida.

Mis amigas asienten y me dan un abrazo.

Luego Callie recibe una llamada, da un grito y se pone a dar saltos de alegría ante las miradas asombradas de Stella y mía.

—¡¿Qué sucede?! —pregunta Stella.

—¡No lo puedo creer! —grita tras colgar la llamada—. Estoy nominada a mejor influencer del año —revela, eufórica.

—¡Bravo! —gritamos Stella y yo al mismo tiempo que aplaudimos y la abrazamos. Alice se despierta con el bullicio y se une a la celebración.

—Dentro de una semana es la gala de los premios y según me dicen tengo muchas posibilidades de ganar —manifiesta sin parar de dar saltos.

—Seguro que ganas, eres la mejor. Te lo curras como nadie —reconoce Stella.

—Tenéis que acompañarme el día los premios —nos suplica Callie —. Sobre todo, tú, Meghan. Necesito a alguien importante y

reconocida como a mi lado esa noche en la que todos los medios estarán pendiente de las nominadas.

—Allí estaremos —determino cogiendo a Stella de la mano y uniéndonos a Callie.

—Chicas, tenemos que irnos de compras en breve. Tengo que ir encargando el vestido que llevaré a la gala —propone Callie con entusiasmo. Yo sonrío y Stella bufa. Odia ir de compras.

Capítulo 50
Connor

Con mi hija en brazos, dándole el biberón, sigo la gala en la que su tía Callie está nominada a un reconocido premio. Estoy algo inquieto porque Meghan ha acudido sin mí. Insistí en acompañarla, pero no me dejó. Dijo que con la seguridad que llevaba era más que suficiente y mi presencia junto a ella solo le restaría protagonismo a su amiga.

Admiro a mi mujer en el *photocoll* cuando posa junto a Callie. Meghan lleva un vestido rojo con escote corazón ajustado a su cuerpo que le queda increíble. Siento envidia de su larga melena porque me gustaría ser yo quien rozase su piel a cada instante. La prensa le pregunta por mí y una gran sonrisa aparece en mis labios cuando mi mujer responde:

—Connor es un gran padre. Se ha quedado cuidando de nuestra hija. —La amo. No sé cuánto más podré esperar para confesarle todo a Meghan. Tengo miedo a que se asuste y salga corriendo de mi lado, pero considero que ya han pasado más de dos meses desde que convivimos juntos y se ha adaptado de nuevo a mí. No me ha rechazado en todo este tiempo y cada día la siento un poco más cerca.

Cora aparece en el salón y me pide encargarse de Alice. Dejo que lo haga mientras decido esperar a mi mujer despierto ya que tengo trabajo en el despacho. Dejo la puerta abierta, así la veré pasar

cuando regrese a casa. La última semana apenas he visto a Meghan, solo un rato por la noche. He estado muy ocupado con algunos problemas que habían surgido en las empresas en estos meses de mi ausencia.

Llevo tres horas delante del ordenador cuando escucho que entra un coche en la propiedad, miro por la ventana y aprecio que se trata de mi seguridad, deben de traer a mi esposa de vuelta a casa. Mi teléfono suena y Kevin, mi jefe de seguridad, dice:

—Señor, acabamos de llegar. La señora Merrill no se siente muy bien. Le aseguro que solo se ha tomado dos copas. No le hemos quitado ojo de encima, y apenas estaban cargadas. Sus amigas se han tomado el doble y estaban tan bien, por lo que descartamos cualquier sustancia.

Una sonrisa aparece en mis labios a la misma vez que me acerco a la puerta para recibir a Meghan.

Intenta bajarse del coche sin la ayuda de Kevin, pero no lo consigue. Doy un par de pasos y le hago un gesto a mi seguridad, diciéndoles que yo me encargo de la situación. Cuando Meghan me ve abre mucho los ojos y susurra:

—Lo que me faltaba.

La ayudo a salir del coche, nos miramos en silencio y la cargo en brazos para sorpresa de ella, que de camino a su habitación me palpa los brazos con la cabeza recostada en mi pecho y musita:

—Estás muy fuerte.

—Has bebido —comento al mismo tiempo que la deposito sobre su cama y me quedo de pie mirándola.

—Solo un poquito. —Me hace un gesto con los dedos—. Hacía tantos años que no probaba el alcohol… Ya no tomo medicación,

¿sabes? —Abre mucho los ojos y me mira sonriente, con un brillo especial en su mirada—. ¿Quién me iba a decir que serías mi gran remedio? Desde que me dejaste embarazada no tomé más medicación y las pesadillas desaparecieron. Ya no soñaba con mi agresor, comencé a soñar contigo y todo era bonito —revela mientras siento un gran escalofrío por mi cuerpo.

—Creo que debes descansar, Meghan —le indico con paciencia.

Ella apoya ambas manos en el colchón, se inclina un poco hacia atrás y me observa al detalle, en silencio, por unos segundos.

—Cada día estás más guapo —suelta de golpe y no puedo evitar una carcajada—. ¿Sabes qué? Desde que nos volvimos a reencontrar me pregunto todos los días cuándo me volverás a besar —revela de golpe, haciendo que mi corazón dé un vuelco por completo.

—¿Quieres que te bese? —pregunto con una amplia sonrisa y el pecho hinchado de emoción.

—Te besé en la gala del premio de tu padre y creo que no te gustó. Pero Stella dice que no has estado con otra mujer desde que follamos… Me tienes muy confundida, Merrill —arrastra sus palabras a la vez que me mira con los ojos entornados.

Suelto una fuerte carcajada, me arrodillo ante ella y le confieso:

—Me muero por besarte, Meghan. Me pasaría la vida entera besándote porque te amo.

Siento la emoción de mis palabras en los ojos de mi esposa. Su respiración se altera al mismo tiempo que se acerca a mí.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunta en modo de reproche, con desilusión. Mirándome con pena.

—Porque no sabía que lo deseabas. Tenía miedo. Pánico de hacerlo y que no te agradase —reconozco con emoción.

Meghan lleva sus manos hacia mi rostro, lo acaricia y se acerca a mí. Aspira mi aroma con los ojos cerrados y tengo que hacer un verdadero ejercicio de contención mientras la dejo hacer. Roza mis labios y me apodero de los suyos. Meghan me responde al beso con entusiasmo y me dejo llevar. Enredo mi lengua con la suya, la saboreo y hago el beso más profundo.

De repente, mi mujer apoya las manos con fuerza en mi pecho y me empuja, haciéndome caer de culo al suelo. Me mira con los ojos muy abiertos y sale a correr en dirección al baño. Me quedo petrificado sin saber qué ha ocurrido entre nosotros hasta que la escucho vomitar y salgo corriendo como un rayo para ayudarla. Me encuentro con Meghan sentada en el suelo y toda manchada. Con paciencia la meto en la ducha y luego en la cama.

—Gracias —susurra cuando la arropo—. Una vez te dije que tus besos me daban asco, pero era mentira —admite mientras le sonrío —. Lo cierto es que tus besos son increíbles. Son los mejores que me han dado. Besas de maravilla, señor Merrill —admite con los ojos entornados recostada en la cama.

—Gracias por la confesión. Pensé que habías vomitado por mi culpa —le sigo la corriente en la conversación con una amplia sonrisa. Esta Meghan media borracha que solo dice verdades me tiene cautivado.

—Como eres mi marido, ¿te puedo pedir que duermas conmigo? —pregunta con una mirada suplicante. Asiento de inmediato y me meto en la cama con ella. Meghan se abraza a mi pecho y confiesa —: Desde que estuvimos en Nueva York, cuando pienso en esa ciudad, lo primero que viene a mi mente es la noche que dormí junto a ti, no tuve más pesadillas.

—Nunca había dormido en una cama con una mujer sin sexo. Fue toda una experiencia —reconozco en voz alta. Meghan alza la cabeza y me mira con el ceño fruncido. Se hace un silencio entre nosotros y siento que se ha tensado cuando he pronunciado la palabra sexo—. Lamento lo que pasó entre nosotros —susurro con culpabilidad acariciándole la espalda—. No me alcanzará la vida para suplicarte perdón.

—Mi problema fue que imaginé demasiadas veces que me harías el amor de una forma exquisita y maravillosa. Creo que te idealicé —susurra—. El resultado fue que follamos de una forma dura que no había contemplado. Llegué al orgasmo y me corrí —reconoce sin pudor alguno—, y en ningún momento te rechacé. Me costó muchas sesiones con la doctora Coleman admitir que había disfrutado bastante pese a la brusquedad y brevedad del acto —admite mientras que los ojos se me humedecen de emoción.

—Perdóname, Meghan —le suplico con la voz rota.

Ella se queda en silencio mientras que mi corazón palpita con miedo.

—Cuando me hagas el amor como deseo —susurra mirándome a los ojos, sonriente. Me besa, atrevida. Y la siento muy dispuesta. Suspiro y con todo el esfuerzo del mundo la aparto de mí. Ella me mira con decepción.

—No te quepa la menor duda de que te haré el amor, pero esta noche no —determino, rotundo—. Cuando vuelvas a ser mía no estarás bajo el efecto de ninguna copa. Te quiero lúcida y fresca, en tus plenas facultades, porque te pediré tu consentimiento en todo momento. Y deseo que lo recuerdes para siempre como lo mejor

que te haya pasado. Te amo, Meghan —confieso acariciándole la mejilla, mirándola a los ojos.

—Te amo, Connor Merrill —responde arrastrando las palabras. Se abraza a mi pecho y se queda dormida al instante.

Paso el resto de la noche cuidando de mi mujer, velando su sueño y viviendo el mío propio tras las confesiones de Meghan. Si los borrachos y los niños siempre dicen la verdad puedo considerarme un hombre muy afortunado.

Capítulo 51
Meghan

Despierto y me encuentro con un cuerpo fuerte a mi lado, estoy abrazada a él. Me sobresalto y descubro a Connor en mi cama y yo estoy desnuda mientras que él se tiene la ropa puesta. Cierro los ojos, hago memoria y, para mi gran vergüenza, recuerdo todo lo sucedido la noche anterior. La conversación que mantuvimos y mis confesiones.

Joder, maldigo mentalmente. No dicen que los borrachos no se acuerdan de nada… Pues ya me valdría. Para una vez que me bebo dos copas le monto un espectáculo a mi marido y le hago confesiones que jamás le hubiese hecho con lucidez. Cierro los ojos y necesito que la tierra me trague. No estoy preparada para mirar a Connor de nuevo a los ojos sabiendo toda la información que le he proporcionado. Sin embargo, de repente, acude a mi mente el momento cuando me confiesa que me ama. ¿De verdad me ama o es producto de su culpa? Tengo un miedo atroz de volver a mirar a Connor a los ojos, porque sé que ya nada será igual. Le he desnudado mi alma y mis sentimientos.

Siento que se remueve a mi lado y me quedo quieta, con los ojos cerrados e intento hacerme la dormida.

—¿Qué sucede? —pregunta en un susurro al lado de mi oído. Se me olvidaba a que mi marido no se le escapa ni una. Entreabro un ojo y lo miro. Tiene el pelo alborotado, su barba de varios días y un brillo en sus ojos grises que me dan un vuelco al corazón. Me

observa con una amplia sonrisa triunfadora que me hace desear taparme la cara con la sábana de inmediato—. Anoche estabas muy… reveladora —musita.

—Sí, creo que sí. Hablé demás —reconozco con vergüenza—. Siento todo esto. No sabía que esas dos copas me iban a sentar tan mal —justifico, apenada.

—Si lo tuviese que catalogar diría que te sentaron de maravilla. Yo al menos lo disfruté mucho —reconoce Connor con una amplia sonrisa dibujada en sus perfectos labios. Me quedo en silencio y suspiro, agobiada, mientras Connor no deja de sonreír. Está claro que le divierte la situación mientras que yo lo estoy pasando muy mal. De repente, se pone serio y confiesa—: Te amo, Meghan. Me muero por besarte y hacerte el amor, solo espero que me des permiso porque me encuentro muy perdido y necesito que me guíes en todo momento.

Por mis ojos comienzan a brotar millones de lágrimas que soy incapaz de controlar. Un gran nudo de hace en mi garganta que me impide decir todo lo que quiero. Tiro de la camisa de Connor y lo acerco a mí, él espera mi orden.

—Bésame —suplico con la voz ronca de la emoción.

Connor me acaricia el rostro, se acerca despacio y se apodera de mis labios. Primero de una forma lenta, un simple roce, luego profundiza el beso con una pasión y un erotismo que me hacen rendirme a él por completo.

Nos besamos durante un largo tiempo, sanando todas nuestras heridas, reconciliándonos en silencio. De forma instintiva comienzo a abrir la camisa de Connor, pero, para mi sorpresa, él me coge las

manos con las suyas y me frena. Interrumpo el beso y lo miro con los ojos muy abiertos. ¿No me desea?

—Antes de que hagamos el amor tenemos que tener una larga conversación en la que todo quede claro entre nosotros. Antes que nuestros cuerpos vamos a desnudar nuestras almas —susurra con la voz ronca. Siento el esfuerzo que está haciendo por tratar de hacer las cosas bien en esta ocasión. Me encuentro encima de mi marido y puedo sentir su potente erección en mi cuerpo desnudo.

—Connor, yo… —balbuceo, nerviosa.

—Creo que es mejor que tengamos esta conversación vestidos —propone con una sonrisa maravillosa.

Bajo la mirada y esbozo una sonrisa tímida al comprobar que soy la única que está desnuda.

—Eh… sí, claro. Creo que estoy en una clara diferencia.

Me aparto de su lado y me cubro con la sábana hasta la barbilla esperando que abandone la cama.

—Anoche te desnudé, te metí en la ducha y luego te acosté —me recuerda, inclinado hacia mí, recostado sobre un brazo—. ¿Quieres que salga de la habitación para que te sientas más cómoda al salir de la cama y vestirte? —me pregunta, expectante.

—Por favor —susurro con la voz cortada.

Connor asiente, sonríe para mi sorpresa, mi decisión no le sienta mal, y dice:

—Bien. Será como tú quieras. Te espero en la cocina. Iré a ver cómo ha pasado la noche Alice, haré café, desayunaremos, aunque ya es casi mediodía, y luego hablaremos en el despacho, sin que nadie pueda interrumpirnos —determina, y no puedo evitar que todo mi cuerpo se estremezca de emoción.

Connor sale de mi habitación, cierra la puerta y me armo de valor para salir de la cama, reunirme con él en la cocina y mantener la conversación más importante de mi vida.

Todo mi cuerpo tiembla conforme baja las escaleras tras haber visitado la habitación de mi hija, Cora estaba con ella y me ha dicho que ha sido muy buena esta noche. Aparezco en la cocina y solo está Connor. Hay dos cafés servidos sobre la mesa y está haciendo tostadas y huevos revuelto. Yo tengo el estómago cerrado y dudo que pueda comer algo.

—En un minuto estará listo el desayuno, siéntate, por favor —me indica en cuanto me ve aparecer.

Connor se sienta en la mesa con el plato de tostadas y huevos revueltos en sus manos y me mira.

—Creo que debes de comer —me indica a modo de orden.

—No tengo mucha hambre —susurro removiendo mi café.

—Anoche me confesaste que me perdonarías si te hacía el amor —me recuerda—. Estoy decidido a que me perdones, Meghan —revela con una amplia sonrisa traviesa que hace que me estremezca de placer—. Creo que debes de coger fuerzas —me aconseja al mismo tiempo que me guiña el ojo y toma un sorbo de su taza.

Me quedo en silencio y lo miro de reojos mientras cojo una tostada bajo su atenta mirada.

Desayunamos en un tenso silencio hasta que Connor habla:

—Anoche me hiciste muchas confesiones. Creo que ha llegado mi turno. —Lo miro expectante, me coge de la mano y hace que me levante, me lleva hasta el despacho, cierra la puerta y nos sentamos en las dos sillas que están delante de su mesa. Coloca las sillas uno

frente al otro. Nuestras rodillas se rozan y nos miramos con atención.

—Comencemos por el principio —anuncia tomando mis manos entre las suyas—. Cuando mi abuelo me dijo que si no me casaba contigo me desheredaría y dejaría de llevar la vida de lujo en la que siempre viví te juro que pensaba renunciar a su imposición, pero te conocí en persona en esa subasta y cuando me manifestaste alto y claro que te molestaba que te relacionasen conmigo todas mis alarmas saltaron. Decidí aceptar el compromiso y el matrimonio y comencé a hacer de todo para molestarte y que me dejases tú, de esa forma mi abuelo no me podría dejar sin nada —le explico—. Pero resulta que todo lo que hacía no era suficiente para que me dejases y cuando por fin me dijiste que renunciabas a la boda entré en pánico por perderte y te supliqué que no lo hicieses. Poco a poco me enamoré de ti sin querer, Meghan —confiesa con el corazón en la mano—. Antes de casarnos, cuando fui a tu habitación, quería confesarte que te amaba, pero tu padre nos interrumpió. Mis palabras en el altar fueron reales. Necesito que lo sepas —me recuerda mientras lo observo con lágrimas en los ojos—. Me casé loco por ti. Realmente quería que fueses mi mujer y emprendiésemos una vida en común. Cuando fui a buscarte para marcharnos de la celebración te escuché hablar con tus amigas y me sentí utilizado. Me volví loco, porque pensé que sentías lo mismo que yo. Al sentirme una marioneta me convertí en una persona sin control. Solo quería vengarme. Te deseaba tanto… —Cierra los ojos y se lamenta—. Quería hacerte cumplir con el trato. Usarte y hacerte sentir una puta al casarte conmigo por dinero —reconoce con la voz rota y con sus ojos cargados de lágrimas—. Deseaba que sintieses el

mismo dolor y la misma decepción que yo por el matrimonio al que nos acabábamos de atar. Luego, cuando me enteré de tu pasado… Me quise morir, Meghan. —Se le quiebra la voz y una lágrima rueda por su mejilla—. No sabía si me amabas o no, solo que no te merecías cómo te había tratado. Jamás supe que tú no sabías que en el matrimonio que teníamos pactado implicaba tener un hijo en común —confiesa, roto—. Tampoco lo hablamos nunca. Yo solo tenía conocimiento de lo que me exigía mi abuelo y tú lo que te dijo el tuyo. Hicimos un acuerdo sin especificar demasiado las cláusulas porque yo no lo consideré oportuno —me recuerda—, tenía la seguridad de que me dejarías antes de llegar al altar y no me importó mucho aclarar las cosas entre ambos. —Se hace un silencio mientras los dos tragamos con dificultad—. Te busqué de forma incansable, casi llegué a enloquecer —confiesa tomándome las manos con más fuerza entre las suyas mientras varias lágrimas ruedan por sus mejillas sin control—. Solo quería pedirte perdón y decirte que te amaba. Y te amo, ahora mucho más —revela mirándome a los ojos—. En estos meses… mi amor se ha multiplicado. Eres la mujer que amo, mi mujer, y la madre de mi hija. En este tiempo todas las noches me he ido a la cama con miedo de no poder recuperarte, porque te sentí mía, Meghan. No me confesaste que me amabas antes de la boda, sin embargo, estaba casi seguro de que sentías lo mismo que yo. Por eso la decepción fue tan grande y se apoderó esa rabia de mí. Anoche cuando me hiciste todas esas confesiones me devolviste la vida. Ahora solo necesito que me digas que no fue un sueño —me suplica sin soltar mis manos, en las que puedo sentir su nerviosismo.

—Mantengo todo lo que dije y sucedió anoche. Lo recuerdo bien. Te quiero, Connor. Te colaste en mi corazón y me lo rompiste en mil pedazos —admito—, pero sanó y ahora te amo y te deseo sin control —susurro con un nudo en la garganta—. Fueron muchos los males entendidos que nos rodearon, la falta de información… Y terminamos pagando las consecuencias. Pero si unos corazones resisten todo por lo que hemos pasado, nos perdonamos y nos seguimos queriendo, yo creo que es amor verdadero, ¿no? —reflexiono mientras me tiembla la barbilla y aparto unas lágrimas de mis mejillas.

—¿Lo dudas? —pregunta Connor tirando de mi mano, se la lleva a sus labios y la besa. Me acaricia el rostro, embobado en mí, y dice—: Te necesito para siempre, Meghan.

Agarra con sus manos las patas de la silla donde me encuentro y me arrima más a él. Se acerca a mí y se apodera de mis labios. Nos besamos como ambos hemos deseado durante demasiado tiempo. Sin romper el beso me coge por la cintura y me sienta sobre sus piernas.

—Y yo necesito que no dejes de besarme nunca —susurro entre besos—. Te amo, Connor.

Mi marido me carga en sus brazos y, sin dejar de besarnos, comienza a subir las escaleras conmigo. Entramos en mi habitación y me tumba en la cama, él lo hace sobre mí mientras comenzamos a deshacernos de la ropa entre caricias.

De repente, Connor se para, coloca la frente sobre la mía y musita en una especie de lamento:

—Meghan… No tengo preservativos aquí. Ni en mi habitación —especifica—. Hace tanto que mi interés por acostarme con nadie que

no fueses tú desapareció que los dejé de llevar encima —confiesa intentando normalizar su respiración.

—¿Eso quiere decir que desde que… —no termino la pregunta. Connor asiente y manifiesta:

—Por increíble que parezca, no he estado con nadie. Solo te deseaba a ti. Mi apetito sexual desapareció hasta que volviste a mi vida. No tienes idea lo que han sido estos meses. Tenerte y no tenerte. He perdido la cuenta de las duchas frías que me daba al cabo del día.

Esbozo una amplia sonrisa con el pecho hinchado de emoción y le confieso:

—La última vez que visité a mi ginecóloga y me dijo que todo estaba bien tras tener a Alice le pedí que me recetase las pastillas anticonceptivas. Quería confesarte que te amaba en algún momento y no sabía cómo iba a ir todo entre nosotros.

—Meghan —musita Connor en tono de alivio y me besa—. ¿Estás preparada para que suceda esto entre nosotros? —me pregunta suspendido sobre mí, con ambas manos a ambos lados de mi cabeza, mirándome a los ojos con atención.

—No sabes cuánto lo he soñado —confieso.

Connor esboza una sonrisa tímida y murmura:

—Joder, estoy nervioso. Más que mi primera vez.

—Bueno, creo que llevas ventaja. Sabes que te amo, te deseo, soy tu mujer y tenemos una hija —le recuerdo con una amplia sonrisa. Yo también estoy nerviosa.

—Eres lo más importante que tengo en mi vida. Si te decepciono una vez más me muero —confiesa acariciándome el rostro con mimo.

—No lo harás. Estoy completamente segura de ello.
Llevo mis manos hacia su cara y lo beso con pasión.

Capítulo 52
Connor

—Meghan —susurro sobre sus labios, llamando se atención. Ella me mira con los ojos entornados, cargados de pasión y deseo—. Necesito escuchar que me has perdonado —le suplico.

Mi mujer esboza una amplia sonrisa, me mira, me acaricia el rostro con ternura y dice:

—Te he perdonado, Connor. Te amo. Y sé que me amas. Puedo sentirlo. Soy tuya, eres mío. Y quiero esto contigo. No podría ser con nadie más. ¿No te da cuenta? A pesar de cómo pasó todo entre nosotros fue la primera vez que sentí el deseo y la pasión, y no pude pararlo, me dejé llevar por completo. En ocasiones anteriores no había podido llegar tan lejos. Mi mente se bloqueaba, recordaba lo que me sucedió y me paralizaba. Pero contigo no pasó.

—¿Fui el primer hombre en tu vida? —pregunto con el corazón latiéndome con fuerza. Meghan asiente y yo me siento como un completo cabrón por ni siquiera haberme dado cuenta. Estaba tan cegado por el odio que sentía que ni siquiera me preocupé por ella. Abrazo a la mujer que amo y no puedo evitar sollozar y que varias lágrimas corran por mis mejillas—. ¿Cómo has podido perdonarme si ni yo mismo puedo hacerlo, Meghan? —le suplico sintiendo un dolor tan grande en el pecho que me impide respirar.

—Si no perdonamos no avanzamos. Tú también has sufrido. Y cuando existe el amor todo es más fácil. Sé que me amas y que estás arrepentido. Es suficiente, ¿no?

—Meghan —musito abrazándola con fuerza—. ¿Qué he hecho para merecerte? —susurro en una especie de lamento—. Siempre me consideré un tío con suerte que lo tenía todo, pero la vida me ha enseñado que mi gran suerte eres tú. Tu gran corazón.

Mi mujer me abraza con fuerza, es ella la que me consuela. En estos momentos me encuentro roto por completo.

Meghan me besa el cuello con mimo y delicadeza, luego me besa el pecho y hace que me estremezca de puro placer haciéndome gemir mientras la dejo hacer. Pasea las manos y sus labios por mi torso a su antojo. Me fascina esta Meghan juguetona que estoy empezando a conocer.

De repente, ella alza sus ojos, nuestras miradas se encuentran y susurra:

—Creo que ya sabes que no soy muy experta en esto. Yo tampoco quiero decepcionarte. Tendrás que guiarme.

Tiro de los brazos de mi esposa con fuerza, la coloco a mi altura, la beso y musito sobre sus labios:

—Puede no que seas una experta, pero me tienes hechizado. Era verdad eso de que tus besos son mágicos. Desde que te besé por primera vez fui tuyo. Solo te he deseado de una forma casi obsesiva a ti, solo he soñado contigo, pasando noches en vela sin poder dormir y sé que jamás podré volver a estar con nadie que no seas tú porque eres la única dueña de mi corazón, de mi alma y de mi cuerpo.

Me apodero de los labios de la mujer que amo y la beso mientras ella gime de placer sobre mi boca. La siento entregada, relajada y dispuesta para ser mía de nuevo, sin miedos, decidida y segura. La brazo, la coloco sobre el colchón y comienzo a desnudarla despacio,

entre besos y caricias íntimas que logran estremecerla de placer mientras disfruto de cada una de sus reacciones tomándome mi tiempo a conciencia. Necesito que mi mujer recuerde este momento el resto de su vida.

El cuerpo de Meghan responde a cada caricia y a cada beso que le doy, me tiene loco. Nunca he sentido esto antes e intento no perder el control. Su piel parece seda, su perfume me embriaga por completo y su sabor es exquisito.

—Connor —gime agarrándome del pelo con fuerza cuando me dedico a besarle los pechos, el vientre y sigo en dirección a su centro del placer.

Mi esposa se retuerce en la cama, alza las caderas y vuelve a susurrar mi nombre, que en su boca es la más bonita melodía.

Vuelvo a sus labios, me coloco entre sus piernas y tiento su entrada. Meghan está muy mojada.

—Mírame —le susurro en el oído cuando comienzo a entrar en ella despacio. No quiero perderme ninguna de sus reacciones.

Se agarra con fuerza a mis brazos, se acomoda a mí y vuelve a gemir de placer cuando estoy dentro de ella por completo. La beso, tomo una bocanada de aire y comienzo a entrar y salir de su interior con lentitud, consciente de que la estoy volviendo loca, observando cada reacción y bebiéndome de sus labios cada gemido. Intensifico el ritmo, disfruto sintiéndola tan entregada y, como era mi objetivo, nos corremos ambos a la vez.

Sostengo a mi mujer entre mis brazos, sin salir de ella, hasta que deja de temblar de placer. Sonrío mientras la acaricio y doy gracias porque solo sea mía.

Nuestras respiraciones se normalizan y la miro a los ojos, le acaricio el rostro y le pregunto:

—¿Cómo te sientes?

Meghan se queda callada por unos segundos, los más eternos de toda mi vida, hasta que responde:

—Ha sido increíble, Connor. Mucho mejor de lo que jamás llegué a imaginar —susurra con la voz agitada.

La abrazo y la beso con emoción.

—Creo que voy a secuestrarte en esta habitación un par de días —propongo—. Tenemos mucho tiempo que recuperar y no sabes todo lo que tengo en mente —comento con una sonrisa traviesa mientras Meghan me mira con atención y sonríe también.

—Tus brazos son mi lugar favorito en el mundo. —Me da un beso en el pecho y mis ojos se humedecen de felicidad—. Te amo.

—Y yo. No sabes cuánto, mi vida.

Mi mujer se queda dormida sobre mi pecho mientras que la acuno y velo su sueño inmerso en los recientes recuerdos de lo que acaba de suceder entre nosotros. Meghan es tan increíble que no tiene ni idea de que junto a ella acabo de conocer lo que es hacer el amor de verdad. Quiero esto el resto de mi vida. La quiero a ella.

Sosteniéndola en mis brazos, sigue dormida, le susurro:

—No te dejaré ir. Nunca. Eres mía para siempre.

Tras un par de horas Meghan entreabre los ojos y me mira con una sonrisa tímida. Se queda callada y no sabe qué decir.

—La he dejado agotada, señora Merrill —bromeo. Observo cómo sus mejillas se sonrojan—. Espero que hayas descansado porque te

deseo de nuevo. —La abrazo más fuerte, fundiéndola contra mi cuerpo y la beso.

—Y yo —susurra sobre mis labios, entregada por completo. Algo que me hace muy feliz—. Tengo veinticinco años y creo que mi experimentado marido tiene que darme unas cuantas lecciones para ponerme al día —bromea contoneado sus caderas a conciencia.

—Será todo un placer. Pero he de confesar que tú me acabas de dar a mí la primera. Nunca antes me había enamorado. Y contigo he aprendido lo que es hacer el amor de verdad.

—Igual te pido que me lo hagas todas las noches —susurra, coqueta.

—Será un verdadero placer.

Me apodero de sus labios y volvemos a hacer el amor de una forma única y maravillosa.

Capítulo 53
Meghan

Paso la noche más especial y maravillosa de toda mi vida junto a un hombre que se deshace en atenciones y mimos conmigo. No puedo sentirme más amada.

Connor duerme profundamente a mi lado, desnudo. Paseo la mirada por su admirable cuerpo y me muerdo el labio al recordar todo lo que hemos hecho y sé que es mío por completo. Intento salir de la cama con cuidado, pero me asusto cuando las manos de mi marido me atrapan y me llevan junto a él de nuevo.

—¿Dónde vas? —susurra su voz ronca en mi oído.

—Tenemos una hija —le recuerdo, sonriente—. Necesito saber cómo ha pasado la noche.

Mi marido asiente de inmediato, se incorpora en la cama y propone:

—Una ducha y vamos a ver a Alice juntos. —Connor tira de mí, salimos de la cama, nos metemos en la ducha y volvemos a hacer el amor.

Pasamos el resto del día en casa con nuestra bebé. Connor no deja de besarme y abrazarme sin importarle la presencia de Cora y Easton, que nos miran sonrientes.

Mi marido llama a su abuelo y lo invita a cenar. Cuando recibimos a Jordan abrazados, de la mano y sonrientes nos mira con los ojos muy abiertos, con emoción en ellos.

—Esta gran mujer me ha perdonado —anuncia Connor con alegría —. Nos amamos y queríamos compartirlo contigo.

Jordan se emociona, se funde en un abrazo con su nieto y conmigo y nos dice:

—Ya sabía yo que estabais hecho el uno para el otro desde un principio. Solo que a vosotros os costó un poco más.

Connor y yo acostamos a nuestra hija en su cuna, la admiramos profundamente dormida mientras él me mantiene abrazada por detrás y me besa el cuello.

—Esto es un sueño hecho realidad. Vosotras, los tres juntos, amándonos. Mi familia. Lo más hermoso y preciado que tengo. Os voy a cuidar siempre.

—Lo sé. —Me recuesto sobre el pecho de mi marido y entrelazo mis manos con las suyas a la altura de mi cintura.

—Tengo tantos planes para nosotros… —susurra Connor.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto con una sonrisa.

—Viajar, cuando Alice crezca un poco —murmura—. Sé que no has viajado mucho y quiero enseñarte el mundo entero. Sabes que conmigo estás segura y protegida —me recuerda.

—Mis miedos están superados, Connor. Todos —especifico, sonriente y feliz.

—Meghan —susurra en mi oído. Me besa el cuello y me relajo en sus brazos.

Mi marido me lleva hasta la cama, me desnuda y hacemos el amor. Esto es todo lo que quiero en mi vida. A él amándome y a mi hija. No necesito más.

***

Un mes después

La vida entre Connor y yo no puede ser más perfecta. Es un hombre detallista, atento y un amante increíble. Lo que más me gusta de él es que me sorprenda con simples detalles. Podría comprar lo más caro y exclusivo porque es inmensamente millonario, pero mi marido prefiere seguir conquistándome cada día como si no fuese un hombre muy rico y me tiene más enamorada que nunca.

Hoy, antes de irnos a dormir Connor me regaló un conjunto para hacer deporte con unas zapatillas a juego y me dijo:

—Mañana saldremos a correr juntos por la ciudad. Quiero que vuelvas a hacer lo que tanto te gustaba. Estaré a tu lado y llevaremos seguridad todo el tiempo —especifica.

Me cuelgo de su cuello, lo admiro con una enorme sonrisa y le susurro sobre sus labios:

—Te amo, te amo.

Connor me coge en brazos y me lleva hasta la cama, me deposita en ella y comienza a desnudarme con mimo.

—Tengo una petición para usted, señor Merrill —llamo su atención, sonriente.

—¿Qué desea mi esposa? Sabes que es tuyo —susurra en mi oído —. Lo que sea.

—Siempre vas a ser tan… delicado conmigo —pronuncio despacio, mirándolo con atención.

Connor frunce el ceño y me observa con sorpresa.

—No te entiendo —comenta.

—Me encanta cuando hacemos el amor, pero puedo sentir que te contienes. En este tiempo solo lo hemos hecho en la cama, en la ducha o la bañera —le recuerdo.

—¿Es una queja, señora Merrill? —pregunta, extrañado.

—No. Solo quiero que ampliemos horizontes. —Siento que sigue sin entenderme—. Hace un par de días sentí que te morías por follarme en la cocina y anoche en tu despacho, pero no lo hicimos allí. Me subiste a la cama en ambas ocasiones. Connor… cuando concebimos a Alice no me supuso un trauma. Follamos y lo disfruté, ya te lo dije. La decepción llegó cuando te fuiste y me dejaste sola tras unas palabras acusatorias que no entendí —le recuerdo.

Connor une su frente con la mía y toma una gran bocanada de aire.

—Mi esposa quiere más… acción —susurra dedicándome una sonrisa traviesa.

—No quiero que me trates como si me fuese a romper —le aclaro —. Deseo que seas conmigo como has sido siempre. No te contengas —lo animo.

—Meghan, tú eres mi mujer. La mujer que amo. No eres como ninguna de las anteriores —susurra con calma.

—Lo sé. Por eso lo quiero todo contigo. Solo necesito que lo sepas. Sin secretos, mi amor.

—¿Por qué eres tan perfecta? —susurra Connor sobre mis labios con alivio, a la misma vez que me admira.

Me coloco de puntillas y lo beso con pasión. Él me alza por las nalgas y le rodeo la cintura con mis piernas sin dejar de besarnos con ansia. Da dos zancadas y coloca mi espalda sobre la pared. Nos

desnudamos de cintura para arriba casi arrancándonos la ropa, con prisa y desesperación. Ambos necesitamos sentir piel con piel.

—¿Estás segura? —pregunta mi marido con la respiración agitada, haciéndome gemir con sus expertas caricias.

Esbozo una sonrisa, me acerco a su oído, sintiéndome poderosa y le susurro:

—Fóllame, Connor Merrill. —Le atrapo el lóbulo de su oreja entre mis dientes y tiro un poco a conciencia.

Mi marido se baja los pantalones, rompe mi ropa interior y entra en mí de una sola embestida. Nos miramos a los ojos y comienza a entrar y a salir de mi interior con fuerza. Me agarro a él, gimo, grito, lo beso y me dejo ir a la misma vez que él. Me ha llevado a un orgasmo brutal. Todo mi cuerpo tiembla mientras Connor sigue sosteniéndome con fuerza, pegada a su pecho. Me abraza y me besa, ambos necesitamos normalizar nuestras respiraciones antes de hablar. Nos sonreímos, mi marido me acaricia y susurro:

—Te amo. —Necesito que sepa que todo está bien—. Ha sido increíble. Y espero que no sea la última vez que lo hagamos así. Contigo lo quiero todo.

Connor esboza una sonrisa y se apodera de mis labios.

Capítulo 54
Connor

Termino pronto una reunión y decido pasarme por Clarkson y darle una sorpresa a mi mujer. Desde hace quince días ha establecido acudir tres veces en semana a la empresa, solo por la mañana.

Llego a la antesala del despacho de Meghan y saludo a su asistente, ha vuelto a ocupar el que era mío. Ahora mi esposa es la única dueña de Clarkson, aunque me gusta que me comente y consulte todas las decisiones que piensa llevar a cabo.

—Señor Merrill, aviso a su esposa —dice Mary de inmediato, en cuanto me ve aparecer.

—¿No está ocupada? —pregunto.

—Se encuentra en una reunión por videoconferencia —me informa.

—No te preocupes, espero. Pero no le digas que estoy aquí. Es una sorpresa, cuando se desocupe entro.

—Como usted diga, señor.

Tomo asiento en la sala de espera y consulto mi teléfono. Cuando llevo ahí más de quince minutos Mary me ofrece:

—Señor Merrill, ¿quiere o café o esperar a su esposa en la sala de juntas para que esté más cómodo?

—No, gracias. Estoy bien. No te preocupes.

Siento que Mary me mira con sorpresa y sonrío. Yo mismo también me sorprendo al esperar a mi esposa con paciencia en la antesala de su despacho. El Connor Merrill de un año atrás no

hubiese tolerado esto, estaba acostumbrado a ser el centro de atención, que todos bailasen al son que yo tocaba y que me extendiesen una alfombra roja allá por donde iba. Con Meghan en mi vida he aprendido a poner los pies en la tierra y me gusta la persona que soy en estos momentos gracias a ella.

Mary me informa al cabo de una hora de espera que Meghan ha terminado la reunión. Decidido, entro en su despacho y mi esposa se sorprende mucho cuando me ve aparecer.

—¡Connor! —exclama con alegría. A mi mujer se le iluminan los ojos y una gran sonrisa aparece en sus labios que consigue que mi corazón se acelere. Meghan se levanta y viene hacia mí. Me besa. —¿A qué se debe esta grata visita? Acabo de terminar una importante reunión —revela.

—Lo sé, he estado esperándote fuera.

—¿Has llegado hace mucho?

—Una hora más o menos.

—¿Y por qué no me interrumpiste? —me pregunta en tono mandón—. Sabes que siempre eres bien recibido en esta empresa —me recuerda.

—Lo sé, pero quería darte tu espacio —susurro besándole el cuello tras soltar mi abrigo sobre el sofá—. He terminado pronto y quise venir a verte ya incorporada a tu trabajo. Desde que volviste no he tenido ocasión de visitarte.

—¿Me vas a invitar a comer? —me sugiere, sonriente.

—A lo que tú quieras. Tengo el resto del día libre.

—Solo me queda mandar un mail y he terminado —anuncia Meghan—. Soy toda tuya.

—¡Qué bien suena eso! —Me apodero de sus labios y la pego a mi cuerpo paseando mis manos por su espalda y sus nalgas—. ¿Sabes las veces que te deseé y fantaseé contigo en este despacho? —revelo entre besos—. Aún con lo estiradas que eras me ponías cachondo y ni yo mismo lo entendía.

Meghan se aparta un poco de mis labios y sonríe de forma traviesa al pasear la mirada por el despacho.

—¿Cómo me deseó, señor Merrill? —susurra en mi oído con voz provocadora.

—Sobre la mesa, en el sofá, en el suelo… No tienes idea la de veces que no te prestaba atención mientras me hablabas y mi mente fantaseaba contigo —admito.

—Vaya, vaya… —pronuncia en tono de regañina—. Me gustan estas confesiones —manifiesta con una amplia sonrisa a la misma vez que tira de mi corbata con su mano y camina hacia atrás mientras yo la sigo.

Meghan se para cuándo su culo se topa con la mesa. Entrelaza las manos alrededor de mi cuello, se sienta en el escritorio, abre sus piernas y me encajo en ellas mientras dice:

—A su esposa le encanta cumplir sus fantasías, señor Merrill. Hagamos que cada vez que entre en este despacho sueñe con algo que fue real.

—Joder, Meghan —susurra en mi oído—. Me acabas de poner duro como una roca con este jueguito. —Mi mujer comienza a desabrocharme el cinturón mientras que me mira con una sonrisa traviesa que me mata.

Me inclino sobre ella y hago hueco en la mesa. Le subo el vestido y le quito las medias y las bragas con prisa. Me entierro en ella por

completo y ambos gemimos a la vez. Meghan estaba tan lista como yo y esto me causa un placer increíble. Entro y salgo de ella con fuerza, sin dejar de besarla hasta que ambos nos corremos juntos y explotamos en un mar de sensaciones maravillosas. Con ella siempre es increíble y es como si fuese la primera vez cada vez que lo hacemos.

Ambos sonreímos a la vez cuando nuestras respiraciones se acompasan.

—Me costará volver a concentrarme sobre esta mesa —susurra mi esposa.

Nos adecentamos y antes de marcharnos ella me indica:

—Envío un mail y nos vamos. —Accedo, mi teléfono suena y es mi abogado.

—Jeff, esos documentos lo tengo en mi ático en la caja fuerte. ¿No pueden esperar a mañana? —le pregunto un poco crispado. Tenía en mente pasar el resto de la tarde con mi mujer sin que nada sobre el trabajo interfiriese—. Está bien le diré a mi asistente que te los lleve. En un par de horas los tendrás en tu despacho.

Meghan levanta la vista de la pantalla del ordenador y pregunta:

—¿Tienes que ir a tu ático?

—Sí. A mi abogado le hacen falta unos documentos que guardo allí.

—Pensé que tenías todas tus pertenencias en nuestra casa —murmura y la siento un poco desilusionada.

—Meghan, no he vuelto por mi ático desde que me mudé contigo —le dejo claro. No me gusta la sombra de la duda que leo en su mirada.

—Bueno, es tu casa… Y aún la conservas.

—El documento que me pide mi abogado son las escrituras. Voy a venderlo junto con el yate.

—¿Por qué? —pregunta, extrañada.

—Porque son parte de mi pasado. He comprado un yate más grande que lleva el nombre de nuestra hija, en el que solo creemos recuerdos nuestros. Y con respecto a mi ático, no voy a volver a vivir ahí. Es cierto que fuiste la única mujer que estuvo ahí conmigo, pero comprendo que el lugar no te traiga buenos recuerdos.

—Vamos, te acompaño —establece, decidida—. Y luego nos vamos a comer.

La miro con sorpresa, la envuelvo en mis brazos y la beso.

Cuando llegamos al edificio de mi ático le propongo a Meghan que se quede en el coche con el chófer mientras yo subo a por los documentos, solo serán unos minutos, pero se niega e insiste en acompañarme.

Mientras subimos en el ascensor me sudan las manos, estoy nervioso. No me gusta que a la mente de mi mujer vuelvan los recuerdos de lo que pasó aquí la última vez que estuvimos juntos, pero intento que Meghan no se dé cuenta.

—¿Estás bien? —se interesa mi mujer.

—Eh… sí, es solo que no localizo a Robert, mi asistente. Y necesito que venga a recoger los documentos y se los lleve a Jeff —justifico.

—Bueno, podemos llevarlos nosotros —propone Meghan.

—Perderíamos mucho tiempo en cruzar media cuidad para entregarle los documentos a Jeff, por eso quiero que lo haga mi asistente. Es su trabajo.

Entramos en el ático y mis ojos se dirigen al lugar en el que abandoné a mi mujer y mi corazón se acelera.

—Está todo igual —susurra Meghan mientras me sigue al despacho, donde tengo la caja fuerte.

De repente, escuchamos un ruido en la planta superior y mi esposa se agarra con fuerza de mi brazo.

—¿Hay alguien? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Aquí no vive nadie desde que me fui —susurro, alerta.

—¡Ven, te espero en la cama! —escuchamos una voz lejana de mujer.

—¡Qué coño…! —maldigo mirando a Meghan con terror.

—¿Alguna examante con llaves? —pregunta ella, tranquila y sonriente.

Agarro a Meghan de la mano, tiro de ella, abro un cajón y cojo una pistola. Ella abre mucho los ojos.

—Connor… —susurra, asustada.

—¡Quédate aquí! —le ordeno.

—¡Estás loco! De tu lado no me despego —manifiesta aferrándose a mi brazo.

Subimos las escaleras en silencio y de forma sigilosa, al fondo del pasillo hay una puerta abierta y escuchamos gemidos. Nos acercamos y descubrimos a un hombre y una mujer sobre la cama de la habitación de invitados desnudos, follando.

—Os podría pegar un tiro, pero antes quiero saber quién coño sois y qué hacéis en mi casa —bramo interrumpiendo el acto.

Meghan se aferra al brazo libre en el que no llevo la pistola.

El tío desnudo se incorpora en la cama y descubro que es Robert, mi asistente. Me mira con los ojos desencajados.

—Connor, señor —rectifica de inmediato.

—Joder, Robert —maldigo, me doy media vuelta y saco a mi mujer de ahí.

Bajo las escaleras con Meghan de la mano tratando de dominarme y no coger por el cuello a mi asistente. ¡Cómo se atreve a venir a mi ático con su amante!

Meghan me mira en silencio mientras me paseo por mi salón. Me llevan los diablos.

De repente, escucho que bajan las escaleras y observo a Robert con Britany, una antigua examante. Lo que me faltaba. Los miro a los dos con rabia y escupo:

—¡Fuera de mi casa! Robert, estás despedido. Y me pensaré tomar medidas legales por venir a mi casa sin mi autorización —bramo. Mi asistente ha sido el encargado de enseñar la propiedad a los futuros compradores, no quería una agencia inmobiliaria merodeando por mi casa ni que se sacasen fotos—. ¡¿Cómo se te ocurre venir aquí con ella?! —grito fuera de sí, mirando a Britany, que me sonríe mostrándome una sonrisa triunfadora. Estuve con ella dos meses antes de conocer a Meghan. Es una cotizada modelo y pensé que ya se habría olvidado de mí.

—Voy a comprar tu ático, Connor —revela mi examante usando un tono dulce y exagerado—. Ya que nunca me trajiste he decidido vivir aquí. Tu asistente me enseñó el lugar, una cosa llevó a la otra y terminamos en la cama.

—Y una mierda —bramo—. ¡Fuera los dos de mi vista!

—Señor… —susurra Robert.

—Conor —dice Britany.

—He dicho fuera —grito más alto y les señalo la puerta.

Robert coge del brazo a Britany, tira de ella con fuerza, pese a la resistencia de la mujer, y se marchan.

Una vez a solas me deshago de la chaqueta con rabia, me revuelvo el pelo y me paseo por el salón tratando de tranquilizarme.

Meghan me observa en silencio, relajada en el sofá. La miro y le espeto, alterado:

—¿No vas a decir nada? —Estoy esperando su reacción. Tras lo sucedido en este ático entre ambos, vuelvo con ella y se topa con una examante. Vaya suerte la mía.

—No sé qué quieres que diga. Ya sabía que mi marido tenía una vida antes de mí, ha sido pública y bueno, lo de tu asistente… No sé. Britany es muy guapa. Normal que haya caído en sus redes.

Miro a Meghan con los ojos muy abiertos. No doy crédito a su reacción. Sacudo la cabeza con fuerza y le pregunto atónito:

—¿No estás enfadada?

—¿Por qué debería de estarlo? No tienes la culpa de nada. Y siempre supe que en algún momento podría coincidir con alguna de las tantas mujeres que han pasado por tu vida.

—Cuándo escuchaste la voz de una mujer en mi ático, ¿qué pensaste? —me intereso.

Meghan esboza una amplia sonrisa, mirándome muy relajada sentada en el sofá mientras me paseo alterado frente a ella.

—Ni por un segundo se me pasó por la cabeza que me fueses infiel —susurra levantándose y caminando hacia mí—. Sé que me amas y soy la única mujer en tu vida. —Entrelaza las manos detrás de mi nunca y me mira—. Nos ha costado tanto llegar a esto que tenemos que no te creo tan tonto como para tirarlo por la borda.

Confío en ti, Connor Merrill. Sé que has cambiado —revela con suma tranquilidad.

Me abrazo a mi mujer, hundo mi rostro en su cuello y aspiro su aroma a la misma vez que suspiro.

—Volvemos a este lugar al que venía aterrado por tu posible reacción al estar aquí de nuevo juntos, nos encontramos con una ex y mi mujer reacciona con calma y confiando en mí.

—Lo siento un poco tenso, señor Merrill. Igual deberíamos pedir algo de comida y quedarnos aquí. Me encargaré de relajarlo el resto de la tarde —propone con una mirada traviesa y la observo con el ceño fruncido.

—¿De verdad quieres quedarte en este lugar pese a los recuerdos que debe de traerte este ático y lo que acabamos de vivir con Britany y Robert? —pregunto con sorpresa.

—Yo solo quiero que a mi marido no le queden sombras de ninguna clase con respecto a mí. Confío en ti, te amo y quiero que hagamos el amor en este ático antes de que lo vendas —susurra sobre mis labios y luego se apodera de ellos.

Fundo el cuerpo de mi mujer contra el mío y me pierdo en ella. Nos desnudamos con prisa y terminamos haciendo el amor sobre la gruesa alfombra del salón.

Son las nueve de la noche, estoy tumbada encima mi marido, desnudos, en su cama del ático. Tras hacer el amor en la alfombra del salón pedimos comida, volvimos a hacer el amor sobre la encimera de la cocina y nos dimos un baño en el jacuzzi del baño de su habitación un par de horas. Luego nos metimos en la cama, nos quedamos dormidos y al despertar le propongo:

—Ya que nos estamos despidiendo de esta casa y cumpliendo todas las fantasías que no llevamos a cabo durante la convivencia cuando estábamos comprometidos quiero que me hagas el amor en esta cama.

—¿Sabes que ninguna mujer ha estado aquí antes? —Me mira sonriente, con un brillo en sus ojos grises que me desbocan el corazón—. Tampoco en este ático. Cuando me mudé, seis meses antes de que tú vinieses a vivir conmigo, me juré que por aquí no pasarían mis conquistas. Solo tú —susurra en mi oído y me besa el cuello.

—Me gusta el poder de ser la única para ti —musito mientras lo beso en los labios y me pierdo en mi maravilloso marido.

Hacemos el amor y luego Connor susurra con voz ronca:

—Es muy tarde. ¿Vamos a pasar la noche aquí?

—No me importaría, pero tenemos una hija. —Mi marido chasquea la lengua y se incorpora un poco en la cama mientras que yo me quedo admirando su espectacular cuerpo desnudo. Es un Dios.

—No voy a vender este ático —determina de golpe y lo miro con sorpresa—. Decidí deshacerme de él porque pensé que te traería malos recuerdos volver, pero visto que no es así, lo conservaremos. Aquí podemos dar fiestas aquí sin necesidad de recibir a gente en nuestra casa, además, también podemos venir siempre que nos plazca y disfrutar de esta intimidad —propone. Le sonrío y me encanta la idea.

55
Epílogo / Meghan

Dos semanas después

Esta mañana me he despertado cuando Connor ha acudido a nuestra cama con Alice y pensé que se acordaría de que hoy hace un año que nos casamos, pero no ha sido así. Tras estar en la cama un buen rato los tres juntos hemos desayunado y Connor, pese a ser sábado, ha tenido que ir a su despacho a solucionar un problema de última hora. Cuando se ha despedido me ha dicho que no sabía cuándo iba a regresar porque el asunto era muy importante y me he quedado un poco triste. No sé si se ha olvidado de la fecha que es hoy o si no quiere recordarla por temor a rememorar nuestra separación, pero somos tan felices que yo he borrado de mi mente todo el daño que nos hicimos.

Paso el resto de la mañana y principio de la tarde con mi hija. Violet y Carter vienen a visitarnos y la tía de mi hija me pide llevarse a su sobrina y presentársela a unos amigos. Le doy permiso y me meto en la ducha cuando me quedo sola. Sigo sin noticias de Connor.

Mi marido me sorprende en la ducha, se mete bajo el chorro de agua conmigo, me abraza y me susurra en el oído:

—Quiero salir a cenar con mi esposa esta noche.

—¿Dónde me vas a llevar? —pregunto con ilusión, mirándolo a los ojos, con las manos entrelazadas detrás de su nuca.

—Es una sorpresa.

—Y… ¿a qué se debe? —pregunto, curiosa y esperanzada en que me diga que es para celebrar nuestro primer aniversario.

—A nada en particular, me apetece salir con mi mujer. ¿Tiene que haber un motivo? —inquiere, pensativo.

—Claro que no —respondo. Me cuelgo de su cuello y lo beso un poco desilusionada.

Cuando estoy eligiendo el vestido que me pondré esta noche mi marido aparece por detrás luciendo su torso desnudo, envuelto en una toalla de cintura para abajo y me indica:

—Ponte este. —Lo escoge él. Es un vestido blanco con pedrería de cristal en el escote, palabra de honor y largo. Me lo regaló un diseñador hace un par de años y no he tenido ocasión de estrenarlo.

—Siempre lo he guardado para una ocasión especial, sin embargo, nunca encontré la oportunidad —murmuro.

—Te aseguro que hoy es el día —susurra en mi oído. Se da media vuelta, desaparece en su parte del vestidor y deja que me arregle con tranquilidad.

De camino al restaurante, Connor va sentado en la parte de atrás del coche y Kevin conduce, lo admiro con una sonrisa en mis labios.

—Estás guapísimo esta noche. Ese brillo tan especial que proyectan tus ojos me tiene intrigada. —Mi marido lleva un traje de chaqueta negro carísimo a medida que le queda como un guante.

Connor coge mi mano, se la lleva a los labios y deposita un cálido beso en ella sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te gustará —promete en un susurro.

Advierto que entramos en el garaje del ático de Connor y lo miro con sorpresa.

—¿Vamos al ático? —pregunto—. Pensé que íbamos a cenar en un restaurante —susurro, algo desilusionada.

—Será mucho mejor —augura con la mejor de sus sonrisas.

—¿No me vas a adelantar nada? —pregunto poniendo morritos.

—No.

Nos bajamos del coche y subimos hasta el ático en el ascensor. Connor me lleva tomada de la mano y me sonríe de una forma tan mágica que consigue acelerarme el corazón.

—Creo que no te has acordado de qué día es hoy —susurro antes de que abra la puerta. Necesito que lo tenga presente antes de entrar al ático y pueda pensar que al traerme aquí en un día como hoy suponga algún mal recuerdo para mí. Ese episodio ya está más que superado en mi vida.

—Yo creo que sí —musita a la vez que me da un breve beso en los labios, abre la puerta, me hace pasar y dice—: Bienvenida a nuestra segunda boda.

Observo a toda nuestra familia reunida, amigos y a mi hija en los brazos de su tía. Varias lágrimas saltan de mis ojos mientras mi marido me abraza y revela en mi oído:

—Renovemos nuestros votos matrimoniales y tengamos una noche de bodas digna de recordar para el resto de nuestros días. Te amo, Meghan. Estos meses junto a ti han sido los más felices de toda mi vida. Creo que ya sabes que no te dejaré ir, nunca. Feliz aniversario, mi amor. Hace un año nos casamos enamorados sin revelar nuestros sentimientos, hoy confirmaremos nuestro amor

frente a toda la familia, amigos y nuestra hija. Las personas que nos quieren de verdad.

Beso a mi marido mientras lloro, emocionada.

—Gracias —susurro sobre sus labios—. Te amo, Connor Merrill. Me volvería a casar contigo todos los días de mi vida.

—Pues vamos a ello —musita. Me coge la de mano con fuerza y nos adentramos en el ático, donde se ha montado un improvisado altar, han colocado sillas para los invitados, a los que saludo con una sonrisa mientras Connor y yo emprendemos camino por el pasillo creado con una alfombra roja entre los asistentes.

Al fondo, en el altar con flores, nos espera mi hija en los brazos de su tía. Cuando llegamos ahí Violet se la entrega a Connor y, para mi sorpresa, es Carter quién se encarga de oficiar el acto. Nos muestra una amplia sonrisa y comienza a decir:

—Estamos aquí todos reunidos para renovar los votos matrimoniales entre Connor y Meghan. Hace un año contrajeron matrimonio, se manifestaron su amor y, hoy, con una hija en sus brazos desean volver a hacerlo ante su familia y amigos. Conozco a Connor desde hace muchos años y puedo dar fe de que nunca lo he visto tan enamorado ni tan feliz. Meghan, tú y Alice sois toda su vida. Su mundo empieza y termina con vosotras desde que aparecisteis. Me alegra que mi buen amigo haya encontrado la felicidad y la estabilidad que tiene en estos momentos. Solo hay que mirarlo a los ojos para comprobar que es un hombre inmensamente feliz. Meghan, eres la artífice de esto y te doy las gracias. Y ahora, te paso la palabra, Connor.

Miro a mi marido claramente emocionada. Plantado frente a mí, con una sonrisa increíble en sus labios, un brillo especial en sus ojos

y con nuestra hija en sus brazos. Siento un nudo en el pecho y una gran emoción que hace que mis ojos se humedezcan.

—Meghan —pronuncia Connor con tal amor que esto ya hace que una lágrima ruede por mi mejilla sin poder controlarla—, llegaste a mi vida sin saber que eras el gran amor de mi vida. Poco a poco, sin querer, te metiste en mi corazón, llegaste a mi alma y deseé quererte y cuidarte el resto de mi vida. Era algo que nunca me había pasado, estaba desconcertado, no supe cómo gestionar mis sentimientos en un principio, pero, cuando estuve a punto de perderte, me di cuenta de que eres todo lo que necesito para sentirme pleno y vivo por completo. Me has enseñado a amar de una tan forma infinita que nunca creí posible que existiese, y me has dado el regalo más grande de mi vida, Alice. —Mira a nuestra hija con tal ternura que rompo a llorar. Mi corazón late muy deprisa y siento que me tiemblan las piernas. No esperaba nada de esto—. Te amo, Meghan. Vivo orgulloso de ser tu marido y de la familia que hemos formado. —Se inclina hacia mí y se apodera de mis labios—. Sí, quiero una vida para siempre a tu lado.

—Te amo —susurro con la voz ronca de la emoción.

Connor le entrega a nuestra hija a su hermana y lo observo llevar la mano al bolsillo de su pantalón desde el cual saca una bolsita de terciopelo negro y dice mientras la abre:

—Sin ni siquiera saberlo, me hice con estas joyas para ti. Eres la única mujer digna de llevarlas. —Aprecio que saca el conjunto de joyas de mi abuelo que se subastó y adquirió por una desorbitada cantidad de dinero. Nunca más hablamos de esto, pero sí recuerdo que me dijo al adquirirlo que sería para su futura mujer y yo le contesté que esperaba que fuese alguien digna de ello. Lo miro

sonriente, sin dejar de llorar mientras que mi marido me coloca el collar de diamantes y me cambia los pendientes con expertas manos mientras yo tiemblo con su contacto y cercanía.

Una vez que tengo las joyas colocadas me lanzo a sus brazos y lo beso con pasión. Connor me corresponde y escuchamos aplausos y vítores a nuestro alrededor.

—Te amo. No sé cómo agradecerte todo esto. Pensé que te habías olvidado de qué día era hoy y mira todo lo que has organizado.

—Eres lo más importante de mi vida, y te tengo muy presente a cada segundo.

Miro a Connor y luego a todos los invitados, carraspeo, alzo un poco la voz tomándolo de ambas manos y mirándolo a los ojos. Yo también quiero decir algo en voz alta frente al altar.

—Connor Merrill, mi amor. Mi gran amor —pronuncio con orgullo, admirándolo—. Llegaste a mi vida para salvarme de una gran oscuridad, te metiste en mi corazón y acabaste con todos mis miedos de un plumazo. Tus ojos me atraparon y tu sonrisa me cautivó. Gracias por todo lo que me haces sentir. Me devolviste a la vida y me enseñaste lo que es amar de verdad. Junto con Alice eres mi vida entera. Sin vosotros no podría vivir. Te quiero a mi lado hasta mi último suspiro. Te amo.

Lo beso y nuevamente escuchamos plausos a nuestras espaldas. Connor enjuga mis lágrimas y Violet me entrega a nuestra hija. Nos abrazamos los tres y mi marido susurra en mi oído mientras nos toman una foto:

—Feliz aniversario. Quiero confesarte algo —susurra a la vez que acaricia mi cuello y el collar que me ha colocado—. Me hice con este conjunto porque no soportaba que el imbécil que estaba detrás de

mí en la subasta y pensaba hacerse con las joyas pasease sus manos por tu piel. Nunca antes había sentido tal arrebato de posesión. Desde ese mismo momento te consideré mía.

—Soy tuya. Para siempre. Y tú eres mío. No te dejaré ir, eres demasiado maravilloso y me haces inmensamente feliz, Connor Merrill.

FIN

Agradecimientos

A todos los lectores, gracias por estar ahí, por esperar mis historias y por disfrutarlas como lo hacéis, aunque, a veces, deseo que no os leáis mis novelas en veinticuatro horas, con todo el tiempo que me llevan escribirlas…, pero comprendo vuestras ansias y me hacen muy feliz.

Espero que la historia de Connor y Meghan os haya atrapado. Me encantó crearlos y disfruté mucho su proceso.

Gracias a mi diseñadora, por hacerme esas portadas que me emocionan y me encantan.

Gracias a mis ceros, Nani y Esther, que me ayudáis en mis inseguridades y me hacéis creer cuando me asaltan mil dudas. Gracias por vuestra sinceridad y por estar ahí siempre. Sois las primeras que conocéis todas mis historias y tengo la gran suerte de que siempre os enamoráis de ellas tal cual os las paso.

Gracias a los que permanecéis ahí libro tras libro y esperáis cada novela, y gracias a los nuevos que llegáis y me conocéis.

Si te ha gustado esta novela, por favor, déjame tu opinión por escrito en Amazon, con esto me ayudas mucho. Aparte, también te puedes poner en contacto conmigo por mis redes sociales y comentamos juntos la novela.

Nos leemos pronto.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora

Todos están disponibles en Amazon en formato ebook, Kindleunlimited y papel.

Si deseas alguna novela firmada por la autora, ponte en contacto con ella a través de sus redes sociales.





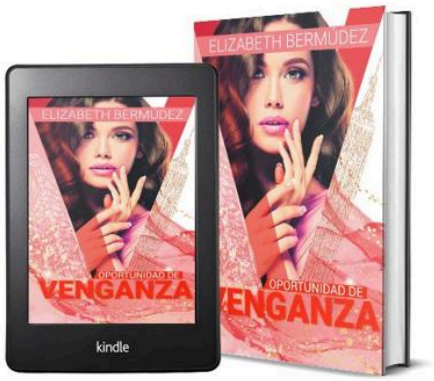
BILOGÍA: Siempre




Siempre
serás
mía
ELIZABETH BERMÚDEZ
kindle
Siempre
serás
mía
IZABETH BERMÚDEZ


En la vida y en el amor no todo sale como se planea
Te protegeré
ELIZABETH BERMÚDEZ


En la vida y en el amor no todo sale como se planea
Por mi familia
ELIZABETH BERMÚDEZ
kindle


ELIZABETH BERMÚDEZ
OPORTUNIDAD DE
VENGANZA
kindle

BILOGÍA: Vida y amor






TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ
TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ


NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

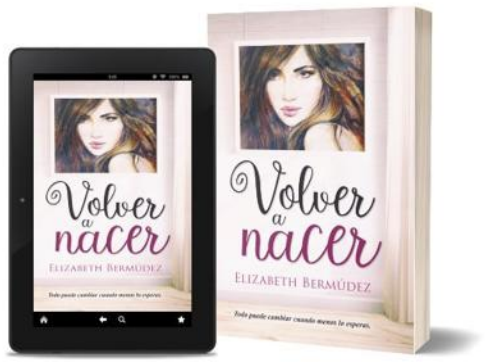
FAMILIA MILLER






IMAGINARLO
o vivirlo
mirada
DE UN
MILLER
ELIZABETH BERMÚDEZ

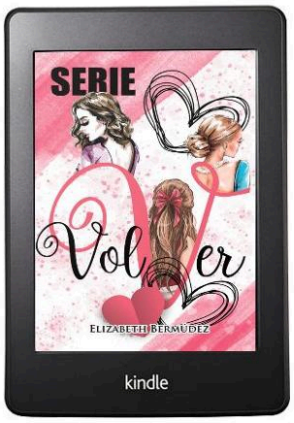
SERIE VOLVER






Volver a
sentir
ELIZABETH BERMUDEZ
Volver a
sentir
ELIZABETH BERMUDEZ

Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES




La Sombra
DEL
PASADO
Elizabeth Bermúdez
La Sombra
DE SU
PASADO
Elizabeth Bermúdez


Y de repente,
el mundo
se paró
Elizabeth Bermúdez
Y de repente,
el mundo
se paró
Elizabeth Bermúdez


El
Amor
LO CAMBIA TODO
Elizabeth Bermúdez
El
Amor
LO CAMBIA TODO
Elizabeth Bermúdez